



Aviso Legal

Revista

Título de la obra: *Cuadernos Americanos*

Director: Silva Herzog, Jesús

Forma sugerida de citar: *Cuadernos Americanos. Primera época (1942-1985). México.*

Datos de la revista:

Año XXXII, Vol. CLXXXVIII, Núm. 3 (mayo-junio de 1973).

Los derechos patrimoniales de esta revista pertenecen a la Universidad Nacional Autónoma de México. Excepto donde se indique lo contrario, esta revista en su versión digital está bajo una licencia Creative Commons Atribución-No comercial-Sin derivados 4.0 Internacional (CCBY-NC-ND 4.0 Internacional). <https://creativecommons.org/licenses/by-nc-nd/4.0/legalcode.es>



D.R. © 2021 Universidad Nacional Autónoma de México. Ciudad Universitaria, Alcaldía Coyoacán, C. P. 04510, México, Ciudad de México.

Centro de Investigación sobre América Latina y el Caribe Piso 8 Torre II de Humanidades, Ciudad Universitaria, C.P. 04510, Ciudad de México.
<https://cialc.unam.mx/> Correo electrónico: cialc-sibiunam@dgb.unam.mx

Con la licencia:



Usted es libre de:

- ✓ Compartir: copiar y redistribuir el material en cualquier medio o formato.

Bajo los siguientes términos:

- ✓ Atribución: usted debe dar crédito de manera adecuada, brindar un enlace a la licencia, e indicar si se han realizado cambios. Puede hacerlo en cualquier forma razonable, pero no de forma tal que sugiera que usted o su uso tienen el apoyo de la licenciante.
- ✓ No comercial: usted no puede hacer uso del material con propósitos comerciales.
- ✓ Sin derivados: si remezcla, transforma o crea a partir del material, no podrá distribuir el material modificado.

Esto es un resumen fácilmente legible del texto legal de la licencia completa disponible en:

<https://creativecommons.org/licenses/by-nc-nd/4.0/legalcode.es>

En los casos que sea usada la presente obra, deben respetarse los términos especificados en esta licencia.

CUADERNOS

AMERICANOS

MEXICO

3

CUADERNOS AMERICANOS

(LA REVISTA DEL NUEVO MUNDO)
PUBLICACIÓN BIMESTRAL

Avenida Coyoacán No. 1035
Apartado Postal 965
Teléfono 5-75-00-17

DIRECTOR-GERENTE
JESÚS SILVA HERZOG

EDICIÓN AL CUIDADO DE
PORFIRIO LOERA Y CHÁVEZ

IMPRESO POR LA
EDITORIAL LIBROS DE MEXICO, S.A.
Av. Coyoacán No. 1035

AÑO XXXII

3

MAYO-JUNIO

1973

INDICE

Pág. 3

INSTITUTO MEXICANO DE INVESTIGACIONES
ECONOMICAS

Precios

Pesos Dólares

EL PENSAMIENTO ECONOMICO, SOCIAL Y POLITICO DE MEXICO (1810-1964), por Jesús Silva Herzog. Con 690 páginas y 51 retratos de los autores que se estudian. Encuadernado en tela	70.00	6.00
	70.00	6.00

Del mismo autor una nueva edición de HISTORIA DE LA EXPROPIACION DE LAS EMPRESAS PETROLERAS, corregida, aumentada y con ilustraciones alusivas al acto expropiatorio	40.00	4.00
--	-------	------

—oOo—

De venta en las principales librerías.

Distribuye:

"CUADERNOS AMERICANOS"

Av. Coyoacán 1035

Apartado Postal 965

México 12, D. F.

México 1, D. F.

DOS NUEVOS LIBROS DE POESIA

Precios

Pesos Dólares

ORFEO 71, por Jesús Medina Romero.

Autor de cuentos excelentes y libros de versos. En esta obra demuestra su capacidad renovadora de conformidad con las nuevas corrientes de la poesía contemporánea

15.00 1.50

PARA DELETREAR EL INFINITO, por

Enrique González Rojo. Bellísimo y original poema en quince cantos. Su autor, filósofo y poeta, es bien conocido y estimado en los centros universitarios y entre los hombres de letras de toda nuestra América

40.00 4.00

De venta en las principales librerías.



“CUADERNOS AMERICANOS”

Av. Coyoacán 1035

Apartado Postal 965

México 12, D. F.

México 1, D. F.

Tel.: 575-00-17

PROBLEMAS DEL DESARROLLO
Revista Latinoamericana de Economía

Organo Trimestral del Instituto de Investigaciones Económicas
 de la Universidad Nacional Autónoma de México.

México, D. F. Año IV, Núm. 13 Nov. 1972-Enero 1973

Director: Fernando Carmona de la Peña
 Secretario: Ramón Martínez Escamilla

CONTENIDO:

OPINIONES Y COMENTARIOS: Sobre la *crisis de la economía ortodoxa*, opina Joan Robinson; sobre la *crisis y reorientación de la sociología latinoamericana*, opina Gloria González Salazar.

ENSAYOS Y ARTICULOS:

Andre Gunder Frank: *De la dependencia a la acumulación*.
 Rolland G. Paulston: *La educación rural en Cuba: Una estrategia para el desarrollo revolucionario*.
 Gloria González Salazar: *Estabilidad política, crecimiento económico y clases sociales en México: Los antecedentes; algunas hipótesis iniciales*.
 Arturo Ortiz Wadgymer: *El centralismo en México: problema estructural que se agrava*.

TESTIMONIOS:

Angel Bassols Batalla: *Canadá, ¿un gigantesco país dependiente?*
 Francisco Gómez-Jara: *Chile: la marcha del cuatro de septiembre*.

LIBROS Y REVISTAS — DOCUMENTOS Y REUNIONES

SUSCRIPCIONES: *México*, anual \$ 80.00, estudiantes: anual \$ 70.00, semestral \$35.00. *Extranjero*: anual Dls. 7.00. *Por correo aéreo registrado: México*, \$ 100.00. *Centroamérica, EUA, y Canadá*: Dls. 11.00; *Sudamérica y Europa*: Dls. 12.00 Sólo se atenderán suscripciones a partir del número 5.
 NUMERO SUELTO: *México*: \$ 25.00; estudiantes: \$ 20.00 *Extranjero*: Dls. 2.00. *Números atrasados: México*: \$ 35.00. *Estudiantes*: \$ 22.50. *Extranjero*: Dls. 3.00.

REVISTA IBEROAMERICANA

INSTITUTO INTERNACIONAL DE LITERATURA
IBEROAMERICANA

University of Pittsburgh,
Pittsburgh, Penna

Director: Alfredo A. Roggiano
Secretario-Tesorero: Julio Matas



No. 78 (enero-marzo 1972)

ESTUDIOS

- Jorge Carrera Andrade, Poesía y Sociedad en Hispanoamérica.
Enrique Anderson Imbert, Filosofía del Escenario.
Enrique Pezzoni, "Blanco". La República al Deseo.
John Fein, La Estructura de "Piedra de Sol".
Tamara Holpzapfel, El "Informe sobre ciegos" o el optimismo de la voluntad.
Jaime Giordano, Forma y Sentido de "La escritura de Dios" de Jorge L. Borges.
Luis Pérez Botero, Caracteres Demonológicos en "Mulata de tal".

NOTAS

- Bruno Podestá, Ricardo Palma y Manuel González Prada: Historia de una enemistad.
Emilio Carilla, Sobre el Barroco Literario Hispánico.
Marguerite C. Suárez-Murias, La Lengua Española, Patrimonio Espiritual y Político.

RESEÑAS



Suscripciones y Compras dirigirse a Gloria J. Hardy. 657 AIR Bldg.
University of Pittsburgh.

Canje, Lillian S. Lozano, 660 AIR Bldg. University of Pittsburgh,
Pittsburgh, Pa. 15213

COLECCION DE DOCUMENTOS PARA LA HISTORIA DEL COMERCIO EXTERIOR DE MEXICO

SEGUNDA SERIE

Vol. I

El comercio exterior y el
artesano mexicano (1825-1830)

Vol. II

El comercio exterior y
la expulsión de los españoles

Vol. III

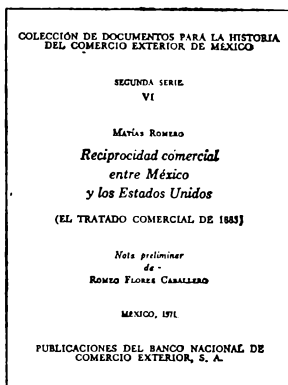
El Banco de Avío y el fomento
de la industria nacional

Vol. IV

El contrabando y el comercio
exterior en la Nueva España

Vol. V

Protección y libre cambio: el debate entre 1821 y 1836



Vol. VI

PRECIO DE CADA VOLUMEN

\$25.00

Dic. 2.00

PEIDIDOS A

**BANCO NACIONAL DE
COMERCIO EXTERIOR, S.A.**

DEPARTAMENTO DE ESTUDIOS Y DIFUSION

Venustiano Carranza 32 México 1, D. F. México

UN NUEVO LIBRO
 LA REFORMA AGRARIA EN EL DESARROLLO
 ECONOMICO DE MEXICO

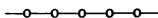
POR

MANUEL AGUILERA GOMEZ

El licenciado Aguilera Gómez es uno de los jóvenes mejor preparados en la ciencia de la economía política. Trabajó durante cinco años para dar cima a este libro, el primero que se ha escrito relacionando la reforma agraria mexicana y su influencia en el desarrollo económico del país.

El material acumulado laboriosamente dará al lector una visión nueva de problema tan fundamental, no sólo en lo económico sino en lo social y en el campo de la agricultura.

El Banco Nacional de México ha otorgado a este libro el Premio 1970.



INSTITUTO MEXICANO DE INVESTIGACIONES
 ECONOMICAS

Precios:

México	\$ 40.00
Extranjero	4.00 Dls.

Distribuye:

CUADERNOS AMERICANOS

Av. Coyoacán 1035
 México 12, D. F.

Apartado Postal 965
 México 1, D. F.

Teléfono: 5-75-00-17

Precios
Pesos Dólares

JAMES W. WILKIE.—EDNA MONZON
DE WILKIE

MEXICO VISTO EN EL SIGLO XX

Entrevistas de historia oral. Ramón Beteta, Marte R. Gómez, Manuel Gómez Morín, Vicente Lombardo Toledano, Miguel Palomar y Vizcarra, Emilio Portes Gil, Jesús Silva Herzog

Ninguna de las personas entrevistadas se propuso hacer su autobiografía o la historia contemporánea de México, no obstante lo cual, hay un poco de lo uno y de lo otro. Sin embargo, tenemos la seguridad de que el contenido de la obra será de indudable utilidad e interés para historiadores, sociólogos, economistas, políticos y aún para sicólogos 100.00 9.00



INSTITUTO MEXICANO DE INVESTIGACIONES
ECONOMICAS

Distribuye:

CUADERNOS AMERICANOS

Av. Coyoacán 1035

Apartado Postal 965

México 12, D. F.

México 1, D. F.

Tel.: 5-75-00-17

INSTITUTO MEXICANO DE
INVESTIGACIONES ECONOMICAS

	Pesos	Dls.
<i>Colección de Folletos para la Historia de la Revolución Mexicana</i> , dirigida por JESÚS SILVA HERZOC.		
Se han publicado 4 volúmenes de más de 300 páginas cada uno sobre "La cuestión de la tierra". De 1910 a 1917	20.00	2.00
<i>Bibliografía de la Historia de México</i> , por ROBERTO RAMOS	100.00	10.00
<i>Trayectoria y ritmo del crédito agrícola en México</i> , por ALVARO DE ALBORNOZ	65.00	6.00
<i>El Problema Fundamental de la agricultura Mexicana</i> , por JORGE L. TAMAYO, autor de la <i>Geografía General de México</i> . Esta obra es algo así como un grito de alarma sobre el futuro del campo mexicano	20.00	2.00
<i>Investigación socioeconómica directa de los ejidos de San Luis Potosí</i> , por ELOÍSA AIEMÁN	10.00	1.00
<i>El pensamiento económico, social y político de México. 1810-1964</i> , por JESÚS SILVA HERZOC	70.00	6.00
<i>México Visto en el Siglo XX</i> , por James Wilkie y Edna M. de Wilkie	100.00	9.00
<i>Investigación socioeconómica directa de los ejidos de Aguascalientes</i> , por Mercedes Escamilla	10.00	1.00

—oOo—

Distribuye:

"CUADERNOS AMERICANOS"

Av. Coyoacán 1035
México 12, D. F.

Apartado Postal 965
México 1, D. F.

Tel.: 5-75-00-17



RECIENTES EDICIONES

NOVEDADES

CH. FOURIER

El nuevo mundo amoroso, 576 pp.

A. LEON

Psicopedagogía de los adultos, C. M. 59, 200 pp.

B. FALL

Ho Chi Minh: sobre la revolución 312 pp., C. M. 58.

VARIOS AUTORES

América Latina en su Literatura,

Edición y Prólogo de C. Fernández Moreno.

(Coedición con UNESCO), 504 pp.

J. L. GONZALEZ

En Nueva York y otras desgracias, 152 pp., C. M. 60.

P. GASPARINI

Para verte mejor, América Latina, 180 pp.

L. SEBAG

Marxismo y estructuralismo, 288 pp.

H. LEFEBVRE

Lógica formal, lógica dialéctica, 356 pp.

M. RANDALL

Mujeres en la revolución, 368 pp.

C. BATAILLON

La ciudad y el campo en el México Central, 444 pp. Ilustrado.

DE VENTA EN TODAS LAS BUENAS LIBRERIAS O EN
SIGLO XXI EDITORES, S. A., GABRIEL MANCERA, 65
MEXICO 12, D. F., TEL.: 543-93-92



Renault 17



Renault 15

¿Va usted a Europa? viaje en **RENAULT** nuevo con garantía de fábrica

Viajando en automóvil es como realmente se conoce un país, se aprende y se goza del viaje.

Además, el automóvil se va transformando en un pequeño segundo hogar, lo que hace que el viaje sea más familiar y grato.

Tenemos toda la gama **RENAULT** para que usted escoja (**RENAULT** 4, 6, 8, 12 y 12 quatin, 15, 16 y 17).

Se lo entregamos donde usted desee y no

tiene que pagar más que el importe de la depreciación.

Es más barato, mucho más, que alquilar uno.

Si lo recibe en España, bajo matrícula TT española, puede nacionalizarlo español cuando lo desee, pagando el impuesto de lujo. Por ejemplo, el **RENAULT** 12 paga 32,525.00 Pesetas y otros gastos menores insignificantes.

AUTOS FRANCIA, S. A. Serapio Rendón 117 Tel. 535-37-08 Informes: Srita. Andión.



FONDO DE CULTURA ECONOMICA

Nuestras colecciones, que cubren una amplia gama de conocimientos con libros de pulcra edición y precio justo, están ahora más cerca de usted en nuestras diez librerías, en donde, además, puede adquirir las ediciones de Era, Joaquín Mortiz, Porrúa. Siglo XXI y UNAM.

LIBRERIAS DEL FONDO DE CULTURA ECONOMICA

En el Distrito Federal:

LIBRERIA CUAUHTEMOC
Avenida Cuauhtémoc 80.

LIBRERIA ESCOBEDO
Mariano Escobedo 665

LIBRERIA LINDAVISTA
Insurgentes N. y Montevideo.

LIBRERIA REFORMA
Reforma y Havre.

LIBRERIA UNIVERSIDAD
Av. Universidad 975

En el Interior:

SUCURSAL GUADALAJARA
Corona y Revolución
Guadalajara, Jal.

SUCURSAL JALAPA
Zamora 12
Jalapa, Ver.

SUCURSAL MONTERREY
Galeana 1032
Monterrey, N. L.

SUCURSAL PUEBLA
Avenida Juárez 314
Puebla, Pue.

SUCURSAL SATELITE
Local 178. Plaza Satélite
Edo. de México.

ULTIMAS PUBLICACIONES

Precios

Pesos Dólares

<p>CHILE HACIA EL SOCIALISMO, por Sol Arguedas, con prólogo de Hugo Vígorena, Embajador de México en Chile. Es un documento vivo y dramático. La autora ha escrito este libro después de haber vivido en Chile en los momentos políticos de mayor trascendencia en los últimos 10 años .</p>	<p>30.00 3.00</p>
<p>LOS FUNDADORES DEL SOCIALISMO CIENTIFICO. MARX, ENGELS, LENIN, por Jesús Silva Herzog. Un libro sin académicos engorros con propósitos de divulgación. Contiene un estudio preliminar y una antología de los tres pensadores estudiados, con veintidos retratos</p>	<p>20.00 2.00</p>

—oOo—

De venta en las mejores librerías.

"CUADERNOS AMERICANOS"

Av. Coyoacán 1035

Apartado Postal 965

México 12, D. F.

México 1, D. F.

Tel.: 575-00-17

CUADERNOS AMERICANOS

SERVIMOS SUSCRIPCIONES DIRECTAMENTE DENTRO
Y FUERA DEL PAIS

A las personas que se interesen por completar su colección les ofrecemos ejemplares de números atrasados de la revista, según detalle que aparece a continuación con sus respectivos precios:

Año	Ejemplares disponibles	América y		
		México	España	Europa
		Precios por ejemplar		
		Pesos	Dólares	
1942	90.00	7.20	7.50
1943	90.00	7.20	7.50
1944	Números 3 y 5	90.00	7.20	7.50
1945	90.00	7.20	7.50
1946	90.00	7.20	7.50
1947	90.00	7.20	7.50
1948	Número 6	90.00	7.20	7.50
1949	Número 4	90.00	7.20	7.50
1950	90.00	7.20	7.50
1951	75.00	6.00	6.30
1952	Número 4	75.00	6.00	6.30
1953	Números 3, 5 y 6	75.00	6.00	6.30
1954	Números 5 y 6	75.00	6.00	6.30
1955	Número 6	75.00	6.00	6.30
1956	Números 3 al 6	75.00	6.00	6.30
1957	Los seis números	75.00	6.00	6.30
1958	Número 6	75.00	6.00	6.30
1959	Números 2 al 6	75.00	6.00	6.30
1960	75.00	6.00	6.30
1961	Número 5	45.00	3.60	3.90
1962	Números 4 y 5	45.00	3.60	3.90
1963	45.00	3.60	3.90
1964	Números 1, 2, y 6	45.00	3.60	3.90
1965	45.00	3.60	3.90
1966	Número 6	15.00	3.60	3.90
1967	Números 4, 5 y 6	45.00	3.60	3.90
1968	Números 1, 3 al 6	45.00	3.60	3.90
1969	Números 2, 4 al 6	45.00	3.60	3.90
1970	45.00	3.60	3.90
1971	Números 1, 2 y 4	45.00	3.60	3.90
1972	Números 3 al 6	45.00	3.60	3.90

SUSCRIPCION ANUAL (6 volúmenes)

México	\$ 150.00	
Otros países de América y España		Dls. 13.50
Europa y otros continentes		" 15.50
PRECIO POR EJEMPLAR DEL AÑO 1973		
México	\$ 30.00	
Otros países de América y España		Dls. 2.70
Europa y otros continentes		" 3.00

Los pedidos pueden hacerse a:

Av. Coyoacán 1035 Apartado Postal 965

o por teléfono al 5-75-00-17

México, D. F.

Véanse en la solapa posterior los precios de nuestras publicaciones extraordinarias.

COMPRAMOS EJEMPLARES DE LOS AÑOS DE 1942 y 1943
Y COLECCIONES COMPLETAS.

PETROLEOS MEXICANOS

AL

SERVICIO DE MEXICO

Marina Nacional 321

México, D. F.

CASA DE LAS AMERICAS

revista bimestral

Colaboraciones de los mejores escritores latinoamericanos,
y estudios de nuestras realidades.

Director: ROBERTO FERNÁNDEZ RETAMAR

Suscripción anual, en el extranjero:
Correo ordinario, tres dólares canadienses
Por vía aérea, ocho dólares canadienses

* * *

Casa de las Américas, Tercera y G, El Vedado,
La Habana, Cuba

SIN NOMBRE

Revista Trimestral Literaria

Apartado 4391, San Juan, Puerto Rico 00905

Nilita Vientós Gastón, Directora. Monelisa L. Pérez Marchand, Subdirectora.
Ortita Oliveras de Carreras, Administradora. Provin V. Froscher,
Subadministradora.

SUMARIO

(Vol. III, No. 2)

*JOSE EMILIO GONZALEZ: La individualidad psicológica y moral de Martín Fierro en la primera parte del poema. *JUAN LOVELUCK: Neruda colaborador de *La Nación*: 1927-1929. *FRANCISCO AYALA: Presentación de intenciones literarias. *JORGE W. AVALOS: La viuda negra. *MANUEL RAMOS OTERO: Sacrificio en Venecia. *JESUS LOPEZ PACHECO: Poema audiovisual. *MARIGLORIA PALMA: A la casa... ¡oh mi casa! *HORACIO ESTEBAN RATTI: Medio verano. *MANUEL MALDONADO DENIS: El Grito de Lares: la vigencia de un principio histórico. *BERNARDO GICOVATE: Presencia de Shakespeare en la poesía de Juan Ramón Jiménez. *LEON EDEL: El último acorde del quinteto. *LOS LIBROS: ARCADIO DIAZ QUINONES, FERNANDO AINSA, JACINTO LUIS GUERENA, ANTONIO FERNANDEZ MOLINA, GASTON FIGUERA. *COLABORADORES.
Portada Lorenzo Homur.

SUSCRIPCION:

Un año	\$ 10.00
Estudiante, Puerto Rico	\$ 5.00
Número suelto	\$ 2.75

CUADERNOS AMERICANOS

(La revista del nuevo mundo)

Publicación bimestral

Circula ampliamente por todos los continentes

Precios para 1973

Suscripción anual:

	<i>Pesos</i>	<i>Dólares</i>
México	150.00	
Otros países de América y España .		13.50
Europa y otros continentes .		15.50
Precio del ejemplar:		
México	30.00	
Otros países de América y España .		2.70
Europa y otros continentes .		3.00

Ejemplares atrasados precio convencional

HAGA SUS PEDIDOS A:

Av. Coyoacán 1035

México 12. D. F.

Apartado 965

México 1, D. F.

Tel.: 5-75-00-17

REVISTA HISPANICA MODERNA

Fundador: Federico de Onís

Se publica trimestralmente. Dedicada atención preferente a las literaturas española e hispanoamericana de los últimos cien años. Contiene artículos, reseñas de libros, textos y documentos para la historia literaria moderna y una bibliografía hispánica clasificada. Publica periódicamente monografías sobre autores importantes con estudios sobre la vida y la obra, una bibliografía, por lo general completa y unas páginas antológicas.

Directores:

Eugenio Florit y Susana Redondo de Feldman

Precio de suscripción y venta: 6 dólares norteamericanos al año

Número sencillo: 1.50 dólares, Número doble: 3.00 dólares

HISPANIC INSTITUTE

Columbia University

612 West 116th Street New York, N. Y. 10027

CUADERNOS
AMERICANOS

AÑO XXXII

VOL. CLXXXVIII

3

MAYO-JUNIO

1973

MÉXICO, D. F., 1º DE MAYO DE 1973

REGISTRADO COMO ARTÍCULO DE SEGUNDA CLASE EN
LA ADMINISTRACIÓN DE CORREOS DE MÉXICO, D. F.
CON FECHA 23 DE MARZO DE 1942.

JUNTA DE GOBIERNO

Rubén BONIFAZ NUÑO
Pedro BOSCH-GIMPERA
Pablo GONZALEZ CASANOVA
Manuel MARTINEZ BAEZ
Arnaldo ORFILA REYNAL
Jesús REYES HEROLES
Javier RONDERO
Manuel SANDOVAL VALLARTA
Jesús SILVA HERZOG
Ramón XIRAU
Agustín YAÑEZ

Director-Gerente
JESUS SILVA HERZOG

Edición al cuidado de
PORFIRIO LOERA Y CHAVEZ

Se prohíbe reproducir artículos de esta Revista
sin indicar su procedencia

CUADERNOS AMERICANOS

No. 3

Mayo-Junio de 1973

Vol. CLXXXVIII

INDICE

NUESTRO TIEMPO

	<i>Pág.</i>
ANA LÍA PAYRÓ. Brasil: Otra vez gendarme de América Latina	7
ANTONIO GARCÍA. La hora cero de la Universidad Colombiana	25
La Guerra Civil Española no ha terminado, por MARYSE BERTRAND DE MUÑOZ	43

HOMBRES DE NUESTRA ESTIRPE

MANUEL ANDÚJAR; CORPUS BARGA; ANTONIO BUERO VALLEJO; JOSÉ GARCÍA LORA; CARLETTO Y GUTIERRE TIBÓN; DENIS MARION; JOSÉ MONLEÓN; LUCIANO RINCÓN; EMMANUEL ROBLES; EMIR RODRÍGUEZ MONEGAL; GONZALO SOBEJANO. Alcance al Home-naje a MAX-AUB	57
---	----

AVENTURA DEL PENSAMIENTO

ELÍ DE GORTARI. El astrónomo que movió la tierra	109
JESÚS SILVA HERZOG. "Disquisiciones Capitalistas"	127

PRESENCIA DEL PASADO

FRANCISCO JIMÉNEZ. Martí y las razas	155
MANUEL PEDRO GONZÁLEZ. Al margen de una polémica martiana	165

	<i>Pág.</i>
R. OLIVAR-BERTRAND. "Españolito que vienes al mundo..."	184
FELIPE COSSÍO DEL POMAR. Con César Vallejo en la otra orilla	199
De Bibliografía Martiana, por L. B. KLEIN	206

DIMENSION IMAGINARIA

ELÍAS NANDINO. Poemas	213
LINDA GOULD LEVINE. <i>Don Julián: Una "Galería de espejos" Literarios</i>	218
ADRIANA GARCÍA DE ALDRIGDE. Herejía y portento en "Carne, Esferas, ojos grises junto al Sena", de Carlos Fuentes	231
FRANCISCO CAUDET. Aproximaciones a José María Salaverría	247
HUGO W. COWES. Realidad y superrealidad en <i>Los Santos</i> , de Pedro Salinas	262

Nuestro Tiempo

BRASIL: OTRA VEZ GENDARME DE AMERICA LATINA

Por *Ana Lia PAYRO*

EL tema brasileño ha sido analizado después de 1964 desde distintas perspectivas: la generalidad de la prensa europea exalta el "milagro" y trata de asemejarlo al caso de Alemania Occidental (sin equivocarse demasiado; dólares norteamericanos en uno u otro caso han obrado "mágicamente"), mostrando, visiblemente entusiastas, un caso de "despegue" del subdesarrollo al desarrollo y sobre todo especulando sobre las posibilidades de inversión del Mercado Común Europeo en un tradicional coto de caza norteamericano.

Los analistas yanquis no pueden confundirse —a menos que lo hagan intencionadamente— ya que ellos "inventaron" el modelo brasileño de desarrollo, y sobre todo definieron su papel: correa de transmisión de capitales y manufacturas; capitales "brasileñizados" pero no por ello de menor filiación monopólica y manufacturas "baratas", logradas al costo social de la marginación de las vastas mayorías brasileñas. País satélite del imperialismo norteamericano, cumple además un rol correlativo: gendarme general de América del Sur.

En los países latinoamericanos y especialmente en los que integran el cono sur de sudamérica hay tres enfoques nítidamente delineados: los sectores sociales y políticos que han definido su estrategia en el triunfo de un modelo de desarrollo similar al brasileño y que encuentran en aquel país una referencia no sólo ideológica sino que concretamente le han adjudicado el papel de sub-metrópoli idónea, para el despliegue de los planes del capitalismo monopólico norteamericano.

Otros sectores, si bien de acuerdo en lo básico con los proyectos de "desarrollo" del imperialismo para los países en "vías de desarrollo", no aceptan que el papel de satélite privilegiado le haya sido adjudicado al Brasil y disputan con éste el dudoso privilegio que le ha sido asignado por la estrategia yanqui.

Los sectores populares y revolucionarios representan la tercera y por cierto mayoritaria expresión de un enfoque que no se engaña

con el término subimperialismo, y se niega a asumir posiciones ¡"antibrasileñas"! que lo coloquen en el juego de los gobiernos: disputar el carácter de colonia favorita. Así, para dichos sectores, no hay antibrasileñismo sino hay solamente una posición antiimperialista, y en esa dimensión sólo puede haber hacia los hermanos brasileños, ahogados, reprimidos y explotados por la dictadura de los mariscales, solidaridad fraterna y denuncia constante de los crímenes y el genocidio cometidos en nombre del orden, el desarrollo y el cumplimiento de un destino imperial manifiesto.

En la Argentina, estas tres posturas tienen una presencia particularmente notable, determinada por la complejidad del esquema político y social.

*El pluralismo ideológico como
consigna demagógica*

CUANDO la "Revolución Argentina", es decir cuando la dictadura militar de los monopolios se entroniza en el poder en 1966, el proyecto que intenta desplegar, desbrozado de las características mesiánicas, corporativistas, etc. tan caras al general Onganía, no es otro que el que hoy se conoce como "modelo brasileño" y que no era más que la coherentización a nivel político de la expansión monopólica de los capitales norteamericanos que se había iniciado en 1955.

Los generales que habían entrado sin discusión en los planes del Pentágono y que aceptaron la estrategia militar norteamericana, que hacía de los ejércitos latinoamericanos ya no los defensores de la soberanía territorial sino los represores de los movimientos populares, se convierten en los artífices de los nuevos planes de desarrollo. Era necesario sanear políticamente a la nación para que el proceso de expansión monopólica pudiera desarrollarse sin trabas, como las que formalmente podía significar la presencia de un poder civil o de un parlamento. Es decir, que aún la democracia burguesa, fraudulenta y proscriptiva de la Argentina, era un escollo para el triunfo de los monopolios en nuestro país.

Estos son los planes de la "Revolución Argentina", jaqueados y derrotados por las grandes movilizaciones populares que se inician en 1968 y levantan a ciudades enteras en insurrecciones de masas, donde vastos sectores de la clase media se alían a los obreros bajo claras consignas antimonopólicas.

Insurrecciones de masas y guerrilla urbana son entonces las dos manifestaciones concretas de la lucha antiimperialista, pero ambas

con un eje que les da permanencia y las coherentiza, enmarcándolas en un proyecto nuevo de desarrollo, cual es el socialismo nacional. Ese eje no es otro que el Movimiento Nacional Peronista, proscripto desde 1955.

Luego de la caída de Onganía, el breve paso de Levingston por el gobierno no es más que un momento táctico que intenta dar nueva vida a la dictadura militar ya herida de muerte.

Lanusse, el último presidente de la "Revolución Argentina" era el encargado de enterrarla, salvaguardando el poder para las fuerzas armadas y entregando los despojos de un poder civil condicionado por la presencia viva de los monopolios y del poder detrás del trono: el derecho de veto que se arroga el ejército argentino. Esas eran las intenciones, pero la realidad mucho más rica y compleja que cualquier proyecto de los militares ha demostrado también el fracaso de la "apertura" lanussita.

El plan preveía originalmente (ha sido la táctica constante desde 1955) una división del Movimiento Nacional Peronista y la integración de parte de él a los proyectos continuistas del gobierno, para legitimar así, "constitucionalmente" la expansión monopólica, quebrando además la oposición política que desde 1955 impedía la "normalización" institucional en la Argentina. Para ello era necesario cambiar la imagen —hasta donde resultara posible— de la dictadura militar: apertura del proceso político; cese de la represión indiscriminada de Onganía y su reemplazo por una más sutil, donde los secuestros, las torturas, los fueros especiales y los grupos parapoliciales cumplieran su cometido.

Y en este esquema de la apertura también se destacaba un plano internacional que había que encarar. Y para ello no existía nada mejor que levantar una posición antibrasileña, donde la Argentina apareciera, si no como una clara alternativa, por lo menos mostrando que en sudamérica el espectro ideológico era variado y que las opciones no pasaban necesariamente por el liderazgo brasileño.

- Es así que Lanusse inicia a fines de 1971 su periplo latinoamericano, enarbolando las banderas del pluralismo ideológico y enfrentando con este nuevo "cañón" los bastiones de la política de las fronteras ideológicas, inventada en su momento por Onganía y los mariscales brasileños. Definido su gobierno como de "centro izquierda" viaja a los países del Pacto Andino tratando de crear una posición "independiente" para la Argentina, que le permitiera negociar con Garrastazú Medici con márgenes de maniobra.

Sin embargo, los objetivos de esa política son claros para nuestro pueblo y deben serlo también para los países hermanos de Amé-

rica Latina: la posición antibrasileña de la dictadura militar de los monopolios, hoy encabezada por Lanusse, no es más que el intento demagógico de fortalecer el frente interno militar —profesionalmente antibrasileño— a fin de que estreche filas y apoye los planes continuistas. Al mismo tiempo, manifiesta la vocación de la camarilla militar de que la Argentina sea la elegida por el imperialismo norteamericano como colonia privilegiada y su árbitro delegado en el cono sur de sudamérica.

La vulnerabilidad del modelo brasileño

UNA pregunta central, que a esta altura de los acontecimientos mundiales deberíamos hacernos, es una que por cierto escapa al ámbito de la retórica: ¿es posible que en los países semicoloniales de América Latina se establezca un proyecto de expansión monopólica, capaz de integrar económica, social y políticamente a las grandes mayorías populares?

La pregunta es válida porque no estamos aquí, al considerar el caso del Brasil, hablando de un país que haya llegado al desarrollo capitalista a partir del despliegue armónico y coherente de las fuerzas productivas, como ocurriera en la generalidad de los países de Europa Occidental desde hace 200 años.

Hablamos en cambio de un país y de países que han sido, en ese mismo lapso, colonias o semicolonias del capital imperialista europeo —especialmente inglés en el cono sur de sudamérica—, y que han comenzado a proyectar estrategias de desarrollo capitalista independiente, recién hacia los años 30 de nuestro siglo. Al socaire de las crisis agónicas del sistema capitalista mundial y a través de políticas que conocemos como de "sustitución de importaciones", trataron de romper el marco de la división internacional del trabajo.

Así, los países ibeoramericanos han pasado, en las seculares luchas por la independencia, del dominio colonial español al dominio colonial o semicolonial inglés o norteamericano, según las zonas. Probaron, entonces, con su trágica experiencia colectiva, que sólo mediante un proceso revolucionario profundo que destruya de raíz el sistema de dominación, podrán llegar al desarrollo autónomo e independiente.

Pero esto nos lleva necesariamente a recordar lo que fueron las consignas básicas de los patriotas de las luchas hispanoamericanas en los primeros años del siglo XIX: sólo la unidad nacional latino-

americana, sobre la base del triunfo popular, podrá garantizar la independencia definitiva de nuestras naciones.

Menciono este conjunto de hechos, profundamente enraizados en la conciencia histórica y política de los pueblos, simplemente como punto de partida, ya que el Brasil nunca dejó de ser una semicolonias, primero del capitalismo inglés, y ahora del norteamericano. Nunca atravesó —ni siquiera al independizarse del Portugal— por una revolución que afectara profundamente sus estructuras. Y si hubo momentos —como los señalados por el triunfo del varguismo— donde se cuestionó el dominio de la oligarquía tradicional; este enfrentamiento, por la débil base social que lo sustentaba, no pudo romper los marcos del capitalismo dependiente, concluyendo en la derrota de su esfuerzo con el suicidio de Getulio Vargas.

Es así que desde ese único intento, Brasil ha marchado amparándose en su gigantesco territorio desvertebrado; en la lucidez de sus derechas; en la atomización de la expresión política de las masas populares; en sus enclaves industriales de gran desarrollo, como San Pablo; en el nivel de vida infrahumano del Nordeste, por un camino invariable en la búsqueda del rescate de su pasado imperial.

Y, justamente es sobre la base de los tremendos contrastes característicos de la sociedad brasileña, que se cimenta el proyecto de los mariscales iniciado en 1964: no la construcción de un capitalismo independiente del imperialismo, sino por el contrario el afianzamiento de la dependencia. Pero una dependencia lo suficientemente "poderosa" como para tener fuerza negociadora frente a la metrópoli norteamericana.

Este proyecto, no podía darse fuera del marco delineado por la estrategia yanqui, iniciada al terminar la segunda guerra mundial. Así describe Theotonio Dos Santos sus características centrales: "La industrialización de los últimos años se caracteriza por el control creciente del capital extranjero sobre la gran industria. Este control, que se produce al mismo tiempo que se consolidan la concentración y monopolización del sector industrial destruye paulatinamente las posibilidades de un desarrollo nacional independiente y somete a la sociedad, la opinión pública, la economía y el Estado al progresivo control del capital extranjero".

Así vemos que el capital extranjero deja de afincarse en lo que había sido su ámbito tradicional: el sector exportador de productos primarios, para consolidar, ahora, una nueva división internacional del trabajo. Esta no plantea como en el pasado, una espe-

cialización entre países agrarios y países industriales, sino entre países productores de manufacturas y maquinarias livianas y aquellos, que por su desarrollo cuentan con una industria pesada capaz de exportar bienes de capital y fundamentalmente tecnología.

Las formas del control y monopolización del sector industrial, también son conocidas: o la instalación de plantas subsidiarias, con sede en el exterior o directamente la compra, es decir, la desnacionalización de los sectores industriales de capital nacional.

Las consecuencias son claras: desaparición de la pequeña y mediana industria absorbida por las empresas multinacionales o su liquidación por la competencia monopólica. La burguesía nacional, clase con débiles y cíclicos arrestos de independencia frente al imperialismo, convertida directamente en administradora de las nuevas empresas de capital extranjero. Correlativamente: desempleo, congelamiento de salarios, pauperización de las viejas clases medias, deterioro constante de los salarios, etc.

En esta nueva división del trabajo inspirada por los monopolios —es decir, por las necesidades de supervivencia del capital imperialista mundial—, América Latina no podía estar marginada y, dentro de ella, a Brasil, por sus características peculiares, le ha sido asignado un papel central. Vivian Trías en "Imperialismo y geopolítica en América Latina", 1969, lo reseña así:

"a) La integración económica de América Latina es una pieza maestra de la nueva política norteamericana en el Sur.

b) Esa integración se concentra en la organización del Mercado Común Latinoamericano.

c) El eje central del Mercado Común es el Brasil; por su potencial de recursos naturales, su grado de desarrollo industrial, su magnitud, su excepcional situación geográfica y su numerosa población.

d) El control yanki de las estructuras industriales brasileñas —y muy especialmente de las siderúrgicas— permite pensar en una expansión exterior del capitalismo brasileño en el mercado latinoamericano y aprovechando recursos naturales de sus vecinos (gas y hierro bolivianos, potencial hidroeléctrico paraguayo, etc.) que, en rigor, será la cubierta de los monopolios de Wall Street.

e) Ello significa una especie de división del trabajo a escala continental, en la que el Brasil será el emporio industrial, particularmente en la industria pesada. Es decir, un subimperialismo íntimamente conectado a los intereses supremos de los Estados Unidos".

Algunos datos

BRASIL cuenta con una extensión territorial de 8.500,000 km² y con una población cercana a los 100 millones de habitantes. La mayoría de ella, unos 80 millones, se halla concentrada en la faja costera que se extiende desde Ceará hasta Rio Grande Do Soul, mientras los restantes 6 millones de km² quedan prácticamente deshabitados. Es en la región centro-sur, que abarca Bello Horizonte, Río de Janeiro y San Pablo, donde se nuclea la vida económica, configurando el "polo" de crecimiento del inarticulado modelo brasileño.

Tomando cifras publicadas por la CEPAL en 1967 en "Estudios sobre la distribución del ingreso en América Latina" vemos que sobre una población de 90 millones de habitantes, con un ingreso medio per cápita de 350 dólares anuales, el perfil de la demanda está constituido por 45 millones de personas (50% de la población), con un ingreso per cápita de 130 dólares (20% del ingreso total). 36 millones de personas (40% de la población) con un ingreso similar al promedio general (40% de la renta nacional). 8.1 millones de personas (9% de la población) con un ingreso per cápita de 880 dólares (22% de la renta) y 900,000 personas (1% de la población) con 6,500 dólares de ingreso per cápita (18% de la renta).

Calculando los sectores marginales incluidos en el segundo grupo, cuya renta promedio es similar a la media nacional, es posible decir que cerca del 60% de la población brasileña, prácticamente no tiene acceso a la economía de mercado. Los datos para 1970 y años sucesivos no se modifican en lo esencial: sólo 35 ó 38 millones de brasileños participan en forma integral en el mercado.

Estas cifras, aun cuando no contáramos con otros datos, permiten señalar desde ya los problemas centrales, sobre los cuales pivotea el futuro del "milagro" brasileño. Muestran, el carácter volcánico de un modelo de desarrollo que se cimenta sobre la marginalidad social, económica y política de más de la mitad de la población, tanto porque una política redistributiva está totalmente fuera del proyecto, como que éste, requiere como condición primera, mano de obra barata y superexplotada, para poder penetrar en los mercados latinoamericanos.

Las mismas cifras, demuestran potencialmente, la tremenda dependencia brasileña de los mercados exteriores y caracterizan desde ya, las ofensivas diplomáticas y comerciales que al margen de América Latina los impulsa a Africa, Europa, etc. El contrasentido de un proyecto industrialista, para el que no cuenta la expansión de su

propio mercado interno, señala otra de las fisuras, que a poco tiempo pondrán en crisis el "milagro" brasileño.

Podríamos mencionar, por ejemplo, la política agraria: la necesidad de incrementar la productividad del campo no pasa, para los mariscales, por expropiar los latifundios y erradicar el minifundio, su correlato obligado. Muy por el contrario, la solución para no modificar el statu quo agrario es abrir nuevas tierras a la explotación dejando intacto en lo esencial un sistema de distribución de la tierra cuyos porcentajes son los siguientes: los latifundios ocupan el 53% de la tierra explotada; las explotaciones medias, el 38%; las unidades familiares, el 8% y el minifundio, el 1%, pero de tal manera que estos últimos constituyen el 32% de las explotaciones agrícolas del país, mientras que el primer grupo representa apenas el 3% de los establecimientos del sector. Este aspecto es central en cualquier estrategia de desarrollo industrial autónomo: expropiación de la oligarquía terrateniente y nacionalización de la tierra. Y en este punto, también el modelo brasileño revela su irremediable carácter dependiente: no tocar a los terratenientes ni siquiera para crear un mercado interno para su propia industria.

En cuanto a la inversión externa, base del "milagro" también puede haber problemas. Una publicación norteamericana "Rundt's Weekly Intelligence", anuncia que Brasil ha llegado a un punto de saturación en materia de préstamos y créditos provenientes del exterior, señalando que su deuda externa es de 7,000 millones de dólares.

Carlos Abalo, periodista argentino escribe en la Revista "Estudios para la Economía Argentina": "El aporte del capital extranjero también producirá dificultades a corto plazo. Por lo pronto la deuda externa de Brasil —que en 1964 era de 1,000 millones de dólares— se situará a fines de 1971 en 5,200 millones, de manera que ya los aportes netos anuales de capital representan nada más que el 60 ó 65 por ciento de los servicios totales." Ronaldo Costa, Secretario Adjunto para Asuntos Económicos de Itamaraty, señaló en julio de 1971, en la Escuela Superior de Guerra, que Brasil deberá aumentar sus exportaciones en un 15% para afrontar los compromisos con el exterior y seguir manteniendo el crédito internacional del que goza en la actualidad.

"Por otra parte, la gran masa de acumulación de capital externo frente a la quiebra y debilitamiento de las empresas de capital nacional, están creando un nuevo enclave en el seno de la economía brasileña, con un poder económico de fácil y rápida expansión. Aunque al principio de la segunda fase, el gobierno trató de neutralizar esta fuerza, auxiliando a la pequeña y mediana industria,

la reforma tributaria y los proyectos en marcha indican que no ha quedado más remedio que aceptar el nuevo y privilegiado enclave. Así, se ha autorizado a los bancos extranjeros a participar en los bancos de inversiones y el Banco de Brasil se ha transformado en una empresa multinacional".

Es decir que para pagar la deuda externa, esto es para pagar los préstamos y créditos —descontadas las gigantescas utilidades que se llevan— Brasil debe incrementar el ritmo de sus exportaciones en productos industriales o en productos tradicionales so pena de convertirse en un país moroso y perder el eje del proyecto de desarrollo. Para que ello no ocurra, debe acelerar al máximo su estrategia expansionista que le permita crear mercados seguros en América Latina, tanto para sus productos como para los capitales "brasileños".

Y esto abre a nuestra consideración otra cuestión central.

El destino manifiesto

BRASIL nunca permitirá que América Latina olvide que alguna vez fue un imperio. Esa conciencia larvada del nacionalismo "imperial" salvó de la desintegración territorial a esa gigantesca masa cruzada de fuerzas centrifugas, donde núcleos autónomos crecieron sin ninguna conexión con el poder central. Y ella también permitió su crecimiento a costa de los territorios limítrofes de Paraguay, Bolivia, Perú, etc., hasta lograr sus casi 9 millones de km²: la mitad de América del Sur. Desde el extremo noreste de Sudamérica —el territorio adjudicado por el Tratado de la Tordesillas—, la marcha implacable de los bandeirantes al sur y al oeste, parece proseguir. Al oeste lo detiene —en su viaje al Pacífico—, un brazo del Perú que envuelve a Ecuador. Al Sur, la República Oriental del Uruguay le impide el control de una de las márgenes del Plata.

Pero las maneras y modos del expansionismo de este satélite privilegiado de los Estados Unidos son variados y en una amplia estrategia abarcan al conjunto de América del Sur.

El General Golbery Do Couto e Silva decía hace veinte años: "También nosotros podemos invocar un destino manifiesto, tanto más cuando él no roza, en el Caribe, con el de nuestros hermanos mayores del Norte...". Estados Unidos invocó desde su independencia ese destino manifiesto que muy pronto lo llevaría al dominio del Caribe. Hoy, Brasil se acerca a Guyana, puente de lanzamiento de sus nuevos rumbos mercantiles. Pero no hay fricciones: el sub-imperialismo brasileño no es más que el imperialismo norteamericano

El tratamiento como "potencia de primer orden" concedido por el Presidente Nixon ha exaltado sus "sentimientos patrióticos" en forma notable. Un artículo publicado en el semanario "Manchete" y recogido por el boletín del Comité de Denuncia de la Represión en Brasil, merece ser citado extensamente por la claridad del planteo y porque en cierta forma revela el pensamiento oficial en la materia: "... En el panorama internacional existen actualmente naciones predestinadas y naciones condenadas. Nosotros estamos en el primer grupo. Sabemos que nuestro horizonte está a la vista, aunque quizá no esté al alcance de nuestra generación. Pero un pueblo no se mide por una o dos generaciones. Lo cierto es que tenemos un destino a cumplir abajo del Río Grande y de la línea del Ecuador, en el área de los trópicos que se desdobra hasta el Polo Sur. ¿No es éste el mismo destino de Estados Unidos en el Polo Norte; de Alemania, Italia, Francia e Inglaterra en Europa; de Rusia y China en Eurasia; y de Japón en el Sudeste asiático?

Nos faltaba solamente el liderazgo, la dirección y administración que ahora tenemos. Nadie debe sorprenderse, por lo tanto, si nuestros autos, camiones, telas, revistas, diarios, heladeras y máquinas empezaren a invadir los mercados. O si los Acuerdos de Robore, las sondas de Petrobrás y la Hidroeléctrica de Sete Quedas hirieran los sentimientos nacionalistas de bolivianos, peruanos y paraguayos. . .

Al mismo tiempo se ha arraigado en la conciencia del país la convicción de que cualquier nación, para progresar necesita ser egoísta, defender sus productos, agredir los mercados, invadir los puertos, disputar los compradores, vender por el mejor precio posible, competir y ganar a los rivales. En esta lucha los países que se agigantan en el escenario van expulsando de él los competidores. . .

Bueno, por una fatalidad geográfica, hemos sido condenados a vivir juntos en esta parte meridional del hemisferio. Nuestras cancillerías se han preocupado de establecer parámetros de una convivencia pacífica.

Más que esto, no nos interesa la desgracia de ninguno de nuestros vecinos:

1. Estratégicamente, tenemos una gran frontera de 16,000 km, desparramados y esparcidos, que van de las Guayanas al Plata y de las cuales necesitamos cuidar mejor, incluso por una cuestión de supervivencia y de seguridad nacional.

2. Económicamente tenemos con Latinoamérica una relación comercial y mercantil en la que nos va bastante bien, incluso por la cuestión de la proximidad del trigo argentino, del petróleo ve-

neolano, de la lana y la carne uruguaya, el pescado peruano, del cobre chileno y del estaño boliviano. No faltan en la Cuenca del Plata o en el Altiplano Andino las voces de los hombres de gobierno o de oposición, en la prensa y en la economía que defienden la necesidad y la urgencia de que Brasil asuma su posición de responsabilidad y liderazgo.

... Nuestras legítimas esperanzas son en el sentido que los presidentes Pastrana, Caldera, Ibarra, Banzer, Alvarado, Allende, Stroessner, Areco y Lanusse, tengan éxito en la ejecución de sus programas de recuperación y desarrollo. Si alguno de ellos fracasa estará naturalmente debilitándose frente a la subversión y abriendo las puertas al caos y a la bancarrota. Es para la posibilidad de este peligro que debemos estar siempre atentos. Además: necesitamos ser fuertes en todos los sentidos.

Debemos ser a la vez bastante realistas para no soñarnos encontrar en los muros y en las calles de Buenos Aires, Montevideo, Santiago, Lima, Quito, La Paz, Bogotá o Caracas los amables dichos "welcome" o "bienvenidos".

Es muy natural que en todas esas capitales exista hoy día la erupción de un justo temor en relación al gigante vecino largamente dormido, pero ahora ha despertado con la disposición de mostrar cómo es".

La Amazonia, un nuevo paso hacia el oeste

Los mariscales brasileños y sus voceros oficiosos tienen, como hemos visto, perfectamente diseñado su papel en Sudamérica. A ese proyecto no es ajeno, por cierto, la tesis de los *key country*, propiciada por los estrategias de los Estados Unidos: ayuda en dólares para convertir a algunos países en experiencias piloto para el desarrollo económico. Tampoco dejan de comprender que Latinoamérica en su conjunto es para los yanquis, una reserva de materiales estratégicos, a la vez que la función de sus ejércitos es servir de policía interna, verdadera retaguardia de las fuerzas armadas norteamericanas. Ello requiere desarrollar especialmente los proyectos multinacionales de infraestructura (telecomunicaciones, caminos, cuencas fluviales, etc.).

Es entonces, que los pasos dados para la integración territorial —de ese conjunto inarticulado que es hoy Brasil— se enmarcan no sólo en sus planes de desarrollo sino en la necesidad de poseer un ámbito nacional integrado, idóneo para cumplir con esos objetivos estratégicos.

En lo que se refiere a la integración territorial, el ejemplo de la Amazonia podría servir. Formada por los Estados de Amazonas y Pará y los territorios de Guaporé, Acre (logrado en una guerra con Bolivia), Rio Branco y Amapá, cuenta con una población cercana a los 3 millones de habitantes, en su mayoría indígenas. Dos ciudades, Manaus y Belem, nos recuerdan las glorias de la edad del caucho (antes que los ingleses aclimataran sus semillas en Oriente) y ahora decadentes enclaves de suntuosidad oligárquica en medio de la selva.

La carretera transamazónica es el instrumento central de integración y de avance hacia el Oeste. Ella significa el basamento para la exploración de riquísimos minerales de todo tipo y de un mar de petróleo cuya magnitud se desconoce, pero se presiente.

Junto con la carretera se proyecta la construcción de un gran lago artificial que resultaría de la inundación de 60,000 km² del corazón de la selva, con el propósito de alimentar tres usinas que producirán más de 7 millones de kilovatios.

Entre los fundamentos del proyecto, no figura ninguna explicación por el alto costo social, que según los mariscales brasileños requiere el "milagro": superexplotación de la mitad de la población; genocidio de los indios de la Amazonia —entre otros—, metralla desde helicópteros, inoculación del virus de la gripe y el sarampión o directamente la esterilización masiva. Es simplemente la ofrenda que la tecnocracia hace a los planes del capital monopolístico.

El caso boliviano en la geopolítica subimperial

EN cuanto a Sudamérica, Venezuela y Colombia parecen apretarse a estrechar filas a fin de contener el embate brasileño hacia el Caribe, que hace pie en Guyana, con quien recientemente ha establecido tratados de asistencia técnica. La participación venezolana en el Pacto Andino y los proyectos de desarrollo conjunto de la petroquímica, con Colombia, son algunas de las respuestas a ese avance.

Paraguay es —junto con Bolivia— el país más afectado por la secular expansión territorial del Brasil. A pesar de las desmentidas oficiales, la denuncia del diario asunceño, "El Radical", parece ser inequívoca: la ocupación de la zona de los Saltos del Guaira, reiniciada desde 1965. La acompañan compras de tierra y el aprovechamiento de la capacidad energética de los ríos limítrofes.

El Uruguay es también centro de la atención brasileña —tampoco nueva, por cierto—, la prolongación al sur de las ricas y fér-

tiles praderas de Río Grande ha sido siempre su aspiración. Compra de tierras en el norte uruguayo y provisión de energía eléctrica proveniente del Brasil sólo es parte de un proyecto mayor: carreteras que convergen hacia la frontera del Uruguay para facilitar y acelerar el acceso, en caso de una intervención militar brasileña.

Pero la ofensiva más perfilada es la que sin duda alguna se ejerce sobre Bolivia. La historia del crecimiento brasileño a costa del país andino empieza en 1867 cuando el dictador Melgarejo le otorga una nueva delimitación con la que gana más de 100,000 km² de territorio. Los nuevos límites habían dejado bajo la soberanía boliviana el territorio del Acre, que se valoriza más tarde, con el auge del caucho. Brasil inicia entonces, una política de penetración por medio de pobladores y empresarios. Dueño de la situación por la ocupación "pacífica" y porque controlaba los ríos por donde se transportaba el caucho, fomenta en 1899 una revolución separatista iniciada por los caucheros brasileños: 300,000 km² de territorio pasan al dominio del Brasil.

Luego de redondear así sus fronteras en el extremo más occidental del país, el interés sobre Bolivia no ha menguado. Este se concentra ahora en el Departamento de Santa Cruz de la Sierra, que junto con el de Beni y Pando, conforman el oriente boliviano, de nítido contraste con el altiplano andino.

La participación brasileña en la caída del gobierno del general Torres

EXPANSIÓN territorial aparte, la incidencia política y económica es un método usual, utilizado en la marcha hacia el "liderazgo" sudamericano. La directa intervención brasileña en el derrocamiento del gobierno nacionalista y popular del general Juan José Torres no deja lugar a dudas. No sólo lo prueba el conocimiento general de los hechos sino que median, además, muchas denuncias, entre otras, las que hiciera el ex comandante en jefe del ejército boliviano.

El texto de la entrevista otorgada por el general Luis Reque Terán a la agencia noticiosa Inter Press Service, en febrero de 1972, dice así: "Los coroneles Andrés Selich, Hugo Banzer y el mayor Cayoja gestionaron el respaldo militar del Brasil. Yo he visto las armas que llegaron en nueve aviones C-130 de las fuerzas armadas brasileñas. Aterrizan en Santa Cruz, Cochabamba y Oruro, los días del golpe de estado contra Torres. Las armas estaban constituidas por 15,000 fusiles, 500 ametralladoras y munición, consignadas al Instituto Geográfico Militar". Agrega luego que "al

margen del apoyo en armas y municiones, ha articulado un amplio programa de penetración con el cual virtualmente puede satelizar en poco tiempo al país".

Un ex ministro de Torres, Jorge Gallardo Lozada, revela en su libro "De Torres a Banzer" el carácter y las condiciones de la ayuda prometida por el gobierno brasileño a uno de los principales jefes golpistas, el general Juan Ayoroá: "La ayuda brasileña (que se materializaría cuando estuvieran cubiertas las bases mínimas de la conspiración)... facilitaría dinero, armas, aviones y mercenarios" (a quienes se estaba entrenando bajo supervisión del Pentágono y la CIA en campos ubicados en la frontera con Bolivia). Reque Terán, en ese momento comandante en jefe del ejército boliviano, fue testigo —como lo demuestra con su denuncia— del cumplimiento de las "desinteresadas" promesas.

Sumando hechos, Gallardo caracteriza la figura del ex agregado militar y embajador brasileño en Bolivia, general Hugo Bethlem, expulsado del país, al comprobarse su intervención en los asuntos internos: "Bethlem, mediador entre los intereses inversionistas de San Pablo y los militares golpistas, proponía la implantación de una suerte de 'protectorado' brasileño en el Altiplano". Las aseveraciones de Gallardo se confirman con las de Reque Terán: "El 19 de agosto de 1971, el general Hugo Bethlem, ex embajador brasileño en La Paz, que alcanzó notoriedad cuando propuso una especie de protectorado brasileño sobre Bolivia y Uruguay, fundó la Cámara de Intercambio Brasileño-Boliviana, que rápidamente obtuvo una dotación inicial de 20 millones de dólares".

La fuerte corriente separatista en Santa Cruz de la Sierra que se orienta tradicionalmente a la anexión con Brasil, fue en los prolegómenos del golpe contra Torres, impulsada por el que es hoy canciller del gobierno de Banzer, el falangista Mario Gutiérrez Gutiérrez. La fronda separatista sirvió —como es obvio— de argumento: el gobierno de Torres no podía evitar el separatismo cruceño.

¿Cuál es el interés especial que tiene Bolivia para los brasileños? Gallardo Lozada lo sintetiza así: "(lo central de la ofensiva contra Torres) era impedir que éste coadyudara al fracaso de su estrategia de 'regimentación geopolítica' del Cono Sur latinoamericano. El territorio boliviano es considerado por los militares brasileños como 'zona de soldadura', ya que a partir de él se puede alcanzar a Argentina, Paraguay, Chile y Perú, al tiempo que ofrece la viabilidad de una salida al Pacífico".

En el caso de fracasar el golpe pro-brasileño —eso no ocurrió— siempre quedaría la alternativa de agitar el separatismo de Santa

Cruz, deseosa de apoyarse en un gobierno "fuerte" como el de Brasilia. "Con la adquisición de Santa Cruz —añade Gallardo— Brasil obtendría ventajas políticas, económicas y militares que le garantizarían una posición de avanzada en el Cono Sur de América Latina".

El intento separatista cruceño, un episodio más de la balcanización latinoamericana

A pesar de la posición pro-brasileña del gobierno de Banzer vuelven a recrudecer —en estos días del verano sudamericano— las provocaciones separatistas en Santa Cruz de la Sierra, en el que 300 mil habitantes se distribuyen cómodamente en un espacio de 370,000 km².

Hacia 1940 comienza el desarrollo cruceño. El crecimiento de la agricultura (27.55% del P.B.I. Nacional), ganadería (23.40%), petróleo (95.45% de la producción total), gas natural de los yacimientos de Golpa y el hierro del Mutún, lo colocan entre las zonas más ricas del territorio boliviano y sobre todo más renuentes a compartir sus riquezas con el altiplano.

La propagandización de la autonomía que le permitiría administrar sus propios recursos (como paso previo a la anexión con el Brasil), se encuentra plagada —como siempre en estos casos— de consideraciones racistas, que en los últimos días han sido el centro de la agitación secesionista. Publicaciones cruceñas afirmaban: "... los gobiernos andinos en medio de un egoísmo incaico miraron a Santa Cruz siempre como país extranjero. Naturalmente fue porque el cruceño no habló ninguno de los dialectos bárbaros de Bolivia". Se refieren luego a los tiempos de la lucha contra España: "consolidado el Estado Libre de Santa Cruz de la Sierra... falsos representantes al servicio de la oligarquía tomista de Charcas unen todo el oriente al dominio andino en forma arbitraria y abusiva".

El embajador boliviano en la Argentina resta importancia a estos hechos, caracterizándolos como una "especie de folklorismo regional". Pareja actitud asume el gobierno de Banzer que todavía no ha adoptado ninguna medida contra la oligarquía cruceña apoyada por la Gulf Oil Company (cuyos bienes fueron nacionalizados en 1969 por Ovando) y por los intereses brasileños.

Que los bancos del Brasil otorguen créditos a pequeños industriales o agricultores cruceños; o que las comunas de ese Departamento recurran al país vecino para construir obras públicas municipales; o que haya asentados 300,000 brasileños armados —mo-

ernos bandeirantes— sobre la frontera oriental, no parece ser considerado por el gobierno boliviano más que como "folklorismo regional".

Pero recordemos que prácticamente todos los episodios de la desvertebración de la Patria Grande latinoamericana estuvieron apoyados en esa "especie de folklorismo".

El Mutún: Varios pájaros de un tiro

AL sur de Puerto Suárez, la serranía de El Mutún guarda una reserva de 40,000 millones de toneladas de mineral de hierro, con un contenido promedio de mineral fino del 63% y que además, carece de azufre y fósforo, substancias calificadas de venenosas para la industria siderúrgica. Explorada a mediados del siglo pasado, las licitaciones para su explotación se realizan en el último año del gobierno del MNR. Ovando y Torres, más tarde, inician los primeros trabajos de infraestructura; en 1971 comenzaría la producción a mínima escala.

En junio de 1972 se firma un convenio de venta por 50 mil toneladas con carácter experimental entre COMIBOL (Corporación Minera Boliviana) encargada del Mutún SOMISA (Sociedad Mixta Siderúrgica Argentina) con destino a las plantas de San Nicolás. El proyecto boliviano de explotación de El Mutún contemplaba la instalación de plantas enriquecedoras del mineral; para la Argentina implicaba diversificar sus fuentes de abastecimiento —compra hierro al Brasil— para cubrir las necesidades que la producción nacional no satisfacía.

La búsqueda de una complementación económica argentino-boliviana era un intento que Brasil no podía aceptar pasivamente. La respuesta es una ofensiva tendiente a captar el mineral boliviano y cuyos pasos son los siguientes:

1.—Las grandes empresas multinacionales (lideradas por el grupo ADELA —Atlantic Community Development Group for Latin America), exigen que la explotación de los yacimientos fuera realizada en forma mixta con inversores extranjeros.

2.—Octubre de 1972, decreto del gobierno boliviano por el cual se declaraba que "los yacimientos de hierro, manganeso y otros minerales, cualquiera sea su naturaleza en la zona de reserva fiscal de El Mutún, son propiedad exclusiva del Estado. Por su ubicación estratégica y gravitación geopolítica no podrán ser concedidos ni parcial ni totalmente a entidades privadas ni a sociedades mixtas".

3.—Pero un párrafo posterior del mismo decreto señala que "la explotación y desarrollo de El Mutún debe realizarse a través de em-

presas fiscales, *las que podrán constituir empresas mixtas* para la instalación y manejo de las plantas". Las empresas mixtas, evidentemente podrían estar formadas por inversores extranjeros.

4.—El gobierno de Banzer desplaza a la COMIBOL del control de El Mutún. De allí en adelante su área de acción estará limitada a minerales no ferrosos.

5.—Se crea SIDERSA (Siderúrgica Boliviana S. Anónima), ente de carácter público dependiente del Ministerio de Minería y Metalurgia, facultado para ejecutar su programa "a través de sociedades mixtas". El alcance de la nueva empresa es amplio: explotación de "los minerales ferrosos y todos aquellos recursos naturales y de materias primas auxiliares de su propiedad necesarios para la industria siderúrgica". Puede además "industrializar y disponer de los productos del hierro y acero, manufacturados en sus plantas siderúrgicas, por sí misma, mediante sociedades mixtas y/o privadas. . . investigar los mercados internos y externos para la comercialización de minerales ferrosos, productos de hierro, acero y terminados".

6.—El desplazamiento de la COMIBOL significa, por sí, la dependencia exterior, ya que la corporación boliviana —a causa de los enormes recursos que maneja por la explotación y comercialización del estaño, zinc y antimonio— es la única empresa estatal con capacidad financiera y tecnológica para explotar intensivamente El Mutún.

7.—Se cancelan los planes de COMIBOL en materia de inversiones. El gerente de Yacimientos Petrolíferos Bolivianos anuncia nuevos contratos para El Mutún con el Brasil. Estos podrían llegar a incluir el gas natural de Golpa.

En síntesis, participando de El Mutún, Brasil "mata varios pájaros de un tiro", aunque no necesita el hierro que la serranía provee (tiene reservas casi ilimitadas: cuadrilátero de Minas Gerais; sierra Dos Garájos, etc.), al financiar la explotación de El Mutún: a) coarta el desarrollo autónomo de la siderurgia boliviana; b) intenta quebrar el proyecto de complementación económica argentino-boliviano; c) trata de limitar una fuente de competencia en las compras argentinas del hierro brasileño; d) pretende impedir que cualquier otro país —y especialmente la Argentina— pueda dar un impulso importante a su siderurgia a partir del hierro de El Mutún.

PERO el intento brasileño de construir un "Canadá" sudamericano está muy lejos de poder cumplirse armoniosamente. La situación latinoamericana en su conjunto no favorece precisamente a la es-

trategia de satelización por ellos impulsada, independientemente de las victorias tácticas que puedan obtener.

Cercadas por el avance de los pueblos de América Latina y por la reacción de nuestros hermanos brasileños, las clases dominantes nativas son conscientes de la vulnerabilidad de su propio "milagro". Fisuras en el aparato de poder, causadas por la fuerza y voracidad de la penetración monopólica, las está obligando a plantear la democratización del juego político. Así presionada por un impulso formidable, la tecnocracia desarrollista de los mariscales, estallará por el poder de las masas populares brasileñas.

LA HORA CERO DE LA UNIVERSIDAD COLOMBIANA

CARTA AL PRESIDENTE DE LA REPUBLICA
MISAEAL PASTRANA BORRERO

Por *Antonio GARCIA*

Señor Presidente:

ME dirijo a Ud. no sólo en razón de su elevada investidura y de la necesidad de que se aborden los problemas fundamentales que pesan sobre el presente y el futuro de la Universidad Colombiana, sino considerando la absoluta ausencia de una estructura democrática en la Universidad del Estado que haga posible el diálogo, el debate académico y la vigencia de unas reglas universitarias del juego. Si el Consejo Superior Universitario está formado, exclusivamente, por funcionarios o agentes designados por Ud. o por el Rector de la Universidad Nacional —excluyendo rigurosamente toda representación democrática de los estamentos universitarios— obviamente el mencionado Consejo carece de representatividad y su naturaleza es la de una agencia política de la Presidencia de la República. Es, desde luego, un instrumento de poder, pero no un organismo que legítimamente pueda asumir la conducción académica de la Universidad. No funcionando ninguna legalidad auténticamente universitaria y académica y estando dotado el Rector de la Universidad Nacional de *facultades discrecionales* —con el objeto de que la Universidad y la cultura participen de la situación de un país en *estado de sitio* desde hace 25 años— la única ley vigente es la decisión política que adoptan el Ministro de Educación y el Rector, de acuerdo con sus concepciones personales o en aplicación de unas reglas del juego directamente emanadas de la Presidencia de la República. El hecho de que la Universidad del Estado resulte una simple agencia cultural y política del Gobierno, no sólo define su responsabilidad, señor Presidente, sino el sentido íntimo de la política de sectarización y violencia que actualmente se aplica en la Universidad Nacional, con el pretexto de restablecer el *orden, la disciplina y el espíritu de trabajo*. Si estas formula-

ciones tuvieran un sentido académico, se habrían fundamentado en un debate abierto dentro de la Universidad misma —con el objeto de definir el tipo de Universidad que necesita Colombia para resolver los problemas de su desarrollo económico y social— y no se habría limitado a instrumentar una política inquisitorial sólo comparable a la que destruyó, implacablemente, las conquistas de la Universidad liberal a partir de 1950. El concepto de orden y disciplina que utilizan el Ministro de Educación y el Rector de la Universidad Nacional, es el mismo concepto absolutista y policial que sirvió para aniquilar las libertades universitarias y la vida democrática interna en 1950 y el que también es empleado —en términos semejantes— en países latinoamericanos como Nicaragua o Paraguay.

Es partiendo del reconocimiento de esta afrentosa realidad que padece la Universidad, como puede explicarse la naturaleza de la crisis que afronta, así como la existencia de una estructura autocrática en su gobierno, la absoluta carencia de autonomía académica y el ejercicio irresponsable de un poder omnímodo, insolente y sin controles. Abolida la estructura democrática de los Consejos —a través de los cuales podían participar en la conducción o en el control de la Universidad los diversos estamentos universitarios— sólo ha quedado en pie, Sr. Presidente, una autoridad extraña, que funciona de arriba-abajo y que practica a su arbitrio —esto es, arbitrariamente— las reglas de toda organización eminentemente represiva y policial.

El absoluto desprecio por la capacidad representativa del profesorado y del estudiantado en el gobierno de la Universidad Nacional —esa facultad que se reconoce a las asociaciones extranjeras o a la más indigente sociedad anónima— es una afrenta que el Gobierno Nacional hace al país, a la Universidad, a los profesores y a los estudiantes: es, desde luego, una afrenta más grave y trascendental que la hecha en los órganos publicitarios del Estado tradicional por valores tan desiguales como Alberto Lleras Camargo y el Ministro de Educación.

Quiero manifestarle, Sr. Presidente, que *absolutamente todos* los profesores excluidos de la Universidad del Estado, profesan *ideologías de cambio* (socialistas, comunistas o auténticamente liberales), *disponen de los más altos títulos universitarios y no han sido procesados por incumplimiento de sus obligaciones académicas*. Hasta ahora, no ha sido tachada o siquiera debatida su idoneidad profesional y profesoral. En la Facultad de Agronomía, se canceló el contrato de trabajo de 17 profesores, incluyendo la totalidad de sus directivas. El 80% de su profesorado ha cursado estudios de

post grado, 4 profesores han prestado asistencia técnica a instituciones nacionales e internacionales y 8 adelantan estudios de especialización en el exterior. De los 17 profesores *cancelados*, 12 tienen el título de Master y 3 de Ph. D. en universidades norteamericanas. De los 15 profesores cancelados en la Escuela de Ciencias Económicas, las tres cuartas partes tienen títulos de especialización y post grado en universidades norteamericanas (Master y Ph. D.), en la Universidad de París y Católica de Bélgica o en la Cepal en Santiago de Chile y dos han sido investigadores en el Centro de Investigaciones para el Desarrollo (CID) que hasta hace poco estuvo bajo la dirección del actual Ministro de Gobierno. Ni uno solo de los profesores expulsados ha sido sometido a un proceso académico de acuerdo al Estatuto Universitario y ni uno solo profesa la ideología conservadora y absolutista del Ministro de Educación o del Rector de la Universidad Nacional. Este hecho, Sr. Presidente, es la prueba fehaciente de que la operación realizada en la Universidad es una *purga ideológica y política*, no importa las formas aparentemente legales con que se encubra. ¡Qué amargo es constatar, Sr. Presidente, que la arbitrariedad pueda estar armada con instrumentos legales y con unas facultades de carácter discrecional! Si a estos hechos se agregan los que han conconicionado a las Universidades del Atlántico, de Cartagena, del Valle del Cauca, de Antioquia, etc., será posible definir el *carácter nacional* de esta operación represiva, orientada hacia la *conservatización autoritaria y la limpieza ideológica*, esto es, hacia la consagración de unas *ideologías oficiales* y la exclusión de las *ideologías anatematizadas y punibles*. Independientemente de como quiera calificarse oficialmente esta *política universitaria*, su último objetivo es el establecimiento —o restablecimiento, si se toma como punto de referencia la Universidad existente entre 1886 y 1930— de una *Universidad Confesional*, vale decir, la que profesa una ideología oficial y persigue, reprime y excomulga las ideologías heréticas.

Contra las normas de una Constitución Nacional de apariencia democrática, contra los principios contenidos en la Carta de los Derechos del Hombre y del Ciudadano por los que lucharon los Libertadores de 1810 o contra las normas contenidas en la Declaración Universal de los Derechos del Hombre hecha por los países pertenecientes a las Naciones Unidas, el acceso a la Universidad del Estado y la vigencia real de las libertades universitarias en Colombia dependen de la ideología política de profesores y estudiantes: la *opinión*, el pensamiento, la posición ideológica frente al Gobierno y a los Grupos contralores del Estado, pueden operar

como un *título de calificación privilegiada o como un delito punible* por las agencias del Gobierno, sin proceso ni juez. Carece de validez jurídica un *recurso de reposición* que asigna funciones judiciales a la misma persona encargada de ejecutar los atropellos. En la Resolución No. 355 de 1972, el "Consejo Superior" y el Rector negaron el recurso de reposición presentado ingenuamente por algunos profesores, no sólo desconociendo la validez jurídica de la Declaración Universal de los Derechos Humanos de Naciones Unidas, sino proclamando que "ha aplicado la medida de declarar insubsistentes los nombramientos no como una sanción, sino *simplemente con base en las facultades legales que le fueron conferidas y que le permiten declarar insubsistentes nombramientos hechos, sin sujeción a normas o procedimientos especiales sino en uso de una facultad discrecional.*" "Afirman los memorialistas —dice la mencionada Resolución— que en las Resoluciones... se violaron los artículos 18 y 19 de la Declaración Universal de los Derechos Humanos; conviene precisar que el recurso de reposición se ha establecido como una oportunidad para que quien pronunció la providencia, la aclare, modifique o revoque, es decir, para que tenga oportunidad de establecer si violó alguna disposición legal jerárquicamente superior y *no si su texto está en desacuerdo con declaraciones, convenios que aunque (sic) tengan aceptación universal no poseen la categoría de leyes de la República.*" Es posible que, en razón de su formación arqueológica, el Rector de la U.N. no haya llegado aún al conocimiento de lo que representa, como fuente de Derecho Público Universal, la Carta de los Derechos del Hombre proclamada en las Naciones Unidas. Es obvio que la validez jurídico-política de estas normas —materia de una Convención Internacional suscrita *también* por el Gobierno de Colombia— depende de las relaciones de poder, de la orientación real y de la ideología política que profesan los grupos contralores del aparato del Estado. No podría exigirse a los gobiernos de Paraguay, Nicaragua o Haití, el que respeten estas normas como elementos de identificación de un Estado Democrático: pero debe suponerse, por respeto a nuestro país y a nuestro pueblo, que Colombia no está al nivel de los despotismos antillanos o centroamericanos. ¡La crisis del Estado Liberal de Derecho no puede haber ido tan lejos y tan hondo, Sr. Presidente! De otra parte, es necesario plantear el problema de si es lícito que el gobierno colombiano continúe en el doble juego que consiste en hablar de *ideologías de cambio en el exterior* (como lo hace en las Conferencias Internacionales y en Naciones Unidas) y en reprimirlas implacablemente dentro de sus fronteras, expulsando a sus representantes (que obviamente están

situados a la *izquierda*, no a la *derecha*) de las cátedras de la Universidad del Estado.

Desde luego, las políticas represivas que se adelantan, aceleradamente, en la Universidad Nacional, tienen objetivos inmediatos y otros a largo plazo, rebasando la capacidad operacional de sus actuales ejecutores. Sobre este hecho debe el país —y los medios universitarios de América Latina— tomar una exacta conciencia. El objetivo inmediato de la política de arrasamiento cultural es el cierre de la Facultad de Ciencias Humanas, el desmantelamiento académico de la Facultad de Agronomía y la transformación de la Facultad de *Derecho y Ciencias Políticas* en una escuela artesanal de litigantes en leyes. Por esta vía se completa, históricamente, un proceso iniciado en 1950 de sustitución de la Universidad creada durante la República Liberal de Alfonso López —Universidad con libertades, con gobierno democrático, con inquietud científica, con inclinaciones a la constante inserción de nuevas fuerzas sociales— por un tipo muy definido de Universidad conservadora, cerrada, dogmática, autoritaria, elitista (en el sentido clasista y no intelectual de la expresión), orientada inflexiblemente hacia el suministro de técnicas, hacia la formación de profesionales de acuerdo con las demandas del mercado, y hacia la preservación de las formas tradicionales de dominación social y dependencia. Desde esta perspectiva, la Universidad confesional y tecnocrática no tolera el pensamiento científico —fundamentalmente en el área explosiva de las Ciencias Sociales— no acepta la *investigación* como categoría académica, no concibe siquiera una *extensión* entendida como un método de volcamiento de la Universidad al pueblo, no admite la libertad de *cátedra* sino para estar de acuerdo con la ideología oficial del gobierno. El problema esencial de la Facultad de Ciencias Humanas es, entonces, no sólo de un profesorado que se atreve a pensar con independencia del Gobierno y de los grupos sociales que ejercen la hegemonía sobre el Estado (y en el que se cuentan los más eminentes sociólogos, filósofos, economistas, ingenieros agrónomos, antropólogos de la Universidad Colombiana) sino de la naturaleza misma de las Ciencias Sociales, de la historia y de la filosofía en la formación de una conciencia crítica, en la desmitificación de los falsos valores que agobian las sociedades atrasadas y dependientes, en el descubrimiento de los problemas y obstáculos estructurales que impiden el desarrollo económico y social. El Rector de la U.N. ha explicado y justificado el cierre virtual de la Facultad de Ciencias Humanas y el desmantelamiento de la Facultad de Ingeniería Agronómica, repitiendo la falacia de que existe —en un país en el que está todo por hacer— un *exceso* de agró-

nomos, de sociólogos, de economistas, de antropólogos, de historiadores, de filósofos. Desde luego esta noción del *exceso* depende de la perspectiva conservadora en que se sitúa el Rector de la U.N.: no es una *perspectiva de desarrollo* —en sus diversas dimensiones económicas, sociales, políticas y de cultura— sino una estrecha óptica de condiciones actuales del mercado de servicios profesionales articulado a la empresa privada. Desde esta óptica al nivel de las corporaciones que concentran en Colombia todo el poder económico, *sobran* agrónomos, porque no los requiere la estructura latifundista-minifundista, conformada históricamente para la dilapidación de recursos físicos y para funcionar de acuerdo con el antiguo esquema colonial de uso de los recursos; *sobran* economistas, si el sistema no quiere analistas científicos y profesionales del desarrollo sino contadores y econométristas asépticos; *sobran* médicos, si lo que importa no es la vida y las condiciones sanitarias de un pueblo, sino las demandas de bienestar y seguridad de las clases más ricas; *sobran* historiadores, porque ya está escrita la historia extensa de Henao y Arrubla, y porque la investigación histórica se ha encomendado a los investigadores de las universidades norteamericanas. De otra parte, si las Misiones Extranjeras —la de Kemerer, la Currie, la Musgrave, para nombrar las de mayor importancia política— han tenido el encargo gubernamental de decirle a Colombia *qué es y qué debe ser*, ¿para qué formar economistas, antropólogos, sociólogos, filósofos e historiadores colombianos? Semejante postura, negativa y colonialista, del Rector de la Universidad del Estado, contradice la propia ideología de los rectores conspicuos del sistema como Alberto Lleras Camargo. "El más grave de todos (los peligros presentes —decía Lleras en 1954 en *Misión y Problema de la Universidad*—)¹ es que nuestra educación es insuficiente para la nación que nos ha tocado en suerte, y que ya no tenemos ni profesionales, ni hombres de Estado, ni aviadores, ni soldados, ni físicos, ni químicos, ni filósofos, ni cosa alguna en proporción a nuestras necesidades mucho menos a las que van a surgir en el futuro. Estamos, entonces, *condenados al colonialismo*, porque es también colonialismo el que las clases presumiblemente dirigentes de Colombia reciban una educación extranjera, una educación concebida racionalmente para otro pueblo, para otros intereses nacionales, para otra lengua y hasta para inspirar veneración por otros próceres."

¹ Misión y Problema de la Universidad, Discurso pronunciado el 19 de noviembre de 1954, al asumir la Rectoría de la Universidad de los Andes. Una Política Educativa para Colombia, Edic. Imprenta Nacional. Bogotá, 1962. p. 52.

Lo que está en camino, señor Presidente, no es sólo una conspiración contra la Universidad Nacional sino contra la Universidad Colombiana, contra la libre investigación científica, contra las posibilidades de participación democrática de los estamentos universitarios en el sistema de conducción académica, contra la enseñanza liberada de las ideologías oficiales, contra la orientación de la Universidad hacia el desarrollo y hacia la liberación de las clases trabajadoras. Es dentro de este marco estratégico —definido con entera claridad en los planes de reforma de la enseñanza superior elaborados por el profesor norteamericano Atkon— que ha ido articulándose la política de reducción progresiva de la Universidad del Estado, de *privatización y extranjerización* de la enseñanza superior y de transformación progresiva de la Universidad en un Politécnico Superior, en el que la Economía, la Sociología, la Antropología, la Ingeniería Agronómica, etc., se enseñen como *técnicas* y no como *ciencias sociales*. Dentro de esta Universidad emparentada culturalmente con el SENA (Servicio Nacional de Aprendizaje), no sólo se capacitarían los profesionales de acuerdo con la demanda de las empresas privadas o de ciertos servicios tecnocráticos del Estado, sino que los *científicos sociales* tendrían el mismo rango y la misma inocuidad que los arqueólogos formados en los Estados Unidos. Esa Universidad, ordenada y tecnocrática, llenaría los requisitos de la Universidad confesional anterior a 1930 o posterior a 1950: sería una comunidad muda, sorda y ciega, sin pensamiento crítico ni voces disidentes, con un profesorado reclutado de la inerte burocracia del gobierno o de las empresas privadas y con un estudiantado incapaz de cuestionar la sociedad en que vive. Esta Universidad no requeriría de la investigación científica y menos de una peligrosa gravitación de las Ciencias Sociales, orientándose hacia las áreas *neutras* y *asépticas* como son las relacionadas con la prehistoria y la arqueología. Desde este punto de vista, ha sido un acierto la escotencia de un Rector como el Dr. Duque Gómez, ya que estudiar la estatuaría prehistórica de San Agustín no ofrece los riesgos de una investigación social entre los campesinos contemporáneos que esconden su indigencia entre las venerables estatuas agustinianas. Desde luego, señor Presidente, esta Universidad reducida al rango de Politécnico Superior, sin conciencia crítica, sin debate interno, sin estructura democrática de gobierno, dirigida desde afuera y desde arriba, puede imponerse e instalarse en un momento en que la sociedad colombiana carece de fuerzas de resistencia, en que todo parece invadido por una niebla de confusión y en que el Estado de Derecho ha sido reemplazado por el régimen absolutista del Estado de Sitio y de la lega-

lidad marcial. Nadie puede impedirlo en este instante, señor Presidente, ya que el liberalismo colombiano ha dejado de luchar por las libertades o por los valores democráticos, limitándose a pelear por los dividendos del poder. Pero usted sabe, señor Presidente —no subestimo en lo más mínimo su facultad de conocimiento crítico—, que esa Universidad estaría en la más baja escala de los valores universitarios de la América Latina. Ni siquiera en países con gobiernos militares —como Argentina o Brasil— la Universidad del Estado se ha sometido a la precaria condición de agencia político-cultural de la Presidencia de la República. Tuve la honrosa oportunidad de ser profesor invitado de dos universidades nacionales de la República Argentina —precisamente unas semanas antes de que me fueran cerradas las puertas de la Universidad Nacional de mi propia patria— y por eso puedo dar testimonio de que en ellas no sólo funciona un gobierno legitimado por el consenso de los estamentos universitarios, sino que se ha institucionalizado el respeto por las libertades académicas. Esas libertades consisten en la facultad de pensar, de investigar, de analizar y de expresar el pensamiento con plena independencia crítica y de ninguna manera involucra un sometimiento ideológico al Gobierno que paga las subvenciones públicas a las Universidades. Las subvenciones que se originan en el presupuesto público, no son consideradas en ninguna parte —con la excepción de los países totalitarios o de los que aplican la fórmula del *cesarismo presidencial*— como el precio que el Estado paga por la conciencia y la libertad de profesores, investigadores y estudiantes.

Si se acepta la monstruosa doctrina de que los profesores de la Universidad —como todos los funcionarios de Gobierno— deben necesariamente identificarse con la ideología del Presidente de la República y de los grupos que controlan el poder del Estado, se está aceptando, implícitamente, dos cosas: la primera, la de que el Estado no es una organización jurídico-política que de alguna manera expresa la voluntad, los intereses y las aspiraciones de una nación y de un pueblo, sino que constituye una propiedad exclusiva de quienes ejercen las funciones de gobierno y en especial de quien concentra las facultades ejecutivas, legislativas, jurisdiccionales y contraloras de la República; y la segunda, la de que lo fundamental en la *función pública*, administrativa o universitaria, no es la idoneidad profesional sino la adhesión ideológica y personal a quien controle los mecanismos del Estado. Desde esta perspectiva cesarista y fundamentada en la *ética del arribismo*, la Universidad Nacional no podría definirse como el instrumento por excelencia para el desarrollo de la cultura —así como para la definición de la cultura del desarrollo— sino como una cerrada y

purgada maquinaria de formación profesionalista, de acuerdo con las demandas específicas del mercado y operada, exclusivamente, por una *adicta clientela*. Es una Universidad para la consolidación de las estructuras dominantes de poder —como la que ya existió en la Colonia Española o en los ciclos contrarrevolucionarios de 1886 y de 1950— no Universidad para la transformación y el desarrollo. Sus normas clasistas, discriminatorias y confesionales, han de servir para mostrar el papel que la educación, en todos sus niveles, desempeña en la preservación de la República Señorial: "Ya llegará el día en que los *demagogos* —decía Alberto Lleras en 1957— le hagan creer (al pueblo) que todo este descuido, este abandono, esta indiferencia por la educación, no es sino el abominable e ingenioso truco para erigir una aduana infranqueable entre las clases sociales y perpetuar el poder de hacer y aprovecharlo todo en una reducida minoría que puede transitar libremente por los caminos del conocimiento."² Este era el acertado diagnóstico de uno de los más consagrados ideólogos del Frente Nacional Bipartidista, si bien atribuye a los demagogos nada menos que la capacidad de descubrir las raíces íntimas de la política educacional del Estado Colombiano. ¿Considera usted, señor Presidente, que es posible hablar de *Universidad para el Desarrollo*, cuando las normas prácticas que se aplican descartan las posibilidades de la investigación científica, de la cátedra libre, de la formación de un profesorado profesional, de la creciente apertura de las instituciones de enseñanza superior a las clases populares y de la democratización del gobierno universitario? ¿Qué clase de Universidad es la que pretende formar una élite tecnocrática reclutada de las propias clases dominantes —o de sectores sociales vinculados a ellas— obturando las vías de ascenso social y alejando aún más la posibilidad de que tengan acceso a ella los hijos de los campesinos, de los obreros, de las capas más empobrecidas de las clases medias? En un país de 22 millones de habitantes y en el que la población menor de 20 años asciende a cerca de 13 millones de personas, ¿cómo puede la Universidad del Estado conservar una capacidad de servicio inferior a 15,000 alumnos regulares o sea, el 0.1% de la demanda potencial de servicios educacionales? La peregrina idea de que el acceso a la Universidad Nacional es un privilegio social, se deriva del papel discriminatorio y limitadísimo asignado a esta Universidad: si estuviera proyectada para el desarrollo, ocuparía los primeros rangos dentro de la política presupuestal del Estado

² La Educación, Discurso pronunciado al conferirle la Universidad de los Andes el grado de "Doctor Honoris Causa", 12 de septiembre de 1957, Una política educativa para Colombia, ob. cit. p. 66.

y aseguraría la participación de sectores cada vez más amplios de la sociedad colombiana, haciendo posible una matrícula de 100,000 estudiantes y seleccionando rigurosamente de acuerdo con las aptitudes vocacionales y no con la capacidad económica y el rango social del estudiantado. La más modesta universidad argentina —país con 24 millones de habitantes— o de un país como Chile —con menos de 10 millones— registra habitualmente matrículas de 50,000 estudiantes. En esos países latinoamericanos, la Universidad del Estado se abre, se amplía, se califica y se democratiza: en Colombia, la Universidad del Estado se cierra, se degrada científicamente, se limita su participación financiera en el presupuesto público y se conservatiza. De 1961 a 1971 los alumnos regulares de la U.N. apenas se incrementaron de 6,630 a 14,860, en un país que crece a tasas del 3.5% anual y que duplica su población cada 20 años. En 1960, la participación de la U.N. en el Presupuesto Nacional de Educación fue del 15%, descendiendo casi a la mitad en 1970, o sea, al 9.3%, debiendo la Universidad enfrentar un creciente desajuste entre las presiones a que está sometida y la disponibilidad de recursos financieros. El déficit de la Universidad del Estado, al transformarse en crónico y acumulativo, ha ido acrecentando sus condiciones de dependencia y ha ido cerrando el paso a cualquier aspiración práctica de autonomía. A través de este incontenible proceso de dependencia financiera, la U.N. ha vendido su alma y ha ido abandonando su liderazgo académico en el ámbito de la Universidad Colombiana. En estas condiciones, ha podido acelerarse la aplicación del Plan Atkon, de transformación cualitativa de la Universidad del Estado y de progresiva privatización de la enseñanza superior de cualquier naturaleza. Esa privatización ha hecho posible la estratificación social de la Universidad colombiana, formando en la cima de la pirámide una élite de universidades de clase alta (como la Javeriana y los Andes) y en la base un informe aluvión de universidades de desecho, alentadas por subvenciones estatales y destinadas a aquellas obstinadas capas medias que aún aspiran al ascenso social. En 1967, la U.N. admitió al 26.5% de los bachilleres examinados, predominando el criterio de la *limitación física* de las instalaciones universitarias sobre el valor de las pruebas académicas, de estilo norteamericano: en 1971 —cinco años después— ese porcentaje descendió al 8.8% ¡o sea que estaba en camino el proceso de reducción proyectado en el Plan Atkon! Menos Universidad Nacional, menos posibilidades de acceso de los bachilleres colombianos a la enseñanza superior, ya que aquella Universidad alcanzó en 1968 el 49%, la *primera preferencia* entre los aspirantes a ingreso universitario según el

testimonio del Instituto Colombiano de Fomento de la Enseñanza Superior. Menos Universidad del Estado y más universidades privadas, menos posibilidades educacionales para las clases más pobres y mayor apertura para las clases con mayor poder económico, y de acuerdo con su status y con sus ingresos. De 1950 a 1968, el total de matriculados en la Universidad Nacional descendió del 45.3% al 24.3%; y, correlativamente, el monto de matriculados en las universidades privadas se incrementó del 28% al 43.3%, en el mismo período. Es dentro de este marco como puede comprenderse el alcance de la política educacional del Gobierno expresada en tres direcciones: la de eliminar la supremacía científica y el liderazgo académico de la U.N., frenando o desarticulando sus posibilidades de desarrollo cuantitativo y cualitativo; la de abolir la independencia de las universidades oficiales (Cartagena, Barranquilla, Cali, Popayán, etc.), atándolas a las veleidades políticas de los Gobernadores; y la de consagrar la hegemonía de las grandes universidades privadas, ideológicamente comprometidas con los esquemas metropolitanos o tradicionales de educación y de cultura. Lo que se reserva a las clases pobres es, exclusivamente, el área de los politécnicos y de las escuelas artesanales de Artes y Oficios, en la que el sistema puede capacitar la mano de obra que requiere para la operación del aparato económico, sin el riesgo de que pueda parecer una conciencia social o una actitud inconformista que perturbe la tranquilidad o la estabilidad de este modelo político de República Señorial.

Esta situación nos explica, señor Presidente, la decadencia, la crisis y el agotamiento de la Universidad del Estado, pero también explica los profundos desajustes estructurales del endeble aparato educacional colombiano y el hecho de que nuestro país, adormecido por la tradición humanística de los gramáticos y los retóricos, ocupe uno de los últimos rangos y una de las más atrasadas retaguardias de la Universidad latinoamericana.

Finalmente, es necesario analizar, con la máxima objetividad crítica, el problema del estudiantado o más exactamente, de la *rebelión estudiantil*. No sobra decir, señor Presidente, que ese problema de la insurgencia de las nuevas generaciones —que ha originado la expulsión de 2,000 estudiantes de la U.N., o sea, cerca de la séptima parte de los alumnos matriculados— es uno de los rasgos de la sociedad contemporánea, en esos sectores del mundo en los que la juventud no tiene nada fundamental en que creer, ni un sistema esencial y auténtico de valores que respetar. Es éste uno de los problemas que desgarran a la sociedad norteamericana, a la francesa, o a la de casi toda la América Latina. Pero en

Colombia existen peculiaridades sociales y políticas que han ido empujando al estudiantado a un proceso de violencia y de subversión. Es por medio del reconocimiento de ese contexto histórico como puede explicarse la enorme distancia existente entre la plácida, provinciana y confesional universidad de hace medio siglo y la universidad de hoy; entre el país de ocho millones, campesino y regido por un sistema autoritario y paternalista y el país de 22 millones, con un Estado que absorbe más de la quinta parte del producto nacional, con una población joven de 13 millones, con 800,000 desocupados, con 300,000 trabajadores exilados en la hermana Venezuela, con un millón y medio de campesinos sin tierra y con un enorme aparato de fuerza para enfrentarse a los efectos de la descomposición social. Las últimas generaciones han nacido en esta atmósfera de subversión y de violencia, en la que se ha desarticulado agresivamente la movilización popular, en la que se ha instalado la monolítica estructura oligárquica de poder, en la que se han profundizado las relaciones de dependencia y en la que se han efectuado las reformas constitucionales de 1958 y de 1968 por medio de las cuales se estableció una arbitraria hegemonía bipartidista sobre los organismos representativos y operacionales del Estado, se desmantelaron las funciones e iniciativas del Congreso y se articularon las nuevas formas del cesarismo presidencial. En esta República que limita el ejercicio de los derechos políticos a los ciudadanos liberales y conservadores y que consagra constitucionalmente los principios del *exclusivismo* y de la *paridad en el control burocrático del Estado*, el voto no puede ser auténticamente universal, no pueden funcionar los controles democráticos y no puede existir una separación real entre los órganos del poder público, desapareciendo los mecanismos jurídico-políticos de reconocimiento y garantía de las libertades sociales y personales. Se configura así un ordenamiento en el que no sólo se genera la más extrema concentración del poder económico y político y la más peligrosa concentración unipersonal del poder del Estado, sino en el que la abstención electoral de las mayorías —6 millones entre 9 millones de ciudadanos— induce al gobierno a apoyarse en una legalidad de excepción (Estado de Sitio, Estado de Emergencia, Facultades Extraordinarias) y en el aparato de fuerza. En este proceso, sólo conservan el derecho a que se les reconozca el derecho, los que de alguna manera participan en el manejo del poder, quedando reducidos a polvo y ceniza la igualdad de los ciudadanos ante la ley, la inviolabilidad de la persona y del domicilio, la libertad de opinión y de información, la garantía de no ser condenado sin ser previamente oído y vencido en juicio, el reconoci-

miento práctico —por el Estado— de los derechos elementales a la vida, a la educación, a la salud, al trabajo, a la seguridad social.

Dentro de estos marcos absolutistas, la sociedad colombiana ha sido reorganizada y reordenada —de acuerdo con los intereses y poder de los grupos bipartidistas que ejercen la hegemonía sobre el Estado— en dos países: uno para los ciudadanos de primera clase, *los que tienen derechos pero no obligaciones*, y otro para los ciudadanos de segunda, *que tienen obligaciones pero no derechos*. Los ciudadanos del país de primera clase ocupan los más altos rangos de la economía y del Estado y se garantizan políticamente la *evasión fiscal* de las cargas tributarias; los del segundo, pagan impuestos exorbitantes (por algo la Misión Musgrave llegó a la conclusión de que los impuestos directos son pagados, predominantemente, por rentas de trabajo) pero no pueden participar en ninguna función pública o universitaria. ¡La única iniciativa presentada por el Ministro de Educación que ha prohijado la expulsión masiva de profesores y estudiantes en la Universidad Nacional, es la de financiar los proyectos educacionales con nuevos gravámenes! Estas son, señor Presidente, formas y raíces de la violencia. La quiebra del Estado de Derecho se traduce, en todos los ámbitos y en todos los niveles de la sociedad colombiana, en expansión de las áreas de subversión social, en aceleración de los procesos de descomposición social, en aniquilamiento de esos valores esenciales que impiden el estallido de la inconformidad y de la violencia. Si el Estado la condena en las formas execrables de los secuestros, de los asesinatos, de los asaltos a mano armada, de las diversas expresiones patológicas de la descomposición social, debe condenarla también en los abusos de poder, en la violación de las normas del Estado de Derecho, en la consagración e institucionalización de la arbitrariedad y de la injusticia. Un *orden* social y político que engendra semejantes situaciones, constituye una fuente inagotable de subversión y de violencia. ¿De qué derechos y de qué cultura puede hablarse en un país con porcentajes de analfabetismo que comprenden a un 35% de la población y si de 1955 a 1968 debió salir de su patria una élite de cerca de 40,000 profesionales y de 12,000 técnicos medios, representando una pérdida —la más fácilmente mensurable— de más de 200 millones de dólares invertidos en capacitación profesional?³ ¿Cómo se recuperará esa notable élite de científicos y de técnicos, si esta fuga de cerebros aparece como una subvención gratuita a la opulencia de la nación metropolitana y si el Gobierno ha de exigirle, como condición para el

³ Las cuatro Estrategias, Departamento Nacional de Planeación, Bogotá, 1972, p. 190.

regreso a la patria, primero una adhesión ideológica y luego un título de idoneidad profesional? ¿Podrá el gobierno dar a los cerebros emigrados el mismo tratamiento que da a los economistas, sociólogos, antropólogos, filósofos e historiadores que acaban de ser expulsados de la Universidad del Estado por razones exclusivamente ideológicas? ¿No son esta crisis del Estado de Derecho y esta situación de violencia las que han hecho de nuestro país uno de los mayores exportadores de *inteligencia científico-técnica* de la América Latina? En reciente estudio del sociólogo German W. Rama sobre "El sistema universitario en Colombia",⁴ se llegó a la desoladora conclusión de que "la comparación indica que Colombia ocupa, en el conjunto de países latinoamericanos... *entre el tercero y el primer puesto por el número de profesionales y científicos admitidos como inmigrantes en los Estados Unidos.*"

Si el Estado es cada día más incapaz de responder a la creciente e intensa presión de un enorme contingente de población menor de 20 años que reclama servicios educacionales, si no se organiza para garantizar los derechos fundamentales de todo hombre y no sólo de los ciudadanos liberales y conservadores, si no aplica las normas de un Estado de Derecho, si tolera y estimula la división del país en ciudadanos de primera y de segunda clase, ¿cómo puede esperar que desaparezca mágicamente la violencia en la sociedad colombiana, que las clases pobres tengan fe en la autenticidad de la justicia y que las juventudes universitarias crean en un sistema de valores que los gobernantes no respetan?

Nada más peligroso, señor Presidente, que confundir, a estas alturas de la historia del mundo, *rebelión estudiantil con delincuencia, descontento con subversión*. Semejante confusión no demuestra sino que están aún vigentes las nociones conservadoras de orden público anteriores a 1930 y que no ha prosperado el estudio de las ciencias sociales entre quienes ejercen el control sobre los partidos oficiales y sobre el Estado. Existe la más clara y definida frontera entre rebeldía y delincuencia, por lo menos mientras no se consagre la constitucionalidad del Estado absolutista y no se declare muerta y sepultada la República representativa y democrática. El Estado dispone de los más amplios y sofisticados instrumentos para descubrir, procesar y castigar a los delinquentes: pero lo que carece de sentido es que los rectores de Universidad se transformen en jueces de policía y que se repriman como delitos, el descontento, el inconformismo, la profesión de ideologías revolucionarias o reformistas. ¿Qué habría sido del país, señor Presi-

⁴ El sistema Universitario en Colombia, Edic. Universidad Nacional Bogotá, p. 157.

dente, sin la rebeldía estudiantil de los colegiales de San Bartolomé y del Rosario que participaron en el señalamiento de caminos a las Guerras de Independencia o sin la rebeldía de la generación de 1924 que promovió la demolición de las formas más anacrónicas del autoritarismo y que asumió la responsabilidad de acometer la tremenda tarea de modernización de la República? Los profesores universitarios no consideramos la universidad como una isla amurallada y privilegiada en la que no pueden aplicarse la Constitución y Leyes de la República. Todo lo contrario; lo que estamos pidiendo es que se apliquen en la Universidad las reglas de un Estado de Derecho y que tengan vigencia práctica la Constitución y las leyes, sin facultades discrecionales, sin mecanismos de excepción y sin procedimientos que reducen el ejercicio del derecho a una decisión unipersonal y arbitraria. Lo que pedimos es que exista un orden de derecho, un proceso, una norma y un juez.

Después de 18 años de ejercicio del profesorado en la Universidad Nacional —primero entre 1937 y 1951 y luego entre 1968 y el 31 de enero de 1973— he sido despojado de la cátedra por el Rector L. Duque Gómez. Debo agregar, señor Presidente, que no he ejercido la cátedra como una ocupación secundaria o marginal, sino como la actividad más importante y más trascendental de mi vida. Fue este sentido de vocación y de solidaridad con el destino de mi patria, el que me indujo a renunciar en 1968 al más alto cargo a que puede aspirar un Experto Internacional en las Naciones Unidas, para servir a la juventud colombiana en la más modesta posición en la Escuela de Ciencias Económicas de la Universidad Nacional. A partir de 1968 me hice cargo de las cátedras de Desarrollo Económico de América Latina y de Economía Agraria, en las que era posible utilizar mi vasta experiencia latinoamericana, no sólo por haber sido consultor de los gobiernos de Bolivia, México, Chile, Perú, Ecuador y Santo Domingo, sino por haber sido profesor en la Escuela Nacional de Antropología de México y Profesor Invitado en las universidades Nacional Autónoma de México, Central de Chile, Nacionales de La Plata y Cuyo en Argentina, Nacionales de La Paz y Cochabamba en Bolivia, Central del Ecuador, Central de Venezuela, Nacional de San Agustín, en el Perú. Mi rango académico de Profesor Titular de la Universidad de Colombia —que me otorgó en 1950 un Tribunal Calificador presidido por el doctor Carlos Lleras Restrepo y refrendado luego por el Consejo Directivo y la Rectoría de la U.N.— no me ha puesto a cubierto de la arbitrariedad armada de *facultades discrecionales*. El problema que ahora formulo no es el pequeño problema de renovación de un contrato de trabajo como Profesor Titu-

lar de *medio tiempo* en la Escuela de Ciencias Económicas y por el que he recibido una remuneración de secretaria: lo que ahora denuncio es el abuso de poder que consiste en negar a un Profesor Titular de la Universidad del Estado el ejercicio de la cátedra, por el *delito de profesar una ideología diferente a la del Gobierno y a la del Presidente de la República*. Por medio de este acto, se me despoja de un derecho y se destruye el fundamento mismo de la carrera del profesorado. ¡Qué poco para un país que ha dejado de creer en las normas del derecho, pero qué mucho para quien cree que un país *no sólo es lo que es, sino lo que quiere y puede ser!* Abrigo el temor, señor Presidente, de que esté reproduciéndose la situación creada en 1951 cuando el Gobierno del señor Laureano Gómez reconoció —en el seno del Consejo Directivo de la Universidad Nacional— mi Titularidad de cátedra... pero me privó del ejercicio de ella. Cuando fui privado del ejercicio de la cátedra por mandato de la Presidencia de la República —la misma que ordenó la destrucción de mi libro "Bases de la Economía Contemporánea - Elementos para una Economía de la Defensa", como en la Edad Media— el entonces Decano de la Facultad de Derecho y Ciencias Políticas, miembro del Consejo Directivo de la U.N. y actual Rector de la Universidad del Rosario, Dr. Antonio Rocha, dejó la siguiente constancia en relación con el hecho de que no hubiese sido incluido en la nómina del profesorado de la Universidad Nacional:

"El Profesor Antonio García es un hombre investigador y poseedor de ciencia profunda. Se le teme políticamente, pero no por ello se le puede hacer el cargo de incompetencia, ni siquiera de sectario de sus propias ideas. Su producción científica, "Bases de la Economía Contemporánea", "Planificación Municipal y Presupuesto de Inversiones" y otras, le han traído honor a Colombia, especialmente en el exterior, en donde sus libros son apreciados sin prejuicios políticos y sí en cambio científicamente. La organización que le dio al Instituto de Ciencias Económicas fue perfectamente apolítica y la nómina de sus profesores está matizada de todas las corrientes y opiniones respetables en el mundo de la economía y de las finanzas. Además el Dr. García es Profesor Titular y llegó a esa posición por riguroso concurso técnico y estatutorio."

En el Acta No. 13 del Consejo Directivo de la Universidad Nacional (5 de marzo de 1951), bajo la Presidencia del Ministro de Educación, se registró lo siguiente:

"El Consejero Rocha, teniendo en cuenta de que hay de por medio los derechos civiles de un individuo, pregunta si la Universidad tiene derecho a retirar un Profesor Titular. No es lo mismo el retiro

voluntario que el retiro obligado. La *remoción* de un Profesor Titular va contra los principios instituidos por la misma Universidad: hay un derecho individual y uno social que son afectados por tal remoción!" Tanto el Ministro de Educación como el Consejero Ramírez, declararon que "de acuerdo con el Decreto reciente del Gobierno, ¡el Título no se pierde!"

Defiendo mi derecho y los títulos a que me han hecho acreedor el haber sido profesor en la U.N. durante 18 años y en la Universidad del Cauca durante tres años; el haber participado activamente en la organización de la U.N. a partir de 1937 y cuando el título de Rector no tenía connotaciones policiales y se discernía a valores irreprochables como Luis López de Mesa, Gerardo Molina o Agustín Nieto Caballero; el haber fundado y haber sido Director del Instituto Nacional de Ciencias Económicas, la primera institución de enseñanza de las ciencias económicas en la Universidad colombiana, posteriormente transformado en Facultad de Ciencias Económicas de la U.N.; el haber fundado y haber desempeñado el cargo de Decano de la Facultad de Ciencias Económicas de la Universidad de Bogotá "Jorge Tadeo Lozano"; el haber fundado y dirigido el Instituto Nacional Indigenista y el Instituto Nacional de Estadística; el haber sido miembro titular de la Junta de Defensa Económica Nacional y del Consejo Nacional de Economía; el haber sido Consejero Económico del Ministerio de la Economía Nacional y de la Contraloría General de la República; el haber sido Consultor en Reforma Agraria de los gobiernos de Bolivia, México, Ecuador, Chile, Perú y Santo Domingo; el haber sido profesor en la Escuela Superior de Guerra y en diversas Universidades colombianas; el haber sido profesor en la Escuela Nacional de Antropología de México; el haber sido profesor invitado de las universidades nacionales de México, Argentina, Chile, Bolivia, Ecuador, Venezuela y Perú; el haber publicado en Colombia, México, Chile, Argentina, Perú, Ecuador, Bolivia y en países europeos, 34 libros sobre temas económicos y sociales de la América Latina.

Lamento, de veras, señor Presidente, el verme forzado a hacer este recuento de títulos universitarios nada más que para demostrar la absoluta falta de probidad y de escrúpulos de quienes ahora encarnan la única legalidad y el único poder vigentes en la Universidad del Estado: en lo personal, más penoso que esto es que el funcionario encargado de cerrarme las puertas de la U.N. sea un antiguo alumno mío de la Escuela Normal Superior y precisamente en ciencias sociales.

Tengo la esperanza de que usted no crea, señor Presidente, que este proceso que examino y denuncié, se cierra con las decisiones autoritarias de los funcionarios en quienes se reúnen, circunstancialmente, una máxima cantidad de poder represivo con una mínima autoridad académica. Las situaciones como ésta en que se disocian tan profundamente la autoridad y el poder, y en que se asocian tan estrechamente la arbitrariedad y la injusticia, son tan frágiles como transitorias. Lo que va a quedar en el futuro no es la prepotencia de los agentes políticos encargados de estas pequeñas misiones medievales de cacería de brujas y de persecución a las ideologías heréticas, sino el nuevo horizonte, las semillas, las aspiraciones y las luchas de los pueblos y de las nuevas generaciones por construir una nueva sociedad, una nueva patria y una universidad abierta, popular, nacional, científica, sin supersticiones ni mitos, gobernada democráticamente desde adentro, abierta a los cuatro costados del mundo, capaz de afirmar un sistema colombiano y latinoamericano de valores, alentada por la nueva presencia de los campesinos y los obreros y orientada de acuerdo con las exigencias estratégicas del desarrollo económico y social de la nación colombiana.

Atentamente,

Bogotá, Enero 31 de 1973.

LA GUERRA CIVIL ESPAÑOLA NO HA TERMINADO

LA *guerre n'est pas finie*:¹ he aquí el título que Jorge Semprún dio a su segundo libro, un guión cinematográfico. Para él como para muchísimos españoles, la guerra civil de 1936-1939 aún no ha terminado. Autores tan célebres como Max Aub y Ramón J. Sender han dedicado buena parte de su obra literaria a dicha revolución, pero nos gustaría limitarnos aquí a tres españoles exiliados, conocidos por su integración en la literatura francesa: el ya mencionado Jorge Semprún, José-Luis de Vilallonga y Michel del Castillo. Numerosos son los escritores franceses que se apasionaron por el conflicto ultrapirenaico como se puede comprobar por los centenares de obras que sobre él dejaron;² señalemos que España ejercía cierto atractivo sobre varios de ellos antes del estallido: Claudel y Montherlant ya se habían inspirado frecuentemente en la península ibérica para su obra poética y novelesca, Jean Cassou había nacido en Deusto y era un hispanista famoso, Georges Bernanos, Henri-François Rey y Emmanuel Roblès tenían antepasados españoles y la madre de Albert Camus era española. A los autores franceses conocidos y menos conocidos sobre el tema de la guerra civil se vinieron a agregar más tarde tres españoles, Semprún, Vilallonga y del Castillo: como era de esperar en tres exiliados, lograron la fama precisamente con sus obras dedicadas a la tragedia que los había echado de su país natal. Para los tres, la revolución ha supuesto un impacto tal que parece una obsesión y más de la mitad de los libros de cada uno trata de esta pesadilla. Viven en Francia, al lado de su patria y han adoptado el francés para expresar su angustia profunda.

José-Luis de Vilallonga es el mayor de los tres y el primero que empezó a publicar sobre la guerra civil en 1952 con *Les vambles finissent à la mer*.³ Vilallonga nació en Madrid en 1920 en una familia de la alta nobleza; hizo el bachillerato francés, estudió derecho y combatió en las filas franquistas durante la contienda. Fue luego corresponsal del periódico *Destino* de Barcelona en Londres y Buenos Aires y vive en el extranjero desde 1946. Durante un tiempo —1946 a 1951— fue ganadero en Argentina y desde 1951 fijó su domicilio en Francia. En 1952, publicaba una primera novela, *Les Ramblas finissent à la mer*, traducida por Emmanuel Roblès; pero posteriormente empezó a escribir en francés y obtuvo un éxito bas-

¹ Scénario du film d'Alain Resnais. Paris, Gallimard, 1966.

² Véase: BERTRAND DE MUÑOZ, M. *La guerre civile espagnole et la littérature française*. Montréal, Didier, 1972.

³ Paris, Seuil, 1953.

tante grande con sus novelas, obras de teatro y novelas cortas. Sus libros no están traducidos al español por su falta de respeto hacia la España franquista. También se ha hecho cómico y se ha casado con la actriz Michèle Girardon; tuvo papeles secundarios en unas treinta películas y en 1970 rodaba con Marina Vlady. Todo en suma le asegura un tren de vida cómodo y una existencia confortable. Se ha integrado perfectamente en Francia y en la cultura francesa; el gran crítico francés Pierre de Boisdeffre escribía ya en 1959 a propósito de él: es uno de "esos brillantes ejemplos del genio asimilador de nuestra cultura".⁴

Les Ramblas finissent à la mer pasa en la posguerra, en tres días, los 27, 28 y 29 de marzo de 194... en Barcelona y el protagonista es un joven aristócrata, Rafael Puerto Leal, que tiene un extraño parecido con el autor. Este héroe evoluciona a veces en medio de los guerrilleros que se oponen al régimen franquista, otras veces con los "suyos", los nobles. Se define él mismo como un muerto, "un cadáver corrompido", "un suicidado";⁵ está completamente asqueado de su medio que fue antaño grande, viril y digno, pero que ha llegado a ser servil y bajo. Quiere profundamente a España y está angustiado porque la ve hundida en la peor decadencia: la clase dirigente no cumple sus deberes, todos viven en la mentira desde la guerra, la hipocresía, y el pueblo en el cual cree firmemente está aniquilado por la opresión. Para salir de su marasmo ayuda a un hijo de un jefe de guerrilla y es herido de muerte por un policía al entregar el joven a su padre. Para Rafael, las causas de la decadencia española vienen de la clase a la cual pertenece, no del pueblo español, y sus críticas fuertes de la aristocracia hacen ya prever las tremendas diatribas de *Allegro barbaro*⁶ quince años más tarde. Vilallonga, como Rafael seguramente, cree que ser español significa estar desgarrado entre el amor y el odio, entre la violencia y la ternura, no conocer nunca el descanso, la tranquilidad, la calma.

El libro que siguió este primer paso en la vía literaria fue *L'Heure dangereuse du petit matin*,⁷ una serie de seis novelas cortas. Todas ellas pasan entre 1937 y 1957 y su valor es muy desigual y sus temas variados. La primera novela, la más larga, da el título al libro y trata enteramente de la guerra civil española; es también la más lograda. La hora peligrosa, para los cuatro protagonistas de este relato, es la mañana cuando vienen a buscar a los presos para fusilarlos; se trata de cuatro extranjeros encarcelados por los Nacionalistas al entrar en un pueblo y se dejan abatir por la idea de la muerte cercana. Sólo una joven periodista francesa logra superar los acontecimientos e imponerse a los tres hombres: quiere que

⁴ *Une histoire vivante de la littérature d'aujourd'hui, 1935-1959*. Paris, Le Livre Contemporain, 1959. p. 411. Traducción del autor.

⁵ *Les Ramblas*, p. 47. Traducción del autor.

⁶ Paris, Seuil, Le Cercle du Livre de France, 1967.

⁷ Paris, Seuil, 1958.

todos mueran dignamente. Por el tema, se acerca esta novela a la extraordinaria obra de Jean-Paul Sartre, *Le mur*,⁸ que también se desarrolla en una cárcel española durante la revolución; sin embargo, Vilallonga no tiene la maestría del filósofo existencialista y su estilo está muy lejos todavía de la excelencia a la cual llegará en *L'homme de sang*.⁹

Esta última obra es una novela larga y la mejor de su autor hasta la fecha; fue premiada con el "Rivarol", otorgado en 1959 por un eminente jurado compuesto de Emile Henriot, Gabriel Marcel, François Mauriac, Jean Paulhan, Jules Romains, Daniel Rops, Jean Schlumberger, Jules Supervielle y Henri Troyat. El "hombre de sangre" aquí es un español emigrado durante veinte años en Rusia después de la caída de Barcelona. Comunista convencido, ha soportado el exilio hasta el momento en el cual ha visto las manos del director de la Escuela de Guerra de Moscú, manos parecidas a las de Antonio de la Carcova, hijo del propietario de la finca donde trabajó antes de la guerra civil. Desde ese día, el sueño comunista del general Francisco Pizarro se desvaneció, quiso marcharse, volver a encontrar lo que más quería: España y Soledad.

Allá en su espíritu era España. La España suya. Muy pequeña. Una visión deformada por el tiempo. Una concepción geográfica fragmentada en algunas imágenes. Colores, olores, sonidos. Era primero La Paloma y su desierto poblado de toros, Puerto de Santa María y el mar en el horizonte, la sombra constante de Soledad, su voz, sus manos, su cuerpo en las sábanas burdas de su primera cama. Era también su amor por ella.¹⁰

Anduvo durante dos años por Europa para realizar su deseo, pero en París donde se encuentra Soledad —y donde empieza el relato, lo demás lo sabemos posteriormente— se desmorona lo que le quedaba de ilusión. Su pasado sigue vivísimo en él, su vida se ha parado con la guerra civil y está persuadido que Soledad, la hermana de Antonio de la Carcova al cual mató durante la revolución, la que fue su mujer durante unos días entonces, sigue enamorada de él. No quiere rendirse ante la evidencia de que Soledad nunca le quiso, que los españoles ya no quieren rebelarse más. Cuando lo logra finalmente, su vida pierde todo sentido: se marcha entonces a España, a cumplir su destino fatal: seguro de su suerte, se ofrece a la muerte que por fin le liberará del peso insoportable de la vida. El drama apasionante de Francisco Pizarro está narrado con suma habilidad; el personaje tiene un vigor tal que vivimos, pensamos, sentimos con él. A este arte de una estructura magnífica y de un protagonista inolvidable se une el prestigio de un estilo personal, lleno de imágenes acertadas, modelado sobre las pasiones fuertes que el autor quiere sugerir. El premio de la Universidad de la Lengua francesa ganado por Vilallonga era de los

⁸ Paris, Gallimard, 1939.

⁹ Paris, Seuil, 1959.

¹⁰ *Ib.*, p. 161. Traducción del autor.

más merecidos. La guerra civil en Francisco Pizarro ha supuesto un corte radical; desde entonces ha vivido enajenado y cuando cree que podrá reanudar con lo que fue se ve ante el abismo: todo lo que creyó durante tantos años no existe... sino en su propia mente, en su corazón.

Dos otras novelas del aristócrata español, *Allegró barbaro* y *Fiesta*,¹¹ tocan el tema que tanto parece preocuparle si juzgamos por el número de obras a él dedicado. *Allegró barbaro*, cuyo título está sacado de un movimiento musical de Bela Bartok, cuenta la vida de una familia de la nobleza española en los últimos años de la Segunda República hasta el estallido de la guerra. Esta familia ilustra toda la decadencia de la aristocracia de entonces: decadencia física causada por la consanguinidad y la sífilis, decadencia moral, sexualidad abusiva y anormal, concesiones vergonzosas para salvaguardar el honor de la familia, decadencia intelectual y religiosa de la gente que se regodea en su egoísmo y no sabe ya pensar fuera de su propio bienestar ni creer en una religión cuyos prelados ya no tienen dignidad. El mundo sórdido creado aquí por Vilallonga recuerda de nuevo a Sartre en sus novelas y obras de teatro, pero es aún más terrorífico; como en el autor de *Los caminos de la libertad*, los personajes tienen una moral abyecta, una sexualidad desorbitada, pero además algunos de ellos son monstruos. Otros aspectos como la crítica del conformismo, de la sociedad, de la Iglesia, la soledad de los personajes, su condición de "no-comprometidos" y hasta el estilo y el vocabulario a menudo nos hunden en una atmósfera sartriana. La crítica de la sociedad española y de España es aquí feroz; Vilallonga crea un mundo hechizado, un universo de pesadillas que linda con la caricatura y así se coloca el autor en la línea de los herederos de los "esperpentos" de Valle-Inclán.

En *Fiesta*, Vilallonga vuelve sobre el asunto final de *Allegró barbaro* o sea la entrada en la guerra con el bando nacionalista de Rafael, el último heredero de la familia de Los Cobos. Este muchacho, el único miembro sano de todo este grupo de gente anormal en varios sentidos, es sacado del colegio de Saint-Elfe, donde estudiaba en Francia, y llevado a la España en guerra. Rafael tiene dieciséis años, no conoce nada de la vida pero no tardará en entrar de lleno en ella: ya en Biarritz es iniciado en la vida sexual por la aristócrata inglesa Cecilia Harrington-Forbes y su primer contacto con la guerra lo hace en un pelotón de ejecución. Violación física y moral de un muchacho que en unos días pasa de la adolescencia a la madurez, corrupción y cinismo de los militares nacionalistas, de la Iglesia, sexualidad exagerada y homosexualidad: tal es el triste panorama de la España en guerra que nos presenta Vilallonga en *Fiesta*. Para el campo franquista, la guerra civil parece una "fiesta" y el autor presenta las ejecuciones —cuyas descripciones forman el grueso del libro— como un espectáculo al cual acuden de las ciudades cercanas para asistir rego-

¹¹ Paris, Seuil, 1971.

cijándose las señoras y señoritas de las altas clases. Novela de tesis como *Allegro barbaro*, *Fiesta* es una caricatura, aunque menos virulenta, de la aristocracia, de los militares y de la Iglesia. Sólo Rafael se salva de las durísimas críticas de Vilallonga: lanzado en una guerra que no comprende, mira a todo y todos con extrañeza y a menudo con estupor, pero cumple su deber, obedece a su padre y a sus superiores; le vemos sin embargo al final incapaz de soportar la idea del fusilamiento de una niña de quince años; reemplaza al soldado de guardia y la mata en su celda de una sola bala en la nuca para evitar que se la acribille con todas las balas del pelotón de ejecución.

Estas dos últimas novelas son muy inferiores a *L'homme de sang* y parecen escritas de prisa, sin mucha convicción. Es realmente triste que las numerosas ocupaciones de Vilallonga le resten tiempo para la literatura porque es evidente que está magníficamente dotado. En todos sus libros, su ideología aparece clara: desprecio, odio hacia la "derecha" española de la cual sale y que por lo tanto conoce muy bien; todo ello expresado de una forma despiadada, satírica, destructiva.

DE un calibre muy distinto es la personalidad y la literatura de Jorge Semprún para el cual el francés ha llegado a ser la lengua de adopción muy pronto. Nieto de Antonio Maura e hijo de un profesor de filosofía del derecho, amigo del célebre personalista francés Emmanuel Mounier, gobernador de Toledo durante la República y diplomático en Amsterdam durante la guerra civil, Jorge Semprún conoció el exilio desde los catorce años. Hizo sus estudios en Holanda y en Francia, participó en la Resistencia con los emigrados españoles, entró en el Partido Comunista, fue detenido por la Gestapo en 1943 y pasó dos años en el campo de concentración de Buchenwald. De regreso a Francia en 1945, fue traductor de la UNESCO, miembro activo del Partido Comunista Español y periodista. Lanzado muy pronto en política, hombre de acción convencido de que el comunismo constituye la única vía posible, fue excluido sin embargo del Partido en 1962; a pesar de todo afirmaba en 1969 que seguía creyendo en la doctrina comunista: "No soy un antiguo comunista. Soy un comunista".¹² La actividad literaria intensa siguió a la acción política y Semprún ha tenido éxito desde la publicación de su primera novela, *Le grand voyage*, ganando el Premio Internacional Formentor, premio para el cual quedó finalista con Mario Vargas Llosa y su célebre novela, *La ciudad de los perros*; la victoria de Semprún señalaba su valor. *La guerre est finie*, su segundo libro, continuaba el camino ya trazado en su primera novela: la política; después de la deportación de un comunista a Buchenwald, Semprún cuenta la lucha de un grupo de españoles en el exilio.

¹² *L'Express*, 8-14 dic. 1969, p. 79. Traducción del autor.

La guerra de España representa para Semprún la línea de demarcación entre dos épocas decisivas del siglo XX:

Porque es la última guerra revolucionaria que ha tenido lugar en Europa, porque las fuerzas que en ella participaron determinaron luego la historia de Europa para varios años.¹³

La guerre est finie reveló su autor al gran público; en efecto a pesar del Premio Formentor concedido a su primer libro, tuvo Semprún que esperar que una obra suya fuera llevada a la pantalla por Alain Resnais y que sus personajes fueran encarnados por el gran actor Yves Montand y la joven canadiense Geneviève Bujold para alcanzar la celebridad. La política, tema casi único de Semprún, llena su guión cinematográfico. Para los españoles de esta obra, si la guerra de su país terminó oficialmente hace varios lustros, no ha terminado para ellos y continúan su lucha en el exilio. Todos estos seres han ligado su vida con una causa, el fin del franquismo, y el mundo en el cual viven es movedizo, está lleno de trampas. Su trabajo no es fácil, los momentos de desánimo abundan más que los de alegría y de felicidad, pero perseveran porque saben en el fondo de sí mismos que realizan una labor que tiene que acabar por dar frutos. La vida peligrosa, arriesgada del revolucionario está reflejada con mucho arte en este guión. Diego, el protagonista, tiene que camuflar constantemente su verdadera identidad; viaja con pasaportes falsos y no se puede permitir un instante de distracción; debe, a pesar de todo, fiarse de su buena estrella. Sus compañeros, igual que él, deben llevar una existencia dominada por el miedo y la angustia y sus mujeres comparten sus sentimientos de esperanza y desesperanza. Todo este mundo clandestino se anima ante nuestros ojos, vemos a estos hombres y mujeres en sus modestos empleos, trabajar con fervor a la realización de su ideal; ni la muerte, ni la derrota, ni las dificultades con la policía y las autoridades pueden pararlos y si caen es para ponerse de nuevo en marcha. La lucha ha llegado a ser su razón de vivir como LO SUBRAYA el protagonista; no puede abandonarla porque

Echaría de menos a España, realmente. Es una cosa que echas realmente de menos, cuya ausencia va a hacerse insoportable... Los compañeros... Los desconocidos que te abren una puerta y que te conocen y que tú conoces. Estamos juntos.¹⁴

Todo este drama está expresado por medio de diálogos sencillos, directos, a veces los personajes hablan su propia lengua, sobre todo en los momentos más trágicos. Nada falta en este fresco de seres acosados que se niegan

¹³ *Ib.*

¹⁴ *Op. cit.* p. 98. Traducción del autor.

a aceptar la derrota, ni los aspectos penosos, como el desaliento y la muerte, ni sus buenos lados, la fraternidad, el amor y el erotismo.

En su segunda novela, *La deuxième mort de Ramon Mercader*,¹⁵ la guerra española aparece de nuevo pero de forma más episódica. El tema principal de esta obra premiada con el *Fémina* es como en las otras obras de Semprún, una reflexión, una interrogación sobre la política. Después de haber militado en las filas comunistas, el autor medita sobre el destino de los revolucionarios y nos expresa su pensamiento por medio de su personaje. "La segunda muerte de Ramón Mercader" se aleja mucho sin embargo de la novela doctrinal, las ideas están expuestas en un relato opaco, tupido, embrollado. El autor conduce al lector por un verdadero laberinto; ambiente equívoco, agentes dobles, falsas pistas; todo da a este libro las apariencias de una novela de espionaje. Semprún ha construido deliberadamente su obra en espirales y vueltas. Pero no se trata de una novela de espionaje corriente ya que la reflexión política y filosófica domina la acción. El libro es también una novela de aventuras donde abundan las referencias históricas y políticas, en el cual ni las descripciones estéticas, ni las evocaciones poéticas, ni las escenas eróticas están ausentes. En él el fantasma de Ramón Mercader está presente siempre; el asesino de Trotsky ha llegado a ser un símbolo, un mito de la represión estaliniana y Semprún nos hace ver en su personaje, Ramón Mercader Avendaño, otra víctima de las purgas empezadas en el momento de la lucha antifascista. La guerra civil aquí está mencionada a menudo sin constituir un elemento principal: sin embargo, recordemos que el héroe, Ievgueni Davidovitch, ha tomado la identidad de un niño mandado a Rusia en 1937, durante la contienda española, con millares de otros que han conocido el exilio, y este niño llevaba un nombre que provocaba al destino. En suma, para Semprún en este libro, la revolución española tiene un papel explicativo "de todas las contradicciones, todos los fracasos y todas las razones que hicieron que, luego, el estalinismo apareció como lo que era verdaderamente".¹⁶

EL más joven de los españoles que trataremos aquí, Michel del Castillo, difiere de los otros por sus orígenes. En efecto, nació en Madrid en 1933, de madre española pero de padre francés. Abandonado por éste en su temprana edad, lleva el apellido de su madre, Isabel del Castillo, mujer bastante conocida en Barcelona durante la guerra y autora de *El incendio*,¹⁷ una especie de "Yo acuso" a todos los cobardes e inconscientes que no supieron ver en la tragedia española el principio de las desventuras de Europa. Ya a los cinco años, Michel del Castillo conocía Francia: vivió

¹⁵ Paris, Gallimard, 1969.

¹⁶ Lapouge, G. "La deuxième naissance de Jorge Semprun". Paris, *Le Figaro Littéraire*, 1-7 dic. 1969, p. 20. Traducción del autor.

¹⁷ *Ideas y recursos*. Buenos Aires, Editorial Americalee, 1954.

allí algunos años y desde 1953 ha fijado su domicilio en esta segunda patria suya. Como Semprún y Vilallonga se interesa por el cine: en 1968, llegó a tener un papel importantísimo, el de Pablo Ibbieta, el héroe de la famosa novela cortada que citábamos hace unos momentos de Jean-Paul Sartre: *Le mur*;¹⁸ en 1969, componía los diálogos de "Le guerrillero", película francesa de Ormesson.

Este francoespañol se dio a conocer en la literatura francesa en 1953 con la publicación de su novela ampliamente autobiográfica *Tanguy*.¹⁹ Este libro provocó la misma emoción que el célebre *Diario* de Ana Frank algunos años antes. "El milagro era que Tanguy, este pequeño mártir soñador de los años sombríos, había dado a la novela de su vida un no sé qué encanto vibrante y frágil que hace la calidad del escritor Michel del Castillo"²⁰ escribía el famoso crítico francés Albérès en 1970. El autor cuenta aquí las desgracias del exilio de un niño español tan parecido a él mismo que el libro pasa apenas de la autobiografía novelada. Tanguy es el prototipo del niño sacrificado del siglo xx, llevado de un lado para otro, de una ciudad a otra, de un país a otro, de un campo de concentración a un asilo, que se pregunta por qué vive, que a los diez años es ya un viejo. Este tema puede fácilmente caer en el peor melodramatismo pero Del Castillo lo domina muy bien. Patético sin llegar a ser ridículo, sensible, siempre viril, Tanguy es el niño que se atrae la piedad y el cariño del lector. Este joven español, que podría ser cualquier niño europeo, vive constantemente en la desgracia pero encuentra a algunos seres que alivian el dolor de su alma y le ayudan a asirse de nuevo a la vida; sobre este mundo malo la mayoría de las veces, bueno y generoso algunas veces, construye su mundo interior, tratando de perdonar lo más posible a la gente. Todas las desventuras de Tanguy comienzan en la guerra civil española que adquiere así una importancia primordial, una dimensión gigantesca en la novela. Aunque ésta se desarrolle en la guerra mundial y en los años que siguen, el punto de partida de una vida donde no se perdona nada, si no es la vida, está allí, en el conflicto hispánico, en el cual la madre del joven héroe hacía discursos a los rojos por la radio. *Tanguy* es un libro humano, en el cual las pasiones son auténticas y el protagonista entrañable; sin embargo, no es una obra maestra, a pesar de que le hayan dado el "Premio de los Nueve" y que se haya traducido a varios idiomas, porque los errores de estilo y los descuidos son numerosísimos; estos mismos defectos se reproducen en otras novelas de Michel del Castillo y particularmente en *Tara*,²¹ que veremos más adelante.

Después de *Tanguy*, Michel del Castillo publicó varios libros más y

¹⁸ Película realizada por Serge Roullet.

¹⁹ *Histoire d'un enfant d'aujourd'hui*. Paris, Julliard.

²⁰ *Le roman d'aujourd'hui, 1960-1970*. Paris, Albin Michel, 1970, p. 77. Traducción del autor.

²¹ Paris, Julliard, 1962.

su vocación literaria se ha ido afirmando. Su segunda novela, *Colleur d'affiches*,²² sacada también de los recuerdos de la guerra de España, ya no es autobiográfica, pero a través de los personajes de ficción sentimos todo el fuego de su pasión: la tragedia española ha hecho millares de desgraciados y la situación es más patética cuando se trata de niños como en *Tangny* o de adolescentes como en *Colleur d'affiches*. Estos personajes están completamente desorientados en una guerra que en gran parte no entienden, que no han querido ni deseado; están sumergidos en ella no obstante y su vida está rota, sus ilusiones se desvanecen para siempre; arrastrarán durante toda su existencia la marca indeleble de estos años fatídicos que hubieran debido prepararlos para un porvenir sonriente. En *Colleur d'affiches*, asistimos a la disgregación física y moral de seres jóvenes que caminan irremediamente hacia la desesperanza; se encuentran frente a lo absurdo de la vida y vemos la ineficacia de todos los esfuerzos para tratar de remediar estos males. El autor nos presenta a personajes de las dos clases más opuestas de la sociedad: el proletariado y la aristocracia. Durante los años que preceden a la guerra, tanto los unos como los otros creen que en el comunismo reside la única posibilidad de salvación; pero la mayoría de ellos, ante los abusos del partido, su corrupción y los asesinatos, lo abandonan después de haber dado lo mejor de ellos. Olny, el joven protagonista se vuelve loco de desesperación al final de la obra porque sus esfuerzos para salir de su clase social, a la cual quiere pero que sabe mala, han sido inútiles; ha perdido todas sus ilusiones, todo lo que hacía de él un hombre en la guerra que concebía como una lucha de clases: la sociedad española está en decadencia y nada puede cambiarla porque está compuesta de hombres y todo hombre es una contradicción: todo intento para tratar de resolver este problema está destinado al fracaso. No permanece ninguna esperanza al final de este libro en el cual percibimos un autor más dueño de su pluma; en un lenguaje sobrio, sencillo, muy cerca de la lengua hablada nos presenta un drama sobrecogedor que se lee de un tirón.

Tara es la historia de dos endemoniadas, la madre y la hija, que llevan ambas el mismo nombre que da el título a la obra; poseídas por el espíritu del mal, por la mentira, la sexualidad, el odio, siembran a su alrededor la desolación, causan desastres irreparables en el alma de los que las quieren o se acercan a ellas. Escrito como una autobiografía de la segunda Tara destinada a su marido, el relato parece más bien un intento por parte de la heroína para comprenderse a sí misma, para saber por qué pasa constantemente del amor al odio, sin lograr definirse nunca. Su matrimonio ha sido un fracaso como el de su madre ya que después de algunas semanas de vida común no podía soportar a Juan y se ofreció a todos los que su capricho le indicaban. Una vez abiertas las hostilidades entre los Na-

²² Paris, Julliard, 1958.

cionalistas y los Republicanos, protegió a Juan que había combatido con los últimos cuando "La Parra", la finca andaluza donde viven, pasó a ser zona franquista. Pero llegó un oficial y la sometió hasta tal punto que consintió a condenarse con él y a denunciar a su marido. Este pasó dos años en la cárcel y fue liberado en 1939, pero está definitivamente consumido por la enfermedad y se niega a oír a Tara y hasta a verla. Como señalábamos antes, hay muchos errores de presentación en este libro, pero a pesar de todo el autor caracteriza tan bien a las dos endemoniadas que capta la atención. La guerra civil aquí aparece sólo al final pero significa para Tara la bajada final a los infiernos; sus tendencias llegan entonces a su paroxismo y comete la más abyecta de las traiciones: el oficial que la esclaviza define la guerra en esta forma cínica: "Esto es el aspecto apasionante de una guerra civil: una mujer puede encontrarse a solas con un hombre que, al día siguiente, podrá llegar a ser el asesino de su esposo".²³

Michel del Castillo, Jorge Semprún y José-Luis de Vilallonga representan tres casos únicos de novelistas españoles —entre unos cuatrocientos que conocemos— que se han asimilado a una cultura extranjera. Miles de intelectuales españoles se exiliaron después de la guerra civil pero han seguido escribiendo en su lengua materna mientras que estos tres han escogido Francia como país de adopción y el francés ha llegado a ser muy pronto su modo de expresión literaria. Podríamos citar otro nombre de escritor español incorporado a la literatura francesa: se trata del autor dramático Fernando Arrabal; él también ha continuado el combate contra Franco en varias obras y particularmente en *Guernica*,²⁴ ... *Et ils passèrent des menottes aux fleurs*²⁵ y *L'aurore rouge et noire*.²⁶ Para todos estos escritores, la guerra española no ha terminado, sus consecuencias duran todavía y hay que acabar con el régimen franquista. Otra prueba de nuestra aserción: en el diario francés *La Nouvelle République* se podía leer lo siguiente el 31 de julio de 1972:

La guerre d'Espagne n'est pas finie
 JORGE SEMPRUN, prix Fémina
 TOURNE AU CHATEAU DE ROCHE
 une séquence de son film
 "Les deux mémoires"²⁷

²³ *Op. cit.*, p. 346. Traducción del autor.

²⁴ *Théâtre II*. Paris, Christian Bourgois, 1968.

²⁵ *Théâtre VII. Théâtre de guerrilla*. Paris, Christian Bourgois, 1969.

²⁶ *Ib.*

²⁷ No sabemos si se ha publicado el guión. El castillo de Roche es propiedad de Herbert Rutledge Southworth que ha escrito obras panfletarias contra el actual régimen español y es conocido sobre todo por *El mito de la Cruzada de Franco* (Paris, Ruedo Ibérico, 1963).

Del Castillo, Sempérn, Vilallonga y Arrabal expresan de una manera o de otra su desacuerdo, su rencor, su odio, y con Arrabal en su *Carta al general Franco*²⁸ del 18 de marzo de 1971, podrían decir:

En su biografía, ¡cuántos cadáveres! En Africa
en Asturias, en la guerra civil, en la postguerra.....

La intolerancia permanece
La ausencia de crítica es la ley
Durante los treinta y cinco años que Ud.
lleva en el poder nunca se ha hecho la más
mínima crítica contra su persona o contra
su forma de gobierno.....

¡Pobre España! Bodega con olor de orines
donde se come con alambradas de luto
y donde el perro rabioso hinca sus colmillos
en el corazón.²⁹

MARYSE BERTRAND DE MUÑOZ

²⁸ Paris, Union Général d'Editeurs, 1972.

²⁹ *Ib.*, p. 104, 163 y 164.

*Hombres de Nuestra
Estirpe*

ALCANCE AL HOMENAJE A MAX AUB

DESPUÉS de enviar a la imprenta las colaboraciones en honor de Max-Aub que aparecieron en el número de Cuadernos Americanos de marzo-abril, fueron llegando de España y de Francia otros y otros artículos acerca del escritor insigne, todos ellos valiosos y de interés indiscutible. No nos pareció aconsejable devolverlos a los autores y preferimos darlos a la estampa en esta nueva entrega de la revista.

J. S. H.

CITA CON MAX AUB EN "EL LABERINTO MÁGICO"
DESDE LEVANTE, CARAS Y CARETAS DE MADRID

Por Manuel ANDUJAR

A pesar de la coetaneidad, y quizá por ella misma, al intuir, a la vera, sus móviles y empeños, nos es dable apreciar con objetividad la obra magna de Max Aub, "El laberinto mágico", su poderosa y singular realización. Al parigual, catarla por sus diferencias respecto a ciclos narrativos de parecida configuración y calarla a través de sus legítimos entronques con la próxima, antecedente literatura española moderna.

Aunque abunde en acepción probablemente ya cursada, creo debemos a este conjunto relator de Max Aub un constante retorno de lectura y juicio, de viva memoria, despojados del afán tópico de la originalidad a usanza y ultranza. En torno a un consenso también pueden producirse interpretaciones de cuño propio, ni en un ápice miméticas.

Con otro signo, Max Aub ofrece una versión en ocasiones equiparable a los "Episodios nacionales", de Pérez Galdós —donde trama, conflictos y tipos se pliegan al desarrollo in extenso del público acontecer—, a la vasta crónica barojiana que tiene en Aviraneta su trotero eje catalítico, a la distorsión artística, precursora de no pocos intentos surrealistas, ejercida por Valle-Inclán, tablado y cortinajes del "ruedo ibérico", en esa centuria de frustraciones. O cabe emparentarla con el tratamiento policromado, de ubicación, atmósfera y exuberancia levantinas que Blasco Ibáñez erigió en saga de sus lares.

Preludios amplios o añicortos, los tales, se despliegan sobre la corcovada o planchada geografía peninsular o se ahincan en un ámbito regional, más bien estático y fosforescente. Galdós, Baroja, Valle-Inclán, Blasco Ibáñez, reconstruyen, entre reniegos, rabias y melancolías, regusto andariego de la aventura, sátira estetizante y querencia suma hacia la tierra patricia, Historia y costumbres, vicios y virtudes, abnegaciones y vilezas de los entes y espantapájaros que ocupan un accidentado proscenio dentro de unas circunstancias que permiten óptica serena y perspectiva en sazón. De manera íntegramente lúcida o aguijoneados por los instintos, manejan los heterogéneos materiales que habrían de provocar la crisis totalizadora, la guerra civil de 1936 y sus consecuencias.

(La serie yanqui de Upton Sinclair, la mesurada crónica de Jules Romains, el álbum familiar y de época de Duhamel, la elegía han-

seática de Thomas Mann, constituyen algunos de los paralelismos exteriores, más afines, en ciertos aspectos formales, de asunción de la contigüidad, a la empresa que Max Aub concibe y cumple en "El Laberinto Mágico").

Para Max Aub los paisajes y decorados, las criaturas y los sucesos de monta que conoce o de que le llega cabal noticia, no significan un pasado, sino el presente inconcluso, sometido a controversia, veta de incógnitas, el acervo novelable, carne ensangrentada, grave herida que cicatrizó en falso. Acaba de ser uno de los protagonistas y privilegiado espectador, se convierte en vigía y escucha de la contienda. Intervino en una etapa álgida, la más ecuménica y dramática, por el aliento de utopía que albergaba y explicaba, de la Historia de España. Dispuso de ricas experiencias y acopió directísimas informaciones candentes: sus brújulas para delinear "El laberinto mágico" y explorar la acumulación de vericuetos engañosos. Y perder y volver a divisar las rendijas de luz.

(Sólo el vencido que evoca rigurosamente las coordenadas sociales y psicológicas de su derrota física, política, medita en el destino del hombre, único y plural bajo ese prisma, es capaz de elevar, al arrimo de los rescoldos, un desenlace maniqueo a logro de arte y ética, por prolongada y estratificada que se muestre la violencia impugnable, condenada a perecer).

Causas genéticas —el hábito milenario del éxodo y la decantación cultural de universalidad que implica, protectoras costuras uterinas y obturación endogámica de los empalmados "ghettos"— te habilitaron, Max Aub, para trazar los planos secretos de "El laberinto mágico", edificado con idiomática argamasa de los eficaces decires, de los áureos maestros, cazador de giros castizos y grafismos coloquiales, con los pluses de la plástica y barroca sabiduría valenciana y del trasplante operativo y funcional de los "ismos", amén de la celosa atención a las convulsiones de nuestro tiempo, que en estos días me glosaba el autobiográfico libro de Bruno Frei, "Der Papiersäbel".

Se me ocurre, Max, al sopesar hoy, a mi aire, los esfuerzos, talentos y dedicación que "El laberinto mágico" acredita, además de las envolturas, aproximaciones y divertimentos a lo largo de un voluminoso quehacer manifiestos, que su ejemplaridad vocacional corrobora una ineluctable tendencia mesiánica. Y que has cobrado amorosa venganza de la expulsión inquisitorial y antiespañola de los judíos, bellotesco fruto depuesto por caletres cerriles en aras —y arras de soborno— de la ortopédica unidad, que inmoló nuestros pueblos a una gélida abstracción de Estado piramidal, centón de infalibilidades.

A la etiología, letrada y de linaje, en Max Aub perceptible, y que es, a mi entender, fragmentario ingrediente de "El laberinto mágico", aún vedado en su integridad orgánica a los españoles de estos pagos, concurren dos enfoques nutricos que le facultaron para asentar la audaz arquitectura de un mundo novelístico.

Max Aub proyecta y fija los itinerarios de "El laberinto mágico" desde su asilo mexicano, permeable a un distinto estilo existencial, a la recóndita y pertinaz cronología prehispanica, a la mutabilidad que la Revolución instauró, a las dimensiones, composición y colorido mestizos que los magnates del muralismo implantarían. Cual sonido de caracola de una Naturaleza épica y de los abruptos avatares de sus súbditos.

El mirador de la altiplanicie se alterna y combina, en la urdimbre de "El laberinto mágico", con la aprehendida visualidad levantina y la identificación que Valencia injertó en Max Aub: sensualidad, tono espiritual. Predominan los allí nacidos en su pormenorizada y apretada nómina de personajes. Buena porción de trance y anécdotas, pizcadas de leyenda fresca, a la ciudad marítima y huertana se vinculan, primera y última instancia de los "Campos", por lo común.

De Valencia acceden a Madrid. O se instalan en la metrópoli, aferrados a su idiosincrasia. O viajan de ida y vuelta, en los prolegómenos indicativos, en las coyunturas cruciales de la guerra, los héroes y víctimas, los neutros y opositores de su realísima fabulación. Ojos de litoral escrutan a los santones de la meseta. Pictórico resalte presta a la parla, sabor arnichesco, de su pródica comparsería: trayecto de "La calle de Valverde" y de "Las buenas intenciones" a "Campo del Moro", al alevoso "Campo de almendros". Escenarios que se interpenetran, epigastrios tertulianos, recuelo de doctos auténticos o de famas tramposas, pícaros intermitentes, fachenda de divos, a orlas de estatuas expiatorias remitidos.

CARAS de un Madrid de relumbrones adiposos, contoneo achulado y dueño, eso sí, de unas clases populares que servían de soportes, levadura y razón de indulgencia. Entonces, Caretas de éste, tronchado y mixtificado, corrientemente insípido, más dosis de asepsias resignadas. Daría fe el admirable y elegante, cimbrenño y perspicaz Antonio Espina, enamorado testigo de su pretérito, cantor de su grandeza, notario de su decadencia en ingenio y verdad, que se llevó a la tumba, febrero de 1972, en el Cementerio Civil, las calladas o ahogadas constancias que el inicuo "ninguneo" de su

individualidad subrayó, a raíz de su muerte, únicamente aplazada la merecida reivindicación de tamaña ofensa. ¿Cuándo te restituirán, Antonio Espina, los honores literarios que te hurtaron?

Numerosos libros y textos de Max Aub, poblados por caras de Madrid. Después, caretas de la Villa que se enciman en la reconsideración, acusatoria y escocida, a trechos hiperbólica, a modo de catarsis, de "La gallina ciega". "Madrid, más que Roma, ciudad con jorobas", estampó, casi testamentariamente.

Y ahora, como resonancia:

Madrid, rompeolas de las Españas, te titularon, fuiste. ¡Cuán generosa, de entrega extrema, gallardamente despechugada y enajenada, en la trascendental fogata que intentaron apagar a golpes, zurriagazos, revoques, bisuteriles infundios!

Trocada estás en capital capitosa, capitular, potaje centralista, cuecemonopolios, artilugio peyorativamente castrense, cascagüevos, afilacuernos, revientabrios, inflavanidades, soplamediocridades, acariciachabacanerías, preñada en anonimatos de din y don.

Y sin embargo, bastan tus vientos, contaminados o serranos, tus oscuros y confinados repliegues, los intersticios de los señoriales panoramas velazqueños que te ciñen, tus piedras inamovibles y tus celestes cendales —malvas y púrpuras, blancos de Zurbarán a nubes ascendidos— que recuperen expeditez lenguas y mentes, se descubran las voluntades y oreen las seseras, para que en el futuro te explayes, tablero e imagen de la neta condición humana.

Allí, en el piso hogareño —madrileño— que Max Aub utilizaba como estación de tránsito (México y España, las manecillas del reloj que el disparo magnético detuvo), calle de placa ochocentista, romántica, Diego de León, cercana a la avenida que llamábamos Príncipe de Vergara y rebautizaron, en 1939, con nombre de militar alzado, ello "provisionalmente", pellizco de humor negro. . .

. . .hubiéramos reanudado, Max, la conversación que truncaron las premuras de siempre y no lastró el menor viso de "adiós" o "abur", pues exigía nuevas pláticas, sazonadas por la edad y combas de las vidas en declive.

Pero un tajo de mal fario lo impidió.

LA VOCACION Y LA FIDELIDAD DE MAX AUB

Por *Corpus* BARGA

No he conocido mucho a Max Aub porque he vivido más tiempo fuera que dentro de España, de donde soy, de Madrid, centro neurálgico de Max Aub, y hemos sido bastante amigos; era de esos hombres que a las pocas veces de tratarlo se encuentra uno con ellos en plena confianza. Me ha sucedido con él lo que con otros escritores de quien he sido amigo: no he seguido al día su obra. En una librería de Lima acabo de encontrar traducida al francés una tragedia de Valle Inclán que yo no conocía a pesar de la intimidad o mejor por la intimidad que tenía con él. Cuando se estrenó yo no estaba en Madrid y cuando se publicó no me precipité a leerla, sabía que era una de sus tragedias de Galicia, de su Galicia de retablo, un país fantástico que existe todavía. Me era conocida la gestación y la elaboración de esos libros que Valle Inclán escribía de memoria: en realidad cuando ya se ponía a escribir se copiaba como Unamuno que ensayaba en conversaciones de monólogo sus artículos, cambiaba de tema y los amigos que le acompañábamos en sus largos paseos cuando vivió desterrado en París sabíamos que había dado por terminado su artículo y lo había enviado a algún periódico. Pío Baroja no se valía de su memoria, se inspiraba en el papel, en la escritura. Cada literato tiene dentro un monigote con su mecanismo. ¿Cuál era el de Max Aub?

Yo no estoy en condiciones para saberlo. Antes de la guerra civil española cuando iba yo a Madrid oí algunas veces su nombre que llamaba enseguida la atención por extranjero. Era además un nombre que sonaba bien como firma literaria, no sé si era el de su estado civil. A Max Aub lo conocí en España durante nuestra guerra y sobre todo después en la emigración cuando ya durante la guerra mundial los alemanes produjeron en Francia un tiovivo de emigraciones. Nos encontramos en Marsella con otros españoles. No había que ser muy perspicaz para ver en Max Aub dos cualidades, las llevaba en los ojos, en el gesto, en el ademán: la vocación y la fidelidad. ¿Por qué escribía Max Aub? Para contestar a esta pregunta referida a él y lo mismo sucedería si se refiriese a cualquier otro escritor no bastan las palabras: vanidad, gloria, ser alguien, hacer algo, etc., todas ellas son del denominador común, que no es exclusivo de los escritores ni de los artistas, lo tienen todos los hombres con respecto a lo que se dedican voluntariamente. Max Aub no escribía para mantener una familia ni para mantenerse, su fa-

milia era acomodada, debía tener medios que le permitieron dedicarse a escribir lo que quiso. No pretendió hacer una obra determinada ni decir determinadamente lo que pensara sobre algo, aunque lo hiciera. Lo mismo escribía una novela que una poesía, una comedia, una parodia, su afición por las parodias, las mixtificaciones, las antologías. En todas hay un nivel insuperable: el entusiasmo con que estaban escritas. Se concibe su entusiasmo por las antologías, él mismo había hecho de su personalidad una antología y la escribió. Max Aub es un caso fenomenal de vocación. No recuerdo otro igual en nuestro tiempo porque el fenómeno de Ramón Gómez de la Serna, a quien podría recordar es otro. Ramón escribió novelas, dramas, libros sobre personas o lugares sólo en apariencia, en realidad escribió solamente lo que llamó greguerías, empezaba una novela o un cuento y apenas empezaba se iba a la greguería, era su médula y su refugio. Max Aub por encima de la novela, poesía, parodia, escribiera lo que escribiese quería dos cosas que eran una sola: escribir sobre todo, sobre todo escribir, ser escritor, materialmente escritor, lanzar entusiasta las palabras en el papel, sufrir el martirio de corregir las pruebas, recibir el libro, la portada con el título y su nombre, la encuadernación, el volumen, enviar los ejemplares a los críticos, leer las críticas, oír los comentarios, Max Aub no eludía, acogía con entusiasmo, se divertía con las espinas lo mismo que con las plumas de pavo real, la cola que sigue al paso del escritor y no deja huella porque tiene buen cuidado de llevarla abierta en abanico. No es fácil hacerse una idea de una literatura tan abundante como la de este autor. Gracias a los estudiosos que a lo largo de los siglos han investigado la literatura de Lope de Vega nos podemos dar una idea de ella y sin embargo. . . Sobre Max Aub se ha escrito ya mucho, este mismo número de "Cuadernos Americanos" aportará seguramente mayor conocimiento de su obra. El mío es muy escaso para una obra tan abundante. Uno de los motivos por los que yo he leído poco a Max Aub es la catástrofe por lo visto irremediable de la falta de circulación del idioma castellano escrito entre las numerosas naciones que lo hablan. Con tamaña base parece mentira la triste verdad de que no hay un mercado común de letras castellanas. Poco antes de morir Max Aub me escribió una carta anunciándome desde México el envío de dos libros, uno suyo, a Lima: todavía no los he recibido, estaba muy enfermo cuando me escribió y puede que no me los llegara a mandar; otros libros he pedido otras veces a México, Buenos Aires, Barcelona o Madrid y no me han llegado. Pero sin saber gran cosa de una literatura tan abundante y varia como la de Max Aub se puede decir que por mucho que se trate de ella será siempre posible encontrar a lo mejor un libro suyo

desconocido como he encontrado yo la traducción francesa de una tragedia antigua de Valle Inclán en una librería de Lima, ciudad a donde llegan pocos libros.

El otro entusiasmo de Max Aub lo ha señalado agudamente el profesor de lingüística de la Universidad de Tubinga y crítico literario de la *Gaceta Ilustrada*, de Madrid, Antonio Tovar: su identificación con España. Nacido en París de familia alemana Max Aub al vivir en Madrid hizo del español su lengua materna, le agitaba, le corría por las venas. Nadie leyéndolo dirá que es un escritor extranjero, en cambio hablando nunca llegó a pronunciar bien los sonidos fuertes del castellano pero es que el único género literario que no cultivó fue la oratoria. Si hubiera querido ser orador habría superado este obstáculo como tuvo que superar otros mayores para escribir el español como si fuese su lengua propia, le entusiasmaba el equipo del escritor, no el del orador. En general le entusiasmó todo lo español, se apropió la cosa española más que muchos españoles, en todas las querellas tomó parte y partido, si alguna vez hablaba mal de España lo hacía —como los buenos españoles— por patriotismo pero aquí se quedaba corto: el pesimismo negativo de Max Aub no llegó nunca a los extremos que llega el de los mismos españoles: Joaquín Costa, Pío Baroja, Maeztu, Antonio Machado. Actualmente no hay un escritor español más patriótico que Juan Goytisolo (el conde Don Julián). En todas partes hay hombres que se apasionan por su nación como por una mujer y se enfadan con ella y la pegan. Max sin llegar a estos extremos sentía a España con pasión y tal como la sintió al llegar a ella. Viviera donde viviese seguía viviendo en el Madrid de las primeras décadas del siglo xx. Era un caso de fidelidad. España para él era también una vocación.

Inolvidable Max Aub: hombre de fidelidad y de vocación, advocación, dispuesto siempre, en forma —como literato—, a cumplir su destino.

EL TEATRO DE AUB Y SU ESPERA INFINITA

Por *Antonio BUERO VALLEJO*

No intentaré una exégesis crítica. No es mi oficio. Prefiero el de admirar. Por lo demás, nada aportarían mis análisis a otros ya existentes. Max Aub ha sido bien estudiado, y en su propio país. Al revuelo causado por su presencia y sus ediciones precedieron, o

se unieron, excelentes estudios de su obra. A través de sus asperezas le interesábamos y nos buscaba; por encima de ellas, la crítica más independiente rindió honores a su talento y a su agonía. Una larga herida empezaba a restañarse. A destiempo, como siempre. Ha cerrado los ojos antes de que la llaga se cerrase del todo.

Diecisiete años hará que conocía yo esa llaga y la compartía desde esta orilla. Nos mandábamos libros, nos escribíamos de vez en cuando. Hasta que nos vimos en Madrid. El gran autor sin estrenos abrazó lealmente a otro autor, algo más joven, que, mal que bien, lograba ir estrenando en la patria de los dos porque le había tocado quedarse en ella. Nos visitó otra vez, charlamos, nos sentamos juntos a diversas mesas —almuerzos, cenas, coloquios—; fui su oyente en alguna lectura. Y lo despedí hasta su próximo viaje, que ya no efectuó.

En 1957 me había escrito: "No faltan amigos que me prometen, cada seis meses, montar una obra mía pero acaban, siempre, estrenando una suya. No me quejo." Era su respuesta a una pregunta mía. Pues, leídos sus principales dramas, me sublevaba que se representasen en tan escasa medida. Si en España no podía ser (pero todo se andaría, tal vez algo se andará), ¿por qué no en el mundo? "No nací para saludar desde los escenarios. No por gusto..." —dice, con melancolía, en cierta página.

Su teatro se ha visto condenado a pálidas lecturas, como el de Valle-Inclán. La actual resurrección de éste nos conforta y vivifica, pero es un acontecimiento rezagado que nada resuelve en el plano personal. Y a mí me sigue pareciendo importantísima esa zona agónica de lo personal: la amarga zona del sufrimiento que se dice —yo lo dudo— necesario. Aunque el teatro de Aub alcance mañana su brillante reivindicación, muchos de los que lo elogien —de los que ya lo elogian— ejercerán una reparación tardía. Denostar ayer para elogiar hoy... Vieja historia.

¿Qué ha sucedido? ¿Teatro difícil, adelantado a su época? ¿De teatralidad mayoritariamente inaceptable hasta muchos años después de escrito? ¿Ha sido también ese el problema de Max Aub?

Adelantado, como todo autor valioso, es innegable que lo ha sido. Que apenas se le estrenase por ello, es dudoso. Audacias escénicas más radicales que las suyas lograron imponerse a contrarresto de los gustos imperantes. Y hoy mismo, si el gran público no acepta todavía las tentativas más desaforadas del joven teatro, numerosos grupos experimentales fuerzan a la opinión a admitir la calidad de las más extrañas obras. Pero no incluyen en su repertorio las de Max, porque las ignoran o porque sus hallazgos acaso les parezcan ya tímidos.

Excluido ayer, excluido siempre. En el planeta; no ya en su país. ¿Quizá por la descarnada índole política de su teatro? El lo sugirió en 1960: "...buena parte de la indiferencia de los empresarios se debe a mi insistencia en los temas políticos, que, en general, interesan poco al público de habla española." Sí. Es un obstáculo. Pero ese mismo público de nuestro idioma común ha aplaudido —incluso en España— obras políticas si las firmaba Brecht. Y los empresarios las han buscado cuando, en vez de firmarlas Aub, el firmante era alemán, o francés...

¿Habrá que admitir —de mala gana— que, a despecho de sus valores dramáticos, el teatro de Aub desprecia ese "oficio" imprescindible para saltar a la escena, oficio poseído por otros escritores mucho menos consistentes? En un inteligente trabajo anterior a su monografía definitiva, José Monleón parece esbozar la posibilidad de que ello suceda, y de que sea un mérito: "Aub no sólo se sabe al margen del teatro sino que se pregunta —¿y no será esa una de las causas fundamentales de su larga marginación?— qué sentido puede tener el desarrollo técnico, artificioso, de uno de los desenlaces posibles mientras la realidad genera víctimas reales. Aub se ha pasado la vida, para poder respirar, con un pie fuera del teatro. Eso será, a la larga, lo que le salve."

El comentario se refiere a *Comedia que no acaba*, experiencia abierta muy propia del talante literario de Max. Hay que recordar, sin embargo, que sus otras comedias sí acaban. Es claro que el crítico alude al mal teatro, insincero y burgués, cuando señala ese pie que Max echa fuera de él; alude a un desdén más que a una deficiencia. Las licencias que, como en la obra citada, se tomara con el oficio serían —igual que las de Valle— libertades de quien se sabe lejos de poder estrenar, mas no indiferencia por los intrincados problemas de la construcción teatral ni torpeza frente a ellos. Por eso diría yo, más bien, que Aub pasó su vida radicalmente dentro del teatro, incluso en las obras en que contradice las fórmulas constructivas al uso.

Y a este respecto ofrezco, por lo que valga, mi opinión de dramaturgo. Dos aspectos, sobre todo, me han asombrado siempre en la dramática de Aub y persuadido de su categoría de autor: el oficio y la persistencia. Oficio sorprendente en un escritor tan alejado de las tablas; técnica que oculta, bajo su aparente desenfado, escrupulosa sabiduría. En eso está entre los maestros, y del modo más airoso: mediante formas escuetas, diáfanas, que eluden todo énfasis y nos hacen olvidar el sólido artificio que las sostiene. En sus diálogos sin una palabra de más, en su ritmo dramático, en sus invenciones escénicas, ¡cuánta acendrada teatralidad! Oficio de

primer orden, que no se reduce a la "carpintería" y funde en férrea unidad el drama interior con su expresión formal. Aub vivió, de hecho, con los dos pies —y la cabeza— dentro del mejor teatro y de su ineludible problemática estructural.

Y vivió en él —segundo asombro— persistentemente. Es casi imposible seguir escribiendo comedias durante toda la vida sin estrenarlas; esa tenacidad es la de los chiflados sin talento. Quien lo posee, abandona la partida tarde o temprano, justamente para no enloquecer. Pues el dramaturgo necesita dialogar con el público; casarse con él, aunque sea en matrimonio mal avenido. Si no lo consigue, escribir teatro termina por ser una masturbación de su soltería y un día la deja, definitivamente asqueado. Pero si no es un pobre loco, si tiene talento y sigue, no obstante, acumulando comedias sin estrenos, podemos asegurar que estamos ante un enorme autor.

¿Por qué no se representa a ese enorme autor? Ricardo Doménech ha inquirido, consternado, las causas de ese escándalo. Enumera unas cuantas, sin duda ciertas, recoge asimismo entre ellas la del carácter político de las obras y concluye la lista con las dos siguientes: "La situación histórica (en situación histórica diferente, el teatro épico de Aub podría haber tenido una repercusión similar a la que tuvo el teatro de Jean-Paul Sartre en la Francia de posguerra); la miopía de muchos empresarios teatrales españoles del interior y, sobre todo, del exterior. . ."

Conectadas estas dos últimas causas de aire tan dispar tal vez salta una chispa. Creo que Doménech alude a una muy concreta situación histórica; sin olvidarla, recordemos otra prolongada situación histórica que la engloba y que mantiene, va para 3 siglos, a las letras hispanas en entredicho frente al mundo y ante sí mismas. Larga decadencia, que apagó la resonancia de nuestra literatura en el planeta, salvo excepciones que confirman la regla. Y no me refiero sólo a España, sino a Latinoamérica. Casos muy diferentes —se dirá—, y sobre todo, hoy. Tal vez, pero pertenecientes a un mismo "Tercer Mundo" literario, frente al que se erige el menosprecio de otras culturas —o el automenosprecio— mediante esquemas racionalizadores de nuestra hepotética inferioridad: mimetismo, retraso, localismo excesivo, deficiente universalidad incluso cuando se abordan temas potencialmente universales, etc. Vivimos en la era de la sociología invasora, suceso de suyo muy saludable, pero que propicia de rechazo tópicos negativos de pretensión dialéctica y en realidad fatalistas: la imposibilidad de que las letras superen la decadencia histórica y social del país que las genera, la imposibilidad de que maduren en países socialmente inmaduros, la imposi-

bilidad de grandes creaciones bajo las censuras esterilizadoras..., como si la historia de las artes y de las letras no nos hubiese dado curiosas pruebas de lo contrario. De tales prejuicios somos víctimas todos, y nuestras respectivas victorias, todavía tan precarias, dibujan con mayor claridad aún la pugna contra el desdén mundial —y contra nuestra acerba autocrítica— que representan. El reconocimiento internacional de ciertos grandes escritores latinoamericanos no es floja victoria, pero surge todavía dentro del esquema fatalista o determinista y no contra él: es el creciente despertar social de la América Latina el que, al provocar la atención del mundo, mueve a éste a considerar posible la calidad de sus escritores. Pero hace cuarenta o sesenta años había también extraordinarios escritores latinoamericanos que el mundo desconoció prácticamente o valoró con cicatería. Fenómeno de apariencia inversa es el español —pues hay acuerdo unánime en considerarnos en un declive y no en un resurgir—, pero, en el fondo, el problema es idéntico: el de demostrar, contra prejuicios aún más fuertes motivados por nuestra situación política, que los escritores y artistas estamos más vivos de lo que se cree. Y ese problema, lejos de afectar exclusivamente a españoles del interior, alcanza también —nótese— a muchos desterrados. Pertenecientes a una literatura de antiguo depreciada, difícilmente pueden desprenderse del sambenito si emigran a países de su misma lengua y no, por ejemplo, a París.

En ese pozo donde todos yacemos las "miopías" de que habla Doménech son viejas. Y no sólo empresariales: todos las asumimos y nos miramos con ellas los unos a los otros, a través de las gafas mal graduadas con que también nos miran desde otras naciones, cuando nos miran... Pero las letras castellanas —para no hablar de las catalanas o las gallegas— de ahí y de acá no saldrán del pozo mientras no cambiemos todos el suicidio de nuestras acideces, el "sálvese quien pueda" de países disminuidos, por cálida solidaridad y resuelta autodefensa. Algo de eso se hace ya en América; les va mejor.

Emigrado con su sambenito a cuestras, y pese al éxito que iluminó a algunas de sus magníficas narraciones, Max Aub ha muerto esperando esa solidaridad. Pues era lo que esperaba, en España y fuera de ella, aunque tomase su parte en las acideces. Lo esperaba sobre todo para su teatro, pues el teatro suele ser más difícil de realizar que las más ímprobables ediciones. Si el azar le hubiese forzado a permanecer en España y hubiese logrado remontar, sin grave daño personal, los primeros años duros, sospecho que tal vez habría reanudado su lucha teatral y, pese a todo, estrenado con alguna regularidad. Obras, cierto, seguramente no iguales siempre a las que ha

escrito, pero, en esencia, las mismas. Y creo que se habría impuesto porque, al fin y al cabo, nosotros necesitábamos más que nadie las testificaciones implacables de un compatriota y a él le sobraba terquedad para dar guerra en lugar de expatriarse al primer percance de censura o de dinero. Habría entendido aún mejor —ya lo entendía— hasta qué punto nuestro derecho y nuestro deber era el de esa lucha y no el de callarnos, como tan torpemente se ha dicho a veces. Habría pugnado, y habría sufrido, por ello, otras incomprendiones y menosprecios. Pero hubo de partir tras la contienda bélica. Halló al fin en México, como tantos otros españoles lacerados, conmovedora hospitalidad, otra patria, el mismo idioma . . . y la fatalidad de otro "Tercer Mundo" literario donde el desarraigo de un emigrado que lleva dentro de sus propios panoramas no puede ya remediarse del todo, a despecho de los brazos fraternos que encuentra. Y así, el admirable autor sin estrenos en su país de origen apenas los tuvo fuera de él; ni en ese continente cuyo mejor teatro vernáculo se debatía con sus propias dificultades de desarrollo, ni en el resto del globo, poco dispuesto a escuchar lecciones teatrales tan desnudas como las de Max si procedían de tales parajes, aunque fuese un exiliado antifascista quien las diese.

No es tan grave, en definitiva, la mediocre difusión internacional de un gran escritor. Al deplorarla no estoy entonando por él, ni por nadie, lamentaciones obsesivas por algo tan pueril y vano como el ansia desatada de fama. No es la fama lo que, hondamente, necesita el creador, sino respuesta: comprobar que su palabra es un regalo fecundo para la gente y que la gente lo fecunda a él. Su soltería de dramaturgo es lo lamentable: amarga soledad, pero muy viril, pues las obras que sin cesar escribió, lejos de configurar un vicio solitario, parecen suscitar un público espectral que acaso un día sea de carne y hueso.

"He venido, no he vuelto" —declaró nada más llegar. Se ha especulado acerca del sentido de esas palabras. Alguien apuntó que no había vuelto porque su corazón siempre estuvo aquí. En el ánimo de Max la frase encerraba, probablemente, un significado muy distinto: el de advertir que su regreso no era definitivo y que con nada ni nadie pactaba al regresar. Pero, sin pactar, anheló —e hizo muy bien— su reinscripción en la literatura hispana y, a ser posible, en el teatro español. Refiriéndose a esa obra magistral que es *San Juan* había escrito en 1964: "Que estos seres vivan todavía es todo lo que puedo pedir. El que aparezcan en las tablas —y en Madrid— sería esperar demasiado, aunque no hice otra cosa desde hace más años de los que tiene esta tragedia."

Lo esperó, sin embargo, en esa suerte de espera infinita que es

la espera desesperanzada —otra tragedia—. Y en ella ha muerto, sin verlo. Acaso nosotros sí lo veamos. Mas no podemos sino reconocer con melancolía que ni aun así termina la espera infinita. Porque las representaciones en nuestra lengua —¿y mundiales? Ojalá— de su teatro que se den en el futuro ya no serán los provocantes actos estéticos y sociales de un autor inmerso en la actualidad que arrostra, sino la respetada presencia de un clásico recobrado. Quizá una presencia vigorosa; suscitadora, todavía, de pasión y polémica, según le sucede hoy a Valle; pero, inevitablemente, tardía. Destino frecuente entre escritores de nuestro idioma. Tildados en vida de insuficiencias y retrasos respecto a la hora de Europa se los ve más tarde, dentro y fuera, como precursores de corrientes que, a veces, enseñorean el mundo. Max ha penetrado en el túnel que conduce a eso. Pero la reticente Europa también ha perdido el teatro de este español, que debió figurar en la nómina de los autores más significativos de nuestro tiempo. Y si Europa lo recobrara lo haría asimismo tarde. No nos acongojemos por ello; en la espera infinita hay una infinita consecución para quien sabe percibirla. No vamos a dejar de admirar, ni de releer, el teatro de Max Aub.

ALGUNOS LABERINTOS DE MAX AUB

Por José GARCIA LORA

GRANDE y complejísima es la obra de Max Aub. Grande por su volumen, su riqueza verbal, su variedad. En parte de ella nos propone una visión laberíntica de la existencia. Quizá porque le tocó vivir de lleno el *Laberinto español* que describió ya Gerald Brenan. Quizá también porque la idea del laberinto sea, desde la antigüedad, el símbolo más adecuado para expresar la perplejidad con que el hombre avanza por su vida. Max tuvo que pasar varios muy reales. El ser español —aun por elección— es en sí suficientemente intrincado. (Como lo es, en otro sentido, ser mexicano, según Octavio Paz en su otro *Laberinto de la soledad*.) A Max le cayeron en suerte laberintos más específicos: el imborrable de la Guerra Civil española, el de los campos de concentración en Francia, el de la caída de este país en la Segunda Guerra Mundial, el del campo de concentración en el Atlas sahariano. . . Y al fin, su llegada a México, foco de luz tras las penumbras, donde pudo, con tranquilidad y dedicación, dar a tanto amargo recuerdo, forma literaria. No me refiero

solamente al denominado por él mismo "laberinto mágico" que le vincula a su época, colocándole de lleno en la historia, sino también a otros que elaboró con fruición: laberinto *Campalans*; laberinto *Luis Alvarez Petreña* (en sus distintas versiones); laberinto *Antología Traducida*, además de otros, como *El Cerco* —acción en el centro de un laberinto— que afectan a otras partes del mundo.

La forma de laberinto que la vida impone a los mortales supone cierto capricho previo, cierta limitación. ¿Por qué éstas y no otras trayectorias para nuestra vida? Quizá la ilusión del tiempo —mera observación humana del hecho que la Tierra gira en torno al Sol— tiende a dar a las vidas ese carácter laberíntico. Las guerras se repiten, con variantes, las tragedias personales se suceden, cambiando sólo los detalles,

Rara vez se queda Aub en la mera anécdota. Tiende más bien a ofrecer auténticas representaciones del complejo devenir humano. Y por ello, en sus obras, los personajes tratan de comunicarse en pródigas conversaciones, como si cada cual quisiera romper las paredes de su dédalo, impulsado por el irrestañable desbordamiento verbal de Aub. Lo mismo ocurre con sus descripciones que considero "dinámicas": la del limpiado de zapatos por el limpiabotas que, en su inocencia, piensa llegar a serlo del Padre Eterno; la de las ferias de los pueblos en Levante con sus soberbios "charlatanes"; la del toro de fuego en Viver de las Aguas, símbolo perfecto que inicia el "laberinto mágico".

Aub no escribía sólo por afán de dejar huella o de liberarse de angustias pasadas, sino también porque escribir era la actividad que más le divertía. Escritor nato y cronista minucioso, le resumaba la savia literaria por todos los poros. Esa era su pujanza y su alborozo, fuente de su optimismo básico y de su creencia inquebrantable en la amistad, el progreso y el arte. Una de las manifestaciones de su regocijo creador era el "Correo de Euclides" que enviaba anualmente a sus amigos. Siempre traía, comentada, una noticia despampante y un tanto laberíntica. Mi favorita es la del cosmonauta chino que, por leve error en los cálculos navegó tiempo atrás, hasta llegar al Paraíso Terrenal en el momento justo de gritar su "¡No!" a Adán cuando éste alargaba la mano para tomar la manzana. Eso sí que era atinar y nos hubiera ahorrado los cruentos laberintos de la historia.

Aub no repite generalmente sus dédalos sino que nos va proponiendo varios nuevos siempre renovándose y experimentando. En *Juego de Cartas* se saca de las mangas su baraja-novela o novela-baraja, falso laberinto en que se pueden leer los relatos contenidos en el envés de cada carta en cualquier orden. Dando así corte tras

corte al concepto del tiempo lineal, como cualquiera de los novelistas de moda.

Campalans es laberinto-trampa para críticos y lectores de biografías de personas importantes. El tema, por todas sus galerías es la Pintura. Pero a lo largo del sostenido embaucamiento, no sólo puede el lector incauto toparse contra las paredes, sino que también se abren trampas bajo sus pies, dando a nuevos dédalos insospechados y quién sabe si infinitos. Andamos aparentemente por el París de Picasso, el México de Alfonso Reyes, el de los Chamulas en San Bartolomé de las Casas, nos enteramos de ingeniosas teorías pictóricas (asombra la erudición irónica de Max en esta materia) de teorías culinarias (los célebres "muxarrons" a la catalana) y admiramos la hábil "cronología" que nos ofrece, como todo libro de arte que se respete. Sin olvidar los cuadros de Campalans colgados a lo largo de tan excelente superchería laberíntica.

Una de las sorpresas de la obra aubina es la actualidad que puede recobrar en parte, sobre todo, los dramas de sus primeros tiempos. Resultan ionesquinos. A Max debió regocijarle íntimamente ese retorno cíclico, ese volver hoy desde la vanguardia de los años veinte a la actual. Una de esas obras dramáticas primerizas propone ya uno de los laberintos simbólicos que examino aquí.

Narciso es, según la propia bibliografía de Max, su segunda publicación: una reinterpretación escénica del mito de Narciso y Eco. Veo a este Narciso atrapado en uno de los laberintos típicos de la juventud: su propio yo. No puede salir de sí mismo. Eco define la mentalidad de Narciso. "Tiene mirada de ciego, cortada a flor de ojos, raíz de luz, dirigida hacia adentro." Le llama presumido y él contesta con frase reveladora: "Pre-sumido, no, sumido sí." Eco le da un beso largo pero apenas logra sacarle del ensimismamiento. "Y ahora, ¿qué?" pregunta. A lo que Eco, con buen criterio responde con un ruidoso bofetón, igualmente ineficaz. Juan, enamorado de Eco es el rival de Narciso. El corifeo ilustra la relación entre los tres con otro símbolo cíclico: "Rueda el tiiovivo... ¿Van primero los caballos? ¿Van primero los tigres? Juan ama a Eco, Eco a Narciso. Narciso, ¿a quién ama?". En el segundo acto Narciso hace gradualmente los descubrimientos que más le empujan al centro de su maraña: primero la fuente y luego el espejo. El Corifeo comenta: "Narciso va adentrándose en sí mismo, sin darse de ello cuenta. Cayó en una sima, todo ha desaparecido. El mundo, espectadores, acaba de morir. R.I.P." Narciso ante el espejo, no necesita más: "Señor, ¿qué hice para merecer tu bondad? Ahí estás, amor, perfecto, entero... y la línea de tu rostro y todo, todo, todo... ¿Qué necesidad ser dos, si lo mejor es uno y soy yo?" Cuando su imagen no se le aproxima, dispara

contra el espejo y, con estrépito de cristales, cae muerto. Podría ser un buen fin pero, en un tercer acto, reaparece casado con Eco quien ha encontrado el truco del "reloj de repetición" (otro recurso cíclico) para satisfacerle. No lo logra completamente y se va con Juan. Narciso reacciona todo lo que puede desde dentro de su egolatría y se consuela con un espejo de bolsillo, reducción circular del de cuerpo entero, como si se hubiese contraído el área central de su dédalo. Al mirarse dice: "Aún quedo un poquito, aún soy yo. . ." Se hace el oscuro y el corifeo comenta: "He aquí el teatro. La tierra es amarilla, verde, roja, según las estaciones, *siempre repetidas*. El destino es alto, negro, inescrutable." Frase que traslada la situación a un plano trascendental. Sin salida, todos presos.

Dentro del magno "laberinto mágico" de Aub, existe otro más restringido. Es el que pudiera llamarse "laberinto de amor", relato de las fluctuaciones impuestas por la Guerra Civil española a uno de los raros casos de amor absoluto que se dan en la obra de Max Aub. Se desarrolla a lo largo de *Campo Abierto*, *Campo del Moro*, y *Campo de los Almendros*, entre Vicente Dalmases y Asunción Meliá, en la España republicana. Con su ir y venir, recuerda algo las novelas bizantinas, usadas luego en narraciones medievales como el *Libro de Apolonio* español, cuyo argumento sirvió más tarde a Shakespeare para su "Pericles". Son morosos laberintos con salida: la reunión final de los protagonistas tras largas separaciones y múltiples aventuras.

Max suprime esa salida que hoy quizá resultase ñoña. No "vivieron felices" Vicente y Asunción al final. Pero representan, durante la contienda, algo valioso: un amor puro en medio del desfreno de la guerra. Su limpidez no resulta empañada por mutuas traiciones sexuales impuestas por las circunstancias. Asunción busca a Vicente en Madrid. Viene desde Valencia para confesarle su única falta y el amor inalterable que por él siente. En esa busca se interpone un mundo innumerable de personas, acontecimientos e ideas que aumentan nuestro interés en *Campo Abierto*. Vicente llega también a Madrid, pero procedente del frente sur, con la retirada general del improvisado ejército republicano. Entra en el café "La Granja del Henar", se sienta ante una mesa y cae, agotado, en un duermevela por el que discurren en círculos dantescos, torbellinos de conversaciones y personas relacionadas con la empavorecedora experiencia de la retirada. (Tiene este momento algo de pesadilla y de aquellarre: una larga "walgurgis nacht" situada en un punto central de la novela. Aub suele colocar análogas situaciones semi-irreales en el centro de otras importantes novelas de su "laberinto mágico". Un ejemplo es la prolongada agonía delirante del archi-

vero de Teruel, Don Leandro, en *Campo de Sangre*.) Vicente, después de descansar encuentra a su amigo Renau que le comunica que "El Retablo" —grupo teatral valenciano de jóvenes al que pertenece Asunción y donde conoció a Vicente en los primeros días de la guerra— ha llegado a Madrid y sus miembros están ensayando en el teatro de la Zarzuela. La encuentra allí, se sientan en el patio de butacas y Asunción confiesa. Vicente la comprende pero lloran los dos silenciosamente no sólo por la caída de ella sino por la tensión en que han venido manteniéndose: la retirada, el cansancio y muertes por doquier. El llanto y la *Numancia* cervantina que se ensaya en el escenario al mismo tiempo son perfectos exponentes de la situación extrema. Madrid, centro del gran laberinto bélico, acosado. "El Retablo" se dispersa —otra víctima de la guerra— y Vicente vuelve al frente, ahí, a dos calles. Asunción lo sigue como un perro fiel hasta la línea de fuego.

En *Campo del Moro*, Madrid se halla casi al fin de su resistencia y ha sobrevenido ya una larga separación de los dos personajes. Vicente ha pasado esos dos años y pico defendiendo la capital, mientras que Asunción fue enviada pronto a Valencia para ocuparse de escuelas y guarderías. Al quedarse sin ella, Vicente, amándola siempre, no puede evitar que, en otra revuelta del caos, lo arrebatase Lola quien se enamora perdidamente de él. Alrededor de Vicente y Lola gira ahora, con absorbente interés el orbe aubino del gran "laberinto mágico", cargado de personajes y peripecias que completan la crónica del derrumbe de Madrid. En las revueltas de ese laberinto Lola y Vicente sufren también separaciones imprevistas dado el carácter de la lucha interna dentro de la ciudad. Es admirable el tino con que Aub teje la maraña y riza los rizos. Es decir: el mini-laberinto Lola-Vicente, dentro del más importante Asunción-Vicente, ensartados en otro mini-"laberinto mágico", el de la pequeña guerra civil Casado-Negrín, dentro a su vez del magno "laberinto mágico" de la gran guerra civil de Franco contra la República. Ante la desintegración final de los frentes y las luchas intestinas, Vicente se encamina a Valencia. En Motilla del Palancar —momento de indecisión entre sus dos laberintos anímicos— da marcha atrás y se sube en un camión que regresa a Madrid. Acude a casa de Lola quien al comprender que Vicente se había ido en busca de Asunción, se ha suicidado, ahorcándose del dintel de una puerta. El libro termina con una escena basada en una noticia real: en el entierro de Lola, camino del cementerio, un obús alcanza de lleno al carro mortuario. Mueren varios de los acompañantes entre los que, precisamente por el desbarajuste que reina en Madrid, no se encontraba Vicente.

La última fase del complejo "laberinto de amor" Vicente-Asunción se desarrolla en el extenso volumen *Campo de los Almendros*. La trama de la búsqueda mutua de los amantes, ya esposos, es, en este libro, aún de más importancia. Con suprema habilidad el autor nos mantiene en vilo, da dramatismo a una situación fundamentalmente estática: la de los últimos republicanos, hombres, mujeres y niños que esperan embarcarse —en unos barcos míticos— en el puerto de Alicante. Allí, dentro de ese recinto, sin saberlo aun, han dado todos contra la puerta falsa del "laberinto mágico" final. No hay salida. No hay barcos. Con infinita paciencia y destreza complica Max la busca Vicente-Asunción con el fin de interesarnos en la alucinante profusión de casos individuales y pormenorizar la inmensa congoja de aquellos veinte mil españoles cazados en el puerto: el cansancio, el hambre, la desesperación, los suicidios, la lluvia constante que empapa y hace más pesados capotes y abrigos. Y ya, después de la inmensidad de la tragedia colectiva, cuando menos lo esperábamos e incluso lo contemplamos como incidente nimio, el encuentro de Vicente y Asunción: "No les parece sueño —sería absurdo— sino una absoluta, palpable, enorme, verdadera realidad.

—Me ahogas

—El hilo del laberinto.

Así creen. No saben que les espera como a todos los demás, la marcha tierra adentro hacia el campo de concentración de los Almendros y de allí, la separación final.

Admiramos el poderoso intelecto de Max Aub que tanto abarcó, dentro y fuera de sus "laberintos" y nos queda en los oídos la conversación de dos viejos conocidos de otras narraciones aubinas, Templado y Cuartero, en el puerto de Alicante:

—Saldremos de este laberinto.

—¿Qué laberinto?

—Este en el que estamos metidos.

—Nunca, porque España es el laberinto. No basta para vivir que nos traigan un número decente de jóvenes cada año, como holocausto.

—Entonces, no somos el laberinto, sino el monstruo perdido.

—Estamos en el laberinto, si prefieres.

MAX AUB, EL HOMBRE

Por *Carletto* y *Gutierre TIBON*

NINGUNO de nosotros tenía especial predilección por las matemáticas: más por casualidad los Aub, los José Luis Martínez y los Tibón durante cierto tiempo vivieron en una callecita de la colonia Nueva Anzures que lleva el nombre de Euclides, el gran geómetra griego. Las tres familias vivían en pequeñas casas de un barrio de la pequeña burguesía, en la pequeña calle que lleva el gran nombre.

Entre las tres casas, la más nueva y lujosa era la de José Luis Martínez. Su biblioteca, instalada en el garage, se podía columbrar desde la acera. La de Max Aub era invisible a los transeúntes. Amplia y rica, se encontraba en el segundo piso de una mansión tan modesta como la de Euclides número cinco, esquina con Mariano Escobedo.

Los timbres eran tres y si uno tocaba el superior salía la inquilina de la planta baja. Se tenía entonces que apretar el primero para que la criada de los Aub se asomara desde el último piso y preguntara "¿De parte de quién?", par bajarse en seguida a abrir la reja.

En los últimos años subíamos las escaleras con cierta aprensión: ¿cómo estará nuestro amigo? Había tenido un infarto y se salvó por milagro. Ahora, muy enflaquecido, tenía que comer sin pan, sin sal ni azúcar; tampoco le estaba permitido fumar.

Pese a nuestra zozobra, nos parecía subir al paraíso, un paraíso oscuro iluminado por la presencia de Max. Oscura la entrada, semioscura la estancia en la que él y Peua, su abnegada mujer, comían; oscuro el pasillo que llevaba a su biblioteca, poca luz en la misma y oscurísima la pieza contigua, también tapizada de libros; en ésta Max tenía sus discos y el instrumento eléctrico que los hacía girar para transmitir la música en su cuarto de trabajo. Trabajaba siempre, sin descanso y nosotros, no obstante la cordial acogida del amigo, teníamos la impresión de distraerlo de las numerosas tareas que se había impuesto también después de su enfermedad. Entre éstas la que más lo preocupaba era la biografía de Buñuel, el viejo amigo de otros tiempos que tomaba parte en la tertulia del café Gijón del Paseo de la Castellana en Madrid: tal vez temía no poder acabar el encargo que en 1968 le había confiado una editorial barcelonesa.

Durante nuestra última visita, Peua hablaba en la ventana con la hija que vivía en el mismo piso, pero en un apartamento conti-

guo, en Mariano Escobedo. Max nos pidió con insistencia que investigáramos si el apellido de Buñuel era de cristianos nuevos, es decir si el cineasta descendiera —al igual que santa Teresa, Vives o Cervantes— de familia judía. No pudimos decírselo porque no encontramos los datos que él buscaba. Además en los últimos dos años casi no nos vimos: cuando nosotros estábamos en México, él se daba largos paseos por Europa; cuando íbamos de viaje, él había regresado y seguía trabajando con la acostumbrada intensidad.

Cuando lo vimos la última vez fumaba cigarrillos, que le estaban prohibidos, arrojando el humo fuera de la ventana semiabierta, para que Peua no los oliera. Era luminoso como siempre: su reciente delgadez y la cara demacrada no habían influido en su mirada brillante, tras los gruesos cristales de sus espejuelos. En sus ojos cintilaba la alegría de siempre, la gravedad de siempre y un gran deseo de vivir: ojos que nunca habrían debido apagarse.

No es nuestra tarea juzgar si sus escritos reflejan la luz que emanaba del hombre Max Aub, una luz que era difícil eludir, una luz que había superado las amarguras de un noble escritor como él, entonces casi desconocido en España de la que hubiera debido ser —y será— una gloria. No cabe duda: el nuevo mexicano —parisino de Valencia— ha gozado aquí un sinnúmero de satisfacciones. Novelas, cuentos, piezas de teatro, todas las "obras incompletas" de Aub encontraron en México los editores adecuados y los éxitos merecidos.

Sin embargo, tenemos la impresión de que el escritor —pese a su honda gratitud hacia el país de adopción en el cual pudo continuar su tarea literaria interrumpida por la guerra civil española, viviendo decorosamente en la oscuridad de su departamentito de Euclides— se había quedado profundamente europeo, tal vez más europeo que ciudadano del mundo. Aunque hubiera logrado dominar los modismos del lenguaje mexicano, las raíces de su expresión idiomática seguían siendo de aquella España que había debido abandonar; también los temas humanos emanaban principalmente de la vida vivida y sufrida en su tierra. ¿Hay que reprochárselo? ¿Quiénes, entre los más conocidos escritores emigrados en América, se han completamente identificado con los países que los han hospedado? Únicamente antropólogos y arqueólogos, botánicos y geólogos se volvieron auténticos americanistas y por ende americanos, ya que se interesaron por todos los problemas de las tierras que los acogieron. Es discutible el hecho que la vida nueva en una tierra nueva hace de alguien un hombre nuevo, máxime si llega a la nueva patria con una formación ya bien definida. ¿Se puede reclamar a un autor del tamaño de Aub que olvide su juventud y todas sus emociones de su

primera fase de ser, madurado en otro ambiente? Emociones tempranas, sufrimientos físicos y morales no se pueden ni se deben olvidar. Si Max Aub hubiera descubierto a México a los dieciocho años y si la guerra civil le hubiese ahorrado las odiseas vividas en España y en África, hubiéramos podido contar con uno de los más fecundos y auténticos autores nacionales.

Podríamos referirnos a dos casos paralelos de autores mexicanos que vivieron en España y allí obtuvieron éxitos merecidos: Alfonso Reyes y Martín Luis Guzmán, cuya temática quedó hondamente mexicana. Con todo ¿quisieron menos a la hospitalaria España? Y Max Aub ¿quiso menos a su querido México? En fin, lo valioso es expresar hechos humanos en un idioma común y ya no importa si los libros de Aub fueran de tema mexicano o universales.

Nuestro respeto, nuestra admiración por el gran escritor pasan en un segundo término en comparación con la honda amistad que teníamos y tenemos por él, el hombre. Nunca lo vimos quejarse; sus protestas eran tan veladas que apenas se asomaban a la superficie. Ni de sus enemigos —¿quién no los tiene?— se quejaba: por lo contrario, los defendía con indulgencia: si lo acometían era porque sufrieron en la vida, perdieron sus seres más queridos, no realizaron sus sueños. Además, nunca lo oímos juzgar negativamente los hechos de la política mexicana: con su innato sentido del humor sacaba frases ingeniosas dichas sin ninguna malicia. Porque, fuera de la inteligencia y cultura, poseía un don muy raro: la bondad.

Nos sentimos orgullosos de que este hombre bueno cierto día pudiera servirse de un automóvil. Al fundar y dirigir Radio Universidad —a la sazón la mejor difusora cultural y musical de México— se servía de una camioneta azul claro, préstamo de la UNAM, manejada por un humilde chofer. Antes de ir a su trabajo, Max acompañaba a Peua al mercado y tal vez perdía algunos minutos de su precioso tiempo en escoger viandas exquisitas: porque le gustaban los buenos platillos caseros, la comida refinada, los manjares especiales. Al asomarnos a Euclides y al ver su camioneta parada frente a la reja de su casa, pensábamos: Max trabaja. Mientras el patroncito escribía, el chofer se echaba largas siestas en el coche.

Luego desapareció el vehículo y Max pudo dedicarse nueva y exclusivamente a sus escritos. Mientras tanto José Luis Martínez, flamante embajador, había dejado su casa; luego también los Tibón se apartaron de la Nueva Anzures y se fueron a vivir a Cuernavaca. Mas durante años nos llegó el Correo de Euclides, un gran periódico con títulos llenos de invenciones agudas, que Max enviaba a los amigos en lugar de una tarjeta natalicia.

Si en el número cinco no siguiera viviendo Peua, el Euclides de la Nueva Anzures sería otro personaje anónimo para nosotros: un fulano cualquiera, fuera del tiempo.

MAX AUB Y ANDRE MALRAUX

Por Denis MARION

MI ignorancia de la lengua española no me permite aportar una contribución al homenaje rendido a la obra literaria de Max Aub, ya que únicamente conozco lo que ha sido traducido al francés, la amena pseudo-biografía *Jusep Torres Campalans* y las emotivas novelas de la guerra de España.

Pero fui testigo de una de sus actividades, menos conocida pero no menos notable: esa ocasión en que juntos colaboramos con André Malraux en la realización de su película *Sierra de Teruel*. Max Aub evocó este episodio en el prefacio al guión cuya edición preparó para la editorial Era de México, poniendo a la disposición de los historiadores del cine un documento indispensable para el conocimiento de una obra que ha permanecido incompleta.

Sin embargo, su modestia le ha impedido dar una idea exacta de la importancia del papel que le tocó asumir en aquellas circunstancias. Permítaseme rendirle justicia evocando mis recuerdos.

Al principio, André Malraux había escogido a Max Aub para traducir el guión que él escribió en francés, para reclutar los actores y servir de agente de enlace con los sindicatos y las autoridades. Por grande que fuera esta misión, su actividad la supera con mucho. Las circunstancias apremiaron al equipo a una improvisación continua. El cine español se había quedado sin elementos de trabajo. El equipo de los estudios era deficiente. Filmar en un país en guerra, en una ciudad cotidianamente bombardeada, en la que faltaban tanto alimentos como medios de transporte y de comunicación, constituía una empresa desesperada. Para colmo de males, el tiempo apremiaba.

El proyecto aceptado por el gobierno republicano en mayo de 1938 debía haberse realizado antes de finalizar el año. Antes de la llegada de los técnicos extranjeros, los dos (Malraux y Max Aub) estaban solos para meterse de lleno en la redacción del guión, la organización de una administración, la contratación de artistas y técnicos, la localización de exteriores, etc. En estas actividades,

Max Aub se convirtió en el doble español de André Malraux, su intérprete, su traductor, su intermediario, su asistente y, por supuesto, su amigo.

Estos trabajos múltiples fueron asumidos con una buena voluntad que no retrocedió ante las tareas más ingratas: por ejemplo, afligido por un doloroso lumbago, soportó seiscientos kilómetros en un auto desprovisto de frenos para sacar de la aduana un envío de película. Su sólido optimismo no fue jamás doblegado por las catástrofes sucesivas que se abatieron sobre la empresa. En los últimos meses de la agonía de Cataluña, él prosiguió con André Malraux y un reducido equipo sus proezas de valor e ingenio para llegar, al cabo de muchas jornadas de esfuerzos, a rodar una escena más.

Fue así que realizaron, a pesar de todo, la mitad de los planes previstos antes de emprender el camino a Francia, la víspera de la entrada de las tropas franquistas en Barcelona.

En los estudios parisienses, emprendieron de nuevo una segunda tarea imposible: construir un film coherente —mutilado, pero sin embargo destinado a convertirse en uno de los clásicos de la pantalla— con esas migajas de película que se desparramaron sobre la totalidad del guión al cabo de un trabajo encarnizado de nueve meses. Tuvieron que emplear seis más para darle forma. Durante esta segunda fase, Max Aub fue requerido aún para dar su contribución en todos los campos posibles. Entre otras, dobló a la perfección, en el papel del aviador alemán, a Pedro Godina, que no satisfacía a André Malraux.

No volví a ver a Max Aub hasta veinte años después. Había pasado por terribles pruebas de las que no habló jamás más que para nutrir algunos de sus más bellos relatos. No me asombró hallarle semejante a la imagen que había conservado de él. Conservaba ese entusiasmo de niño maravillado que le hacía capaz de soportar todo sin quejarse y saborear los humildes placeres que ofrece la existencia, incluso la más desprovista: un rayo de sol, una bebida fresca, un bello paisaje. Su buen humor y su afabilidad le hacían recibir con plena familiaridad a quien se le presentara por primera vez, ministro u obrero.

Si poseía en 1938 la experiencia de la literatura y del teatro, lo ignoraba todo del cine. En esa época descubre la técnica y la asimila con el mismo entusiasmo que, dos años más tarde, hará exclamar a Orson Welles al poner por primera vez los pies en un estudio: "¡Nunca me habían regalado un juguete más bello!".

Después, Max Aub había de sacar partido de los conocimientos así adquiridos y trabajar sobre todo con Luis Buñuel. Es una parte

de su actividad de la que hablarán mejor que yo quienes la compartieron con él.

EL TEATRO DE AUB EN ESPAÑA

Por *José MONLEON*

EN sus dos últimos viajes a España, Aub habló a menudo de teatro. Y fue más de una vez a los estrenos, siempre con el espíritu crítico bien dispuesto.

Todos sabemos que a Max le amargó el no ser autor estrenado. En cierto modo, él era, antes que nada, un dramaturgo; al teatro dedicó sus primeros empeños literarios, en forma teatral dejó escritos los documentos más agudos y patéticos que jamás se hayan dedicado al exilio y, en general, teatral es su necesidad de desdoblarse, de dividirse, en voces y personajes en conflicto en lugar de contemplar el mundo desde un solo punto.

La parte fundamental del teatro de Aub —escrita después del 39— se ha conocido en España hace relativamente poco, aunque algunos títulos, ya sea por razones políticas, ya sea por motivos editoriales, sigan siendo prácticamente ignorados. "Morir por cerrar los ojos", "No", "San Juan" y "Domicilio conyugal" figuran entre las obras editadas aquí recientemente, ya sea en libro —las dos primeras citadas, en Aymá y Cuadernos para el Diálogo— ya en revista —las dos últimas, en "PRIMER ACTO".

Atención especial merece el volumen que le dedicó la Colección Teatral "El mirlo blanco", en el que, precedidos de varios ensayos y trabajos, se incluyeron "El desconfiado prodigioso", "Jácara del avaro", "Discurso de la Plaza de la Concordia", "Los excelentes varones", "El director" y una excelente versión de "La madre", de Gorki.

Sin embargo, y pese a este conocimiento y creciente divulgación de una buena parte del teatro de Aub, lo cierto es que ninguna compañía profesional ni grupo independiente ha mostrado interés en montarlo. El destino del teatro de Aub parecería ser su lectura, condenado en términos que recuerdan a los que un día apartaron de la escena la obra de Valle Inclán y aún ahora alejan la de Miguel de Unamuno. Es decir, que se trataría de un teatro "para leer", falto de los elementos habitualmente exigidos por el hecho escénico. ¿Y qué elementos podrían ser esos? Porque el último medio siglo se

ha caracterizado por la continua destrucción de no importa qué cánones formales, abierto el escenario a todo tipo de propuestas dramáticas. Decir que el teatro "es esto" o "lo otro" se ha convertido en una imbecilidad, según ha ido revelando el curso de la historia escénica. Así, nuestro Valle ha pasado de ser autor para los libros al dramaturgo más respetado entre los contemporáneos, representado con pasión y con éxito. Y ha habido sitio para Brecht y para Stanislavsky. Y ha sido de un país socialista, Polonia, de donde ha venido la mística teatral de Grotowsky. Y Beckett, el obscuro Beckett de hace unos años, ha llegado al Nobel a partir de su "Esperando a Godot". Y . . .

Muchas ortodoxias han sido cuestionadas, creándose una nueva actitud. El teatro no deberá ser contemplado desde el teatro, un drama desde el modelo de otro drama, sino desde la realidad que intenta expresar en cada caso. La estética será la forma artística de una realidad y los debates sobre la concepción de esta última se traducirán en una diversidad de formas, cuya pugna, lejos de asentarse en precisiones sobre el "arte", tendrán su raíz en la visión del hombre y del mundo.

Quiero decir con todo ello que, en términos generales, y cuando de hombres de talento se trata —como es el caso de Aub—, el aceptar las formas y los contenidos es un mismo acto. Y que si alguna vez la sensibilidad social española asume los problemas, las amarguras y las luchas del escritor, automáticamente aceptará su dramaturgia y la pondrá sobre nuestros escenarios.

Me parece, pues, que la "no representación" del teatro de Aub —salvo alguna excepción esporádica— no hay que explicarla a partir de juicios puramente técnicos. Aub debatió amargamente su condición de transterrado; sintió el dolor de estar donde no estaba, de la doble vida, una pública, visible, y otra, no menos real, secreta, imaginada en la propia y abandonada tierra. Vida real, pero también quimérica, cerrada al cambio, un tanto suspendida en la hora inmóvil del transtierro, o sólo abierta a las falsas esperanzas de un jubiloso regreso.

Max no era ya —a fuerza de ser las dos cosas— ni mexicano ni nuestro. Ni tampoco había resuelto el dilema político de nuestra hora arrojándose a una de las partes con los ojos vendados. Su trayectoria de hombre de la izquierda se asociaba a un irrenunciable espíritu crítico, ya fuera a costa de los enemigos ya de los teóricos amigos.

Esta independencia política, unida al transtierro, hubieron de hacer de Max un hombre singularmente lúcido e inevitablemente

amargado. Había renunciado a los credos protectores y andaba, de aquí para allá, con años y dolores en la espalda, preguntándose y preguntándose, y respondiendo "No" —título significativo de uno de sus dramas— a las distintas propuestas maleadas por la praxis.

Max Aub era un nómada de espíritu familiar y republicano. Llevaba en la memoria la lengua valenciana, la de sus años de universitario y "joven autor de vanguardia"; había vivido intensamente la gran aventura de la Segunda República española, ahogada en una Guerra Civil. Sabía de los campos de concentración franceses donde se amontonó el exilio depauperado. De la llegada a México y de la conquista de una nueva esperanza. De las sombras del stalinismo y de la luz de la revolución cubana. De las noticias que, deformadas por el deseo, llegaban de España. Andaba por el mundo, zarandeado de aquí para allá, en años de zarandeos sangrientos, sin perder la conciencia de su raíz española, polémico y libre, candoroso y heroico, como lo eran los republicanos que perdieron la guerra.

Era el suyo un mundo singular. Y su mejor teatro llegará a la escena —no, no me refiero a obras como "Deseada"— el día en que la sociedad española se enfrente con el drama del exilio, el día en que se haga carne real el drama del vencido. Es decir, en que los vencidos dejen de ser, agrandados o empequeñecidos, una entelequia ideológica. El día en que nuestra gente recobre el sentimiento, tan duramente castigado por los acontecimientos, de la verdadera solidaridad. Supongo que si nuestro proceso histórico alcanza ese estadio, el teatro de Aub de carácter más literario y experimental, ligado a los interrogantes estéticos de otras épocas, seguirá sin estrenarse, pero el otro, el que tiene valor de crónica dramática de la vida contemporánea, escrito con la lucidez y el dolor de una víctima que se quiso testigo, ese teatro sí se estrenará, convertido en el documento insustituible de una serie de comportamientos.

Lo que aleja aún al público del teatro "histórico" de Aub no son, contra lo que algunos piensan, las características formales de ese teatro, sino la ausencia en ese público de la curiosidad, el espíritu crítico, la independencia y la solidaridad que distinguieron a nuestro inolvidable Max Aub.

CONTINUIDAD Y RENOVACION EN LA OBRA
DE MAX AUBPor *Luciano RINCON*

PARA escribir sobre Max Aub, desde mi perspectiva tanto individual como promocional, es necesario contar con la dificultad que supone el doble juego de sus ausencias provocadas y sus presencias no racionalizadas. Parece difícil rehacer los silencios habidos. Y para los escritores de mi generación la obra de Max Aub es, sobre todo, un silencio largo con intermitencias sonoras imprevistas; obra que ha habido que perseguir, intentar ordenar y clasificarla inserta en este otro contexto cultural superior en que se producía. La obra de Max Aub llega a los españoles además de fragmentaria, desordenada. Sobre todo, fuera de su sitio. Descolocada históricamente, formando parte del asincrónico desarrollo cultural del país, es buscada primero casi únicamente por referencias muy vagas que rozan la curiosidad de lo prohibido; en algún caso, por la necesidad de situar su sombra, de rellenar el hueco que a pesar de todo se sabía que existía. Si es seguido así se puede suponer el difícil encuentro; se tropieza su obra en fragmentos sin cronología, bien a través de una novela reeditada caprichosamente, bien en ediciones antiguas, o americanas llegadas a España por azar. Situado Max Aub entre los peregrinos del éxodo y el llanto de que hablaba León Felipe, es enarbolada luego su obra como uno de los símbolos de la cultura española fuera de España. Discutido como influencia antes de ser medible su presión real sobre nuestra atmósfera habitable; con unas novelas poco conocidas; un teatro leído, cuando sólo de pie en un escenario el teatro es y su público verdaderamente existe; con una poesía sabida por referencias y el casi total desconocimiento de sus relatos breves, sus colecciones de cuentos. Hablar así de Max Aub es entonces hablar de un tiempo fecundo que retrasó, y aún sigue retrasando, su granazón. O de una siembra sepulta aún no libremente cosechable.

La obra de Max Aub corre, en ese marco de aceptación, el riesgo nada leve de academizarse sin haber llegado a ser renovadora, de ser respetada sin haber sido discutida, de ser alineada, y citada, y referida, sin haber sido nunca leída, ni su teatro participado, ni su aportación asimilada, ni su exacto lugar ocupado.

Escribir en España es, además de lo tantas veces llorado con Larra, asumir el pleno ejercicio del oficio de Adán. Los silencios

y las ausencias, nos han impuesto tener que bautizar las cosas, las ideas, las tendencias, los hallazgos, las posibilidades y aun los sueños. Crear de una nada amodorrada. Las hojas de parra tan pontificales como cotidianas han ocultado los desnudos miguelangélicos de las formas en ebullición al compás de los hervores de una vida cultural que revivía, empujando en ocasiones del desconocimiento a la mitificación. Con un nuevo riesgo. El de que el regreso de las mitificaciones sea el desconocimiento real definitivo de la obra de esos autores-objeto, y como consecuencia el olvido también real y también definitivo que supone la aceptación no crítica de su obra, manteniendo el periódico recuerdo conmemorativo o erudito. Y en todos esos riesgos está inmersa hoy la obra de Max Aub. Para lectores españoles —y yo soy un lector español— sus presencias y sus ausencias cobran una decisiva importancia en cuanto a su instalación plena, racional y valorada en nuestro mundo cultural cotidiano; instalación que él intentó físicamente. Leerla y juzgarla sería el mejor homenaje que, por crítico, polémico y real, podía rendirse a la obra de Max Aub.

Me parece inevitable partir de esa introducción cuando se plantea el análisis de cualquier aspecto de la creación literaria de Aub. Sólo así pueden, desde la perspectiva asumida, sugerirse ciertas observaciones respecto a lo que supuso en la renovación de la novela española. Sobre todo ahora, momento en que se recogen frutos de la reacción a largos años de desorientación cultural y creadora; ahora que en cierto modo "se regresa" al avanzar en la búsqueda de un modo de expresión que ni flote en el vacío al ser cortado de la obra anterior, ni rebautice supuestos conocidos de antiguo por el mundo, ni se crea surgida de una nada que empezó a despertar un tanto bruscamente ante impulsos exteriores, ni sea mera respuesta seca a los años de imperio del barroquismo banal, ni tampoco la entrega a un otro barroquismo de respuesta, irritado, cuando las claves del seguimiento histórico están dadas incluso para negarlas superándolas. Cortados de la continuidad lógica, rechazando la impuesta, teniendo que elevar un puente sobre la mediocridad para encontrar a nuestros clásicos inmediatos, la obra de Max Aub nos ofrece una renovación estilística dentro del desarrollo más ceñido históricamente de la novela española, y un lenguaje de gran riqueza, antes de redescubriéramos la importancia de la riqueza del lenguaje. La obra de Max Aub era referencia válida, y sin embargo poco conocida, en el tiempo en que la inquietud literaria estaba atenta sólo a señalar el espanto de lo que nos circundaba, conscientes con Walter Benjamín de que "el asombro porque las cosas que vivimos sean "todavía" posibles en el siglo xx, no es un asombro filosófico".

He hablado de barroquismo banal, de renovación estilística, de la importancia novelística de un lenguaje rico, creador de nuevas posibilidades expresivas. Y esos me parecen algunos de los más importantes temas a destacar en la obra narrativa de Max Aub. Sobre todo, en mi opinión, sus aportaciones al lenguaje literario; preocupación común a los escritores de la época en que aparecen sus primeras obras, pero que permanece después como un depósito ignorado, un tanto al margen, o de difícil utilización dadas las condiciones concretas en que se desenvuelve necesariamente nuestra vida literaria; condiciones de formación, de extensión del conocimiento, de posibilidades de investigación, e incluso físicas.

Porque a ese lenguaje nutricio de la novela de Max Aub sigue, o más bien suple porque los tiempos físicos no se corresponden con los literarios y Max Aub escribe a la vez pero distante, una época de superposiciones de retórica hueca; y según la profecía de Antonio Machado se vive un "hoy" que es todavía "el vano ayer" de la imitación literaria discursiva de un marinetismo desenfrenado. Lo que quizá crea en el gusto, y en la necesidad estética de los españoles, la exigencia de una sequedad informativa que evite la redundancia; que niegue lo que sólo es forma, lo que sólo es pompa, sólo es palabra sin valor de signo. Esa retórica entendida como arte de la persuasión. La información sustituida por la redundancia conduce a los delirios retóricos, y su abuso provoca la ambigüedad. Los escritores españoles que nacen en esa situación concreta han recogido, acuciados por la necesidad, la imprecación de Maiakovski a Marinetti: "Nosotros no buscaremos el ruido, sino que organizaremos la calma", porque el ruido de una literatura de persuasión hace difícil llegar a penetrar con intención y con seguridad en la calma necesaria de la continuidad novelística española que, a caballo de épocas y de continentes, representa Max Aub. En una creación que no se detiene pese a las incidencias de su vida agitada, y en la que une la significación y la belleza de los significantes de una manera que otros empezamos a descubrir cuando en alguna intensidad parece disminuir el ruido; aunque lo descubramos como invento de nuestra reiterada necesidad adánica.

En la obra de Max Aub está siempre presente la palabra; la palabra preñada de palabra. Cuando parecía imponerse, entre otros crepúsculos, el de las formas, y sin negar en absoluto su significación, Max Aub las enriquece. En sus obras están como una respuesta tanto como en calidad de oferta. Respuesta a esa retórica persuasiva, oferta de continuidad, en la ordenación clásica de los materiales novelísticos servidos por una brillante penetración en las significaciones de un lenguaje a veces galdosiano. Porque en ocasiones

su modo de narrar recuerda a Galdós tanto como en otras puede suponer su rechazo, rechazo por superación de ese mismo modelo; y aun la destrucción de su dependencia al profundizarle, pues germinar destruye en la misma función que vivifica. Aceptado el mensaje estético como violación de la norma.

La circunstancia histórica de Max Aub —y puede presumirse que es su lejanía lo que le hace aproximarse en su creación más a lo clásico, a lo tradicional, y quizá su permanencia en España le hubiera supuesto enfoques literarios diferentes— es un elemento de gran importancia para su implantación como novelista de la realidad española, a partir de una dedicación, hoy volvemos a ver que necesaria, a lo que abusando del ejemplo podría invocar como el reverso de la hoja sanssuriana: al envés de la belleza una vez certificado el haz del testimonio.

Max Aub tiene, novelísticamente, una gran capacidad para la investigación de la expresión a partir de la expresión misma, en la creación de una continuidad después cortada, luego sustituida por la retórica banal, más tarde buscada entre los despojos del "nouveau roman" francés, la exuberancia y frondosidad de la novela americana, o el heredar incluso a Faulkner si no hay otro pariente más cercano. En esos dos factores, la construcción, con mucho de novecentista, de sus novelas, y la creación de lenguaje a partir del existente, se plantean importantes temas de análisis de la obra de Aub. Con sus antecedentes y sus consecuencias. Y entre éstas, la de su desconocimiento por los lectores españoles en el momento oportuno, cuando los replanteamientos formales constantes, que suponen la también constante y la siempre necesaria búsqueda de la expresividad más eficaz para la continuidad del discurso estético más adecuado en el preciso instante histórico, están rotos por los ruidos heredados de Marinetti, que impedían concentrarse en la calma a organizar de Maiakovski.

Insisto, quizá demasiado, en la ausencia de la obra de Max Aub de nuestra formación ordenada. Es el temor a que se desenfoque una obra tan abundante como necesitada de crítica, tan extensa en número como en años que abarca, tan importante por su carácter de continuidad como por su oferta de modernidad. Ese intento necesario de ser al mismo tiempo fuente de sucesión y negación de sí mismo en la búsqueda de las nuevas exigencias expresivas, es lo que da a muchas novelas de Max Aub su característica más importante, o más subrayable. Que siempre lo consiguiera es otra cosa. Que es raíz es evidente. Y también es evidente que igual intentó ser rama, y que ese juego difícil de afirmarse y negarse —en su con-

dición de escritor transterrado— es lo que da a su obra un curioso atractivo.

En la novelística de Max Aub están muchas de nuestras idas y venidas, muchos de nuestros enfrentamientos, muchas de nuestras equivocaciones también. El análisis especializado de su lenguaje novelístico me parece que le situaría en una línea bien precisa de creadores con los que tiene mucho en común y de los que mucho trata de apartarse para seguir creando, que es algo bien distinto a repetirse.

Y en ese lenguaje encontramos parte de nuestro lenguaje. En su intención de dar un permanente testimonio histórico, sin abandonar su pretensión estética, está algún camino por reencontrar, ciertas investigaciones por hacer y la conciencia creadora de una novelística durante muchos años desorientada. O quizá, imposibilitada de orientación; y no siendo una de las causas menores de esa imposibilidad el desconocimiento, o mejor, el mal conocimiento de autores tan discutibles —en su buena acepción— como Max Aub. El esfuerzo a hacer, como homenaje, es el de dar fe de la existencia real de su obra, más acá del silencio y de los mitos. No sé para otros lectores en castellano, pero para los lectores españoles —y para los escritores, a los que supongo lectores— hablar de Max Aub es hablar de nuestra cultura literaria posible, de las inútiles invenciones de lo ya inventado, de la necesidad de recuperar nuestras propias palabras, nuestro propio lenguaje hoy fosilizado en tan gran medida, evadido de sus sentidos reales, sin función de comunicación en su uso casi exclusivo de fomentar el ruido. Y si nos es difícil el cómo rehacer los silencios habidos, más difícil aún nos resulta recopiar los tiempos que se nos quedaron en blanco. De algunos de esos tiempos y silencios sólo conservamos la palabra matriz de los grandes escritores. Como la contenida en muchas páginas de las muchísimas escritas por Max Aub.

SOBRE MAX AUB

Por *Emmanuel ROBLES*

AL comienzo del último verano, Max Aub, de paso en París, vino a verme con su mujer. Lo encontré muy enflaquecido y con aspecto casi alarmante; pero él se cuida —me dice con jovialidad— y todo irá mejor pronto. Como de costumbre se muestra opti-

mista, alegre, lleno de proyectos y me habla largamente de su voluminosa obra sobre Luis Buñuel, un ensayo de biografía crítica, una verdadera suma, un trabajo inmenso que espera terminar en el curso del año setenta y tres. . .

Y precisamente Luis Buñuel termina su película "El discreto encanto de la burguesía" en un estudio vecino a mi casa, de suerte que le propuse fuéramos a verlo en la tarde. Max se rehusa. El había hablado ya con Buñuel esa misma mañana en el hotel y le quedaba poco tiempo. Ciertamente habría sido muy interesante asistir al rodaje de una escena de esa película; pero en verdad le faltaba tiempo, y esta insistencia sobre el tiempo demasiado corto, sobre el tiempo tan medido, se graba en mi memoria. Evidentemente debíamos comprender que él tenía pocas horas que pasar en París y, sin embargo, esta frase me volvió al espíritu tres semanas después.

Tres semanas después, en efecto, bajando por la boca del Metro del boulevard Saint-Germain, abro *Le Monde* y ahí, a mitad de la escalera que conduce a los andenes, entre el gentío que me zarandaba, leo que Max ha muerto en México. Daba algunos detalles sobre su vida, citaba sus principales obras, le colocaba en el rango más alto de los escritores españoles contemporáneos y todas estas líneas formaban ese género de noticia cronológica que no significa nada. Max está muerto. Por un momento me quedo como aturdido escuchando el estruendo de un tren que lleva a Max a las entrañas de la tierra.

Yo lo conocí en París veinte años antes, en la casa de nuestro común amigo el poeta Arturo Serrano Plaja. Dos años después, le volví a encontrar en México donde yo estaba trabajando con Luis Buñuel en la preparación de una película. Fue, por cierto, en el transcurso de esta estancia de varios meses que nuestra amistad se fortaleció. Poco después, todos los días nos reuníamos y me gustaba especialmente ese don de simpatía que lo colmaba, así como me placía su imaginación abundante, desbordante. A toda hora tenía mil ideas, acumulaba novelas, cuentos, ensayos, piezas de teatro y poemas, sin contar las adaptaciones cinematográficas, las conferencias, los artículos en revistas y periódicos, los carteles-manifiestos, los textos "a la manera de", ¿qué sé yo?, sin mencionar los chistes literarios en los que irradiaba su humor tan particular desprovisto de filo, jamás cruel, a menudo de una frescura que daba el tono de su sano espíritu.

Fue Max quien le dio color y sabor a mi estancia en México. Recuerdo nuestros paseos por la Plaza Garibaldi, nuestras visitas a los pequeños bares llenos de mariachis, nuestras incursiones por las callejuelas alrededor de la Alameda, la plaza de la Inmaculada Con-

cepción. . . Cada paso era para él ocasión de evocar un recuerdo, de citar una anécdota. Siempre a la caza, sabía descubrir una esquina pintoresca, un personaje curioso o extravagante, un decorado insólito, y de la misma manera actuaba en París, un París que él me hizo visitar (¡después de todo, era su ciudad natal!) revelándome los aspectos secretos o raros o ridículos. Max también era eso: esa necesidad de explorar el mundo, de observar a la gente, de apreciar las singularidades, la infinita variedad, la fuerza de vivir y soñar. No nos equivoquemos, tenía adentro mucho calor humano, una ternura por los humanos que se transparentaba en todo su arte.

Es innegable que sus mejores obras están marcadas por la tragedia que desde 1936 desgarró al mundo y desde la cual hemos visto ensancharse la mancha de sangre que después de España ha ido cubriendo poco a poco la tierra entera. No pienso únicamente en la serie novelada del Laberinto mágico consagrada a la guerra civil, sino también en sus grandes piezas teatrales como *San Juan*, por ejemplo, inspirada en el drama de los exiliados judíos en tiempos de la persecución nazi. Y pienso igualmente en todos sus poemas y cuentos que evocan la noche actual de España o que recuerdan sus propios años en los campos de concentración africanos.

Traduje para una revista su novela corta "Yo no invento nada", que relata, en el campo Cafarelli, del Sahara argelés, la muerte de un anciano combatiente de las Brigadas Internacionales. Y en esas páginas de una extraordinaria densidad dramática aprendemos lo que fue para Max esa existencia cotidiana, a pesar de que él no se mete jamás en escena. Había hambre, sed, frío y latigazos, insultos y el perpetuo crujido de la miseria. —"Haced de ellos lo que queráis —dijo cierta vez el comandante del campo a su chusma".

Si ahí, en ese recinto de miseria, reinaban el desprecio del individuo, el deseo de humillar, el envilecimiento al nivel de las bestias, ahí también florecían al mismo tiempo, sí, al mismo tiempo, lo mejor del hombre, el valor frente a la adversidad, el espíritu de solidaridad y ese ímpetu interior de dignidad que puede por sí solo justificar nuestro paso por la tierra.

Ese es el aspecto de su obra por el que es necesario juzgar a Max Aub, sin olvidar por ello la parte más ligera. Pero dentro de este polígrafo extraordinario, lo que domina y que quedará, con seguridad, a través de la evocación poderosa de nuestro Apocalipsis, es su confianza en nuestros más altos valores morales y su exaltación de la conciencia humana.

MAX AUB EN SU LABERINTO

Por Emir RODRIGUEZ MONEGAL

I

No recuerdo quién me puso sobre la pista de las novelas de Max Aub. Tal vez fue Sarandy Cabrera que, por aquellos años de 1949-52, andaba mucho entre cosas españolas. Yo dirigía entonces la página literaria de *Marcha*, de Montevideo, y me pasaba la vida reseñando toda clase de libros, en particular nuevas novelas. Sé que un día, alguien a quien le estaba hablando de Sender y de Arturo Barea, me dijo:

—¿No conocés a Max Aub?

Desde entonces, empecé a buscar sus títulos. Aparecían en raras ediciones de una editorial mexicana más rara aún, Tezontle, que llegaba distribuida por Fondo de Cultura Económica. Así encontré *Campo cerrado* (1943) y *Campo de sangre* (1945) que me leí de un tirón y sin explicarme bien cómo se integraban ambas en el proyecto cíclico de lo que habría de ser *El laberinto mágico*. Pero desde el principio, Max Aub me pareció un extraordinario narrador. Más tarde, salió *Campo abierto* (1951) y pude completar un poco la serie, restableciendo el orden narrativo que el de publicación desordenaba. Seguía sin explicarme por qué *Campo de sangre* había salido antes (aunque la acción que narra es posterior a la de *Campo abierto*) pero atribuía el hecho a los caprichos de un narrador experimental. Mi entusiasmo por las novelas me llevó a escribir en *Marcha* una primera reseña, muy imperfecta pero ya admirativa.

Pasarían muchos años más, y muchos viajes, antes de que tuviera oportunidad de volver a escribir sobre la obra de Max Aub. Pero en el ínterin, seguía leyendo sus libros, tan curiosos, tan inesperados, tan originales como esa biografía de *Jusep Torres Campalans* (1958), supuesto pintor cubista cuya vida y obra Aub inventó hasta el punto de llegar a pintar sus cuadros. Aunque cada día la literatura latinoamericana contemporánea me absorbía más, no dejaba de leer todo lo que de Aub caía en mis manos. Algo seguía rumiando sin duda en algún rincón de mi cerebro: era el esbozo de un trabajo sobre *El laberinto mágico* y la novela de la guerra civil española que no habría de escribir sino quince años después. Pero la semilla había quedado plantada y yo era (aunque sin saberlo del todo) un adicto maxista. Era uno del número entonces reducido de fieles que, dispersos por el mundo, ya habían recono-

cido en ese escritor extraño, fuera de serie, a uno de los maestros de la prosa hispánica de este siglo.

II

Así pasaron los años, y de tanto en tanto yo me despertaba del sueño de otros trabajos y otras ocupaciones, y me preguntaba qué habría pasado con las novelas restantes de *El laberinto mágico*. Tuve que esperar unos doce años, hasta 1963, para leer la cuarta: *Campo del moro*, y su lectura me hizo desesperar un poco: todavía le quedaba al autor tanto por contar. ¿Cómo habría de arreglárselas? Además, el maldito seguía publicando y publicando libros sobre otros temas, como si los lectores del ciclo no tuviésemos ningún derecho.

Un día de febrero o marzo, 1964, tuve oportunidad de conocer personalmente a Max Aub. Yo estaba enseñando un par de cursos en El Colegio de México y amigos comunes nos presentaron. No recuerdo exactamente de qué hablamos ese día en casa de Francisco Giner de los Ríos, ni en los muchos encuentros sucesivos que se extendieron durante los cuatro meses de mi estadía en México, y que ocurrieron más de una vez en su casa de la calle Euclides. (Yo vivía, qué nombres, en la calle Leibnitz.) Pero si no recuerdo de qué hablamos en detalle sé que hablamos de literatura, de todas las posibles y algunas naturalmente imposibles. Sé que cambiamos opiniones sobre toda clase de libros y autores. Sé que el humor y la simpatía, esa llaneza suya que abría las puertas del diálogo, me impresionaron más que sus opiniones, por divertidas o exactas que éstas fuesen. En esos días, Max andaba haciendo mil cosas, como siempre: sus conferencias en la radio, un libro en dos tomos sobre literatura española, una revista en que los colaboradores fuesen todos hombres de sesenta años (como él), y además: literalmente miles de páginas de ficción, de parodia, de poesía, de traducción. Si alguien pudo ser alguna vez llamado polígrafo, ese alguien era Max.

Pero al hablar con él no era tanto el polígrafo lo que se reconocía. Más bien, el conversador amable y ocurrente, el hombre de una inteligencia siempre alerta, siempre contradictoria, pero siempre cálida. En cierto nivel, la conversación con Max parecía sólo un inagotable juego de ingenio, una suerte de esgrima verbal con la que él se divertía en sacar de quicio al interlocutor, obligándolo a pensar y hablar con una celeridad, una chispa, una puntería, que no todos poseemos. Pero a otro nivel, ese acoso paradójico no era sino la

explotación (casi invisible) de una sutilísima mayéutica por medio de la cual Max conseguía que pensáramos y habláramos sin los habituales lugares comunes. Conversar con él era, de algún modo, participar creadoramente en las aventuras de su vasta inteligencia.

III

ESA inteligencia funcionaba en una persona de la más desarmante afectividad. Era imposible no querer a Max, y quererlo desde el principio. Apenas lo conocí, ya me sentí amigo, viejo amigo. Después de haberlo leído durante tantos años, ahora lo tenía delante mío. Pequeño, con una cabeza que dominaba el cuerpo entero, y en ella unos ojos que no cesaban de comentar agudamente lo que la voz (algo sorda pero de increíble precisión) iba diciendo en un español muy castizo a pesar de ciertos fondos franceses de las erres. (Había nacido en París, 1903, y sólo a los once años se trasladó a España.) Ahora lo veía moverse en el segundo piso de su casa de la calle Euclides, recorriendo el escritorio abarrotadísimo de libros y papeles para tomar un volumen (pescado casi al azar, o por un acto de magia), abrirlo y encontrar la cita que necesitaba para redondear un párrafo. Lo veía salir a la caza de una revista, o de un disco (a veces francés) para ilustrar otro pasaje de la conversación. Inagotable, siempre inventando, nunca repitiéndose, lo escuchaba salvar del olvido un clásico español por medio de rápida viñeta, o evocar una anécdota de Buñuel o Juan de los Palotes (es lo mismo, diría él), con idéntico entusiasmo, la misma rica precisión de datos concretos.

En su conversación continuada pero no abrumadora, la fusilería de las bien ordenadas paradojas se articulaba gracias a ciertas mulletillas que dejaba caer como axiomas: "No importa", "Eso no tiene ninguna importancia", "De todos modos, no es importante". Esas frases (oh milagro) no cortaban o destruían el diálogo sino que eran trampolines para saltar a una visión aún más paradójica, más inesperada, más exacta, del tema. Eran una forma de ocupar mejor el espacio de la palabra: doble y hasta triple salto mortal sin redes, sin trampas, sin miedos.

Lo vi entonces no sé cuántas veces y en tantos contextos distintos. Porque Max era muy sociable y gustaba estar en muchas partes. Sus amigos eran legión porque este millonario de la amistad no sabía restringirse, y se prodigaba en ella como se prodigaba en la escritura incesante de sus decenas de libros. Verlo (cada vez) era confirmar esas primeras impresiones. Creo que llegué a conven-

cerme que desde Montaigne, nadie había sabido levantar el escepticismo, el famoso *Que sais-je?*, a una categoría más urbana y afectuosa, porque este Max que parecía descreer de todo y salía a la caza de la distracción ajena; este Max especialista en demoler con un solo puntazo de ironía las más alta pomposidades de las artes y las letras de todos los siglos; este ser paradójico e irónico, era también y sobre todo el ser más apasionadamente conmovido por los hombres y su confusa realidad que haya existido de este lado del ilustre Señor de la Montaña.

IV

UN par de años después de este descubrimiento, una revista inglesa me pidió un trabajo sobre los novelistas de la guerra civil española. Aunque acepté encantado el encargo e incluso lo cumplí a la letra, no llegué a tiempo para el número especial que esa revista preparaba. El trabajo se quedó durmiendo un tiempo en mis carpetas. En él yo trataba de examinar la obra de tres narradores españoles que habían sido testigos de la guerra civil. Había elegido a Arturo Barea (cuya *Forja de un rebelde* es un testimonio autobiográfico de primer orden), Ramón J. Sender (*Los Cinco Libros de Ariadna* concentró mi interés) y, naturalmente, *El laberinto mágico*, de Max Aub, que entonces estaba inconcluso.

En cierto sentido ese trabajo de 1966 era una primera condensación de aquel runruneo incesante que la obra y la personalidad literaria de Max Aub había despertado en mí desde aquellos días montevidéanos de 1949-52. Muchas experiencias y muchas lecturas se habían concentrado en ese trabajo. Pero como Max no había terminado de publicar su ciclo, no veía yo demasiado apuro en publicar mi trabajo. En las carpetas se quedó esperando el momento favorable.

Por esos años yo vivía en París, lugar más que estratégico para vivir si uno se dedica al estudio de las literaturas hispánicas. Un día me enteré de que Max estaba de paso y traté de aprovechar la oportunidad para hacerle hablar de su ciclo narrativo. Era marzo de 1967 y aunque ya había terminado la última novela, *Campo de los almendros*, no saldría hasta el año siguiente. No fue fácil convencerlo. Es decir: fue fácil que aceptara la entrevista pero no que se ajustara al modelo previsible. La primera intenciona de entrevista formal (con grabadora y todo) fue inmediatamente aprovechada por Max para hacerme él una entrevista a mí, entrevista sobre todo política en la que hablamos largamente sobre "La confusión de

nuestro tiempo". Con este título se publicó en *Mundo Nuevo*, de París, que entonces yo dirigía. Un segundo intento, el mismo día y con la misma grabadora, tuvo más éxito. Pude conseguir que Max se ciñera al tema y me contara no sólo las peripecias de redacción de las novelas sino muchas otras cosas más. Me enteré al fin (después de quince años de hipótesis) por qué *Campo de sangre* se publicó antes que *Campo abierto*. El manuscrito de esta última durmió toda la ocupación de Francia en la bodega de una casa de París donde había depositado Max sus efectos, antes de escapar de los nazis. Entendí entonces lo que sólo parecía un experimento en alterar la cronología de la narración.

Otras cosas me contó Max en esa segunda entrevista: la influencia de algunos narradores franceses que ahora se leen menos que en sus buenos tiempos (Roger Martin du Gard, Jules Romains); el propósito literario al escribir el ciclo y el lejano modelo tolstoiano; el simbolismo del título que deriva de una frase de San Pablo. Aunque no publiqué entonces esta segunda entrevista, la aproveché en cambio para ajustar algunas cosas en el artículo que guardaba en mis carpetas. Posteriormente, recogí ambas entrevistas de aquel día gris de marzo de 1967 en mi libro, *El arte de narrar* (Caracas, 1968). En ellas quedó registrada la doble imagen de Max que yo había ido conociendo a través de los años: el enciclopédico, escéptico observador del mundo contemporáneo, el dedicado artífice narrativo que había levantado un espejo múltiple.

V

No volví a conversar realmente con Max, a pesar de algún encuentro relámpago en un Congreso de literatura de México (1968) hasta el año 1971. En el ínterin yo había revisado, ampliado y publicado en libro el estudio sobre los *Tres testigos españoles de la guerra civil* (Caracas, 1971). Para la revisión, parece ocioso decirlo, me había ayudado imparcialmente Max con observaciones en que se reflejaba su vasto conocimiento de hombres y cosas españolas, con su precisa memoria visual. Pero eso ya era historia pasada. Ahora (hablo de diciembre 1971) volvía a ver a Max fuera del contexto mexicano del primer encuentro. La ocasión era un coloquio organizado por la New York University sobre la situación de la novela española. Además de conocidos especialistas en el tema, la Universidad había invitado a Max, a Francisco Ayala y a Juan Goytisolo. Como era de esperar, Max se las arregló para dejar caer desde el comienzo del debate un par de frases que mantuvieron

a los participantes en permanente discusión por buena parte de las deliberaciones. Hubo réplicas y aclaraciones, disertaciones eruditas, divagaciones, y hasta la masiva contribución de algún hijo del Caos. Pero nada me hizo tanto impacto como las palabras de Max.

En parte por lo que decía. Pero sobre todo por cómo lo decía. Lo encontré cambiado en algunas cosas: se le notaban mucho los años y los achaques, se fatigaba, había más pausa en sus gestos, y la voz parecía más baja. Pero si tardaba más en disparar sus flechas, no era por falta de puntería. Una tras otra, implacablemente, daban en el blanco. Lo pude comprobar unos días más tarde cuando vino a visitarnos a la Universidad de Yale, y a conversar con profesores y estudiantes que querían hacerlo hablar de su obra. Manuel Durán y yo habíamos preparado uno de esos actos, sumamente pedagógicos, en que las palabras del autor son precedidas de una introducción crítica, sintética pero suficiente, a cargo de los especialistas. En esa introducción no faltaban, es claro, los elogios. Pero no contábamos con Max. Dejando de lado la preparación y la apología, preguntó muy llanamente al público cuántos habían leído aunque fuera una de sus cien obras. Hubiera sido inútil argumentar que cuando se ha escrito tanto, es imposible encontrar lectores realmente al día; o que el conocimiento de su obra no dependía tanto del número de libros leídos como de la forma de leerlos. O cualquier otro argumento. Porque lo que quería Max (y lo consiguió brillantemente) era quitar al acto de toda sospecha de caonización. Lo que él quería era poner las cosas en el nivel del diálogo. Aquí hay un hombre (el autor) y allí hay otros hombres (los lectores); que el diálogo se entable a ese nivel y no a otro. Olvidémonos de la crítica, de sus clasificaciones, de sus apoteosis.

Como siempre, Max se divirtió en ser el abogado del Diablo y su más severo crítico. El resultado, naturalmente, fue que al día siguiente todos en la Universidad andaban buscando sus obras, para conocer mejor a ese hombre realmente extraordinario. El diálogo se había establecido desde el principio y el público había sido convertido. Ahora todos éramos maxistas.

VI

No lo volví a ver desde aquel día. Se iba a Boston y de allí a Europa. Seguía trabajando en su inmenso libro sobre Buñuel. Seguía lleno de proyectos. Seguía joven, aunque un poco más lento, con menos prisa por decirlo todo. Está bien que esa haya sido la última imagen de Max para mí.

VII

No quisiera cerrar estas impresiones sin decir algo de lo que significa a mi juicio, la obra central de Max Aub. En el contexto de la literatura suscitada por la guerra civil española (dentro y fuera de España), *El laberinto mágico* se levanta como la construcción más ambiciosa. Apoyado en los cinco pilares que son las cinco novelas del ciclo, completado por una colección de cuentos, por un Diario del campo de concentración de Djelfa, y hasta por un guión cinematográfico, *El laberinto mágico* reconstruye esos años de heroica lucha y derrota final con una lucidez, un humor, una profunda simpatía humana. Aunque Max sabe perfectamente dónde estaba la buena causa, sus ojos no dejan de registrar las pequeñeces, las traiciones, las miserias de quienes luchaban en su bando. Tampoco deja de registrar la locura que va invadiendo poco a poco a todos. Si la acción es más épica en los primeros títulos (sobre todo, en *Campo abierto* y *Campo de sangre*), la desintegración final de la España republicana que aparece registrada en la última novela adquiere el tono más sobrio de la elegía. Esos tres días en Alicante componen tal vez la novela más extraordinaria de un ciclo extraordinario.

Pero no es posible ver *El laberinto mágico* como un ciclo narrativo autónomo. Hay que verlo en el contexto de las obras coetáneas de Arturo Barea y de Ramón J. Sender, de los testimonios extranjeros de Arthur Koestler, André Malraux, George Orwell y Ernest Hemingway, de los libros históricos que continúan saliendo hasta la fecha. En ese contexto, *El laberinto mágico* destaca su singularidad. Porque de todos los testimonios, es el único que se ha tomado el necesario tiempo y espacio para completar su perspectiva de una época terrible. No menos de veinticinco años (1943-1968) y cinco grandes novelas abarca el ciclo. En ese cuarto de siglo y en esas cinco obras ha condensado Max Aub una visión que pasa de lo microscópico hasta el panorama universal, que recorre el laberinto de la guerra desde que se mueve sólo como un pequeño río hasta que desemboca en las aguas estancadas del puerto de Alicante, allí donde habría de morir la República en su último esfuerzo de escapar el cerco y la derrota final.

Obra de novelista que es también obra de historiador, *El laberinto mágico* no es aún conocida como se merece. Hace falta una edición de todas las novelas, una edición que restablezca además el verdadero orden de composición y de lectura (*Campo de sangre*, 1945, es posterior a *Campo abierto*, 1951) y que sitúe por medio de una cronología el marco histórico en el que tanta precisión se

sitúan las novelas. Una edición, además, que recoja los cuentos, el *Diario de Djelfa* y el guión cinematográfico, para articularlos como piezas secundarias pero imprescindibles del vasto ciclo.

A partir de esa edición será posible leer y releer a Max Aub para descubrir en él al mayor novelista español del medio siglo.

ASUNCION EN EL LABERINTO

Por *Gonzalo SOBEJANO*

Comme des sourds-muets parlant dans une gare
 Leu: langage tragique au coeur noir du vacarme
 Les amants séparés font des gestes hagards
 Dans le silence blanc de l'hiver et des armes

Louis Aragon: "Les amants séparés"
 (*Le crève.coeur*, 1939-1940)

EN las "Páginas azules" de *Campo de los Almendros*, poco antes de poner fin a esta parte de *El laberinto mágico*, reunía Max Aub diversas reflexiones acerca de su propio trabajo, declarándose allí cautivado por Asunción, perseguido por el recuerdo de otras hijas de su fantasía pero por ninguno tanto como por el recuerdo de Asunción; enamorado, en fin, de esa criatura suya: "esa rubia de ojos azules que tiene cuarenta años menos que yo —hoy—, que se llama Asunción —nombre horrible— y que veo ir de aquí para allí, sin ocuparse para nada de mí, ignorándome. La inventé y vive, para mí, y no tiene que ver conmigo. La miro y la quiero de verdad". Esta criatura —afirmaba su hacedor— era para él "más real que las docenas de políticos y militares que aquí y allá se pierden en este laberinto con su nombre verdadero". Partiendo de ella hubiera querido reducir la crónica de la guerra española a "una novela pura —tal como fue la de Asunción y Vicente que se buscaron, entrecruzaron y que sólo se van a entrever. . ."

En otras palabras: el creador se sentía enamorado de su criatura; la figura de ficción le parecía más real que cualquier personaje histórico; y el caso de los amantes separados, Asunción y Vicente, hubiera formado la trama de una "novela pura", posible reducción no lograda de la crónica de guerra que *El laberinto mágico* constituye.

Que el artista se enamore de una criatura por él inventada, sucede muchas veces. Buenos ejemplos, Pigmalión enamorado de la estatua, o la pluma de Cide Hamete, celosa de otras plumas groseras y mal deliñadas: "Para mí sola nació don Quijote, y yo para él; él supo obrar y yo escribir; solos los dos somos para en uno..." En el caso particular de Asunción Meliá, sobrados motivos tenía su autor para prendarse de ella: "rubia, delgada, con enormes ojos azules de mujer mayor, perdidos en una cara de adolescente, los labios finos y apenas rosados" (*Campo abierto*, p. 18); "Asunción: Botticelli: la cara de Venus" (*Almendros*, p. 106); huérfana que atrac la mirada protectora; absolutamente limpia, no obstante su sonámbulo desliz (o por eso mismo) con Santiago Peñafiel, antes de unirse para siempre a Vicente Dalmases; trabajadora incansable en tareas de solidaridad; creyente esperanzada en la regeneración de su pueblo: "¿Te representas, padre, lo que será España? Todo será de todos. Y todos trabajaremos para los demás, y los demás para uno. Todos sabrán leer y no habrá injusticias. Según lo que trabajes, así serás recompensado. Así, ¿quién no querrá hacer lo mejor que pueda?" (*Campo abierto*, p. 250); compañera leal del hombre que ama y cuyos ideales comparte activamente; hacia todos compasiva, dispuesta siempre a socorrer al desvalido, animosa hasta el fin. Y no se tome a despropósito crítico el juzgar de la fuerza magnética de un personaje de ficción por las virtudes de su referente (belleza, bondad, veracidad), pues al cabo no es la pericia técnica con que un personaje está trazado lo que resuelve la adhesión ética del lector (y del autor), sino la excelencia humana, sobre la base naturalmente de un trazado persuasivo. Madame Bovary preocupa, obsede, quizá fascina; pero difícilmente conseguirá enamorar al lector (ni al autor: Flaubert estaba endemoniado por Emma, no enamorado de ella).

Max Aub fue encariñándose con su personaje, y terminó perdiéndamente enamorado de Asunción. Lo confiesa con una ingenuidad conmovedora: "Daría cualquier cosa por tenerla entre mis brazos", "no ha envejecido como yo"; el autor "está seguro de que, si la hubiera conocido, ella hubiese acabado por hacerle caso, a pesar de su amor por Vicente" ("Páginas azules").

Esta declaración de amor me parece de mayor trascendencia que la que se refiere a la superior realidad de la criatura imaginada respecto a cualquier personaje histórico. Es cierto que Max Aub, preguntándose en esas mismas páginas, si podía o no considerarse un novelista, se respondía: "Estoy tentado de confesar que sí, por Asunción"; pero era para explicar en seguida: "No se trata del gusto de perfilar su existencia. Es menos complicado: sabed que me

he enamorado de ella a pesar de que su nombre no me gusta. Maté a gusto a Peñafiel y no me han faltado ganas —totalmente arbitrarias— de acabar con Vicente Dalmases”. Nada, pues, de la autonomía del personaje, o de que éste, creado por el artista, cree a su vez al artista y se rebele ante él o contra él. A Pirandello y a Unamuno alude Max Aub en esas páginas, precisamente para señalar que su caso es más sencillo, menos metafísico: simplemente se ha enamorado de Asunción. Dar razón de este amor exige, según creo, atender al tercer punto indicado: Asunción como protagonista de esa “novela pura” que al fondo de la crónica se delinea; pues esa condición protagónica que Asunción revela dentro del multitudinario ciclo, es el resultado del privilegio amoroso y la causa de su final descubrimiento.

Imposible parece, a primera vista, otorgar categoría de protagonista a ninguno de los personajes que pueblan *El laberinto mágico*. Los críticos se muestran conformes en que, si hay protagonista, es la colectividad, o bien, a cada paso, sujetos singulares que se van relevando. Tal es, en efecto, la impresión que trasmite la lectura cuando ésta se hace (y no ha podido hacerse de otro modo) a saltos, entre pausas, y con las dificultades que la publicación paulatina e inconexa de la totalidad ha impuesto. Por otra parte, fue voluntad del autor dar testimonio de la guerra civil española a través de múltiples espacios, tiempos y personas: Barcelona, Valencia, Burgos, Teruel, Madrid, el frente, la retaguardia, ciudades, pueblos, puertos, campos; antes de la guerra, al comienzo, en medio, al final, después de ella; personajes de las más variadas edades, profesiones, ideologías y clases sociales. Todo esto pertenece a la “crónica”, y por cronista se tuvo siempre Max Aub, empeñado en dejar constancia de tantos destinos, escenarios, efemérides y días en sombra.

Hay, no obstante, bajo la multiplicidad de *El laberinto*, ciertas líneas maestras, ciertos focos de cohesión, que no es difícil reconocer desde una perspectiva integral. Prescindiendo aquí de los relatos menores coleccionados en libros como *No son cuentos* (1944), *Cuentos ciertos* (1955) e *Historias de mala muerte* (1965), los cuales son a manera de asteroides de los “campos”, éstos pueden agruparse hasta cierto punto en tres sectores: el que tiene por escenario el área catalano-aragonesa (Barcelona-Teruel-Barcelona) al empezar la guerra y en medio de ella: *Campo cerrado* y *Campo de sangre*, que fueron las primeras novelas publicadas; el sector comprendido en el radio Madrid-Levante (Valencia-Madrid-Alicante) al principio y al final de la guerra: *Campo abierto*, *Campo del Moro*, *Campo de los Almendros*; y, finalmente, el sector que abarca cua-

dros posteriores a la guerra y exteriores a España: *Morir por cerrar los ojos*, *Campo francés* y *Diario de Djelfa*.

En densidad de significado histórico el sector levantino-madrileño es más decisivo que el catalano-aragonés, pues la sublevación militar derivó en prolongada guerra por el fracaso del asedio a Madrid (noviembre de 1936: *Campo abierto*) y esa guerra se encarnizó y extendió devastadoramente hasta que se produjo la caída de la capital (marzo de 1939: *Campo de los Almendros*). No es extraño, por tanto, que el segundo sector de *El laberinto* alcance la mayor latitud e intensidad dentro del conjunto, ocupando tres voluminosas novelas, las más complicadas, dinámicas y "laberínticas" del ciclo.

Pues bien, ese sector principal del copioso panorama, a pesar de la muchedumbre de personajes y lugares y de su gran diámetro temporal, posee mayor coherencia que los otros núcleos, y ello se debe, por una parte, a la trascendencia de las situaciones terminales: apertura de la guerra con el asedio y defensa de Madrid (a un extremo) y conclusión de la guerra con la disputa sobre la entrega de la capital y la retirada de los vencidos hacia los puertos de Levante (al otro extremo); pero sobre todo se debe esa mayor coherencia al relieve protagónico que alcanzan aquí dos personajes, Asunción Meliá y Vicente Dalmases, los amantes separados. En *Campo abierto* aparecen ambos, primero inmediatamente, después apartados, y al fin reunidos. En *Campo del Moro*, siempre ausente Asunción, su imagen gravita en la memoria de Vicente, amante, esposo, compañero, custodio del resplandor de aquella imagen. Por último, en *Campo de los Almendros*, la mutua búsqueda angustiosa de Asunción y Vicente desemboca en la unión de ambos en el puerto de Alicante y en el Campo de los Almendros, donde sufrirán nueva separación, destinado cada uno a una prisión distinta.

El lector de Max Aub pronto recoge en su memoria, y alberga en ella, a estos jóvenes amantes, que, investidos del heroísmo de su nativa autenticidad, moviéndose en un mundo de crisis política, lucha de clases, necesidades económicas y tribulaciones bélicas inexorables, reiteran en otro estilo, a través de sus encadenados "trabajos", el máximo padecimiento de la eterna pareja enamorada: la separación. Tal es su destino: haberse conocido, haberse reconocido para siempre uno de otro, y separarse, unirse, volver a separarse, buscarse en el infortunio, por fin encontrarse, y tener que separarse de nuevo.

Cada novela del sector íntimamente protagonizado por Vicente y Asunción, pone ante los ojos un momento distinto del proceso que en ellos se cumple: la comunión en *Campo abierto*, con una tonali-

dad épica; la ausencia en *Campo del Moro*, con una modulación reflexiva soliloquial; la búsqueda en *Campo de los Almendros*, a un ritmo dramático. Un sí; un no; y una línea quebrada que desde la negación del vacío aspira a reconquistar la afirmación de la plenitud.

Asunción y Vicente eran comunistas, y son desde luego almas comunicantes, ciudadanos comunitarios y laboradores comulgantes en una fe, no importa a despecho de cuántas sorpresas adversas y de cuántos rigurosos mandatos. Contemplarlos reunidos, después de inquietante separación, ante los sitiadores de Madrid, al alborotar la victoria pasajera: tal es el sentido final de la "novela pura" en *Campo abierto*. La separación y la reunión vienen impuestas aquí por las urgencias primeras de la lucha. Vicente parte hacia el frente de Madrid, Asunción con el grupo teatral valenciano en que trabaja, acude a la ciudad sitiada, y allí empieza ya la mutua búsqueda: "¿No has sabido nada de Vicente Dalmases?", "Asunción pregunta por Vicente (. . .) —¿Cuándo? (. . .) —¿Y estaba bien?" Vicente sueña con Asunción, la playa del Cabañal en invierno, el primer beso, la mirada de sus azules ojos clarísimos y enormes tras la confirmación del amor, y cuando se entera de su llegada a la capital, corre desalado a buscarla, y el encuentro tiene lugar en el teatro, donde entre sus palabras y sus caricias —dolor, frenesí, llanto, alborozo, amargura— suenan las voces de los compañeros que ensayan la *Numancia*: ". . . que soy la sola y desdichada España. . ." Es el 7 de noviembre de 1936: Vicente debe volver al combate, y la muchacha le sigue en silencio, indiferente al frío, a la lluvia, al fragor de las armas. Mientras van subiendo hacia Madrid las Brigadas Internacionales y resuenan los tiros y el tableteo de las ametralladoras, Vicente recostado en el terraplén de una vía, el fusil en la mano, tiene a su lado a Asunción dormida, y siente a la luz del amanecer el anuncio de una vida nueva: "Una vida nueva donde habría un nuevo amor, el mismo, pero distinto. Más puro. Completamente nuevo. Ya no estudiaría lo que estudiaba antes, sino otra cosa. Ya no haría lo que hacía antes, sino otra cosa, nueva. Como era nuevo —siendo el mismo— el nuevo día que surgía por todas partes; de una vez para siempre".

Juntos han vivido en Madrid dos años Asunción y Vicente, y hace ya cuatro meses que Asunción fue enviada a Valencia, por orden de su partido, para organizar una colonia de refugiados. Vicente pende de su memoria, y en ella encuentra la única luz, mientras el laberinto lo maltrata y desgarras: tal es el sentido de la "novela pura" en *Campo del Moro*. Aquí Asunción no aparece por sí misma, pero alienta a través del recuerdo y la espera de Vicente,

y ese recuerdo y esa espera infunden un subterráneo acento lírico, de nostalgia y deseo, a la aventura de los amantes, que sigue latiendo bajo los accidentes del penúltimo episodio bélico: "La guerra tiene de bueno que no se piensa en nada. Sólo en Asunción, pero tampoco piensa en ella: se acuerda, la siente, la necesita, la quiere". Recordando: "Pasaron allí las noches completas de las que ambos pudieron disponer. Pocas, en dos años; suficientes para aprender de consuno lo que era el amor. Pero raro fue el día en que, a una hora u otra, aunque sólo fuera un instante, no pasara Vicente a verla". "El pelo, casi albino, de la muchacha había venido a dorado, igual que su timidez tomó, inesperadamente, un tono de mando. Maduró en pocos meses —en todos los sentidos—. La guerra es un abono como hay pocos". Al mes de marcharse Asunción a Valencia, Vicente, que se había prometido "castidad absoluta", colmado por la memoria de su Dulcinea, cae sin embargo en los brazos de la arrebatada Lola: "Sin duda fue un deleite para los sentidos, pero nada más. ¿Hasta qué punto tiene que ver Asunción en aquello? ¿Se lo dirá o no? ¿Comprenderá que nada tiene que ver con el amor que siente por ella? Otra, tal vez. Asunción, no. O quizá, por eso mismo, por ser Asunción como es, no le importará". Vicente busca afanosamente la ocasión de ir a Valencia, por ver a Asunción. Cuando regresa de un servicio, camino de Madrid, piensa en desviarse hacia Valencia: "Asunción, su vida". Más tarde, viendo ya perdida la guerra, reflexiona que "en ningún momento ha pensado que la guerra se pueda perder, ni siquiera que se acabe, como su amor por Asunción". Y, a lo último, inminente ya la entrega de la capital, dispuesto a partir hacia Levante, Vicente contempla a Madrid vendido al enemigo: vendidos los puentes, los barrios, las calles y las plazas, "la Castellana, aquella buhardilla —la de Asunción, la suya—, el Manzanares". "Dejar Madrid (...) ¿Cuándo volverá? Si estuviera Asunción a su lado". Inesperadamente, se logra un contacto telefónico entre los dos: "Conversación a hachazos, interrumpida a cada diez segundos, sin que ninguno esté seguro de que oiga lo dicho por el otro". Apenas cruzadas las primeras preguntas anhelantes, la comunicación se corta. Vicente deberá encontrarse al día siguiente con Asunción, en Alicante. Abandonando a toda prisa la ciudad, deplora la traición general, la traición del mundo: "Traidores todos menos Asunción, luz", "Todos traidores, menos Asunción. Asunción, mi vida". Así, a lo largo de este otro episodio plasmado con tanta variedad de incidentes en *Campo del Moro*, la imagen de la amada, resurgiendo una vez y otra en la conciencia del amante, establece una vertebración memorial y emotiva que orienta al lector como un finísimo hilo de Ariadna. Y la metáfora

no alude únicamente a la orientación del que lee, no es sólo compositiva; temáticamente, el recuerdo y la esperanza de Asunción son para Vicente el hilo, nunca dejado de la mano, que le incita a salir del tenebroso laberinto.

En vano. Cuando los enamorados reaparecen, en *Campo de los Almendros*, la recíproca ansiedad de encontrarse, de definirse uno a otro por la presencia de uno ante otro, por el contacto de uno con otro, por la fusión de ambos en la unidad de esa identificación absoluta que sólo se conquista en el placer pleno y en la plena verdad, adquiere un ritmo de congoja interrogativa, donde todo es preguntar Asunción, a cualquiera, si ha visto a Vicente, y todo es preguntar a cualquiera, Vicente, si ha visto a Asunción: uno y otro se necesitan para afirmarse, para confirmar que todo no ha sido inútil, para ratificar en medio de la derrota aparente el triunfo esencial. Como en ningún otro "campo", en *Campo de los Almendros* los amantes separados nutren de sentido unitario la selva aparentemente caótica de escenas cambiantes, historias recordadas, monólogos erráticos, diálogos meditativos, abigarradas tertulias, anécdotas flotantes y evocaciones dispersas.

El diseño de la crónica lamentable queda seguramente sofocado bajo esa tumultuosa proliferación de fragmentarias vistas, pero ahora como nunca la "novela pura" se deja percibir a través del intenso ritmo que engendran las repeticiones y variaciones de la misma angustia: Vicente en busca de Asunción, Asunción en busca de Vicente, presencia de él donde ella ya no está o no está todavía, presencia de ella donde él no está todavía o donde ya no está, convergencia de uno hacia otro dificultada y dilatada por la precipitación fugitiva de los derrotados, tiempo que apremia, espacio que a cada instante se hace más angosto y que termina en un puerto transformado en campo de espera, campo de desesperación, campo de concentración, campo de muerte. Perdidos como niños, buscándose como locos, deseando tener cien ojos, medir medio metro más, subirse a tejados y faroles, deslizarse, difundirse, hacerse ubicuos: "¿Dónde, cuándo se volverán a ver? ¿Se volverán a ver?" Hasta la página 327 no se producirá el encuentro. Los "¿Qué sabes de Asunción?", "¿Y Asunción?", "Asunción me espera en Alicante", "¿Has visto a Asunción?", "¿No habéis visto a Asunción?", "¿Asunción, mi vida! ¿Dónde andarás...?", "¿Dónde estará Asunción?", "¿No viste a Asunción?", "Buscar a Asunción", "La estoy buscando", "Voy a seguir buscándola", "Tengo que encontrar mi compañera", van puntuando, entre retrasos, pesadillas, equivocaciones y lacerantes acechos, la trayectoria de Vicente, alternada y contrapunteada por la de Asunción, cuyo anhelo corre por otra erizada

sierra de preguntas y de alarmas: "¿Dónde estará Vicente?", "Vicente tiene que llegar hoy o mañana. Tal vez esta noche. ¿A quién preguntar?", "¿Y Vicente?", "¿Dónde se habrá metido Vicente?", "¿Y si nos cruzamos?", "Yo tengo que encontrar a Vicente"... Cuando al fin se encuentran, en el laberinto sacrificial del puerto de Alicante, el éxtasis de la compañía les restituye a sí mismos, aislándolos en un cerco de acumulada y última felicidad, que defienden mientras pueden. A Vicente se le ha brindado la ocasión de salir de España, pero ha renunciado por no poder hacerlo con su compañera. La derrota vuelve a separarles. Pero aunque el desenlace ofrezca al lector la imagen de un Vicente sometido a juicio de represalia, y la imagen de una Asunción que acepta, en la inercia causada por un sinfín de incertidumbres, el lugar de una muerta, ni Asunción ni Vicente padecen la suerte desastrosa que a tantos personajes de *El laberinto mágico* concierne: tormento, locura, extrema humillación de la mentira, azar verdugo, muerte gratuita, suicidio abrupto o suicidio meditado. Asunción y Vicente, plantado su amor en medio de la guerra, segura su lealtad más allá de las consecuencias de la guerra, proyectan los puntos suspensivos de sus vidas atribuladas hacia un mañana que es hoy todavía para quienes lean en concordancia de espíritu la obra ejemplar de Max Aub.

Obra ejemplar que contiene la "novela pura" que quiso ser, dentro de la vasta "crónica" que no quiso dejar de ser, y que en la compenetración de ambos aspectos, la novela y la crónica, la odisea de los amantes separados y el conjunto de campos —cerrados, abiertos, sangrientos, sombríos, agónicos, torturados— está fuera de toda comparación con cualquier tentativa análoga.

He querido recordar aquí, solamente, el aspecto por la crítica menos atendido: la novela, el poema épico-lírico-dramático de Asunción Meliá, símbolo concreto de cuanto su hacedor amaba en España y para España: la justicia, el ánimo constructivo, la fidelidad, la limpieza, el hondo amor. Por eso fue haciendo resplandecer más y más a la tímida muchacha valenciana hasta convertirla en luz de aquel laberinto y protagonista de su implícito mensaje, descubriendo, conforme la modelaba hacia este fin, la simpatía con que la miraba, el privilegio de serenidad valiente con que la había dotado, y el amor que de ella venía y hacia ella tenía que volver.

Aventura del Pensamiento

EL ASTRONOMO QUE MOVIO LA TIERRA

Por *Eli de GORTARI*

LA cultura del Renacimiento se abrió paso en Polonia desde el último tercio del siglo xiv y tuvo como foco principal de propagación a la Universidad de Cracovia, erigida en 1364 por el rey Casimiro III el Grande, último de los Piastas. La época en que irrumpió la modernidad fue bastante turbulenta y su desarrollo se produjo entre guerras, luchas, sublevaciones y represiones violentas. Corresponde al tiempo en que Polonia comenzó a rescatar sus territorios, ocupados por los caballeros de la Orden Teutónica. También es la etapa en que los monarcas europeos, aliados ante el enemigo común, se esforzaban por detener los avances impetuosos de los turcos, que iban ocupando comarca tras comarca, hasta que lograron dominar el sureste de Europa en el siglo xv. Después del breve reinado de Luis de Hungría, lo sucedió su hija menor Eduviges, la cual contrajo matrimonio con Jagello, gran duque de Lituania, quien ocupó el trono de Polonia de 1382 a 1440, con el nombre de Ladislao II.

Desde principios del siglo xiv, los caballeros teutónicos conquistaron grandes extensiones territoriales en ambas márgenes del río Vístula, hasta su desembocadura en el Báltico, ocupando inclusive el gran puerto de Gdansk, al que dieron el nombre alemán de Danzig. Parte de esas tierras habían pertenecido a la tribu lituana de los prussi, prusos, bruzos o borusos, de donde deriva su nombre de Prusia. En 1309, el gran maestre de la orden teutónica trasladó su sede a esos territorios, instalándose en el castillo de Malbork, en alemán Marienburg, poderosamente fortificado y prácticamente inexpugnable en esa época. La unión de Polonia y Lituania se realizó en buena parte para enfrentarse a los conquistadores teutónicos, impidiéndoles primero el avance hacia los principados lituanos y rusos y, luego, emprendiendo la ofensiva y arrojándolos de las tierras conquistadas. En 1410, Ladislao II Jagello derrotó al ejército de la orden teutónica en la batalla de Stebark, o Tannenberg, en la cual murieron 40 000 germanos, entre ellos el gran maestre Ulrich de Jungingen, y fueron hechos 15 000 prisioneros. Con esta

victoria, los polacos impusieron a los teutónicos la firma del primer tratado de paz de Torun.

Poco después, en 1415, el maestro Jan Hus, antiguo rector de la Universidad de Praga, reformador y dirigente del pueblo checo, fue quemado vivo en Constanza. Este asesinato precipitó la sublevación de los campesinos bohemios, que se mantuvieron luchando con las armas entre 1419 y 1436, exigiendo el restablecimiento de las libertades individuales, la abolición de las servidumbres y la igualdad de derechos sobre las aguas, los montes y los pastos. Estas demandas fueron acogidas como suyas por los campesinos alemanes, en las sucesivas sublevaciones que se produjeron desde 1431 hasta 1525. Mientras tanto, en Francia, Juana de Arco terminó su vida en la hoguera erigida en Rouen, en 1431. En Polonia, el rey Ladislao II reconoció la inviolabilidad de la nobleza, al otorgar la Constitución de Cracovia, en 1433. Once años después, su sucesor, Ladislao III sucumbió en la batalla de Varna, puerto búlgaro del Mar Negro, luchando contra los turcos. De 1447 a 1492 reinó en Polonia Casimiro IV. Poco antes de la iniciación de su reinado, Gutenberg inventó la imprenta; poco después, en 1542, nació Leonardo en Vinci, cerca de Florencia; y, en 1453, Constantinopla cayó en poder de los turcos. De esta manera quedó señalado el comienzo de la época moderna en la historia.

El 4 de febrero de 1454, la ciudad libre de Torun, miembro de la liga hanseática, al igual que Gdansk, Elblag y Cracovia, canceló sus vínculos con la orden teutónica. Dos días después, el castillo fortificado que la orden había construido entre la ciudad antigua y la ciudad moderna, fue tomado por asalto por los torunenses y quedó destruido por completo. A continuación, los habitantes enviaron una representación a la capital, Cracovia, ante el rey Casimiro Jagello, para pedirle su reintegración y restitución al reino de Polonia. Dos meses después, el monarca acudió a Torun, en donde el 29 de abril de 1454 le prestaron juramento de obediencia y fidelidad los diputados de la nobleza, los villanos y el clero de las provincias de *Borussia* o *Prusia regalis*. Durante los siguientes trece años, los polacos sostuvieron una guerra tenaz en contra del ejército de la orden teutónica. En 1457, los polacos conquistaron la fortaleza de Malbork, obligando al gran maestre teutónico a trasladar su sede a Koenigsberg, en la parte oriental de Prusia. Finalmente, el 19 de octubre de 1466, Polonia impuso la firma del segundo tratado de paz de Torun, mediante el cual volvieron a quedar reconocidos como territorios polacos la Pomerania de Gdnask, la Pomerelia de Torun, la Prusia Oriental con Malbork y Elblag, Warmia y Chelmino, bajo la designación común ya mencionada antes de Prusia Real. Solamente la Prusia Ducal quedó en poder de

los caballeros de la orden teut6nica, pero como vasallos feudales del rey de Polonia.

Torun era entonces un centro comercial importante, vinculado directamente con muchas ciudades y puertos europeos. La ciudad misma, situada a orillas del Vístula a 200 kil6metros del Mar Báltico, era un activo puerto al que subían los grandes veleros hanseáticos colmados de mercancías inglesas, alemanas, flamencas, escandinavas y venecianas, para cambiarlas por los productos agrÍcolas, madereros, minerales y manufactureros de Polonia, Rusia, Hungría y otras comarcas centrales y orientales de Europa. En aquel tiempo contaba con más de 20 000 habitantes, dentro y fuera de sus murallas. En la ciudad antigua vivían principalmente los nobles y los comerciantes, en tanto que en la ciudad moderna se acomodaban los artesanos y los marinos. En 1456, el comerciante mayorista cracoviano Nicolás Copérnico decidi6 establecerse en Torun. Su linaje procedía de la pequeña poblaci6n silesiana de Koperniki, que tenía y sigue teniendo como patrono de su iglesia parroquial a San Nicolás; lo que explica el origen del apellido y el hecho de que el nombre de Nicolás fuese tan usual en la familia. Algunos años después de haber fijado su residencia en Torun, probablemente hacia 1463, el comerciante cracoviano cas6 con Bárbara, hija de Lucas Watzenrode, acaudalado patricio y consejero del ayuntamiento. De ese matrimonio nacieron Andrés, Bárbara, Catalina y Nicolás, quienes fueron coetáneos de Nicolás Maquiavelo, de Erasmo de Rotterdam y de Alberto Durero. El hijo menor, Nicolás, naci6 el 19 de febrero de 1473, el mismo año en que el comerciante y financiero Ulrico Fúcar entr6 en relaciones de negocios con el emperador Federico III en Augsburg, recibiendo como signo de ese vínculo un escudo de armas en el que figuraban una flor de lis azul y otra dorada. Tambi6n en ese año de 1473 se inici6 la construcci6n de la Capilla Sixtina en el Vaticano.

Nicolás Copérnico asisti6 a la escuela parroquial de la iglesia de San Juan en Torun, entre 1480 y 1483, año en que muri6 su padre. Pas6 luego a la ciudad de Chelmino, situada igualmente a orillas del Vístula, en donde se encontraban enclaustradas como monjas benedictinas su tía Catalina y su hermana Bárbara. Estudi6 allÍ en la escuela de los Hermanos de la Vida Comunitaria, quienes procedían de los Países Bajos, en donde sus correligionarios tuvieron como educando a Erasmo. En 1491, Nicolás y su hermano Andrés, que se encontraban bajo la tutela de su tío Lucas Watzenrode, obispo de Warmia desde 1489, se trasladaron a Cracovia, para estudiar en la Universidad Jagellona, llamada así por Ladislao II Jagello, quien renov6 su fundaci6n en 1400 y allan6 el camino de su fruc-

tuoso desenvolvimiento. Cracovia, ubicada aguas arriba del Vístula, era entonces la capital de Polonia, residencia del rey, sede de la corte, centro comercial y manufacturero, y núcleo principal de la cultura científica y humanista. Los hermanos Copérnico iniciaron así su incorporación a la tercera generación de humanistas polacos. La primera generación había tenido como su representante más conspicuo a Grzegorz de Sanok, profesor de poesía latina en la universidad, adversario decidido de las disputaciones escolásticas, promotor del estudio de las ciencias naturales y lector apasionado de los clásicos. La segunda generación se desenvolvía a la llegada de los Copérnico, particularmente en las reuniones de la *Sodalitas Litteraria Vistulana*, fundada en 1489, y en las cátedras universitarias. Andrés y Nicolás se inscribieron en la Facultad de Artes, que comprendía todas las disciplinas, con excepción de la teología, el derecho y la medicina. Entre los profesores de dicha facultad se contaban entonces el filósofo y astrónomo Brudzewski, los matemáticos Zurawica, Olkusz, Pniewy, Lipnica y Sierpe, los astrónomos Glogow, Wroclawski, Biskupiey y Szamotuly, el geógrafo Korwin y el historiador y geógrafo Karpiga.

Es muy probable que Nicolás Copérnico haya asistido a los cursos que en esos años se impartían para estudiar *De Sphaera mundi* de Sacrobosco, los *Preclarissimus liber elementorum* de Euclides, la *Theoricae novae planetarum* de Georg de Peurbach, el *Quadripartitum* de Tolomeo, las *Tabulae Directionum* de Regiomontano y las *Tabulae Astronomiae* de Alfonso el Sabio de Castilla. También debe haber concurrido a las lecciones sobre eclipses, astrología, aritmética, calendario, música, filosofía, derecho y medicina. Es posible que el joven Nicolás frecuentara la casa del profesor Brudzewski, quien poseía varios instrumentos para la observación astronómica, familiarizándose con su manejo; y, sin duda, aprovechó igualmente los aparatos y la biblioteca que el astrónomo Maciej Bylica donó a la Universidad de Cracovia, cuando quedaron instalados en uno de los áticos del *Collegium Maius*. No se tienen noticias de la aplicación que haya mostrado en sus estudios, ni tampoco de las inquietudes experimentadas por Copérnico cuando fue estudiante cracoviano; aunque se puede inferir por su vida ulterior que fue estudioso y reflexivo. Lo cierto es que adquirió una preparación sólida, un gusto especial por la lectura, una perspectiva de gran amplitud y, sobre todo, un espíritu crítico formidable por su agudeza. Un acontecimiento que debe haberlo conmovido profundamente durante su estancia en Cracovia, fue la noticia del descubrimiento del Nuevo Mundo. Esta hazaña, aunada a la circunnavegación de la Tierra, consumada por Magallanes treinta años

despu6s, l6gicamente constituyeron para Cop6rnico una fuente de inspiraci6n y materia de graves reflexiones. A fines de 1495, Nicol6s Cop6rnico y su hermano Nicol6s dieron por concluidos sus estudios en Cracovia.

La di6cesis de Warmia, creada en 1243, de la cual era obispo Lucas de Watzenrode desde 1489, era bastante extensa y correspondía aproximadamente a la Prusia Oriental. En 1495, los dos hermanos Cop6rnico fueron llamados por su tío a la sede episcopal en Frombork. Se detuvieron en Torun para visitar a su madre y, despu6s de una breve estancia en Frombork, siguieron hasta la residencia del obispo en Lidzbark. En marzo de 1496, su tío y protector los envi6 a continuar sus estudios en Bolonia, Italia, en donde el propio Lucas Watzenrode había obtenido el grado de doctor en derecho can6nico y había ensefiado esa asignatura durante un ańo acad6mico. En enero de 1497, los Cop6rnico se inscribieron en la Universidad de Bolonia, para estudiar derecho can6nico. Poco despu6s, Andr6s y Nicol6s recibieron sendas canonjías en la catedral de Warmia. Andr6s se consagr6 exclusivamente a la carrera eclesiástica. Despu6s de terminar sus estudios junto con su hermano, regres6 a Frombork a ocupar su cargo en el cabildo en 1507. Luego volvi6 a Italia para someterse a curaci6n durante cerca de cuatro ańos, porque estaba enfermo de lepra. Finalmente, Andr6s qued6 descargado de sus obligaciones capitulares en Warmia y se traslad6 nuevamente a Roma, en donde realiz6 algunas actividades diplomáticas y muri6 en 1519. Nicol6s, en cambio, se dedic6 con entusiasmo creciente a los estudios astron6micos, llegando a vivir en la casa de su profesor Domenico María Novara, titular de la c6tedra de astrología, de la cual formaba parte integrante la astronomía, en aquel entonces. Hay constancia de que la primera observaci6n científica del cielo la hizo Cop6rnico el 9 de marzo de 1497, durante la ocultaci6n de la estrella Aldebarán por la Luna, auxiliando a su maestro Novara. Encontrándose los Cop6rnico en Bolonia, se enteraron de que el 23 de mayo de 1498, Girolamo Savonarola fue quemado vivo en Florencia, despu6s de haber sufrido crudelísimas torturas. A principios de 1500, habiendo aprendido principalmente astronomía y griego en Bolonia, los Cop6rnico marcharon a Roma para participar en el ańo jubilar. Allí, Nicol6s observ6 un eclipse de Luna y dict6 varias conferencias sobre matemáticas y astronomía, una de ellas, segun parece, en presencia del papa Alejandro VI.

En mayo de 1501, los Cop6rnico regresaron a Frombork, solamente para tomar posesi6n de sus canonjías en el cabildo catedralicio y para solicitar el permiso necesario para terminar sus estudios

en Italia. Nicolás aprovechó también el viaje para tomar posesión de la maestrescolía de la iglesia de la Santa Cruz en Wroclaw. En este segundo viaje, se comprometió Nicolás a estudiar medicina, para poder atender al obispo y a los otros canónigos. Y, efectivamente, se matriculó en la Universidad de Padua, cuya facultad tenía entonces merecido renombre en Europa. Entre los otros estudiantes polacos de esa universidad, se encontraba Jan Dantyszek, quien más tarde fue obispo de Warmia. Para ese tiempo, la Universidad de Padua tenía ya autorización papal para que sus miembros pudiesen hacer disecciones anatómicas en cadáveres humanos. También contaba con un jardín botánico, en el cual se cultivaban yerbas medicinales. Copérnico estudió concienzudamente y con aplicación, pero siempre mostró cierto escepticismo hacia los remedios que le enseñaban. Así, por ejemplo, en los márgenes de sus libros de matemáticas llegó a anotar algunas de esas recetas, agregándoles al final la frase irónica de: "Si Dios quiere, surtirá efecto". Al mismo tiempo, continuó estudiando astronomía con pasión y ahondando en sus conocimientos del griego, para poder leer a los clásicos en sus textos originales. Al acercarse el término del lapso que tenía concedido, Copérnico decidió no graduarse en medicina y optó por el grado de doctor en derecho canónico, pero en la Universidad de Ferrara, en donde las exigencias y los gastos de la promoción eran menores. El examen doctoral tuvo lugar el 31 de mayo de 1503. Al entregarle las insignias del grado, "el promotor principal se levantó de su asiento... primero le entregó un libro cerrado, 'para que supiera que debe conservar con seguridad en la memoria lo aprendido'; después abrió el libro 'para hacerle comprender la necesidad de ampliar, por medio del ejercicio, sus conocimientos'; seguidamente colocó en su cabeza el birrete, 'puesto que lo ha merecido, por haberse superado a sí mismo y por haber luchado en pro de su floreciente Academia'; a continuación, deslizó en su dedo un anillo de oro, 'para que sepa que con la misma fidelidad de la esposa, que debe situarse siempre al lado del esposo, él debe cumplir también el divino mandamiento de la justicia... y que al igual que había sido desposado con un purísimo metal, todo cuanto piense debe realizarlo de puro y sincero corazón'; para terminar, le dio un beso de paz en la mejilla, 'para que pueda merecer la paz si él mismo la siembra y no sea iniciador de discordias, sino de paz y concordia'".

A los 30 años de edad, Nicolás Copérnico volvió a Polonia en 1503, para ya no salir más al extranjero. Se detuvo en Cracovia y luego siguió a Lidzbark, en donde residió al lado de su tío el obispo hasta 1512, cuando éste murió. A partir de entonces desempeñó

una gran actividad administrativa, política, económica y militar, primero como consejero del obispo y, después, en el desempeño de los mandatos específicos que le fueron conferidos por el cabildo, pero siempre encontró tiempo y energías para dedicarse a sus trabajos astronómicos. En 1507 terminó de escribir la primera exposición de su teoría heliocéntrica, en un breve comentario sobre los movimientos celestiales, *Nicolai Copernici, De hypothesibus motuum coelestium a se constitutis commentariolus*. De su manuscrito hizo sacar varias copias, que distribuyó entre algunas personas cuyas opiniones tenía interés en conocer. Dichos ejemplares de su manuscrito circularon entre los astr6nomos europeos durante todo el siglo XVI; Tycho Brahe insert6 un fragmento de ese opúsculo copernicano, en su obra *Astronomiae instauratae progymnasmata*, publicada en Praga en 1602, al a6o siguiente de su muerte. En el *Commentariolus* hizo un primer dise6o del movimiento diurno de la Tierra y de su translaci6n alrededor del Sol, como uno de sus planetas. Tambi6n estableci6 que la Tierra solamente es el centro del movimiento de la Luna. A la vez, proclam6 que el Sol se encuentra inm6vil y que su trayectoria aparente no es otra cosa que la proyecci6n sobre el firmamento de la rotaci6n y el desplazamiento de la Tierra. Y terminaba con una declaraci6n triunfante: "Así Mercurio se mueve sobre siete c6rculos, Venus sobre cinco, la Tierra sobre tres y alrededor de ella la Luna sobre cuatro, en fin, Marte, Júpiter y Saturno, cada uno sobre cinco. Por consiguiente, treinta y cuatro c6rculos en total son suficientes para explicar la estructura entera del mundo, así como la danza de los planetas".

En 1512 se traslad6 a la ciudad de Frombork, situada en el estuario del Vístula, que era la sede del cabildo diocesano. Salvo las dos ocasiones en que vivi6 en Olsztyn, de 1516 a 1519 y de 1520 a 1521, y de algunos viajes de corta duraci6n a otras ciudades, Copérnico ya no abandon6 esta residencia hasta el día de su muerte. Cumpli6 sus funciones de can6nigo de la catedral al lado de otros tres obispos: Fabian de Lezany Luzjanski (1512-1523), Mauricio Ferber (1523-1537) y Jan Dantysek, quien tom6 posesi6n del cargo en 1537 y en cuya elecci6n figur6 tambi6n como candidato el astr6nomo. Copérnico se enfrent6 al ej6rcito de la orden teut6nica, resistiendo el sitio de Olsztyn; tambi6n tuvo que atender al juego de maniobras políticas del cabildo, ocuparse de la colonizaci6n de las tierras rescatadas, cuidar de los bienes del cabildo, realizar una reforma monetaria y controlar los precios de algunos alimentos, como el pan. Desempe6o, sucesivamente, los cargos de canciller, visitador de los bienes capitulares, comisario militar, gerente de las empresas econ6micas del cabildo y adminis-

trador general de la diócesis. Igualmente ejerció la medicina y participó en el combate de varias epidemias. Realizó algunos trabajos cartográficos, entre otros, se le atribuye un mapa de Warmia en 1510, otro del estuario del Vístula en 1519, la colaboración que prestó a Wapowski para el mapa de Polonia y Lituania, y un mapa de Prusia Real en 1529. Siguió realizando observaciones astronómicas frecuentes, tanto con los instrumentos que poseía, como con los dispositivos experimentales que él mismo diseñaba y construía. Constantemente ejecutaba cálculos astronómicos, los cuales lo llevaron a desarrollar de manera importante la trigonometría. En 1513 formuló un proyecto para la reforma del calendario juliano, que fue tomado en cuenta por el obispo Paulo de Middelburgo en su tratado *Secundum compendium correctionis Calendarii*, publicado en 1516, mismo que fue considerado por el papa León X como base para que se prosiguieran los nuevos estudios encargados a diversos astrónomos, entre ellos a Copérnico.

La reforma monetaria la preparó esmeradamente en dos estudios previos, de 1516 y 1517, la puso en práctica en 1523, introduciendo una moneda prusiana única, de buena ley y equiparada a los dineros polacos. Por último, hizo una fundamentación de dicha reforma en su tratado *Monete cudende ratio*, de 1528. Mientras tanto, el 31 de octubre de 1517, Martín Lutero proclamó sus 95 tesis contra las indulgencias y otras corruptelas eclesiásticas, en el templo del castillo de Wittenberg, iniciando así el movimiento de Reforma. En 1520, el papado declaró hereje a Lutero y, entonces, éste contestó prendiendo fuego públicamente a la bula en cuestión. Al año siguiente, el 13 de agosto, cayó Tenochtitlán en poder de los conquistadores españoles, venciendo la heroica resistencia encabezada por Cuauhtémoc. El 6 de septiembre de 1522, el marino de Guetaria, Juan Sebastián Elcano arribó a Sanlúcar de Barrameda, al mando de la nave *Victoria*, terminando así el primer viaje alrededor del mundo. Entre 1519 y 1522 se produjo la sublevación de los agermanados en Valencia y Mallorca y, simultáneamente, la rebelión de los comuneros de Castilla, que terminaron con la ejecución de sus dirigentes. Lutero tradujo la Biblia al alemán, que fue publicada entre 1522 y 1534. En el año de 1524 estallaron las sublevaciones de campesinos en el sur de Alemania, a las cuales se opuso decididamente Lutero y que concluyeron con la decapitación de Tomás Müntzer en Mulhouse, el 27 de mayo de 1525. La Reforma se extendió con rapidez: en 1520 a los Países Bajos, en 1522 a Suiza, en 1523 a Suecia, en 1531 a Inglaterra y en 1532 a Francia. Por otra parte, entre 1531 y 1535 se produjo la revolución urbana democrática encabezada por el burgomaestre

de Lübeck, Jürgen Wullenwever, quien fue decapitado el 25 de septiembre de 1537. Y, en Inglaterra, el célebre humanista autor de la *Utopía*, Tomás Moro, fue decapitado en 1535.

Copérnico empezó a escribir su gran obra *De revolutionibus* en 1515 y, según parece, la terminó en 1530. En su primera versión se componía de siete libros, pero, finalmente, incluyó en el primer libro los tres capítulos sobre geometría y trigonometría, que constituían el segundo, dejando entonces reducida la obra a seis libros. Muy pronto, las noticias sobre su teoría opuesta al sentido común, se propaló en el mundo y empezaron a provocarse comentarios y opiniones controvertidas acerca de ella. El secretario del papa, Juan Alberto Widmanstadt, se entusiasmó tanto con la concepción copérnica, que se puso a explicarla en varias ocasiones, inclusive ante Clemente VII, en 1533. Dos años después, un *Almanaque* compuesto por Copérnico, en el que se ofrecían ya los cálculos de los movimientos planetarios de acuerdo con los principios heliocéntricos, alcanzó gran difusión para la preparación de novísimos pronósticos astrológicos. De esa manera, la revolución copernicana implicó también una transformación interesante en la astronomía judicial. Por otra parte, en uno de sus coloquios de 1539, Martín Lutero se refirió a Copérnico, diciendo: "Se ha hablado de un nuevo astr6logo que pretende probar que la Tierra se mueve y gira en redondo, y no el cielo... Este orate quiere subvertir toda la astronomía". Poco después, en 1541, su gran amigo y correligionario Melancton, lo aludió despectivamente, exclamando: "...ese astr6logo sármata que mueve la Tierra y detiene el Sol...". Como puede advertirse, por ese entonces, los alemanes consideraban a Copérnico como eslav0, con toda razón.

En mayo de 1539, Copérnico recibió la visita del joven matemático Georg Joachim Rhaeticus, quien acudió a Frombork atraído por la fama del astr6logo turenense. La curiosidad científica de Rhaeticus impresionó vivamente a Copérnico, su brillante inteligencia le gan6 su estimación, su serenidad le inspir6 confianza y sus convincentes argumentaciones lo inclinaron a decidirse por último a la publicación de su obra monumental. El propio Rhaeticus escribió un opúsculo precursor, *De libris revolutionum... narratio prima*, publicado en Gdansk en 1540; y cuyo éxito ameritó una segunda edición, aparecida en Basilea, en 1541. Además, Rhaeticus se encarg6 de editar el tratado de trigonometría plana y esférica redactado por Copérnico, *De lateribus et angulus triangulorum, tum planorum rectilineorum, tum sphaericorum libellus*, publicado en Wittenberg, en 1542. Cuando Rhaeticus abandon6 Frombork, en 1541, ya había consentido Copérnico en que su obra fuera en-

tregada a la imprenta. Poco después de su partida, Rhaeticus recibió el manuscrito copernicano de manos de su amigo común Tideman Giese. En junio de 1542, Copérnico envió a la imprenta de Johannes Petreius, en Nuremberg, el prefacio de su obra, dedicada *Ad Sanctissimum Dominum Paulum III Pontificem Maximum*, en el cual dejó afirmado claramente, entre otras cosas, que "para concebir la idea de un principio distinto en el cálculo de los movimientos de las esferas del mundo, no me ha impulsado otra cosa que el haber constatado que los matemáticos se hallaban, al respecto, en contradicción con ellos mismos... (y que) no han sido capaces de describir o de inferir la cosa principal, es decir, la forma del mundo y la definida simetría de sus partes". En marzo de 1543, salió de las prensas la gran obra *Nicolai Copernici Torinensis, De revolutionibus orbium coelestium, Libri VI*. Debido a que Rhaeticus se vio obligado a trasladarse a Leipzig, no pudo estar personalmente al cuidado de la impresión, cosa que confió a su amigo Andreas Osiander, teólogo protestante. Pero Osiander traicionó esa confianza, introduciendo en la obra dos falsificaciones. La primera consistió en añadir al título original, que era simplemente *De revolutionibus*, las dos palabras *orbium coelestium*, falseando su significado, ya que así daba a entender que no se trataba de las revoluciones de la Tierra, sino únicamente de las del cielo. La segunda y más grave falsificación fue la de agregarle otro prólogo de su cosecha, *Ad lectorem de hypothesibus huius operis*, en el que propuso considerar a la teoría heliocéntrica formulada por Copérnico como una mera hipótesis especulativa, una especie de esquema matemático artificioso que, con respecto a la realidad, resultaba igualmente verosímil o inverosímil que cualquiera de las otras hipótesis existentes. Además, Osiander no puso su nombre al pie del prólogo revocante, para dar al lector la impresión equivocada de que había sido escrito por Copérnico. De acuerdo con una hermosa versión legendaria, Nicolás Copérnico recibió un ejemplar de su obra precisamente el 24 de mayo de 1543, la tuvo febrilmente entre sus manos y, pocas horas después, falleció.

La teoría de las revoluciones terrestres y de las andanzas erráticas de los planetas en torno al Sol, fue postulada por Copérnico en los once primeros capítulos del Libro I de su obra y quedó bien fundamentada en los otros cinco libros que la componen. En lo que sigue, vamos a dar una versión parafraseada y simplificada de su exposición magistral:

El universo es una esfera, porque esta forma es perfectísima entre todas y es la figura de mayor capacidad. Todas sus partes son igualmente esferas, como el Sol, la Luna y las estrellas y, además, todas las cosas tienden a perfeccionarse adoptando la forma esférica, como se puede ver en las gotas de agua y de otros líquidos. La Tierra es también una esfera, aunque su redondez absoluta no se advierta desde luego, debido a la gran altura de las montañas y la profundidad de los valles. El océano que rodea las tierras y llena de agua los abismos, sigue en su superficie la misma figura esférica. Más todavía, las tierras y las aguas tienen un mismo centro de gravedad que, a la vez, coincide con el centro de magnitud de la Tierra. La figura esférica que tiene la Tierra, junto con las aguas que la rodean, aparece necesariamente en la sombra de la Tierra, perfectamente circular, que se proyecta en la Luna durante los eclipses de ésta. Por lo tanto, la Tierra no es plana, como lo afirmaban Empédocles y Anaxímenes; ni timpanoide, como creía Leucipo; ni escafoide, como la consideraba Heráclito; ni posee una especie de oquedad, como decía Demócrito; ni es cilíndrica, como opinaba Anaximandro; ni tampoco es infinita y más densa hacia abajo, como suponía Jenófanes; sino que es de una esfericidad perfecta, tal como es el parecer de los filósofos.

El movimiento de los cuerpos celestes es circular, porque tal es el movimiento natural de las esferas y en él se mantienen indefinidamente por sí mismas. Las esferas celestes tienen muchos movimientos y, por ende, son muchos los círculos orbitales que describen. El más conocido de todos es la revolución cotidiana de la Tierra, o sea, el lapso de un día y una noche. Hasta ahora se ha creído que, por medio de este movimiento, todo el mundo, con excepción de la Tierra, es llevado del oriente hacia el poniente. Y, también, dicha revolución diurna es considerada como la unidad de medida de todos los movimientos, ya que contamos el tiempo principalmente por el número de días transcurridos con sus noches.

Después, observamos otras revoluciones en el sentido inverso, es decir, del poniente al oriente, por parte del Sol, la Luna y los cinco astros errantes o planetas. Como consecuencia de sus revoluciones, el Sol nos suministra el año, la Luna los meses y, por su parte, cada uno de los cinco planetas describe diferentes ciclos. Todos estos movimientos son circulares, o bien, están compuestos de varios movimientos circulares, ya que sus irregularidades corresponden a una cierta ley uniforme y sus posiciones se vuelven a repetir simétricamente; lo cual no podría suceder si no fuesen circulares sus recorridos. Pues solamente una rotación puede hacer volver lo pasado, tal como el Sol, por ejemplo, mediante su movimiento resul-

tante de múltiples movimientos circulares, nos hace retornar la desigualdad de los días, las noches y las cuatro estaciones del año. de una manera periódica. Es imposible que un cuerpo celeste se mueva irregularmente en una sola esfera, pues ello sólo podría suceder a causa de la inconstancia de la virtud o fuerza motriz, o bien, debido a la disparidad con respecto al cuerpo móvil. En consecuencia, tenemos que admitir que sus movimientos son uniformes; pero nosotros los vemos desiguales a causa de que sus círculos tienen centros diferentes y de que la Tierra no se encuentra en el centro de sus trayectorias circulares. Entonces, debido a que las distancias a que se encuentran los planetas son variables, resulta que cuando están más cercanos a la Tierra nos parecen mayores que cuando están alejados; tal como lo demuestra la óptica. Así, los movimientos uniformes de los planetas, porque los vemos desde distancias diferentes, nos parecen como si describiesen movimientos desiguales en tiempos iguales.

Aunque comúnmente los autores convienen en que la Tierra se encuentra en reposo en el centro del mundo, es preciso examinar más atentamente este asunto. Desde luego, todo cambio de lugar que observamos se puede deber: al movimiento de la cosa observada, o al movimiento del observador, o bien, a movimientos necesariamente dispares de ambos. Porque, cuando el observador y la cosa observada se mueven uniformemente y en el mismo sentido, no se percibe su movimiento. Por lo tanto, si atribuyéramos algún movimiento a la Tierra, desde la cual observamos nosotros, entonces aparecería igualmente en todas las cosas dicho movimiento, pero en sentido contrario. Entonces, si admitiéramos que el cielo no interviene para nada en la revolución diurna de la Tierra y que ésta es la que gira sobre sí misma de occidente a oriente, quedarían bien explicados tanto el orto como el ocaso del Sol y de la Luna. Más todavía, admitiendo que es la Tierra la que se revuelve sobre sí misma, se explicará que las estrellas se oculten cuando la propia Tierra se interpone y que reaparezcan, en cuanto cesa dicha interposición.

En cuanto al juicio, aceptado generalmente por todos hasta ahora, de que la Tierra ocupa el lugar medio o central del mundo, hay dos hechos que lo vienen a contradecir. En primer lugar, los movimientos de las estrellas errantes aparecen diversos y como si estuvieran regulados por otro centro diferente del de la Tierra. En segundo lugar, ese desplazamiento irregular de los astros errantes los hace aparecer a veces más cerca de la Tierra y, en otras ocasiones, más apartados. Ambos hechos argumentan necesariamente en favor de la consideración de que la Tierra no es el centro de los movi-

mientos de esas estrellas errantes o planetas y de que, por ende, el centro de la Tierra no coincide con el centro del mundo. Lo que no queda claro es si la Tierra es la que se acerca y se aleja de dichos astros, o si son ellos los que se aproximan y se retiran de la Tierra. En todo caso, no resultaría sorprendente considerar que la Tierra posee algùn otro movimiento, además de su revolución cotidiana. En efecto, ya Filolao el pitag6rico sostenía que la Tierra también vagaba con otros movimientos y era uno de los planetas.

Con todo lo grande que es la mole de la Tierra, no guarda ninguna relación con la inmensidad del cielo, ya que sus dimensiones son inconmensurables. El cielo está tan fuera de medida, en comparaci6n con la Tierra, que presenta el aspecto de una magnitud infinita. Para la estimaci6n de nuestros sentidos, la Tierra es al cielo como un punto es a un cuerpo y como lo finito es a lo infinito. Pero de ello no se desprende que la Tierra se encuentre precisamente en reposo en el centro del mundo. Por el contrario, resultaría más asombroso que la vasta inmensidad del universo hiciera una revoluci6n cada 24 horas, en vez de que lo haga una de sus partículas mínimas, como es la Tierra. Como es sabido, Tolomeo de Alejandría dice que, si la Tierra diera vueltas, este movimiento sera muy evidente y su celeridad vertiginosa causara la dispersi6n y disoluci6n de las cosas, de tal manera que la Tierra misma se hubiese despedazado ya hace mucho tiempo, y todo lo animado y cualquiera otra cosa hubiese vuelto a la condici6n de esos pequeñísimos corpúsculos indivisibles llamados átomos que, cuando no están reunidos en muy grandes cantidades, no componen cuerpos visibles. Pero, cabe preguntar, por qué Tolomeo no sospecha que pudiera ocurrir lo mismo con respecto del mundo entero?, por qué no decir, también, que el mundo ya se hubiera fragmentado por completo, puesto que su movimiento alrededor de la Tierra tendra que ser, por necesidad, infinitamente más veloz que la rotaci6n de la Tierra, debido a la infinitud de la relaci6n entre el diámetro de la esfera terrestre y el de la esfera celeste? En consecuencia, teniendo por cierto que la Tierra est contenida entre sus polos y su superficie es esférica, debemos concederle la movilidad que mejor conviene a su forma y por su propia naturaleza, en vez de trastornar completamente al Universo tratando de ponerlo en una conmoci6n tal que, indefectiblemente, provocara su despedazamiento en fragmentos invisibles. Tenemos que aceptar, pues, que esta revoluci6n cotidiana de los cielos es aparente y que, en realidad, es efectuada por la Tierra.

Como la Tierra no es el centro de todas las revoluciones, resulta posible que le correspondan otros movimientos, además de su rotaci6n diurna, de manera que pueda ser considerada como astro errante. En tal caso, es necesario que esos otros movimientos diferentes apa-

rezcan exteriormente como similares a los de muchos cuerpos celestes y, entre ellos, tenemos la revolución anual. Porque si cambiamos esa revolución anual de solar a terrestre, atribuyendo la inmovilidad al Sol y el movimiento a la Tierra, entonces, los ortos y los ocasos de los signos del zodiaco y de las estrellas fijas, aparecerán exactamente de la misma manera. Así, observaremos las estaciones, retrocesos y avances de las estrellas errantes como consecuencia de un movimiento ejecutado por la Tierra, y no como movimientos propios realizados por esos planetas. En fin, puesto que los movimientos aparentes y regulares de los astros erráticos y la variación de sus distancias con respecto a la Tierra, no pueden ser explicados mediante órbitas circulares homocéntricas a la Tierra, resulta que el Sol es el cuerpo que ocupa el centro del mundo. Todas estas cosas nos enseña la razón del orden en que dichos astros se van sucediendo, así como la armonía que ponen de manifiesto ante nosotros, con tal que estemos atentos a observarlos con los dos ojos a la vez, como dice el proverbio.

La determinación del orden en que se encuentran colocados los astros errantes es una cuestión que, desde los filósofos antiguos, se ha intentado establecer de acuerdo con la magnitud de sus revoluciones. La razón en que se apoyaron es la de que, sabiendo que todos esos cuerpos celestes tienen iguales velocidades de translación, resulta que se encuentran más alejados los que parecen avanzar más lentamente, y viceversa, más próximos los que adelantan con mayor celeridad, debido a que la distancia que recorren es proporcional al tiempo que emplean en ese transcurso. Por ello, pensaban que la Luna es el astro más cercano a la Tierra, puesto que recorre el círculo más pequeño. En cambio, Saturno es el más alejado de los planetas, porque completa su revolución en el tiempo más largo. Después de Saturno se encuentra Júpiter y, luego, Marte. En cuanto a Venus y Mercurio, ha habido diversos pareceres. Platón y otros antiguos consideraron que Venus y Mercurio están más lejos que el Sol. Tolomeo y gran parte de los modernos colocan al Sol más próximo que Marte y, a continuación, ubican a Venus y a Mercurio más cercanos a la Tierra. Por su parte, Alpetragio coloca a Venus más lejos que el Sol y a Mercurio más cercano que éste. La consideración de Platón se apoya en su concepción de que todos los planetas son cuerpos opacos, como lo es la Luna, que brillan sólo por la luz que reciben del Sol y, por lo tanto, tienen que reflejar esa luz que reciben precisamente hacia el Sol.

Ahora bien, para establecer con seguridad el ordenamiento de los astros errantes, es menester admitir que la Tierra no es el centro de sus órbitas. En efecto, ya en la *Enciclopedia* de Mariano Cappa se dice que Venus y Mercurio giran alrededor del Sol y, por

ende, que el centro de sus respectivas esferas se encuentra en torno al Sol. Así, la 6rbita de Mercurio est6 contenida dentro de la 6rbita de Venus, teniendo espacio suficiente para hacer su revoluci6n. Luego, podemos generalizar ese pensamiento, adscribiendo el mismo centro a las esferas de Saturno, J6piter y Marte, las cuales tambi6n dejan entre ellas suficiente amplitud para que ejecuten sus movimientos de revoluci6n. Finalmente, en el espacio comprendido entre la cara convexa de la 6rbita de Venus y la cara c6ncava de la 6rbita de Marte, se encuentra colocada la Tierra. De este modo, la Tierra es un planeta situado en una esfera homoc6ntrica respecto a dichas superficies de Venus y de Marte y, por lo tanto, igualmente homoc6ntrica con respecto a las 6rbitas de los otros planetas. A esa esfera de revoluci6n de la Tierra se encuentra asociada la Luna, que es su sat6lite, con su esfera correspondiente que, en 6ltimo t6rmino, viene siendo la 6nica que gira alrededor de la Tierra como centro. En cuanto al Sol, lejos de ser un astro errante, se encuentra inm6vil en la regi6n central de las esferas planetarias, iluminando con su luz brillante la opacidad de los seis astros que revoluciona en su torno y de la Luna que, a su vez, gira en torno de la Tierra.

Por consiguiente, si se cumple la ley de que la magnitud de las 6rbitas se mide por la duraci6n de los recorridos, tenemos el siguiente orden de las esferas. La primera y m6s alejada de todas es la esfera de las estrellas fijas, que est6 situada a una distancia incommensurable de las otras estrellas. Esta esfera se contiene a s6 misma y, a la vez, a todas las dem6s cosas. Por eso permanece inm6vil y es el lugar del universo al cual se refieren los movimientos y las posiciones de las otras esferas. A una distancia enorme, pero commensurable con las otras distancias astron6micas, sigue la esfera de Saturno, el primero de los astros errantes, que completa su revoluci6n al cabo de 30 a6os. Despu6s viene J6piter, que recorre su circuito en 12 a6os. Luego se encuentra Marte, que revoluciona cada 2 a6os. El cuarto lugar le corresponde a la Tierra con la revoluci6n anual de su esfera, la cual contiene a la 6rbita de la Luna como un epiciclo. En seguida se encuentra Venus, que hace una vuelta completa en 9 meses. La sexta posici6n la ocupa Mercurio, que realiza una revoluci6n cada 80 d6as. Y en el centro de las siete esferas se encuentra el Sol, en reposo y resplandeciente. As6, los planetas se mueven en esferas homoc6ntricas, entre la inmovilidad de las estrellas fijas y el Sol, tambi6n inm6vil. Por otra parte, tanto las estrellas de la esfera fija como el Sol, poseen luz propia, mientras que los planetas ubicados en las seis esferas en movimiento, carecen de luz propia. Sin embargo, los seis astros errantes son iluminados por el resplandor del Sol y reciben tambi6n el fulgor de las estrellas fijas, aunque s6lo como un tenue centelleo, debido a la inmensidad de la distancia que las separa. Tal

es la admirable simetría del universo y la armoniosa vinculación existente entre el movimiento y la magnitud de las esferas celestes.

Tenemos ya ubicada a la Tierra en el cielo y establecida su movilidad como uno de los astros errantes que circulan perpetuamente. Nos referiremos ahora, de una manera precisa, al triple movimiento con que se encuentra animada. El primero es la revolución de un día y una noche, que hemos dividido en 24 partes iguales, a las que llamamos horas, en que la Tierra gira alrededor de su propio eje, que pasa por los polos. Esta revolución es en el sentido de poniente a oriente, aunque la apariencia sea de que gira en sentido opuesto, describiendo el círculo equinoccial, que también es llamado ecuador o equidial. El segundo movimiento es la revolución anual del centro de la Tierra alrededor del Sol, describiendo el gran círculo de los signos del zodiaco o eclíptica, junto con la Luna, que va girando siempre en torno suyo. Esta trayectoria es recorrida por la Tierra igualmente en el sentido del occidente al oriente, en el espacio comprendido entre Venus y Marte. El desplazamiento terrestre nos produce la impresión de que el Sol es el que recorre las doce constelaciones zodiacales, animado aparentemente de un movimiento similar, pero en sentido retrógrado. Así, por ejemplo, cuando el centro de la Tierra atraviesa Capricornio, el Sol parece pasar por Cáncer y, cuando transita por Acuario, el Sol parece andar por Leo. La duración de este recorrido es de 365 días con 6 horas y 9 minutos. Es necesario considerar que el plano del ecuador terrestre se mantiene oblicuo con respecto al plano de la eclíptica, de tal manera que su variación produce una inclinación de 23 grados con 30 minutos. Porque, si no fuera de ese modo, no habría variación alguna entre el día y la noche, sino que serían iguales durante el año entero. Y, por consiguiente, tampoco existirían las cuatro estaciones del año, sino que siempre estaríamos en verano, o en invierno, o en otoño, o en primavera.

El tercer movimiento que ejecuta la Tierra es el de precesión, que consiste en una lenta revolución de su eje en torno al polo de la eclíptica, o polo celeste. En virtud de este movimiento, en tanto que el plano del ecuador se mantiene siempre con la misma inclinación respecto al plano zodiacal, en cambio, los puntos en que se cortan dichos planos están cambiando continuamente. Como resultado de este movimiento, se produce un desplazamiento anual de los puntos de los equinoccios y los solsticios, en el sentido de oriente a poniente. Pero, como la diferencia de un año al otro es tan pequeña, solamente se puede advertir con claridad cuando ha pasado mucho tiempo. En realidad, desde la época de Tolomeo hasta la nuestra, o sea, en el transcurso de 14 siglos, se ha producido una precesión de los equinoccios y los solsticios de unos 21 grados. Por esta razón,

hubo quienes creyeron antes que la esfera de las estrellas fijas se movía y, por lo tanto, imaginaron como necesaria una novena esfera todavía más alejada. Y, cuando esa esfera imaginaria no resultó suficiente, los modernos agregaron una décima esfera, aunque sin obtener tampoco con ella una explicación satisfactoria. En cambio, el movimiento de precesión aquí considerado, en conjugación con los otros dos movimientos que le atribuimos a la Tierra, o sea, su rotación diurna y su revolución alrededor del Sol, son suficientes para entender y explicar completamente, tanto el sistema del mundo como la apariencia que nos produce.

El mismo año maravilloso de 1543 en que Copérnico inició con tamaña grandeza la astronomía moderna, apareció también en Basilea la obra de Andrea Vesalio *De humani corporis fabrica*, con la cual nació la anatomía moderna. Por ese tiempo fue cuando la fortuna y la influencia de los Fúcar alcanzó su máxima expresión. Diez años después, el 27 de octubre de 1553, fue quemado vivo en Ginebra el descubridor de la circulación pulmonar, Miguel Servet. En cuanto a la subversiva teoría copernicana, la Iglesia de Roma no se pronunció de inmediato en contra de ella; por lo contrario, hasta fue recibida favorablemente en algunos círculos eclesiásticos liberales. En realidad, la nueva concepción del mundo no provocó mayor preocupación, mientras no se extrajo de ella la inquietante consecuencia de que, si la Tierra no ocupa una situación privilegiada en el universo, entonces tampoco existen privilegios sociales que no sean destructibles por la acción del hombre, ya que los establecidos no están ligados de manera ineludible, ni menos son intrínsecos a la naturaleza humana. Esta abolición de los privilegios dentro de la naturaleza y, por ende, en la sociedad, expresada abiertamente y con plena transparencia, constituyó el meollo del pensamiento copernicano que el más grande filósofo del Renacimiento, Giordano Bruno, propagó por toda Europa hasta terminar por ser quemado vivo en Roma, el 17 de febrero de 1600. La comprobación objetiva de la teoría copernicana la encontró Galileo en enero de 1610, al descubrir con su telescopio cuatro de los satélites de Júpiter. El 26 de febrero de 1616, el papa Paulo V promulgó un decreto, declarando que "la doctrina del doble movimiento de la Tierra, alrededor de su eje y alrededor del Sol, es falsa y enteramente contraria a la Sagrada Escritura"; y, por consiguiente, ocho días después, el Santo Oficio ordenó su inclusión en el *Index Librorum Prohibitorum* de la obra de Copérnico, para proceder contra Galileo. Tres años más tarde, el filósofo Lucilio Vanini fue quemado vivo en Toulouse. La condenación papal

de la teoría copernicana subsistió hasta el 11 de septiembre de 1822; pero sólo dejó de aparecer en el *Index* hasta la edición de 1835. La rabiosa persecución de Galileo culminó el 16 de junio de 1673, cuando fue condenado a retractarse y, seis días después, fue obligado a ponerse de rodillas para abjurar de la teoría copernicana. Y es bien conocido el epílogo de que Galileo siguió siendo prisionero de la Inquisición hasta el día de su muerte, el 8 de enero de 1642.

Nicolás Copérnico se atrevió a romper con la concepción más firmemente arraigada de la época medieval. Elevó la Tierra al cielo y lanzó el mundo sublunar a revolucionar en torno al Sol. Dio el paso decisivo e indispensable para que la astronomía y la física llegaran a alcanzar con paso seguro los portentosos niveles de Galileo, Kepler, Newton y muchísimos otros. También fue, indudablemente, el científico que logró estimular más que nadie a los matemáticos, para buscar nuevas aplicaciones de su ciencia. A la vez, su arraigada convicción de la primacía de la realidad sobre las apariencias y sobre las conclusiones petrificadas en el llamado "sentido común", lo hizo tener una base física muy marcada en todas sus disquisiciones matemáticas y astronómicas, para llegar a concordar con los hechos. Si Gutenberg hizo posible la libre difusión del pensamiento, fue Copérnico quien puso por primera vez el pensamiento con un contenido enteramente libre. Análogamente, tal como Colón abrió un nuevo mundo, así Copérnico abrió millones de mundos en el exterior y en el interior del hombre. El establecimiento del sistema heliocéntrico copernicano constituyó la primera gran victoria científica del Renacimiento. Es más, con los resultados obtenidos por Copérnico se inició la revolución científica moderna, que desde entonces sigue avanzando en su desarrollo. A dicha revolución le infundió Copérnico su espíritu crítico, su estimación por las concepciones estéticas y su inspiración permanente en los conocimientos aportados por los otros investigadores. La revolución que realizó en los cielos, en la Tierra y en el hombre, fue de tal manera radical y tajante que, cada vez que se le quiere dar ese significado a las consecuencias de una nueva concepción de la naturaleza, de la sociedad o del pensamiento, se habla de que se trata de una *revolución copernicana*. Así, a los 500 años de su nacimiento, Nicolás Copérnico sigue siendo uno de los mayores liberadores de la humanidad.

“DISQUISICIONES CAPITALISTAS”

Por *Jesús SILVA HERZOG*

CARACTERISTICAS FUNDAMENTALES DE LA PRODUCCION

EL desarrollo de la industria de transformación puede dividirse desde el punto de vista histórico en la forma siguiente:

- 1) La industria familiar
- 2) Los oficios
- 3) La industria a domicilio
- 4) Las manufacturas
- 5) La fábrica moderna
- 6) El pool, el kartel, el trust
- 7) El imperialismo

En la etapa de la industria familiar, la familia es dueña del capital y se produce para la familia; en los oficios, el artesano es dueño también del capital y produce directamente para el cliente; en la industria a domicilio, el trabajador ya no es dueño de las materias primas, sino solamente de las herramientas y, por lo tanto, ya sólo es dueño de una parte del capital. A partir de este momento produce para el mercado. En las manufacturas, el trabajador ya no tiene participación alguna en el capital y lo mismo ocurre a partir de la fábrica moderna.

Pero en la manufactura, y aun en la fábrica de fines del siglo XVIII y principios del XIX, el capitalista, en la mayoría de los casos maneja directamente su empresa; el obrero está en contacto directo con el patrón; el obrero conoce al capitalista.

El desarrollo del capitalismo introduce modificaciones importantes acerca del punto de que estamos tratando, las cuales consisten en que el dueño del capital ya no maneja la empresa y el trabajador desconoce al dueño del capital. En ocasiones cada vez más numerosas usan el capital personas distintas de sus dueños; la empresa económica moderna es, generalmente, manejada por organi-

zadores que no tienen capital, que no son dueños del capital o que lo son solamente de una parte, o por empleados, administradores o gerentes al servicio de los capitalistas. Hay cada vez mayor distancia entre los que poseen la fuerza de trabajo y los que poseen el capital; hay cada vez más, también, un mayor alejamiento entre muchos de los dueños del capital y la empresa en que tienen invertido su capital. Piénsese en las sociedades anónimas.

En la empresa económica moderna, las mercancías son producidas por asalariados con un capital ajeno y trabajan bajo la dirección de empleados o funcionarios responsables de la marcha de la empresa ante los dueños del capital. Los capitalistas, los que proporcionan el dinero para la empresa, no participan muchas veces en el proceso productivo; son los "sleeping partners", los socios durmientes y pudieran dormir eternamente sin que ello trastornara la marcha de la economía del mundo. Pensemos, por ejemplo, en la General Motors de México, S.A., en la Cía. Hulera Euzkadi, en la Mexico Tractor and Machinery y en la Cía. de Cigarros "El Aguila". Los accionistas de estas empresas radican generalmente en Londres, en París, en Nueva York o en alguna otra ciudad extranjera. Las empresas que se han citado son manejadas por Gerentes; los "sleeping partners" solamente se preocupan por recibir los dividendos de sus acciones. Eso es todo. No les importa la vida de México, sus éxitos o fracasos. Algunos, probablemente, ni siquiera saben bien dónde están sus compañías; lo único que les interesa es recibir los beneficios del capital invertido; no participan para nada en la producción. Todos esos accionistas de las compañías que se han mencionado pudieran morir dentro de una hora, y suponiendo que no tuvieran herederos, y que el Estado se adjudicara esas empresas, éstas continuarían sin duda alguna su marcha normal. No pasaría nada, absolutamente nada, porque esas personas no realizaban ninguna función productiva, no eran útiles ni necesarias a la sociedad.

El orden económico capitalista se basa en los precios de las mercancías; ¿qué quiere decir esto? Quiere decir que no se produce lo que más se necesita, que lo fundamental no es producir mercancías de buena calidad sino producirlas para obtener ganancias. Cuando se produce lo que el consumidor necesita es porque ello produce ganancias; cuando se producen artículos de buena calidad es porque éstos producen una buena ganancia. Pero se producen también artículos de mala calidad, artículos que no se necesitan, que no son indispensables al normal desarrollo de la vida humana. La industria moderna, las unidades económicas capitalistas inventan satisfactores que propagan por medio del anuncio hasta habituar

al consumidor a consumirlos; inventan mercancías que no van a satisfacer ninguna necesidad real; los capitalistas crean la necesidad, o los administradores de los capitalistas, y lo hacen cuando esto tiene perspectivas de producir ganancias, y lo siguen haciendo cuando produce ganancias. La oferta crea la demanda. Se pueden citar como ejemplo dos mercancías: la coca cola y los corn flakes. Los habitantes del mundo, obviamente, podrían vivir sin coca cola y sin corn flakes. No ocurriría nada desagradable a los hombres, sin duda alguna; pero la coca cola produce ganancias y el consumidor se va habituando a consumirla en beneficio del capitalista. Y lo mismo puede decirse de los corn flakes y numerosos productos similares que han sido inventados por la gran industria moderna porque producen utilidades y no porque vayan a satisfacer necesidades vitales de la población, lo que importa es el consumo.

Las modas femeninas no siempre se modifican de acuerdo con el buen gusto de los grandes modistos parisienses. En muchos casos se modifican de acuerdo con los intereses de las grandes unidades económicas productoras de tela o de conformidad con los intereses de la industria de la confección. Si la falda se acorta, se ensancha; no conviene que se reduzca el consumo, pues si al mismo tiempo que se acortara se hiciera más angosta, entonces se perjudicarían los intereses de las grandes empresas. Además como la falda más o menos corta se ha impuesto por su comodidad, se ha inventado que los trajes de noche deban ser largos; así se consumirá más tela, así se aumentarán las ventas y al aumentarse éstas se aumentarán las ganancias.

No importa para la industria capitalista que una mercancía sea perjudicial a la salud; lo que importa es la ganancia. Como ejemplo se puede citar el tabaco, indudablemente perjudicial a la salud. La propaganda de los grandes trusts tabaqueros por medio del anuncio, ha logrado aumentar considerablemente el consumo de cigarrillos. La costumbre femenina de fumar no es una costumbre que haya nacido de la imaginación de alguna mujer torturada o caprichosa; cuando el consumo llegó a ciertos límites entre los varones, entonces los trusts propagaron con el anuncio el uso de cigarrillos por la mujer. Y si mañana pudieran propagar el uso del tabaco entre los niños de un año en adelante, lo harían seguramente, porque ello les daría posibilidades enormes de aumentar el consumo, de aumentar sus ventas y por consiguiente sus ganancias.

¿Y qué podemos decir de las bebidas embriagantes?

Aumentar las ganancias aumentando las ventas y reduciendo los costos, éste es el ideal que persigue toda empresa capitalista.

Los intereses del consumidor son secundarios; los intereses del trabajador son secundarios también. No importa que para producir una mercancía dada, las condiciones del trabajo ocasionen la pérdida de la salud de centenares de trabajadores; eso no importa. La producción está organizada de acuerdo con los intereses de la clase capitalista. Se puede citar como ejemplo la industria del fósforo de hace unas cuantas décadas; se puede citar la industria metalúrgica, también de hace unas décadas, y se pueden hacer otras muchas citas de industrias contemporáneas, industrias que han perjudicado y que perjudican la salud de muchos de los componentes de la clase obrera. La vida de los mineros abunda en ejemplos trágicos. Esto es un mal anterior al capitalismo, mas el capitalismo no ha evitado el drama del minero.

La producción —debemos reflexionar en ello— sería completamente diferente si en lugar de que el capitalista alquilara el trabajo del obrero, el obrero fuera dueño del capital o éste perteneciera a la sociedad. Se dejarían de producir artículos innecesarios y la organización de la economía sería diferente. El objeto de la producción tiene que ser la base de la política industrial, tiene que estar de acuerdo con los intereses de la clase que dirige la producción. A este propósito, el economista norteamericano, Sumner Slichter, dice: "La razón por la cual el precio es el guía supremo y el organizador de la producción, el medio por el cual se dirigen los costos y los beneficios, es porque ello refleja los intereses de la clase que dentro de las condiciones económicas existentes, dirige y controla la producción". De manera que no es ocioso repetirlo: la producción capitalista tiene por mira obtener la mayor utilidad, para lo cual procura siempre conseguir bajos costos, altos precios y las más amplias ventas.

Con toda claridad se observa el antagonismo irreductible entre los intereses de la clase trabajadora y los intereses de la clase capitalista; los costos bajos, los salarios bajos, benefician al capitalista. Los salarios bajos perjudican al trabajador, los salarios altos benefician al trabajador pero perjudican al capitalista. Este fenómeno lo observó con toda claridad, desde principios del siglo XIX el economista inglés David Ricardo. David Ricardo se dio cuenta de que el interés del obrero y del capitalista son antagónicos; y Marx, en su "Historia crítica de la teoría de la plusvalía", al referirse a Ricardo, dice que éste descubrió la oposición de las clases, que penetró hasta las raíces en la lucha histórica de la economía y de su proceso de desarrollo. Por esto, el economista Mathew Carey llama al banquero Ricardo "el padre del comunismo".

Vamos a poner un ejemplo intencionalmente sencillísimo, elementalísimo, para que se vea con toda claridad el antagonismo existente entre capitalistas y trabajadores. Vamos a suponer que una empresa dada recibe como ingresos brutos en un año de operaciones un millón de pesos; vamos a suponer también que de este millón de pesos los gastos de producción de la empresa han sido 900,000 pesos, descompuestos de la manera siguiente: salarios, 400,000; otros gastos de producción, 500,000; utilidades, 100,000. Los obreros exigen aumento de salarios; exigen, en nuestro ejemplo, un aumento de diez por ciento; el diez por ciento de los salarios hay que tomarlo de las utilidades, hay que tomar pues, cuarenta mil pesos; las utilidades se reducen a sesenta mil pesos. Es decir, en lugar de que las utilidades produzcan cien mil pesos, producen sesenta mil, hay una reducción en las utilidades de un cuarenta por ciento, en tanto que el aumento de los salarios es de diez por ciento. La pérdida sufrida por los capitalistas es considerable; la tasa del beneficio del capital invertido indudablemente ha descendido de manera muy sensible del 10 al 6%, y la clase capitalista tiene que defenderse, lógicamente hasta donde sea humanamente posible, para evitar un alza en los salarios, pues significa para ella una reducción considerable de sus utilidades, y no debemos olvidar que la obtención de utilidades es el único propósito de la sociedad capitalista y de los capitalistas individualmente considerados.

Por supuesto que la pérdida a que se hace referencia en el párrafo anterior podrá evitarse si es posible elevar los precios; mas esto no siempre es posible a causa de la competencia de empresas similares, tal vez mejor organizadas. Claro que no se ignora que estos fenómenos suelen ser extremadamente complejos.

De manera que hablar de la armonía entre el capital y el trabajo es hablar de algo ilusorio. No puede haber armonía, es imposible que la haya. El antagonismo es irreductible y no depende de la voluntad de los hombres, depende de hechos objetivos, reales, implacables. Los gobiernos de todos los países se han visto obligados en los últimos tiempos a intervenir en los conflictos entre el capital y el trabajo. En numerosos casos lo hacen en provecho de la clase burguesa. ¿Por qué? Porque los gobiernos en el sistema capitalista representan los intereses de la burguesía, son gobiernos al servicio de una clase, son la burguesía misma; y cuando se da el caso raro de gobiernos progresistas que procuran ayudar a los trabajadores, no pueden ir demasiado lejos, no pueden sino disminuir un poco, un poco nada más, la tajada capitalista, para dividirla en gran número de pequeñas tajadas en provecho

de los trabajadores. No pueden ir más allá porque significaría ir en contra de la organización económica, política y jurídica que les dio vida, que les da vida, que los sostiene, en una palabra, ir en contra de ellos mismos. Para destruir los antagonismos existentes en la sociedad capitalista, el único camino es destruir esa sociedad, porque tales antagonismos son resultado y esencia de la propia sociedad.

El maquinismo es una de las características de la industria moderna. Las máquinas reducen generalmente los costos de producción, pero para reducirlos se necesita que la producción se realice en gran escala; si no, funcionaría la ley del rendimiento no proporcional. De aquí que la empresa capitalista moderna que usa máquinas, al tener que producir en gran escala, tiene que invertir sumas enormes de capital; y necesita también, y esto es otra de sus características, dividir el trabajo, especializándolo hasta límites inconcebibles, porque por medio de la especialización logra que se desperdicie menos material, que se produzca mayor número de unidades por hora y por hombre. Y así ocurre que, por ejemplo, en la gran industria moderna del calzado, un par de zapatos es producido por noventa distintos individuos; y en la industria de las confecciones suelen intervenir, para hacer un saco de hombre, un poco más de 100 trabajadores. Por lo tanto, la industria moderna necesita dividir el trabajo, necesita máquinas, necesita grandes inversiones y amplios mercados.

Las máquinas herramienta, los cerebros electrónicos, los experimentos cibernéticos, nos están indicando que nos hallamos en el umbral de una gran revolución tecnológica, que influirá poderosamente en la organización social del próximo futuro.

La industria moderna, las grandes unidades económicas capitalistas con inversiones cuantiosas, necesitan aumentar sus ventas, porque aumentándolas aumentan en proporción mayor sus ganancias. Esto se debe a que tienen gastos fijos y gastos variables, y que los gastos fijos crecen lentamente. En un pequeño taller no maquinizado, en donde, por ejemplo trabajan diez obreros, hay una pequeña inversión de capital fijo y hay proporcionalmente una inversión mayor de capital circulante. Si produce como cien y no puede vender sino como noventa, simplemente se reduce el número de trabajadores manuales y no hay pérdida de consideración; si produce como cien y la demanda del mercado llega a 150, llegará a producir 150 simplemente aumentando el número de trabajadores o la jornada de trabajo, aumentándose las utilidades en proporción un poco mayor. Pero en la industria maquinista moderna no es lo mismo; el caso es diferente, pues si se produce como cien y se

vende como ochenta, como hay una fuerte inversión de capital en máquinas, la reducción de las ventas reduce más todavía las ganancias; y si en lugar de cien se produce como 150, entonces las utilidades, si es que se vende como 150 también, crecen más rápidamente, porque el capital invertido en las máquinas al producir mayor número de unidades reduce el costo por unidad.

Vamos a poner un ejemplo, porque esto es fundamental para entender la asombrosa expansión de la economía capitalista. Pensemos en el costo de una máquina, y pensemos que pueda haber cien máquinas en una fábrica; pensemos que el costo de una máquina haya sido de diez mil pesos; si la máquina tiene una duración de diez años, el capital debe amortizarse en diez años, a razón de mil pesos al año; pero si el capitalista no hubiera invertido en la máquina esa suma, sino hubiera colocado sus diez mil pesos en préstamos hipotecarios, al seis por ciento anual, en ese caso obtendría una utilidad de seiscientos pesos al año. Entonces la máquina tiene que producirle, además de los mil pesos para amortizarse, seiscientos pesos, que es el interés del capital invertido. La máquina, por otra parte, necesita estar asegurada, el seguro de la máquina le costaría al capitalista diez pesos; la máquina paga impuestos; pensemos que pagaría diez pesos de impuestos; entonces la máquina necesita producir \$1,620.00 al año. Si está parada durante un año el capitalista pierde \$1,620.00; si trabaja dentro de determinadas condiciones y produce mil unidades de una mercancía dada, estas unidades tendrán un costo por el indicado concepto de \$1.62. Ahora bien, vamos a suponer que esta producción se ha obtenido trabajando la máquina cuatro horas diarias; si la máquina trabaja ocho horas diarias, no se aumenta la cantidad destinada a amortización, ni el interés del capital, ni los impuestos, ni el seguro; es decir, no se aumentan los gastos fijos; y al producirse dos mil unidades, en lugar de cargar en los costos \$1.62 por unidad, habría que cargar \$0.81, aumentándose así las ganancias de la empresa. Esta es una de las causas principales por las que la industria capitalista necesita crecer, necesita mercados nuevos cada día. Repitamos: la sociedad capitalista necesita crecer; pues de lo contrario la decadencia sería inevitable con el tiempo.

La revolución tecnológica a que arriba se hizo mención, influirá poderosa y radicalmente en la organización social del próximo futuro. Un taller de tejidos de algodón en el que trabajaban 125 obreros, debido a la sustitución de maquinaria antigua por moderna, el taller de nuestro ejemplo está siendo manejado tan sólo por dos ingenieros. Si este proceso continuara generalizándose poco a poco, las consecuencias serían de trascendencia difícil de

prever. Y si a todo lo anterior se agrega la utilización de las nuevas fuentes de energía derivadas de la fisión del núcleo del uranio 235 o de la fusión de los átomos de hidrógeno, puede afirmarse que si la humanidad no se suicida con las poderosas armas destructivas de que dispone, vivirá dentro de 100 años o tal vez antes, en un mundo distinto, muy distinto al actual.

EN VISPERAS DE LA SEGUNDA GUERRA MUNDIAL

LAS grandes unidades económicas son sociedades por acciones. El capitalista o un grupo de capitalistas adquiriendo el 30 o el 40% de las acciones de una empresa logra controlar la dirección; porque como las acciones son adquiridas por un gran número de personas dispersas, no tienen interés en participar, ni pueden participar en la dirección de las empresas. Son estos pequeños accionistas gentes que muchas veces viven en ciudades distintas de donde está la matriz y se conforman —y esto es lo único que les importa— con recibir dividendos por el capital invertido. Por este medio de las sociedades por acciones, de la venta de acciones, los capitalistas organizadores de una empresa se apoderan de los medianos capitales, de los capitales pequeños, de los ahorros de la mediana y de la pequeña burguesía. Y así resulta que los directores de una negociación manejan un capital perteneciente a cientos o miles de personas.

Muchas veces manejan también no sólo a la empresa matriz sino a un gran número de empresas filiales, sin necesidad de aumentar sus aportaciones. Vamos a suponer que hay una unidad económica con un capital de diez millones de pesos; vamos a suponer también que dos, tres o cinco capitalistas a la vez organizadores, adquieren acciones por valor de cuatro millones, es decir del 40%; con este 40%, con estos cuatro millones manejan no sólo cuatro millones sino seis millones más, divididos en acciones de numerosos ahorradores; pero no es eso todo, vamos a suponer también que esta gran empresa, con un capital de 10 millones de pesos, tiene diez empresas filiales con un capital de un millón de pesos cada una. La empresa matriz coopera en la formación de estas empresas con 400,000 pesos en cada una de ellas hasta completar 4 millones; los 6 millones restantes de las diez relativamente pequeñas empresas subsidiarias, son suscritos por capitalistas medianos o pequeños, y como la dirección de la matriz a su vez domina la dirección de las filiales, el grupo de capitalistas de la empresa, dos, tres, cinco personajes, controla a su vez la dirección de las

empresas filiales, y de esta manera con una inversión de 8 millones de pesos manejan 20 millones. A todo lo anterior hay que añadir las enormes posibilidades de crédito que seguramente tendrían las empresas de nuestro ejemplo: 10, 15, 20 millones. De suerte que 2, 3, 5 personas podrían llegar a manejar con un capital de 8 millones, una suma de 40 millones, o sea con el 20% de la inversión. Nuestro ejemplo existe en cientos de casos en el mundo capitalista.

Hay numerosas grandes empresas en Estados Unidos, en Alemania, en Inglaterra y en Francia, particularmente en las tres primeras naciones, con un gran número de filiales, controladas por unos cuantos individuos cuya inversión total es apenas del 10 ó del 15%. Y como los directores de estas grandes empresas, los accionistas que las controlan, son clientes deseables, estimados en las instituciones de crédito, frecuentemente se les llama para formar parte de los Consejos de Administración de esas instituciones de crédito, lo que les da la posibilidad de intervenir en un gran número de negocios al mismo tiempo que de obtener ventajas para los negocios que ellos directamente manejan. Y así tenemos que unos cuantos individuos, con un capital no siempre importante en relación con el total que manejan, influyen de manera decisiva en la economía de grandes unidades económicas.

Insistamos en ello. Unas cuantas personas en comparación con la población del mundo, imprimen dirección a la política económica de un país o del mundo capitalista entero; unas cuantas personas o en las manos de unas cuantas personas está la suerte de medianos o pequeños capitalistas que emplean sus ahorros en las empresas; en sus manos está también la suerte de millares de trabajadores; en sus manos está, hasta cierto punto, la suerte de una parte significativa del mundo contemporáneo.

De un número relativamente pequeño de individuos depende no sólo la dirección económica del mundo, sino depende también la dirección política y aspectos importantes de la vida social; ellos en países como los Estados Unidos por ejemplo, fundan universidades, dan subsidios cuantiosos a éstas, son en ocasiones dueños de las grandes revistas, de los grandes periódicos, de las emisoras de radio, e influyen así en la opinión pública, en el pensamiento de los pueblos.

Como hemos dicho repetidas veces, las grandes unidades económicas necesitan ampliar sus mercados. Casi siempre hay un momento en que el mercado interior resulta insuficiente para las ambiciones de los grandes trusts; entonces precisa ampliar el mercado, precisa ir del mercado interior a los mercados exteriores. Y

como hay varios países capitalistas altamente desarrollados, con grandes unidades económicas de la misma rama, se entabla la competencia, la lucha, la guerra económica.

Es obvio que no hay lucha económica entre los países de la periferia, subdesarrollados, de economía colonial o semicolonial, sencillamente porque entre ellos no hay competencia internacional; pero sí hay lucha económica entre naciones con industrias ampliamente desarrolladas; sí hay lucha entre los grandes trusts norteamericanos, alemanes, ingleses, franceses o japoneses. La lucha de los grandes trusts fue extremadamente ruda a fines del siglo pasado y principios del actual; había entonces una gran agresividad y usaban los directores de los grandes trusts vocablos militares; hablaban de combates, de ofensivas, de retiradas, de armisticios. Más tarde se suavizaron los procedimientos y la actividad de lucha abierta y ruda fue sustituida por actitudes diplomáticas e hipócritas.

Algunas veces el trust de un país determinado se impone en los otros países y vence a otro trust extranjero; lo vence porque sus productos son más baratos y los prefiere el público; porque sus productos son mejores, porque tienen una más eficiente organización, o porque adquieren la mayoría de las acciones o el número suficiente de acciones para controlar el trust enemigo, neutralizándolo. Casos de estos trusts que han dominado en muchas naciones son, por ejemplo, la Standard Oil Co. de New Jersey que tiene el dominio del mercado de la gasolina en numerosos países. La Standard Oil Co. fundó allá por el año de 1880 agencias distribuidoras en Francia, en Inglaterra, en Dinamarca y otros países; fundó empresas con nombres distintos, como por ejemplo la Pacific Petroleum Co. para Sudamérica, en 1887; la German American Petroleum en 1890. En 1891 la Standard Oil entra al mercado italiano. En un período de furiosa competencia en 1895 entre los productores de petróleo ruso y la Standard Oil Co., se produjo el primer kartel, la primera unión de grandes unidades económicas petroleras; en 1905 se incluyeron en este kartel la Royal Dutch Shell y otros trusts. Para luchar en contra de la Standard Oil Co. se unieron en 1906 varias firmas europeas bajo el nombre de Unión Petrolera Europea; la lucha duró poco, un reparto del mundo posterior a la guerra, entre la Royal y la Standard, dejó a esta última el monopolio de la gasolina en la mayor parte de las naciones de Europa. Todos los arreglos entre dichos grupos son absolutamente privados y sólo se conocen por sus resultados.

La Standard Oil —debemos hacerlo notar— es una de las mayores combinaciones mundiales. Desde 1912 se dividió, aparente-

mente, en numerosas compañías cuyo capital en conjunto llega a cuatro mil millones de dólares. La sola Standard de New Jersey tiene un capital de cerca de dos mil millones de dólares; hay más de cien compañías que pertenecen a la Standard Oil, muchas de ellas domiciliadas fuera de los Estados Unidos.

Otros ejemplos de trusts que se han impuesto en el mundo, que no han necesitado en muchos casos de entrar en arreglos con otros trusts y formar kartels son, por ejemplo, el trust sueco de los fósforos. Es un trust internacional que vende fósforos en un gran número de países. En algunas partes ha logrado tener el monopolio concedido por los gobiernos a cambio de empréstitos; y como a menudo los gobiernos están en apuros y el trust les ofrece préstamos cuantiosos a cuenta de impuestos, los gobiernos no resisten y conceden el monopolio en la producción y ventas. Como ejemplos de esto pueden citarse los casos del Perú, Portugal, Grecia, Polonia y Ecuador. El trust sueco fundó en México la fábrica de fósforos "La Imperial", que es la que dispone de maquinaria más moderna. El trust sueco fabrica también las máquinas para producir fósforos.

Otro trust internacional que cada vez domina mayor número de países es la British America Tobacco; tiene empresas en los Estados Unidos, en varios países de Europa, en el Japón, en México; la Compañía de Cigarros "El Aguila" controla en México algo más del setenta por ciento de la producción de cigarrillos, habiendo estado a punto de hacer quebrar a las viejas empresas cigarreras como "El Buen Tono" y "La Tabacalera Mexicana", y haciendo quebrar a numerosas pequeñas fábricas de cigarros establecidas en los Estados.

Por último puede también citarse como ejemplo de trust internacional, la International Telephone and Telegraph Co. que con nombres distintos domina en casi todo el mundo. En México se llamaba Compañía Telefónica y Telegráfica Mexicana, pero pertenecía al gran trust telefónico mundial. La Ford, que tiene competidores fuertes como la General Motors, dominaba gran número de fábricas de automóviles en Europa con nombres distintos, de las que adquirió una parte de acciones; y con la finalidad de ampliar sus mercados y obtener concesiones para sus plantas, también ofrece préstamos para construir nuevas carreteras, etc.

En otros casos, cuando hay unidades económicas muy poderosas en un mismo ramo y en varios países, entonces se efectúan arreglos internacionales, entonces se organizan kartels. Es conveniente distinguir claramente la diferencia entre el trust y el kartel: el trust es una gran unidad económica bajo una misma dirección,

ya sea vertical u horizontal; los kartels son arreglos secretos que se efectúan entre varios trusts, ya sea de un mismo país en cuyo caso se trata de kartels nacionales, o ya sea entre varios países, en cuyo caso se trata de kartels internacionales. ¿Para qué celebran esos arreglos? Celebran arreglos para fijar precios, para distribuirse los mercados, para intercambiarse las patentes, los inventos nuevos tendientes a mejorar su producción y abaratarla.

Decíamos que cuando hay unidades económicas muy poderosas, o trusts muy poderosos en distintos países que producen un mismo artículo y que saben que no pueden destruirse, entonces se organizan los kartels internacionales; se pueden citar casos como la fabricación de rieles, la producción de coque, en que ha sido preciso celebrar arreglos de tal índole. En 1913, en vísperas de la guerra, había 114 kartels internacionales. Estos 114 kartels estaban divididos en cuanto a la producción en la forma siguiente: 26 pertenecían al carbón, hierro, acero y otros metales; 19 a industrias químicas y similares; 18 a transportes, principalmente marítimos; 15 a textiles; 8 a porcelana y loza; 7 a pulpa y papel; 5 a electricidad y 16 a otros. Se ve cómo la competencia antes de la guerra obligó a las grandes unidades económicas a celebrar arreglos. El primer kartel internacional fue el kartel para la producción de rieles de ferrocarril. Fue fundado en 1883. Este kartel repartió las exportaciones del producto de la manera siguiente: 66% para Inglaterra; 27% para Alemania, 7% para Bélgica. En 1904 se unió Francia que obtuvo el 6.4% a costa de Inglaterra. En 1912 el reparto de la exportación era como sigue: Inglaterra 33.63%; Estados Unidos, que había ingresado y que después se separó, 23.13%; Alemania 23.3%; Bélgica 11.11%; Francia 9%. Este gran trust lo deshizo la guerra, pero volvió a organizarse en el año de 1926, con excepción de los norteamericanos, quienes se negaron a participar de nuevo en dicho kartel.

También hay que mencionar el kartel europeo del coque. Este kartel se organizó por medio de convenios en el año de 1936. Se fundó para terminar la competencia ruinosa en los mercados escandinavos, fijándose los precios y cuotas de exportación. A Alemania le correspondió el 53.30%; a Gran Bretaña el 20%; a Holanda el 17%; a Bélgica el 7%, y a Polonia el 2.70%.

Es muy importante, aun cuando parezca redundante, insistir en aclarar la diferencia entre los grandes trusts y los grandes kartels, porque muchos acontecimientos de una enorme trascendencia para todos los habitantes del mundo, tienen su origen en problemas suscitados por estas poderosas concentraciones económicas. Muchas veces dificultades entre kartels, o dificultades en un kartel

internacional explican ciertos actos políticos de carácter nacional o internacional de las grandes potencias de Europa, de Asia o de América. Y hay que conocer las palancas ocultas que mueven a estas compañías, para no dejarse engañar por las palabras con que los gobernantes suelen disfrazar la verdad, con que tratan de justificar actos a veces inconvenientes desde el punto de vista social, moral y de los grandes intereses humanos. Por eso en este trabajo es útil dar cifras y datos para tener cabal idea de cómo funciona la sociedad económica en el orbe capitalista.

Continuemos con los datos relativos a algunos kartels. Hay que mencionar el kartel de piezas de esmalte. Se formó en 1890 entre Alemania y Austria y se extendió a Bélgica en 1903. En 1906 fue ya un kartel europeo incluyendo 45 fábricas en ocho países. Hay que citar también el kartel de fabricantes de barras, tubos y alambres de acero, el cual comprendió a Inglaterra, Alemania, Bélgica y Austria. En 1905 hubo un entendimiento con los fabricantes norteamericanos; Alemania abandonó a éstos los mercados de Estados Unidos, Canadá y México. El kartel del vidrio se formó en 1903 entre franceses y belgas. Su primer paso fue un acuerdo para limitar la producción; controlaba el 75% de las fábricas. El kartel de las botellas se fundó en 1907 y comprende ocho países. En la industria química los kartels son numerosos. En 1899 se creó el Borax Consolidated entre Europa y Norteamérica, controlando la casi total producción mundial. El kartel de acetatos dominaba en ocho países. El primer kartel internacional de anilinas fue organizado en 1901 y dobló los precios en 1907. En 1887 se formó el kartel de relojeros franco-suizos.

La concentración en gran escala de la industria eléctrica comenzó en 1880. Por entonces se iniciaron las relaciones entre la General Electric y la A.E.G. (Sociedad General de Electricidad) de Alemania. En 1901, como resultado de un arreglo, la General Electric se reservó Estados Unidos y Canadá, y la A.E.G. los países europeos: Inglaterra, Francia, Italia y España; la A.E.G. competía dentro de Alemania con los otros grupos, como por ejemplo con Siemens. Después de la guerra se celebró otro arreglo entre las citadas unidades económicas y la General Electric compró acciones de la A.E.G. por 25 millones de marcos; en 1924 se pusieron de acuerdo para pasarse sus patentes y experimentos. La General Electric, empresa inmensamente poderosa de los Estados Unidos, adquirió así importante participación e influencia en la A.E.G. de Alemania.

Los grandes trusts, los kartels nacionales e internacionales tienen ventajas para los grandes accionistas que los dirigen y controlan,

pero tienen grandes desventajas para la mayoría de los miembros de la sociedad. Forman estas grandes combinaciones económicas verdaderos gigantes industriales que suelen influir en los destinos de una o varias naciones sin tener responsabilidad directa porque actúan entre bambalinas, ocultamente. Además, estas grandes combinaciones por su inmenso poder, por su misma influencia política, explotan, oprimen a la clase proletaria. También oprimen a los pequeños países, aprovechándose de la debilidad o venalidad de sus gobernantes y explotan el trabajo de los pueblos subdesarrollados. Se piensa al hablar de esto, en la United Fruit en Centroamérica y en las compañías petroleras que operaban en México. Las tales combinaciones financieras no sólo perjudican al trabajador, sino que perjudican a todo el grupo social, entre otras razones porque en cuanto dominan un mercado elevan los precios lo más alto que pueden para obtener las más altas ganancias. Y si lo anterior no fuera bastante, hagamos notar que esas compañías imperialistas intervienen a menudo en la política de las pequeñas naciones a favor de la minoría privilegiada y en contra de los intereses populares. Los ejemplos a este respecto son bien conocidos y desgraciadamente muy numerosos.

Ahora bien, hagamos notar que los trusts internacionales son menos estables que los trusts nacionales, porque el desarrollo de una unidad económica en un país no se realiza con la misma velocidad que en otro, por las condiciones de los mercados, porque la producción y la productividad están variando constantemente y con ritmo distinto, entre las diferentes naciones. De manera que las bases que sirvieron para un arreglo internacional determinado se modifican frecuentemente después de cierto tiempo. En ocasiones los arreglos son imposibles y comienza la lucha entre los trusts. Suele acontecer que la lucha no se soluciona por ellos mismos. Entonces intervienen los gobiernos y se desata la guerra. La guerra de los Balcanes, la guerra europea (1914-1918), fueron originadas en parte por la lucha entre los grandes intereses económicos de las grandes potencias.

PASEMOS ahora a ocuparnos de la concentración bancaria. En Grecia y en Roma existieron banqueros o cambistas que realizaban varias clases de operaciones tales como cambio de monedas, expedición de cartas de crédito, aceptación de depósitos y otorgamiento de créditos. Desde principios del siglo xv se fundaron bancos en Génova y Venecia y siglos más tarde en Holanda, Inglaterra y Francia. A medida que el capitalismo se desarrolla, se desarrollan

también las instituciones de crédito y van ampliando sus operaciones. El crédito adquiere cada vez mayor importancia, cada vez influye más en la vida económica; un gran número del intercambio entre los países capitalistas, tanto interna como internacionalmente, no se realiza al contado sino más bien a crédito.

Slichter, en su obra titulada "Modern Economic Society", escribe refiriéndose a los Estados Unidos de América lo que sigue:

"En la sociedad económica moderna son más las mercancías que se cambian por medio de promesas de pago que al riguroso contado, y hasta en los casos en que el comprador paga inmediatamente, muchas veces resulta que paga con dinero prestado. Algo más de las cuatro quintas partes de los negocios en los Estados Unidos se hacen con cheques y no con dinero, y las cuentas en cheques principalmente, se hallan abiertas con dinero prestado por los bancos."

Durante una buena parte del siglo XIX los bancos son meros intermediarios, en el sentido de que reciben el dinero de los pequeños, medianos y grandes ahorradores, que en un momento dado no tienen en qué invertirlo, para prestarlo a los empresarios o promotores de empresas; mas a medida que la economía capitalista se desenvuelve, los bancos ya no intervienen tan sólo como puente entre la gente que tiene dinero y no tiene iniciativa y la que tiene iniciativa y no tiene dinero o tiene poco para realizar sus proyectos; sino además directamente para influir en forma decisiva en la marcha del comercio y de la industria.

Lenin, en su libro sobre el imperialismo escribe: "A medida que van desarrollándose los bancos y que va acentuándose su concentración en un número reducido de establecimientos, de simples intermediarios que eran antes, se convierten en monopolistas omnipotentes que disponen de casi todo el capital monetario de todos los capitalistas y pequeños patronos, así como la mayor parte de medios de producción y de las fuentes de materias primas en su país y en una serie de otros. Esta transformación de los numerosos y modestos intermediarios en un puñado de monopolistas, constituye uno de los procesos fundamentales de la transformación del capitalismo en imperialismo capitalista, y por eso debemos preferentemente detenernos en esta cuestión de la concentración de los bancos."

Segal, en sus "Principios de Economía Política", refiriéndose a la concentración bancaria en Alemania e Inglaterra, nos dice lo siguiente: "Paralelamente a la concentración y a la centralización del capital en la industria, se produce una centralización y una concentración en los bancos. Por una parte, la concurrencia existe tam-

bién en el dominio del crédito que conduce a la concentración; por la otra, el crecimiento de la concentración industrial provoca el crecimiento de la concentración de los bancos que, como ya lo hemos visto, desempeñan el papel de intermediarios que reparten los capitales temporalmente disponibles entre los capitalistas de la industria y del comercio.

“Los datos siguientes —continúa Segal— muestran el grado alcanzado por la concentración de bancos a principios del siglo xx, es decir, durante la época en que el capitalismo se transformó definitivamente en imperialismo. En 1912 había en Alemania 172 bancos, cuyo capital pasaba de un millón de marcos. De este número, nueve grandes bancos de Berlín, es decir, el 5.2% del número total (sin contar los pequeños con capital inferior a un millón de marcos), concentraban el 49% de todos los depósitos. En 1929 el número de los grandes bancos de Berlín era cinco y concentraban el 67.5% de todos los depósitos. En Inglaterra el número de bancos bajó de 104 en 1890 a 43 en 1913, y el total de sus disponibilidades aumentó, durante ese mismo lapso, de 464 millones de libras esterlinas a 965 millones. Cinco de los mayores bancos de Londres (que son llamados *The big five*) concentraban en 1900 el 27% de todos los depósitos bancarios del país, en 1913, el 39.7 y en 1924 el 72.4. En todos los demás países imperialistas observamos una concentración semejante de los bancos.”

El capital de los cinco grandes bancos alemanes en 1937 era de 730 millones de marcos; la política de estos cinco grandes bancos dependía de la política oficial, de la política nazi. En 1933-34 se ocuparon estas instituciones de crédito en financiar las obras del gobierno para dar trabajo a los sin empleo. En 1935, o mejor dicho, a partir de 1935, estas instituciones de crédito se ocuparon de financiar la construcción de aparatos y de toda clase de maquinaria de guerra. Estaban íntimamente vinculados a la política de Hitler. Los bancos dependían, en cierto modo del Estado alemán, pero al mismo tiempo el Estado alemán dependía en cierto modo de los bancos, y no sólo de los bancos sino también de las grandes unidades económicas alemanas a las que servía, por las que luchaba, para las que trataba de ampliar territorios, de encontrar nuevos mercados, de encontrar materias primas, particularmente minerales, de que Alemania carecía. Es posible, y usamos este vocablo con prudencia, que una de las explicaciones de la guerra en España (1936-1939), sea de índole económica. Quizás, si ahondásemos en el problema, encontraríamos que las potencias fascistas carentes de cobre y hierro, vieron la posibilidad de obtenerlos de España.

No fue una cosa meramente romántica la ayuda fascista a los

rebeldes de España; ni siquiera un simple deseo de destruir el comunismo porque Alemania e Italia sabían perfectamente que el Gobierno del Frente Popular no era, propiamente hablando, comunista; lo que importaba era obtener concesiones de carácter económico, particularmente materias primas para el caso de una nueva guerra internacional que parecía inevitable.

El Banco de Inglaterra en el año de 1912 tenía un capital de 17'790,000 libras; en 1934 tenía un capital de 17'990,000 libras, solamente 200,000 libras de aumento de capital. El mismo banco tenía en el año de 1912 depósitos por valor de 51'900,000 libras, y en 1934 estos depósitos habían ascendido a 135'423,000 libras. Los billetes en circulación del Banco de Inglaterra eran en 1912 de 47'740,000 libras. Obsérvese que el Banco de Inglaterra, de igual manera que todos los demás bancos y particularmente los grandes bancos del mundo, con un capital relativamente pequeño, absorben depósitos que se elevan muchas veces por encima de esos capitales. Así por ejemplo, el Banco de Inglaterra con un capital de muy cerca de 18'000,000 de libras esterlinas, tenía depósitos por 135'000,000 y emitía billetes por valor de 452 millones. El Banco de Inglaterra se apodera de sumas enormes de los particulares, de los ahorros de los capitalistas, de los dineros de los burgueses grandes y pequeños, capitales que maneja, que dirige, que invierte, de acuerdo con los intereses de la Institución y con los grandes intereses económicos que representan unos cuantos directores del propio Banco. Véase pues —insistimos en ello—, cómo unos cuantos individuos por medio de la organización bancaria se adueñan de buena parte del dinero disponible y lo manejan a su arbitrio, de acuerdo con los grandes intereses de la sociedad capitalista.

El Banco de Francia tenía en 1912 un capital de 182'500,000 francos; en 1935 su capital no había variado. En 1912 tenía depósitos por valor de 849'600,000 francos; en 1935 sus depósitos eran de 15'264.076,000 francos. Los billetes en circulación eran en 1912 de 5'225,700 francos y en 1935 de 82'561,400. Y el Banco de Francia está en poder desde hace mucho tiempo de doscientas familias en su inmensa mayoría francesas.

Pasemos ahora al Japón que en pocos lustros se ha hecho una potencia imperialista de enorme influencia en el mundo, particularmente en Asia. El Banco del Japón en el año de 1912 tenía un capital de 37'500,000 yens; en 1935 este capital había aumentado en forma tal que llegó a 497'941,000 yens; es decir, en un período de algo más de veinte años aumentó el capital más de doce veces. Los depósitos del mismo Banco del Japón en 1912 eran de 133'000,000 de yens en números redondos; en 1935 de 558'000,000.

Los billetes en circulación en 1912 ascendían a 180'000,000 y en 1935 a 1'225.000,000. Las reservas en oro eran en 1920 de 206,000,000 y en 1935 de 1'178.000,000.

En 1912 había en el Japón 1,616 bancos privados; en 1925 se reducen a 513. Véase el fenómeno de la concentración bancaria en un país nuevo desde el punto de vista capitalista como Japón. Es que la ley de la concentración funciona en todas partes. El capital de los 1,616 bancos privados en 1912 era de 327'000,000 de yens, y en 1935 el capital de los 513 bancos de 1'599.000,000. Los depósitos en 1912 eran de 1,239 millones y en 1935 de 11,946 millones

Sería interesante establecer un paralelo entre el crecimiento económico de las grandes potencias capitalistas, y el crecimiento económico de los pequeños países o de los grandes países en cuanto a su extensión geográfica, pero pequeños en el sentido de su desarrollo económico: países de economía colonial o semicolonial; y el contraste es indudable que sería impresionante. Mientras que los países de economía colonial o semicolonial víctimas del imperialismo no pueden desarrollarse o se desarrollan muy lentamente, la celeridad del desarrollo de los países capitalistas es extraordinaria, entre otras razones porque ese inmenso desarrollo depende del lento desarrollo o del estancamiento de los países coloniales o semicoloniales explotados por las grandes naciones imperialistas. Depende de que las utilidades provenientes de las industrias, de la explotación de materias primas en los países atrasados, explotación que realizan las compañías de los grandes países va a aumentar en una enorme proporción la potencia económica de las grandes naciones. De manera que las naciones atrasadas, las naciones en que el pueblo vive miserablemente, las naciones pobres, con su pobreza, con su miseria o a costa de su miseria o de su pobreza, contribuyen al enriquecimiento de las grandes naciones, es decir, las víctimas están enriqueciendo cada día más a sus victimarios; las víctimas están haciendo cada vez más poderosos a sus verdugos. Contradicciones absurdas del mundo en que vivimos.

En los Estados Unidos en el año de 1912 había 17,094 instituciones de crédito; en 1936 había 15,803. Se observa aún en un país como los Estados Unidos, tan fuertemente individualista, con numerosas facilidades legislativas para el libre desarrollo de la iniciativa individual; se observa también claramente en el ramo bancario la concentración. En el mismo año de 1912 había 7,397 bancos nacionales; en 1937 había 5,875. Los bancos de la Reserva Federal en 1936 tenían existencias monetarias por valor de 10,155 millones; sus certificados oro tenían un valor de 7,661 millones; las

monedas circulantes se elevaban a 5,763 millones; los depósitos eran de 6,630 millones.

Ahora vamos a ver cuál es la situación de tres grandes bancos norteamericanos que han participado en la historia del imperialismo: "The National City Bank of New York" tenía en el mes de junio de 1936 un efectivo de 482 millones de dólares; el capital preferente de este Banco era de 50 millones de dólares; y el capital común de 77'000,000; pero tenía depósitos por valor de 1,730 millones. Es decir, con un capital de 127 millones tenía depósitos por 1,730 millones. No olvidemos que "The National City Bank of New York" tiene una larga y negra historia en ciertos países de nuestra América.

"The Bankers Trust Co. of New York", de acuerdo con datos de su balance de 30 de junio de 1936, tenía un efectivo de 153 millones; un capital de 25 millones y depósitos por 947 millones. Pero el "Chase National Bank", más poderoso que las dos instituciones de crédito antes mencionadas, tenía, de conformidad con su balance de 1936, un efectivo de 793 millones de dólares, un capital de 50 millones y depósitos por valor de 2,059 millones.

Estas instituciones de crédito, claro está, tienen dinero bastante para costear aventuras guerreras en los países coloniales o semicoloniales de América; tienen dinero bastante y no necesitan mucho en verdad para comprar el "patriotismo" de ciertos "patriotas" latinoamericanos.

Basta haber examinado las cifras anteriores para darnos cuenta de la enorme influencia que en la economía del mundo capitalista tienen los grandes bancos; influyen en las industrias y en el comercio porque hacen préstamos a los comerciantes y a los industriales; a veces la vida de una, y no de una sino de decenas de industrias, está en manos de una gran institución de crédito; los banqueros forman parte de los Consejos de Administración de las grandes industrias y recíprocamente algunos de los magnates de la industria forman parte de los Consejos de Administración de los bancos. Hay en esta etapa imperialista que estamos viviendo, una especie, como dice Bujarin, de ensambladura del capitalismo bancario, comercial e industrial.

Sobre la materia de que venimos tratando es conveniente leer varios párrafos de la obra de Lenin antes citada. Dice Lenin:

"Es evidente que un banco que se halla al frente de un grupo tal y que se ha puesto de acuerdo con media docena de otros, casi iguales en importancia a él, para grandes y lucrativas operaciones financieras, tales como por ejemplo los empréstitos de Estado, ha superado ya el papel de 'intermediario' y se ha convertido en la alianza de un puñado de monopolistas."

En otro lugar agrega:

"Al llevar una cuenta corriente para varios capitalistas, el banco, al parecer, realiza una operación puramente técnica, auxiliar. Pero cuando esta operación crece en proporciones gigantescas, resulta que a un puñado de monopolistas se subordinan las operaciones comerciales e industriales de toda la sociedad capitalista, obteniendo la posibilidad —por medio de las relaciones de los bancos, de las cuentas corrientes y otras operaciones financieras— primero de enterarse con exactitud del estado de los negocios de cada capitalista y después de controlarlos, de ejercer una influencia sobre los mismos, mediante la ampliación o la restricción del crédito, facilitando o dificultando el mismo y, finalmente, determinar enteramente su destino, determinar su rentabilidad, privarles de capital o darles la posibilidad de acrecentarlo rápidamente y en proporciones inmensas, etc.

"... Los grandes monopolios capitalistas van desarrollándose pues a toda máquina, siguiendo todos los caminos 'naturales' y 'sobrenaturales'. Se establece una determinada división sistemática del trabajo entre algunos centenares de reyes financieros de la sociedad capitalista contemporánea. Así como las grandes empresas industriales, las grandes agencias de comercio necesitan exportar mercancías para aumentar su ventas y sus rendimientos, así también las grandes unidades bancarias necesitan exportar capitales. Esta es una de las características esenciales del capitalismo financiero, del fenómeno imperialista. Desde hace siglos se exportan mercancías de un país a otro, pero la exportación de capitales en gran escala es un fenómeno reciente, producto del inmenso desarrollo económico de las grandes metrópolis del capitalismo."

LA importación y exportación de mercancías se ha realizado entre unos países y otros desde hace muchos siglos; pero en nuestra época el comercio internacional alcanza grados de desarrollo no sospechados en las centurias anteriores. Por otra parte, la exportación de capitales ya se registra desde que empieza la edad moderna; pero adquiere importancia suma desde fines del siglo XIX. El viejo capitalismo se caracteriza por la importación y exportación de mercancías y el nuevo capitalismo por la importación y exportación de mercancías y por la exportación e importación de capitales.

Como se ha dicho ya en repetidas ocasiones, los grandes países necesitan materias primas para desarrollar sus industrias, y necesitan mercados para vender sus artículos manufacturados; y las materias primas las buscan en los países de economía atrasada

porque en ellos las materias primas son más baratas, porque la mano de obra es más barata; y aun cuando un país capitalista, intensamente capitalizado tenga potencialmente capacidad para producir materias primas, a medida que avanza en su progreso industrial va reduciendo la producción de materias primas, substituyéndola por la producción de artículos industriales; y las materias primas las llevan de los lugares en los que el costo de producción es más bajo de como pudieran obtenerlas en su propio suelo. Además, el artículo manufacturado, como contiene más plusvalía, produce mayor rendimiento, produce mayores utilidades.

Vamos a dar, a fin de que se vea con toda precisión el fenómeno del desarrollo de los países capitalistas, una serie de cifras relativas al comercio exterior de esos países. En Alemania en el año de 1896 la importación de mercancías fue por valor de 4,558 millones de marcos; en 1913 se eleva en cifras redondas a 11,000 millones; y, en 1934, desciende a 4,771 millones. Este descenso es consecuencia de las condiciones en que quedó Alemania después de la guerra. Las materias primas que Alemania importaba representaban el 35% sobre el total de lo importado en 1896, el 57% en 1913 y el 60% en 1934. Lo que quiere decir que Alemania cada vez ha aumentado en sus importaciones el por ciento de materias primas necesarias para su desarrollo industrial.

Un país en el que la exportación de materias primas va disminuyendo y aumentando la de artículos manufacturados, es un país que se está industrializando, es un país que va hacia un capitalismo avanzado.

Volviendo a Alemania, nos referiremos a las exportaciones; éstas fueron en 1896 de 3,753 millones de marcos; en 1913 de 10,930 millones y en 1934 de 4,666 millones. Los artículos manufacturados que Alemania exportaba en el año de 1896 representaban el 63%, en 1913 el 62%, ligeramente menos, y en 1934 el 70%. Probablemente es Alemania el país en el que sus exportaciones de artículos manufacturados representaban un más alto porcentaje sobre el total. Nótese también —de paso— que en Alemania las importaciones exceden a las exportaciones.

Pasemos a Francia: en 1896 las importaciones francesas, en francos, fueron de 3,799 millones; en 1912 de 6,630 millones; y en 1934 de 23,000 millones. Es decir, en Francia se advierte una curva ascendente en sus importaciones, particularmente después de la guerra. Las materias primas representaron el 57% sobre el total en 1896, el 58% en 1912 y el 49% en 1934. Se puede ver que Francia era un país menos industrializado que Alemania. Las exportaciones en 1896 fueron de 3,401 millones de francos; en 1912

de 5,300 millones; y en 1934 de 17,822 millones. Las manufacturas representaron en 1896 el 56% en relación con el total de lo exportado; en 1912 el 58% y en 1934 el 56%. En 1934 el volumen total del comercio francés estaba dividido en la forma siguiente: un 20% con sus colonias y un 80% con otros países. En Francia, lo mismo que en Alemania, se observa que sus importaciones son siempre mayores que sus exportaciones. Balanza comercial desfavorable.

Pasemos a la Gran Bretaña: en 1896 sus importaciones en libras esterlinas fueron de 441 millones; en 1912 de 744 millones y en 1934 de 732 millones. Las importaciones en 1934 fueron ligeramente menores que en 1912. Los principales artículos que importó Inglaterra son algodón, trigo, azúcar, lana, seda, té, carne, hule, petróleo, tabaco, madera, y en su mayoría materias primas. Las exportaciones inglesas en 1896 fueron de 240 millones de libras; en 1912 de 487 millones y en 1934 de 396 millones. Los principales artículos que exportó Inglaterra fueron: manufacturas de algodón, de lana y de lino, artículos de hierro y acero, maquinaria, productos químicos y carbón. Se puede observar que mientras Alemania disminuye considerablemente el volumen de su comercio exterior después de la guerra, Francia lo aumenta de manera considerable e Inglaterra también lo disminuye.¹ Y es que a Inglaterra le estaban haciendo formidable competencia los países industriales nuevos como los Estados Unidos y el Japón. Inglaterra que durante el siglo XIX ocupó el primer lugar como país industrial, ha dejado ya de ocupar ese primer lugar.

En 1934, en el volumen total del comercio de Inglaterra, el comercio con su colonias representaba cerca del 40%. Esto da idea de la enorme importancia que para la vida económica de la Gran Bretaña tienen sus colonias, ya que, por medio de una serie de disposiciones arancelarias, Inglaterra está colocada en situación privilegiada para su comercio colonial. Si Inglaterra no hubiera dictado estas disposiciones para mantener su comercio con los distintos países que forman parte del Imperio Británico, ya hubiera sido desplazada de sus propias colonias por otros países más adelantados industrialmente.

Debemos ocuparnos de los Estados Unidos: las importaciones en dólares de los Estados Unidos en el año de 1900 eran de 829 millones; en 1914 de 1,893 millones y en 1936 de 2,419 millones. Se advierte en Estados Unidos un ascenso en la época de la postguerra, en relación con la preguerra, ascenso que alcanza su grado más alto durante la cuarta década del presente siglo. En 1860

¹ No fue posible obtener datos fidedignos sobre importaciones y exportaciones de invisibles.

la importación de materias primas representaba en los Estados Unidos el 11%, y es que esta nación era genuinamente productora de materias primas en aquella época; en 1929 la importación de materias primas está representada en el volumen total de importaciones con un 35.2%. Se ve claramente cómo el país se ha ido industrializando rápidamente. Todavía los Estados Unidos producen enormes cantidades de materias primas. En cuanto a la exportación, en el año de 1900 representó en dólares 1,477 millones; en 1914, 2,364 millones, y en 1936, 2,453 millones. En 1860 las manufacturas representaban en las exportaciones el 11.3%; en 1929 el 47.5%. Se ve, en los países que estamos considerando, que el caso de los Estados Unidos en cuanto a su comercio exterior es distinto del de los demás; en los Estados Unidos las exportaciones exceden a las importaciones; tenían, pues, una balanza comercial favorable.

EL enriquecimiento de los Estados Unidos ha sido fantástico; podemos dar los datos siguientes, datos del señor M. N. Pick, Consejero del Presidente Roosevelt: los Estados Unidos, de 1896 a 1936 vendieron mercancías por valor de 121,250 millones de dólares y compraron mercancías por valor de 84,604 millones de dólares. Tuvieron en este período una balanza comercial favorable de 36,646 millones de dólares, menos las exportaciones invisibles de sus turistas, etc., calculada en 19,429 millones de dólares, restando a favor de los Estados Unidos 17,217 millones, más otros ingresos por fletes, dividendos, intereses, pago de deudas exteriores, etc., estimado en 26,461 millones, resultan 43,678 millones de dólares, menos servicios pagados por fletes, importaciones de oro, etc. calculados en 21,033 millones. En consecuencia, los Estados Unidos en el período de 1896 a 1936 han aumentado su capital en 22,645 millones de dólares. El excedente, este excedente de capital, esta enorme acumulación de capital de 22,000 millones de dólares, lograda en unos cuantos años, lógicamente, llegó un momento en que fue necesario reinvertir parte de ese capital en otros países. El excedente del capital se exporta a los países atrasados. ¿Por qué? ¿Es que no hay manera de invertir en el propio país esos excedentes de capital? ¿Es que esos 22,000 millones de dólares con que se enriquecieron de fuentes provenientes del exterior de 1896 a 1936 no pudieron ser utilizados para fecundar la economía del propio país? Indudablemente que sí; pero en muchos casos no les convenía hacerlo porque la inversión de capital es más lucrativa en los pueblos coloniales o semicoloniales. Pudieron haber invertido parte de esos excedentes en modernizar e industrializar su agricultura, industria atra-

sada en comparación con otras industrias, tales como las de transformación; mas como lo que el capitalista busca es la ganancia, la más alta ganancia y, por otra parte, es a menudo un hombre sin patria, claro que prefiere hacer inversiones en los países atrasados con la expectativa de recibir grandes beneficios que no obtendría en su propia nación.

Debemos hacer notar que casi nunca se ha aprovechado al máximo la fuerza productora de las grandes naciones industriales; en ocasiones se aprovecha el 80%, en momentos de crisis se aprovecha el 50 y a veces hasta menos del 50. Si se aprovechara totalmente la fuerza productora de las grandes naciones, la producción sería considerablemente mayor, pero el problema estaría en los mercados. ¿Para qué producir más si no hay mercados? Entonces se produce menos en comparación con la capacidad de producción. Se necesitaría que hubiera una organización económico-social diversa, en que no se produjese para el mercado sino para satisfacer las necesidades sociales. Entonces sí sería dable producir constantemente al máximo en cada nación.

La Comisión Nacional para Investigar la Capacidad Potencial Productora de los Estados Unidos, llegó a la conclusión de que si el país trabajara a su máxima capacidad, podría cada familia de cuatro individuos obtener un ingreso con el trabajo de uno de ellos, de 4,400 dólares al año; se elevaría enormemente el nivel de vida hasta hacerlo humano y decoroso para las grandes masas de la población, y desaparecerían los millones de sin trabajo que existen en la nación; pero esto no puede realizarse dentro de un régimen capitalista porque, hay que repetirlo, al capitalista no le importa elevar el nivel de vida de las masas, le importa elevar sus ingresos y eso es todo.

Las exportaciones de capital se hacen de dos maneras: haciendo préstamos ya sea a los gobiernos federales o locales, o a instituciones privadas; o haciendo inversiones directas, por ejemplo establecimiento de fábricas, explotación de minas, explotación de productos tropicales, etc. Muchas exportaciones de capital se hacen por medio de empréstitos a los gobiernos, sin que esto quiera decir que no tengan también enorme importancia las inversiones directas. La exportación de capital en cualquiera de los dos casos enunciados significa una importación de plusvalía. La exportación de capital, ya sea en forma de préstamo, ya sea en forma de inversión directa, significa una importación de plusvalía que se produce en el país donde se ha hecho el empréstito o la inversión.

En la exportación de capital, la plusvalía la produce el trabajador del país en que se hace el préstamo o la inversión directa. Y

como los salarios son más altos en los país industriales, que en los países atrasados, se obtiene una mayor plusvalía en relación con el capital invertido cuando esa plusvalía procede de naciones coloniales, que cuando se obtiene en el propio país capitalista; y por eso al capitalista le interesa invertir en los países subdesarrollados porque así obtiene más plusvalía, porque se pagan salarios más bajos. Por ejemplo, el promedio de salario que ganaban los trabajadores petroleros en México en 1937 en pesos era más o menos el mismo que el que ganaban en dólares los petroleros norteamericanos.

Alemania casi no había hecho exportaciones de capital en 1880; en 1913 había exportado 6,000 millones de dólares, especialmente a los Balkanes y al Asia, y algo también, pero en menor cuantía, a la América Latina donde había establecido varias instituciones de crédito como medio de penetración. La guerra convirtió a Alemania de país acreedor en deudor.

Francia, alrededor de 1895, tenía una inversión de capital en el extranjero de 20,000 millones de francos; en 1913 tenía una inversión de 44,000 millones. Estas inversiones se realizaron en los Balkanes y Rusia, principalmente. Casi todos los aliados de Francia en la guerra eran deudores. A Rusia le había prestado Francia 12,000 millones de francos y como Rusia no reconoció las deudas contraídas por los gobiernos zaristas; y otros países no pudieron pagarle. Francia perdió una tercera parte de lo invertido. Poco antes de 1939 luchaba por afirmar su influencia exterior cada vez con mayor decisión.

La Gran Bretaña fue el primer país exportador de capital. En 1880 ya había hecho exportaciones por 2,000 millones de libras esterlinas; en 1914 sus exportaciones de capital se elevaban a 4,000 millones de libras. En 1930 no había logrado aumentar sus inversiones en el extranjero. Se calculaba que en 1937 tenía invertidos 4,000 millones de libras, lo mismo que antes de la guerra, porque la economía inglesa se batía en retirada ante la competencia del Japón y de los Estados Unidos. 4,000 millones de libras esterlinas producían a Inglaterra no menos de 200 millones de libras esterlinas al año por concepto de intereses y utilidades, cantidad que empleaba para cubrir el déficit de su balanza comercial.

Pasemos a los Estados Unidos, el país que más nos interesa. Según E. L. Bogart, en su libro "Economic History of the American People", Estados Unidos en 1900 tenía invertidos en el exterior 500 millones de dólares; en 1912 había invertido ya 1,902 millones de dólares y en 1930, 26,600 millones, superando a Inglaterra como país exportador de capital. En 1914 los Estados Unidos debían a Europa 6,000 millones de dólares; tres años después de iniciada la

guerra, no sólo habían pagado ya sus deudas a Europa, sino que eran acreedores de Europa por una suma de 7.000 millones de dólares. La guerra europea fue un brillante negocio para los Estados Unidos, pues fortaleció en gran medida su situación económica frente al mundo.

En opinión del Dr. Winkler, en 1930 los créditos de los Estados Unidos en el exterior montaban a 16,600 millones de dólares, divididos así: Europa, 5,198 millones; Canadá 4,389 millones; México y Centroamérica, 2,936 millones; Sudamérica, 2,786 millones; Oriente, 926 millones, y otros países, 459 millones. Ya era la potencia económica más poderosa del mundo, acreedora de gran número de naciones; poseía la mayor parte del oro del mundo. Ninguna nación tenía la solvencia económica de los Estados Unidos; y los Estados Unidos son, por condiciones geográficas ineludibles, nuestros vecinos.

Hagamos un resumen del imperialismo: Cuando un país ha logrado alcanzar un alto grado de desarrollo industrial, comercial y financiero, necesita acudir a los países atrasados para comprar materias primas a precios bajos, a la vez que mercados donde vender productos manufacturados a precios altos. Al mismo tiempo suele acontecer que resulta poco atractivo hacer nuevas inversiones en el propio país a causa de la baja rentabilidad del capital. Entonces los capitales se exportan a esos países subdesarrollados, para invertirlos y obtener altas ganancias. La compra de materias primas, la venta de artículos acabados y la inversión de capital, son las tres características esenciales del imperialismo. No es producto de la maldad de los hombres sino resultado inevitable del propio desarrollo del capitalismo. El imperialismo es ventaja para la nación imperialista y desventaja para la nación colonial o semicolonial. Aquélla es la rica y ésta es la pobre. Aquélla la explotadora y ésta la explotada. El imperialismo, fenómeno económico, será realidad mientras no se modifique radicalmente la estructura económica de las grandes potencias capitalistas; o en otras palabras, mientras exista la sociedad capitalista.

Para concluir hay que subrayar el hecho de que en el desarrollo de la sociedad capitalista ha sido un factor de primerísima importancia el progreso de la ciencia y de la técnica.

Presencia del Pasado

MARTI Y LAS RAZAS

Por Francisco JIMENEZ

José Martí apóstol, hombre vivo y viviente en los corazones de sus hijos, los cubanos, y en sus lectores, pertenece a esta época y a todas. Leyendo a este gran hombre, se eleva el espíritu del lector. Sus palabras llegan al corazón y encienden las pasiones de todos los hombres que lo leen. Su prosa vive, palpita y conmueve. En sus palabras se siente el alma del mundo entero y avergüenzan a esos hombres que no siguen sus profecías.

En este estudio discutiremos las avanzadas y admirables ideas de Martí sobre las razas, tema que estaba en moda durante el siglo XIX,¹ época en que él vivió. Estas ideas avergonzarían a todo hombre racista de hoy y de mañana. Compararemos ligeramente sus ideas con las de tres ensayistas: Sarmiento, su contemporáneo, José Ingenieros y Alcides Arguedas. Desde luego debemos mencionar que estos tres escritores no eran los únicos que poseían ideas sobre este tema —“Alberdi, Montalvo, y otros de similar talla”² también se pudieran incluir.

El propósito de parangonar las ideas de estos escritores con las ideas de José Martí sobre las razas es para señalar lo avanzado que estaba el libertador de Cuba en comparación con sus contemporáneos. Como veremos, sus ideas resaltan al compararse con los pensamientos de Sarmiento, Ingenieros y Arguedas. Sin embargo, esto no quiere decir que la comparación sea necesaria para mostrar el pensamiento claro y humano de José Martí. Sus ideas en cuanto a las razas, así como muchas otras, son joyas que brillan con el mismo lustre en todas las épocas.

El problema básico de la definición del concepto de razas —que si hay o no hay razas inferiores— ha preocupado al hombre desde la antigüedad.³ Esta cuestión, sin embargo, se intensificó en Europa

¹ José Ingenieros, *Sociología Argentina* (Séptima edición, Buenos Aires: Talleres Gráficos de L. J. Rosso y Cia., 1918), p. 394.

² Manuel Pedro González y Max A. Schulman, *José Martí: Esquema ideológico* (México: Editorial Cultura, 1963), p. 356.

³ M. F. Ashley Montague, *Mari's Most Dangerous Myth: The Fallacy of Race* (Third edition, New York, 1952).

durante el siglo XIX con el desarrollo de estudios científicos como antropología y sociología. Así el problema de razas fue sometido al laboratorio para resolverlo científicamente.

Esta corriente positivista europea pasó a Hispanoamérica y estuvo en moda durante "los últimos lustros del XIX y primeros del XX".⁴ Así era natural que los hispanoamericanos, con deseos de analizar y revalorizar a Latino América,⁵ se preocuparan por resolver el problema de las razas. Pero, como afirma Walter Bagehot: "When a philosopher cannot account for anything in any other manner, he boldly ascribes it to an occult quality in some race".⁶ Y parece que esta manera de pensar prevaleció durante esa época. Según el antropólogo cubano, Fernando Ortiz: "... la opinión científica de las postreras décadas del siglo XIX, si bien habían ya sobre pasado la época de la cosmogonía mitológica no estaba aun exenta de virus racista".⁷ Veamos pues esta "virus racista" en los tres escritores —Sarmiento, Ingenieros y Arguedas.

Empezaremos con el gran profeta de la pampa, Domingo Faustino Sarmiento. Este gran educador se preocupó toda su vida por el progreso de la Argentina. Y para "civilizar" a su país, deseaba asimilar la cultura y el trabajo de las naciones europeas más civilizadas, regenerando la primitiva sangre hispano-indígena con una abundante transfusión de sangre nueva, de raza blanca: tal como lo anhelaron otros ensayistas como Rufino Blanco-Fombona de Venezuela y Francisco García Calderón del Perú. Sarmiento expresa estas ideas en *Conflicto y armonías de las razas en América*, obra que él mismo describe como "el *Facundo* llegado a la vejez... Es o será si acierta a expresar mi idea, el mismo libro científico apoyado en las ciencias sociológicas y etnológicas modernas..."⁸ En este libro confiesa:

La reproducción de la especie obedece en cada país a circunstancias peculiares, de clima, alimentación y poder físico; pero en la América del Norte, sobre todo, ha tomado tal fijeza y se aumenta el número de habitantes con tal rapidez, que la fábula de Deucalión parece realizarse en los tiempos históricos. La inmigración sola bastaría de hoy en adelante para crear una nación en una generación,

⁴ Alberto Zum Felde, *Índice crítico de la literatura hispanoamericana* (México: Editorial Guaranía, 1954), p. 187.

⁵ Medardo Vitier, *Del ensayo americano* (México, 1945), p. 65.

⁶ Walter Bagehot, *Physics and Politics* (New York, 1948), p. 3. Quoted in Montague, *op. cit.*, p. 2.

⁷ Fernando Ortiz, "Martí y las razas de librería", *Cuadernos Americanos*, IV (mayo-junio, 1945), p. 186.

⁸ Cita tomada de José Ingenieros, *op. cit.*, pp. 392-393.

igual a cualquiera de las que más poder ostentan hoy en la Europa occidental. Este hecho, que es nuevo en la historia humana, si no apelamos a las emigraciones arias y pelásgicas de que no tenemos idea, debe determinar una política americana, que generalice el hecho, como las aguas fecundan por la irrigación ciertas comarcas, sin ponerse de por medio a detener o contrariar el hecho donde ya se produce espontáneamente y en aquella enorme escala.⁹

En 1844, Sarmiento escribe *El sistema colonial*, obra en la cual confiesa sentir verdadera repugnancia por el indio. En esta obra, aun más que en *Conflictos*, son evidentes sus prejuicios raciales. Escribe:

No podemos menos que reconocer en los pueblos civilizados cierto odio y desprecio por los salvajes, que los hace crueles sin escrúpulos; y ese odio y ese desprecio eran tan patentes en los españoles contra los indios y los infieles, que se discutió largo tiempo entre teólogos y sabios si los indios eran *hombres*. Sobre todo, quisiéramos apartar de toda cuestión social americana a los salvajes, por quienes sentimos, sin poderlo remediar, una invencible repugnancia, y para nosotros Colocolo, Lautaro y Caupolicán, no obstante los ropajes civilizados y nobles de que los revistiera Ercilla, no son más que unos indios asquerosos, a quienes habríamos hecho colgar y mandaríamos colgar ahora, si reapareciesen en una guerra de los araucanos contra Chile, que nada tiene que ver con esa canalla.¹⁰

Estos pocos ejemplos muestran el carácter racista de Sarmiento. Sin embargo, el hecho de que creyera en la superioridad de razas no rebaja su grandeza como educador y civilizador, como "desbravador de la selva".

Otro argentino, José Ingenieros —"quien, como sociólogo, profesa la más exhaustiva convicción del determinismo biológico-económico de todos los fenómenos político-sociales"—,¹¹ sorprendentemente es partidario de ideas racistas así como Sarmiento. Su obra, *Sociología Argentina*, escrita en 1910, contiene expresiones claramente racistas. En el capítulo II, donde discute la evolución sociológica de la Argentina, afirma:

⁹ Domingo Faustino Sarmiento, cita tomada de Carlos Ripoll, *Conciencia intelectual de América* (New York: Las Américas Publishing Co., 1966), p. 96.

¹⁰ Domingo Faustino Sarmiento, *El sistema colonial* en Ripoll, *op. cit.*, p. 73.

¹¹ Zum Felde, *op. cit.*, p. 202.

La superioridad de la raza blanca es un hecho aceptado hasta por los que niegan la existencia de la lucha de razas. La selección natural, inviolable a la larga para el hombre como para las demás especies, tiende a extinguir las razas de color, toda vez que se encuentran frente a frente con la blanca en las regiones habitables por ésta. Algunos sociólogos, con criterio de filántropos antes que de sabios, oponen artificiosas razones a esa realidad.¹²

Además, en el capítulo titulado "Socialismo y legislación del trabajo" expresa su creencia en el positivismo y niega el concepto de igualdad, libertad y fraternidad:

Los espantajos demagógicos, legados al siglo XIX por los enciclopedistas, han influido menos sobre la evolución social que el aprovechamiento del vapor o de la electricidad. Las disertaciones sobre la trilogía republicana, "Libertad, Igualdad, Fraternidad" (científicamente absurda: el determinismo niega la libertad, la biología niega la igualdad y el principio de lucha por la vida, universal entre los seres vivos, niega la fraternidad)...¹³

Desde luego, esta última cita no contiene ideas racistas; sin embargo, nos indica hasta qué punto el positivismo influía a los pensadores de esa época.

Para salir de la Argentina, pasemos a Bolivia, donde nos encontramos con Alcides Arguedas, otro gran escritor que también se dejó llevar por las discusiones sobre las razas que estaban de moda. Este escritor que se considera como precursor de la novela indigenista,¹⁴ resbala en terreno de prejuicios raciales y se cae al lodo. Veamos algunos de sus comentarios en su libro *Pueblo enfermo*, "el más significativo ensayo sociológico sobre Bolivia, correspondiente al ciclo positivista".¹⁵ En el capítulo III titulado "Psicología de la raza mestiza", dice:

Fuerte, audaz, corajudo, su facultades se exaltan cuando se ve en medio de los suyos, así como disminuyen o desaparecen en el aislamiento, y es bueno como soldado, pero no sirve como iniciador; esto es, en el cholo, más que en ningún otro ser, se observa —repito— esa propensión ovejuna que tiene más defectos que cualidades.¹⁶

¹² José Ingenieros, *op. cit.*, p. 36.

¹³ *Ibid.*, pp. 192-193.

¹⁴ John E. Englekirk, *An Outline History of Spanish American Literature* (Third edition, New York: Appleton-Century-Crofts, 1965), p. 189.

¹⁵ Zum Felde, *op. cit.*, p. 347.

¹⁶ Alcides Arguedas, *Pueblo enfermo en Obras completas* (México: Aguilar, 1959), Vol. I, p. 437.

Alberto Zum Felde, refiriéndose a Arguedas, dice: "El autor es casi un fanático del concepto de la inferioridad psíquica del mestizo, y por tanto de su ineptitud moral y técnica para la civilización".¹⁷ Así lo es, un fanático. Oigamos lo que dice del cholo:

El cholo de las clases inferiores o descalificadas es holgazán, perezoso y con inclinaciones al vicio de la bebida, hoy ya menos acentuado merced a las condiciones duras en que se desenvuelve la vida de todo el mundo y particularmente en aquellos centros de mayor desarrollo industrial y económico.¹⁸

Al cholo lo representa como un tipo moral radicalmente negativo y a quien culpa de todos los males que padece su patria:

El cholo es la clase dominadora, desgraciadamente, en Bolivia; por eso el país, tardo en conquistas de orden práctico, o mejor, económico, ha perdido la fugaz preponderancia que ejerciera en los primeros años de la independencia, cuando surgidos todos los pueblos, mediante una impulsión vigorosa dada por hombres de gran carácter y mucho talento, entregáronse al uso desmedido de una libertad conquistada tras heroicos esfuerzos y no pocos sacrificios.¹⁹

Es el predominio de la sangre mestiza lo que así ha maleado la ética social, hasta el punto de que hoy sólo se imponen la desfachatez, la bellaquería, la simulación y otras malas prácticas que alejan al hombre, fatalmente, de las vías de su perfeccionamiento moral, supremo fin de la vida. . .²⁰

Arguedas llega a afirmar que las cualidades inferiores de los cholos son innatas: "En el cholo leído y de sociedad estas predisposiciones innatas son manifiestas por la inclinación a vivir de una ocupación rentada por el Estado y haciendo gala de las cualidades que se imagina poseer, distinguiéndose, sobre todo, en su afán por alardear la cuna de nacimiento".²¹ Y sigue:

En cualquier género de actividades que despliegue el cholo muestra siempre la innata tendencia a mentir y engañar, porque se le figura que estas son condiciones indispensables para alcanzar éxito en todo negocio.²²

¹⁷ Zum Felde, *op. cit.*, p. 351.

¹⁸ Arguedas, *op. cit.*, p. 439.

¹⁹ *Ibid.*, p. 439.

²⁰ *Ibid.*, p. 572.

²¹ *Ibid.*, p. 438.

²² *Ibid.*, p. 438.

Desacreditando el argumento racista de Arguedas, Alberto Zum Felde acertadamente afirma:

Arguedas parece olvidar el hecho, tan simple, tan evidente, de que la historia intelectual de Bolivia —como la del Perú y Ecuador, de étnica similar— está poblada de ilustres mestizos (biógrafos de Arguedas le señalan a él mismo como tal), lo que sería un mentís a esa inferioridad congénita que atribuye al tipo racial. . . . Olvida, no menos —y citando al azar entre muchos otros motivos— la notable contribución de indios y mestizos, durante el coloniaje, a la formación de ese precioso estilo barroco indohispano, en la arquitectura y la escultura, que admiramos en iglesias y palacios a lo largo de todo el Continente, desde México a Chile, pero cuya mayor intensidad se alcanza precisamente, en la región boliviana.²³

Las ideas fundamentales de Martí sobre las razas, resaltan tremendamente cuando las comparamos con las ideas de los tres escritores que acabamos de discutir. Martí mismo no ignoraba el ambiente positivista de su tiempo. Conocía bien que el positivismo desechaba la igualdad de razas y que trataba de reducir al hombre a fórmulas puramente científicas. En 1884 escribe:

Se intenta en estos tiempos lo que parece posible conseguir: la reducción del hombre, con todas sus facultades espirituales, a agencias físicas, a un ente regular científico; la predicción exacta de lo futuro por el conocimiento exacto del pasado; la previsión de las acciones humanas, como se preven ya las tormentas y el curso de los astros; la supresión de lo maravilloso y extrarregular en la existencia; la reducción a leyes fijas de los movimientos humanos.²⁴

Además, como afirma Fernando Ortiz después de discutir el ambiente racista que rodeaba a José Martí:

En ese huracán de encontradas ideas e intereses, tuvo José Martí que enfrentarse con los problemas de las razas y los racistas; en el pensamiento, en la palabra y en la acción. Y en ese torbellino él mantuvo siempre la serena altivez de su mente, como buen separatista que siempre fue de todas las opresiones y de todos los fanatismos.²⁵

²³ Zum Felde, *op. cit.*, p. 352.

²⁴ José Martí, *Obras completas*, prólogo del Dr. Andrés Rivero Aguiero (La Habana: Editorial Lex, 1953), Vol. I, p. 957.

²⁵ Fernando Ortiz, *op. cit.*, pp. 186-187.

José Martí, digámoslo en seguida, afirma rotundamente y en una síntesis que no existen las razas: "No hay odio de razas, por que no hay razas. Los pensadores canijos, los pensadores de lámpara enhebran y recalientan las razas de librería, que el viajero justo y el observador cordial buscan en vano en la justicia de la Naturaleza, donde resalta, en el amor victorioso y el apetito turbulento, la identidad universal del hombre. El alma emana, igual y eterna, de los cuerpos diversos en forma y en color".²⁶

Martí ataca no sólo a individuos racistas, sino a la base misma de esos argumentos que utilizan los hombres para apoyar sus teorías racistas. Para Martí no existen cualidades distinguibles de razas porque no hay razas. Para él, "raza" designa una agrupación arbitraria de individuos: "No hay razas: no hay más que modificaciones diversas del hombre en los detalles de hábito y formas que no les cambian lo idéntico y esencial según las condiciones de clima e historia en que viva".²⁷ Refiriéndose a este mismo punto, Fernando Ortiz dice:

No hay razas, dice Martí; pero, al emplear el vocablo "raza" en su concepto más amplio, piensa que las razas sólo por ser tales razas, aun siendo distintas somáticamente, no son mejores ni peores unas que otras. Dice Martí: "el negro, por negro, no es inferior ni superior a ningún hombre".²⁸

Estas palabras de José Martí en cuanto a las razas podrían haber sido escritas hoy día por cualquier grupo significativo de antropólogos. Como afirma Martin Luther King: "The idea of an inferior or superior race has been refuted by the best evidence of the science of anthropology. Great anthropologists like Ruth Benedict, Margaret Mead and Melville J. Herskovits, agree that, although there may be inferior and superior individuals within all races, there is no superior or inferior race".²⁹

Además, la actitud de Martí en cuanto al concepto biológico determinista que prevalecía en otros racistas como José Ingenieros, se evidencia en sus comentarios a Francis Salten, un norteamericano. Salten proclamaba que conociendo tres generaciones de parientes, él podría dar todas las cualidades de su descendiente. A esto, Martí contesta:

²⁶ Martí, "La verdad sobre los Estados Unidos" en *Obras, op. cit.*, p. 2035.

²⁷ *Ibid.*, p. 2035.

²⁸ Ortiz, *op. cit.*, p. 190.

²⁹ Martin Luther King, *I Have a Dream* (New York: Grosset & Dunlap, 1968), p. 115.

Esas líneas que van delante las hemos escrito pensando en el título de un libro nuevo inglés, que acaba de reimprimir un editor norteamericano. El autor del libro cree demasiado en aquello en que hay que creer bastante: en la heredación de las cualidades de familia. . . Esta teoría es errónea. . . ¿Y las muestras constantes de carácter entepaterna? ¿Y las muestras sublimes de poderosísimo amor y bríos heroicos, nacidos de antegenitores notoriamente groseros de uno y otro lado, y padres egoístas?³⁰

Como se ve, Martí no cree que los defectos y las virtudes humanas sean hereditarios. Esto lo declara con relieve en un discurso que da en Nueva York en 1885. Hablando del indio norteamericano, dice:

Que los indios de las reducciones son perezosos y amigos de jugar y de beber lo sabía toda la convención . . . pero sabía también que el indio no es así de su natural, sino que así lo ha traído a ser el sistema de holganza y envilecimiento en que se le tiene desde hace cien años. ¿Qué blanco que tenga el seso en su lugar no entenderá que no puede echar en cara al indio el ser como los blancos lo han hecho?³¹

Bien sabe Martí que la postración de la raza india es social y no antropológica. Por eso habla de esta "olvidada y triste raza india. . . con el triste rostro oscuro, más que por natural triste de su tez, porque en él llevan la vergüenza de 400 años. No hay vicio suyo de que no seamos culpables; no hay bestialidad de indio que no sea culpa nuestra".³²

Toma una posición similar en cuanto al negro, gente que él conoció muchísimo en su país y en Nueva York. Según Martí, si el negro parece ser inferior; hay que ver como lo tratamos:

El hombre de color tiene derechos a ser tratado por sus cualidades de hombre, sin referencia alguna a su color; y si algún criterio ha de haber, ha de ser al de excusarle las faltas a que le hemos preparado y a que lo convidamos por nuestro desdén injusto.³³

Martí, sin embargo, rechaza no sólo las ideas racistas de los "blancos" sino también refuta lo que él llama "ambos racismos".

³⁰ Martí, "Libro nuevo y curioso" en *Obras, op. cit.*, p. 958.

³¹ Martí, "Los indios en los Estados Unidos" en *Obras, op. cit.*, pp. 1654-1655.

³² José Martí, cita tomada de Ortiz, *op. cit.*, p. 192.

³³ Martí, "Carta a Serafín Bello" en *Obras, op. cit.*, p. 391.

Es decir, él reconoce el peligro de prejuicios raciales de cualquier grupo:

El racista blanco que le cree a su raza derechos superiores... ¿qué derechos tiene para quejarse del racista negro, que también le vea especialidad a su raza? El racista negro, que ve en la raza un carácter especial, ¿qué derecho tiene para quejarse del racista blanco? El hombre blanco que, por razón de su raza, se cree superior al hombre negro, admite la idea de la raza, y autoriza y provoca al racista negro. El hombre negro que proclama su raza, cuando lo que acaso proclama únicamente en esta forma errónea es la identidad espiritual de todas las razas, autoriza y provoca al racista blanco.³⁴

Su pensamiento en cuanto a esto parece prever el problema racista de hoy en los Estados Unidos del Norte: tanto el racismo negro que se evidencia hoy como el blanco que siempre ha existido.

Las ideas de José Martí sobre las razas están resumidas en un artículo suyo publicado en *Patria* el 16 de abril de 1893, donde dice:

Esa de racista está siendo una palabra confusa y hay que ponerla en claro. El hombre no tiene ningún derecho especial porque pertenece a una raza o a otra: dígase hombre, y ya se dicen todos los derechos. El negro, por negro, no es inferior ni superior a ningún otro hombre; peca por redundante el blanco que dice: "Mi raza"; peca por redundante el negro que dice: "Mi raza". Todo lo que divide a los hombres, todo lo que especifica, aparta o acorrala es un pecado contra la humanidad.³⁵

DE todo lo expuesto se infiere que las ideas de José Martí sobre las razas serían suficientes para justificar su nombre de "apóstol". Su creencia en la igualdad de todos los hombres ("dígame hombre, y ya se dicen todos los derechos"), descartada por algunos de sus contemporáneos, vivirá para siempre como Don Quijote. Y los escritos que nos ha dejado son lo que Alberto Palcos llama: "'documentos humanos' de inmenso valor. Describen hondos momentos vividos en las altas cimas de la espiritualidad creadora. Además, fortalecen aptitudes, encienden vocaciones, estimulan a su vez a crear, educan e ilustran siempre".³⁶

³⁴ Martí, "Mi raza" en *Obras, op. cit.*, p. 487.

³⁵ *Ibid.*, p. 486.

³⁶ Alberto Palcos, *El Facundo* (Segunda edición, Buenos Aires: Editorial Elevación, 1945), p. 9.

BIBLIOGRAFIA

- ARGUEDAS, Alcides. *Pueblo enfermo en Obras completas*. Vol. I, México, Aguilar, 1959.
- ENGLEKIRK E., John. *An Outline History of Spanish American Literature*. Third edition, New York, Appleton-Century-Crofts, 1965.
- GONZÁLEZ, Manuel Pedro y Max A. SCHULMAN. *José Martí: Esquema ideológico*. México, Editorial Cultura, 1963.
- INGENIEROS, José. *Sociología Argentina*. Séptima edición, Buenos Aires, Talleres Gráficos de L. J. Rosso y Cía., 1918.
- KING, Martin Luther. *I Have a Dream*. New York, Grosset & Dunlap, 1968.
- MARTÍ, José. *Obras completas*, prólogo del Dr. Andrés Rivero Aguiro. La Habana, Editorial Lex, 1953. Vol. I & II.
- MONTAGUE, Ashley M. F. *Martí's Most Dangerous Myth: The Fallacy of Race*. Third Edition, New York, 1952.
- ORTIZ, Fernando. "Martí y las razas de librería" en *Cuadernos Americanos*, IV (mayo-junio, 1945).
- PALCOS, Alberto. *El Facundo*. Segunda edición, Buenos Aires, Editorial Elevación, 1945.
- SARMIENTO, Domingo Faustino. *Obras selectas*. 2 Vols. Buenos Aires, Editorial "La Facultad", 1944.
- VITIER, Medardo. *Del ensayo americano*. México, 1945.
- ZUM FELDE, Alberto. *Índice crítico de la literatura hispanoamericana*. México, Editorial Guaranía, 1954.

AL MARGEN DE UNA POLEMICA MARTIANA

Por Manuel PEDRO GONZALEZ

"Tenía siempre al lado uno de eso literatos revocadores que visten de ideas finas las ambiciones y maldades de sus dueños, lo cual es uno de los delitos más vergonzosos y negros con que se pueda un hombre deshonar. Todas las tiranías tienen a mano uno de esos cultos, para que piense y escriba, para que justifique, atenúe y disfrace: o muchos de ellos, porque con la literatura suele ir de pareja el apetito de lujo, y con éste viene el afán de venderse a quien pueda satisfacerlo. Por casa con coche y bolsa para queridas vende la lengua o la pluma mucho bribón o inteligente."

José Martí, *Obras completas*, vol. 12, La Habana, Editorial Nacional de Cuba, 1964. P. 276.

Las líneas anteriores las escribió Martí en 1889, en su crónica sobre Simeón Cameron, el Secretario de la Guerra de Abraham Lincoln, pero en realidad son aplicables a muchas situaciones. . .

El 7 de noviembre último fue un día que Martí hubiera llamado siniestro. Aunque fue lo menos importante que aquel día ocurrió, en dicha fecha leí un desdichado artículo de Angel Augier en *La Gaceta de Cuba* titulado "Martí como pretexto de difamación". Dicho trabajo representa un ataque contra el profesor Ivan A. Schulman, y una ardiente defensa de "los Quesada," padre e hijo —Gonzalo de Quesada y Aróstegui y Gonzalo de Quesada y Miranda. Tan inmotivado me parece el ataque como la defensa; de ahí mi desilusión. Siempre creía Angel Augier más sereno, independiente y justo de lo que se revela en este artículo. De él teníamos derecho a esperar mayor equidad y equilibrio. Por esto no puedo evitar la sospecha de que esta agresión contra el profesor

Schulman le fue sugerida. . . Durante los últimos setenta años Martí ha servido de pedestal a muchos mendaces discípulos —“predilectos” o no—, cubanos y no cubanos, para adquirir patente de patriota y adherirse de por vida al presupuesto nacional. Son los corsarios del patriotismo, y los contrabandistas de la martiofilia de la que hacen público alarde. Pero sólo engañan a los ingenuos y a los tontos. Estos simuladores, antípodas de Martí en la conducta, lo explotan con el mismo espíritu con que venderían alpargatas si con este tráfico pudieran lucrar o lucirse más. Yo no había considerado nunca a Augier afiliado a este gremio vitando, pero el artículo de marras ha dejado una sombra de duda en mi espíritu.

Augier hace aquí un alarde, bien poco martiano por cierto, de patriotería barata y de exclusivismo un poco tonto. Según el autor, Martí es propiedad cubana, y sólo los cubanos de nacimiento tienen derecho a opinar sobre ciertos hechos y aspectos a él atañedores. Esto me parece de un ridículo subido, porque ni Martí es propiedad cubana, ni las circunstancias de haber amado a Cuba con pasión religiosa y de haber muerto por ella, le impidieron amar a la humanidad, y servir lealmente a varios otros pueblos, inclusive a España. Muchos cubanos —entre ellos Augier— pretenden recortarle el pedestal a Martí y limitárselo al perímetro insular, concepción retaceada que el propio Martí rechazó, tácita o abiertamente muchas veces. “Patria, dijo, es humanidad, es aquella porción de la humanidad que vemos más de cerca, y en que nos tocó nacer. . .” Cuba es demasiado insignificante para contener a tan gigantesca figura. Martí desborda el ámbito y contornos isleños, y resulta infantil y hasta parroquial este empeño por retacearle el tamaño y reducirlo a las menguadas dimensiones isleñas. Cierta que nació en Cuba y por su libertad luchó toda su vida hasta el holocausto de Dos Ríos; pero su cultura y su interés eran ecuménicos, y a la defensa del orbe hispano consagró su vida. Cuba, además de su cuna, era, con Puerto Rico, la única región irredenta del despotismo hispano que en América quedaba. Por eso consagró su vida a redimirlas; pero al mismo tiempo que bregaba por la independencia de las dos islas caribeñas, mantenía un pugnaz defensa de la América Latina que se veía en grave riesgo de ser dominada y explotada por el poderoso imperio que al norte de México se venía fraguando desde mediados del siglo, y aun antes.

Los cubanos de hoy prefieren olvidar un hecho para Martí muy doloroso, pero que debe destacarse porque la verdad histórica debe prevalecer sobre todo. Con mucha frecuencia se oculta o se disimula o se omite del todo la circunstancia de que los dolores más vivos y los más acerbos desengaños que Martí sufrió se los propor-

cionaron sus compatriotas —principalmente los intelectuales y no pocos veteranos de la guerra anterior. Los sufrimientos y deportaciones que el gobierno español le infligió eran otros tantos trofeos para él. Sufrir por defender a la patria era una de tantas maneras de servirla. En cambio, la envidia, el silencio absoluto de los intelectuales cubanos a quienes su genio y su virtud mortificaban, las querellas y exigencias de dinero de algunos veteranos de rango a quienes admiraba y quería, como los generales Máximo Gómez, Antonio Maceo, Julio Sanguily, etc., o el traidor Fernando López de Queralta, o el violento ataque del general Enrique Collazo en 1892, o la sentencia de expulsión del campo mambí por Gómez y Maceo dictada en mayo de 1895, fueron para él otras tantas congojas mortales —angustias que lo impelieron a salirle al encuentro a la muerte en Dos Ríos. Las referencias que el epistolario íntimo de Martí contiene respecto al egoísmo, la venalidad, la desidia o la indiferencia, y la capacidad de traición de muchísimos cubanos son infinitas. Recuérdese que se llegó hasta intentar envenenarlo, y los ejecutores del crimen eran cubanos de nacimiento. Esta destemplada y chauvinista reclamación de exclusividad que el artículo de Augier implica, resulta, pues, no sólo intemperante, sino torpe y en total conflicto con la amarga experiencia de Martí. Por fortuna para él —y para Cuba—, los humildes de Nueva York, Cayo Hueso, Tampa, etc., le fueron fieles e intuyeron su genio y su grandeza.

Tampoco fueron los cubanos los primeros en proclamar públicamente el genio y la virtud martianas ni los que con mayor perseverancia lo ayudaron económicamente. El más comprensivo y fiel fue, ¡oh ironía del destino!, el norteamericano Charles Anderson Dana, director del *New York Sun*, republicano proclive al imperialismo, pero hombre culto y honorable que supo descubrir la nobleza y genialidad de Martí, y le mantuvo abiertas las páginas de su diario durante casi quince años, y al tener noticia de la muerte del héroe proclamó —el primero— en una ferviente nota necrológica su genialidad y su acrisolada virtud. Unos cuatro días más tarde hará lo mismo el nicaragüense Rubén Darío. Precisamente fue el profesor Ivan A. Schulman, tan injusta y aviesamente atacado por Angel Augier, el que tuvo la paciencia investigadora y la suficiente devoción martiana para recoger en la enorme colección del *Sun* todas las colaboraciones de Martí, ingente labor que ninguno de los muchos miles de cubanos —inclusive pretendidos martiófilos— residente de New York había sido capaz de realizar.

Los intelectuales cubanos coetáneos de Martí se guardaron muy bien de proclamar su excelsitud mientras vivió, justicia que el des-

potismo español no impedía y menos castigaba. Tampoco necesitaron del privilegio de haber nacido en Cuba muchísimos, devotos para estudiarlo y escribir muchas de las más dilucidantes disquisiciones que sobre Martí tenemos. Pienso en Américo Lugo, Max Henríquez-Ureña, Alberto Ghirardo, Manuel Isidro Méndez, Federico de Onís, Fernando de los Ríos, Herminio Almendros, Giovanni Meo Zilio, Gabriela Mistral, Madame Claude Bouchet-Huré, Isis Molina de Galindo, Noël Salomon, Ezequiel Martínez Estrada y tantos otros, pero más que ninguno el profesor Ivan A. Schulman. ¿Qué cubano ha superado muchas de las monografías escritas por estos extranjeros? ¿Necesitaron ellos de aparecer inscritos en el registro civil de nacimientos cubanos o de beneficiarse con una prebenda oficial o un sueldo para consagrarle sus desvelos y escribir estudios de alta calidad que ningún cubano ha igualado siquiera? ¿Qué cubano ha hecho tanto por internacionalizar el genio de Martí y revelarlo al mundo como Noël Salomon, por ejemplo? Yo invito a Angel Augier a que me cite el nombre de un cubano —uno nada más— que durante los últimos doce años haya consagrado tanto tiempo, dinero y esfuerzo intelectual para estudiar y revelar a Martí sin percibir un centavo de Cuba como Ivan A. Schulman. En inglés hay un dicho popular, no muy cortés, pero de una gran elocuencia que viene aquí como anillo al dedo: "Put up or shut up". El señor Augier y su defendido harían bien en aplicarse la moraleja.

Contra el profesor Ivan A. Schulman enristra Augier en este artículo con mal disimulada inquina, y con increíble alevosía. Ignoro si alguien en Cuba ha intentado deshacer este infiel entuerto y restaurar la verdad, pero lo dudo. En Cuba sólo se publica hoy lo que halaga y conviene. . . A mí mismo se me atacó hace algún tiempo en la *Gaceta*, tergiversando lo que yo había publicado. Envié una rectificación muy moderada y no la publicaron ni devolvieron. Lo deseable y lógico sería que estas notas de intención reparadora se publicaran en Cuba y en la propia *Gaceta*, pero esto es como pedir peras al olmo. Por eso tienen que aparecer fuera de Cuba. La *Gaceta* podría demostrar mi error o mi injusticia reproduciéndolas. . .

Paréntesis histórico

COMO estos comentarios no pueden darse a luz en Cuba y el lector extranjero está poco familiarizado con los hechos aquí aludidos, es necesario añadir este paréntesis histórico a fin de poner en autos al lector respecto a los hechos que tanto el profesor Schul-

man como quien esto escribe han puesto en tela de juicio. Pronto aparecerá en Madrid un copioso libro titulado *José Martí, epistológrafo. Antología*, ordenado, prologado y comentado por mí. En varias ocasiones se alude allí a "los Quesada", padre e hijo, (Gonzalo de Quesada y Aróstegui y Gonzalo de Quesada y Miranda). El primero a quien Quesada y Miranda ha llamado públicamente miles de veces "el discípulo predilecto" de Martí, fue el Secretario del Partido Revolucionario Cubano y auxiliar fiel de Martí mientras éste vivió. En la historia de Cuba figura como auxiliar de Martí, no como escritor o creador porque no era ninguna de las dos cosas. En aquella notable generación de grandes prosistas a la que Martí da nombre, y que brilló entre 1880 y 1910, Quesada y Aróstegui militaba como soldado de tercera o cuarta fila. Martí era un hombre de asombrosa clarividencia y capacidad crítica cuando juzgaba atenido sólo a sus facultades intelectivas o discursivas, pero incurría en errores y fallas increíbles cuando se dejaba llevar o influenciar por las facultades afectivas o sentimientos. Exaltaba e idealizaba a los que amaba, y esto lo condujo a incurrir en lamentables pifias y falencias de juicio. ¿Qué pueblo hispano ha sacado valaderos sus pronósticos sobre ellos? ¿Cuántas mujeres pueden reconocerse en la imagen ultra-idealizada que de ellas nos dejó? ¿Cuántos escritores o poetas hispanoamericanos por él encumbrados no están totalmente olvidados hoy? Los dos hombres que más próximos a él estuvieron entre 1891 y 1895 fueron Gonzalo de Quesada y Aróstegui y Tomás Estrada Palma. A los dos los amó aunque sabía cuán mediocres eran. Pues bien, ambos traicionaron sus ideales, en 1901, el primero, y en 1905-6, el segundo. Ambos han sido favoritos de las clases adineradas y conservadoras de Cuba. Mientras auténticos héroes nacionales como Serafín Sánchez y otros carecen de un monumento en La Habana que los recuerde a las nuevas generaciones, a Quesada y Aróstegui se le consagró un parque con su busto y a Estrada Palma una estatua. A los dos los he llamado traidores al ideal de Martí y no me arrepiento, pero debo probarlo para que no se llame "disfamador" a mí también.

En 1901 era Secretario de la Guerra en Washington Elihu Root, hombre inteligente y culto que luego se hizo famoso como Secretario de Estado del Presidente Teodoro Roosevelt. Martí había muerto en 1895. Los Estados Unidos declararon la guerra a España en abril de 1898, y tras varias escaramuzas en la provincia de Oriente, España se rindió. Cuba fue ocupada militarmente por las tropas norteamericanas hasta mayo de 1902. Durante este período, la isla quedó bajo la jurisdicción del Secretario de la Guerra. En 1901, "el

sol que más calentaba" para los "presupuestívoros" cubanos no era Martí sino Elihu Root. Aquel año fue elegida la Asamblea Constituyente, y entre los miembros o delegados a la misma se contaba Gonzalo de Quesada y Aróstegui que se jactaba de ser amigo de Roosevelt y de Root. El primero de abril de 1901 Quesada y Aróstegui presentó a la Asamblea para ser discutida y aprobada una moción o ponencia tan antagónica y reñida con los ideales martianos que sin animosidad ni hipérbole puede decirse que constituye una traición a la causa por la cual había luchado y muerto el Apóstol. El hecho más funesto y trágico de la historia de Cuba es la llamada "Enmienda Platt" que destruyó los sueños de independencia y soberanía por los cuales habían luchado y muerto los patriotas cubanos, redujo a la isla a la condición de factoría económica y dependencia política de Washington y aniquiló la fe y la esperanza de los buenos cubanos en los destinos de su patria. Pues bien, el voto particular o moción de Quesada y Aróstegui presentada el primero de abril de 1901 a la Asamblea Constituyente es la auténtica matriz o troquel de la que luego se incorporó a la constitución cubana con el nombre del senador norteamericano que la propuso: "Enmienda Platt". No sabemos exactamente quién redactó este texto tan funesto para Cuba, y tan infiel a los ideales martianos. De lo que no cabe duda es de que las ideas en él expresadas son exactamente las contenidas en la "Enmienda Platt", y responden, no al interés de Cuba sino a los intereses imperialistas norteamericanos. Por ser casi una réplica de las cláusulas más lesivas para Cuba de la futura "Enmienda", podemos suponer que dicho texto fue redactado en Washington —¿acaso por el propio Root?— y que Gonzalo de Quesada lo tradujo al español y se prestó a apadrinarlo y defenderlo. El tan cacareado "discípulo predilecto" fue —o intentó ser—, el legítimo partero de la "Enmienda Platt", con lo cual demostró en aquel momento que más que servir los ideales martianos y los intereses de Cuba, prefería servir y halagar a Root y sus cofrades washingtonianos. Difícil imaginar una conducta más aleve y desleal a Martí y su doctrina.

Imposible transcribir aquí el texto completo de este "voto particular" por ser demasiado extenso, pero repito, corresponde exactamente al de la "Enmienda Platt," y contiene todas las cláusulas más nocivas y humillantes para Cuba que en la "Enmienda" figuran. El señor Augier puede leer el texto completo en el libro *Archivo de Gonzalo de Quesada y Aróstegui. Documentos históricos*, Introducción y notas por Gonzalo de Quesada y Miranda. Biblioteca de Autores Cubanos, Editorial de la Universidad de La Habana, 1965, páginas 38-41. Es otra ironía que la vida de Martí

revela. El "discípulo predilecto" se convertirá en el Judas de su ideal patriótico a los seis años de muerto él. Porque a Gonzalo de Quesada y Aróstegui, el "discípulo predilecto," le cabe el privilegio de ser el primer cubano que adelantándose al senador que propuso la "Enmienda" al senado norteamericano, y traicionando al hacerlo los sueños patrióticos de Martí, abogó por la imposición a Cuba de esta humillante limitación de su soberanía. Por fortuna para Cuba parece que Martí sólo tuvo un "discípulo predilecto". Sin duda, Elihu Root conoció a Quesada y Aróstegui mucho mejor que Martí, precisamente porque no lo quería tanto. El señor Augier debió haber leído este "voto particular" antes de escribir su loa de "los Quesada" —a menos que él considere como blasón patriótico la ardiente defensa de la "Enmienda Platt" que en 1901 hizo el "discípulo predilecto". Esta moción y la conducta de Tomás Estrada Palma en 1905-1906, constituyen las dos traiciones a Martí más vitandas que conozco.

El tres de abril de 1901 discutió la Asamblea Constituyente el "voto particular" del señor Quesada y Aróstegui. Por aquellas calendas no se había perdido la vergüenza del todo. De ahí que sólo el "discípulo predilecto", Eliseo Giberga, el enemigo jurado de Martí, y un señor Quílez, votaron en favor de la nefasta moción. En contra de ella votaron veintitrés delegados, entre ellos Manuel Sanguily que al resucitar el proyecto meses más tarde sancionado ya por el Senado norteamericano, se pasó con armas y bagaje al enemigo votando en favor de la "Enmienda".

Contra la "Enmienda Platt" se ha escrito y protestado más en Cuba durante setenta años que contra ninguna otra intromisión o ingerencia de los Estados Unidos en la isla, pero no recuerdo haber leído una palabra de condenación del "discípulo predilecto" que tan lealmente sirvió los deseos de Elihu Root en 1901 al proponer esta decapitación o "acogotamiento", como diría Martí, de la soberanía cubana. ¿Por qué callan los cubanos —y en este caso el señor Augier— esta traición a Martí y a Cuba, y en cambio condenan airadamente el mismo hecho cuando lo propone el senador Platt? Este no cometió traición ninguna ni apostató de nadie. Se limitó a defender los intereses imperialistas de su país; el "discípulo predilecto", en cambio, desertó de las filas del deber patriótico y de la gratitud que a Martí debía para convertirse en defensor y portavoz de los intereses de los Estados Unidos que ocupaban militarmente la isla. Esta doble desertión hubiera sido un crimen de lesa patria en cualquier otro caso, mas perpetrada por el tan cacareado "discípulo predilecto", el hecho se torna mucho más grave y condenable.

En cuanto a Estrada Palma, tan exaltado por las clases acomodadas y conservadoras de Cuba, era tan rendido americanófilo como el "discípulo predilecto". Allá por 1914, en la época en que al Ateneo de La Habana se le llamaba el "club lendianista" porque respondía a los deseos e iniciativas de su presidente, el doctor Evelio Rodríguez Lendián, tuvo lugar una notable serie de conferencias históricas por Lendián organizada los domingos por la mañana en la esquina de Prado y Neptuno. En aquel valioso ciclo de disertaciones públicas participaron muchos de los más notables hombres que en Cuba había. No los recuerdo a todos, pero no he olvidado a Juan Gualberto Gómez, el general Eusebio Hernández, Eliseo Giberga etc. El general y doctor Eusebio Hernández había peleado en ambas guerras, la del 68 y la del 95. Recuerdo que en su conferencia afirmó que el primer hombre que en el seno de la guerra del 68 había abogado por la intervención norteamericana en Cuba había sido Tomás Estrada Palma. Como el "discípulo predilecto", era un rendido admirador de los Estados Unidos. Con el apoyo norteamericano que lo conocían bien fue elegido primer presidente de Cuba "libre", se hizo reelegir fraudulentamente y provocó un levantamiento de sus enemigos políticos en agosto de 1906. Derrotado en la escaramuza militar, se negó a pactar con sus enemigos, obligó a renunciar al vice-presidente y luego renunció él a fin de forzar a los Estados Unidos a intervenir de nuevo en Cuba. El presidente Roosevelt no deseaba intervenir porque ya había conseguido todo lo que deseaba —la "Enmienda Platt", el leonino tratado de reciprocidad comercial, la enorme bahía de Guantánamo que todavía ocupa la marina norteamericana, y el control económico y político de la isla. Pero la contumacia de Estrada Palma había dejado la isla acéfala, precisamente para hacer inevitable la intervención. Tal fue la conducta "patriótica" de estos dos medio-cres amigos de Martí y traidores ambos a su doctrina a quienes, según el señor Augier, los cubanos "profesan fervoroso respeto e intensa gratitud." Aclaremos que Augier no menciona a Estrada Palma. El "fervor y la inmensa gratitud" del pueblo cubano en el artículo de Augier son patrimonio de "los Quesada" solamente. Si menciono a Estrada Palma es porque en la estimativa de las clases ricas cubanas es más reverenciado aun que el "discípulo predilecto", y los dos están estrechamente vinculados a la intromisión en y usufructo económico por los Estados Unidos.

Esta maliciosa embestida contra el joven devoto de Martí es doblemente inmotivada, tanto en lo que tiene de ataque como en la parroquial defensa de "los Quesada", eternos detendadores y usufructuarios del archivo y papelería martianos. El objeto principal

de esta innoble embestida fue defender a "los Quesada". Que yo sepa, el profesor Schulman jamás ha dado motivo de queja personal al paladín de "los Quesada". Posiblemente ni siquiera lo ha aludido nunca. ¿Por qué entonces la inquina con que Augier lo ataca? Esta tirria se percibe hasta en el título con que reiteradamente lo designa. Unas veintiuna o veintidós veces le endilga el término *míster* en forma abreviada y con intención peyorativa siempre. Lo acostumbrado y cortés en estos casos, lo mismo en inglés que en español, tratándose de escritores que ostentan un título académico es designarlos con el epígrafe que mejor les cuadre —profesor, doctor, licenciado, señor, etc. El señor Schulman es ambas cosas: profesor y doctor, aunque su prestigio internacional no ha menester de titulillos. Ciertamente gramaticalmente el "Mr." por Augier empleado es correcto, pero él no lo emplea aquí como señal de respeto o de cortesía, y menos piensa en la gramática. En la literatura de filiación antinorteamericana de los últimos setenta años escrita en Hispanoamérica, el término "Míster," "míster," o "Mr." se ha empleado miles de veces con intención peyorativa, al igual que "Yankee," "yanqui" o "gringo". Con idéntica intención semántica emplea Augier "Mr." Si su propósito hubiera sido ser simplemente cortés habría usado doctor, profesor, o el equivalente castellano, señor. Ni una sola vez emplea Augier ninguno de los varios títulos a que Schulman es acreedor. Esta es una puerilidad del escritor cubano indigna de un intelectual de talla, máxime en este caso. El profesor Ivan A. Schulman ha hecho cincuenta veces más por la gloria internacional de Martí que el señor Augier y sus admirados "Quesadas" juntos —y esto sin pasarle la cuenta al tesoro cubano. Schulman no usa de Martí como pedestal. Ni su talento ni su auténtica devoción han menester de simulaciones y menos de explotar a Martí y vivir a costa de su gloria y sus papeles. El propósito evidente en este artículo es, primero, defender a "los Quesada" de las incontrovertibles quejas contra ellos expresadas por Schulman, y al mismo tiempo molestar o irritar al hombre que más ha contribuido a enaltecer a Martí en los últimos doce años. La doble injusticia a quien daña en realidad es al señor Augier. El lector enterado y culto no podrá evitar el parangón, con lo cual no es Ivan Schulman el perdidoso. Transcribamos algunos conceptos del artículo de Augier y se verá que no hablamos a humo de pajas ni hacemos cargos inmotivados o dolosos.

En el primer párrafo de su malhadado artículo, el señor Augier parece desaprobar el hecho de que el profesor Ivan A. Schulman haya solicitado ayuda económica a una fundación norteamericana para ir a Cuba a preparar una edición esmerada de los *Versos li-*

bres de Martí, pues las versiones que hasta ahora nos han dado "los Quesada" son una vergüenza nacional —a pesar de que padre e hijo han detentado durante setenta y ocho años los manuscritos que Martí dejó preparados. He leído y escuchado muchos ataques virulentos contra las fundaciones y universidades norteamericanas porque contratan a profesores hispanos de talento y cultura para que en ellas enseñen. Por lo general estas embestidas proceden de gente izquierdista y están cargadas de contenido político subjetivo. En el fondo revelan más incapacidad y envidia que probidad. Esta actitud me ha parecido siempre hipócrita y pueril, y más que nada revelación patente de ineptitud y de idiotez. Es cierto que en los Estados Unidos existen hoy más de treinta mil "fundaciones" fraudulentas casi todas, cuyo fin no es altruista sino todo lo contrario, evitar tener que pagar impuestos sobre la renta. Pero al margen de estas mendaces fundaciones, existen unas cuarenta a cincuenta legítimamente filantrópicas o consagradas a fines culturales como la Ford, la Rockefeller, la Guggenheim, la Carnegie, y para citar una de las más humildes, la José Martí Foundation, con cuyas rentas no se benefician en lo más mínimo sus fundadores. La última mencionada, por ejemplo, prohíbe en sus estatutos que ninguno de sus "trustees" perciba sueldo o remuneración ninguna por servirla ni recompensa económica o estipendio. Con este tipo de fundaciones se han beneficiado miles de intelectuales, científicos, y artistas latinoamericanos tanto como españoles y portugueses, y aun muchísimos proyectos meritorios desdeñados por los desvergonzados gobernantes locales, pero atendidos y financiados por estas fundaciones. Por lo demás, no faltan entre los pedigüños hispanos de ambos continentes muchos hombres de izquierda que han sido socorridos por estas fundaciones. El señor Augier haría labor más digna y martiana si en lugar de atacar a estas instituciones enristrara contra los gobernantes y políticos ladrones y venales de todo el mundo hispano. Estos cacos se cuentan por miles en el ámbito hispano, y no obstante haber robado miles de millones de dólares a sus respectivos pueblos, ninguno de ellos creó una fundación altruista. De los muchos miles de cubanos millonarios —muchos de los cuales robaron al pueblo su dinero—, ¿cuál de ellos dedicó sus millones a crear una fundación filantrópica o fomentadora de la alta cultura? Lo mismo puede decirse de los estafadores del tesoro público de todos los países hispanos. Una vez más hay que repetirle al señor Augier: "Put up or shut up".

Por lo demás, se puede residir en los Estados Unidos y aceptar cátedras o cargos en organizaciones privadas sin traicionar la conciencia o alquilarse. Lo mismo ocurre con los nativos. Los norte-

americanos más nobles y patriotas son precisamente aquellos que se mantienen alerta y censuran las picardías de sus gobernantes. Martí es el mejor paradigma en este caso. Después de peregrinar por Cuba, España, México, Guatemala y Venezuela y ser perseguido en todas partes, decidió que el único lugar de América donde podría residir y predicar desde él su evangelio de amor y dignidad era precisamente esta "yanquilandia" a cuya ambición imperialista y mesiánica tanto temía y combatió, sin dejar por ello de rendirle nunca el tributo de su admiración por las notables virtudes cívicas y amor a la libertad y tolerancia, que aquí encontró. Por su parte, Washington que conocía perfectamente la independencia con que Martí censuraba públicamente las ambiciones y graves fallas de la democracia norteamericana, jamás impidió su noble prédica ni intentó amordazarla ni expulsarlo del país. En los Estados Unidos, señor Augier, la dignidad y la honradez personales no están reñidas con la lealtad que al país deben sus ciudadanos. Al contrario, cuanto más severamente se denuncien las bribonadas de sus presidentes y demás gobernantes, mejor se sirve a la patria y más se la honra.

En el tercer párrafo de este infortunado artículo promete su autor dedicar otro a señalar las fallas que en esta versión de *Versos libres*, Edición, Prólogo y Notas de Ivan A. Schulman, Barcelona, Editorial Labor, 1970, se deslizaron. Creo haber sido el primero en señalar en carta privada al profesor Schulman unos ocho o diez errores y erratas que descubrí en la edición de marras. La suya no es, rigurosamente hablando, una edición crítica, pero sí una edición esmerada y cuidadosamente vigilada —sin duda la más fiel y correcta que de *Versos libres* tenemos. La segunda en el mérito es la que Eugenio Florit nos dio. Las que no pueden tomarse en cuenta son las vigiladas por "los Quesada", no obstante detentar los originales martianos. Ninguno de los dos tenía el talento, la cultura humanística, o la capacidad técnica para ser los editores de Martí. La edición de *Versos libres* que a la devoción y pericia del doctor Schulman debemos es, a despecho de sus leves fallas, el texto martiano más cuidado y fiel que en este siglo se ha publicado. Cada cual hace lo que puede, dijo Perogrullo. De ahí las infames ediciones que de Martí tenemos. El prosista y pensador más original y brillante que América ha producido, y uno de su más excelsos poetas, carece todavía de una edición cuidada y fiel debido al monopolio inepto que sobre el archivo y papelería martianos han tolerado el gobierno y los intelectuales cubanos por setenta y ocho años. Compárense, por vía de ejemplo, las ediciones que de Martí han hecho "Los Quesada" con la que de las *Obras*

completas de Andrés Bello hizo el gobierno de Venezuela hace años. De la desdicha que son las ediciones de *Obras completas* que de Martí tenemos no son responsables únicos los usurpadores de sus manuscritos. Tan culpables como ellos son los gobiernos cubanos todos que han permitido el secuestro por "los Quesada" de los papeles del Maestro. La desidia o la indiferencia con que los gobiernos cubanos han permitido la usurpación del archivo más valioso que en Cuba existe es increíble. Igualmente imperdonable es la actitud de la intelectualidad cubana, y especialmente de los *soi disant* martianos, que jamás han protestado del secuestro y detentación que del archivo martiano han perpetrado "los Quesada". Al contrario. Si hemos de juzgar por este artículo del señor Augier, el pueblo cubano está en deuda con ellos por haber usurpado y expoliado la papelería martiana, y permitido que se deteriore por falta de atención técnica. Por más de un cuarto de siglo quien esto escribe ha protestado ante sus amigos martianos de Cuba contra tanta incuria y desidia tanta. Por último en 1969 dirigí la siguiente carta al Primer Ministro cubano, comandante Fidel Castro. Esta epístola fue remitida al mandatario cubano por vía segura y consignada a un amigo que a su vez lo es de Fidel Castro. Nunca se me acusó recibo de ella, y sospecho que por lo inusitada y franca, nunca le fue entregada al destinatario. Por eso se hace pública ahora:

Los Angeles, junio 25, 1969.

Sr. Doctor Fidel Castro, Primer Ministro
del Gobierno Cubano
La Habana, Cuba

Honorable Comandante:

Ante todo debo presentar mis credenciales porque el asunto que voy a tratar es importante y necesito demostrar que no carezco de títulos para relatarlo ante Ud. en la forma en que lo hago.

Hace cuarenta y siete años que resido en los Estados Unidos, y más de cuarenta que leo, medito y estudio a Martí. De mi cátedra en la Universidad de California en Los Angeles han salido las dos tesis doctorales más eminentes que sobre Martí se han escrito en ninguna lengua o país. He publicado siete libros sobre Martí en inglés y español, y ahora, jubilado ya, y próximo a cumplir 76 años, he dedicado todas mis economías acumuladas durante 15 años a crear esta Fundación José Martí cuyo fin y propósito es promover el interés por Martí y estimular su estudio mediante premios anuales en efectivo

a las tesis doctorales de mayor calibre que sobre él se escriban y trabajos independientes de gran significación. Permítame ahora que haga un poco de historia.

Poco antes de morir, en una simple carta amistosa, encargó Martí a Gonzalo de Quesada y Aróstegui que vendiera la mayor parte de sus libros para ayudar a la revolución y le indicó lo que podía publicar en forma de libro. Respecto a su archivo y manuscritos no le dio instrucción ninguna. Esta carta se ha designado como "testamento literario" de Martí. La encomienda que Martí le dio a Quesada en dicha carta dista mucho de convertirlo en albacea. (El albaceazgo se otorga o establece mediante testamento formal o lo otorga un juez. Jamás se instituye mediante una simple carta amistosa.) Quesada y Aróstegui, muerto Martí, se hizo cargo del archivo y la papelería martiana. Es decir, se constituyó en custodio o curador de los manuscritos y archivo del Maestro que conservó siempre en depósito —nunca en propiedad porque Martí no lo nombró, ni implícita ni expresamente, heredero, sino custodio— y eso tácitamente. Debemos agradecer a Quesada y Aróstegui el interés y pulcritud con que guardó la papelería martiana. De no ser por su diligencia y lealtad al Maestro quizás se hubiese perdido ese tesoro —como se perdió por la desidia o negligencia de la familia Mantilla el contenido de un "baúl mundo" atestado de sabe Dios cuántas cosas importantísimas y acaso manuscritos que Martí dejó en casa de Carmen Mantilla. (Esta gran desdicha me la refirió la propia María Mantilla, la hija de Martí.)

Al establecerse la república, el gobierno debió haber nombrado una Comisión o patronato de hombres cultos y probos encargada de custodiar todo lo que Martí dejó en varios lugares. De haberse procedido con más sentido histórico y patriótico no se hubiera perdido el consabido baúl. Pero la incuria y la indiferencia de los gobiernos republicanos al respecto es poco menos que increíble. Ni siquiera Enrique José Varona que ocupó los cargos de Secretario de Instrucción Pública y vice-presidente hizo absolutamente nada al respecto. El propio Quesada y Aróstegui procedió con pocos escrúpulos. El estaba obligado a gestionar la creación del patronato del cual él mismo debió haber sido presidente, y entregar el tesoro único que custodiaba. Al morir en 1919 el archivo martiano era un *res nullius*, especie de bienes mostrencos cuya propiedad y custodia no reclamó nunca el único dueño a justo título —el gobierno cubano. El hijo de Quesada y Aróstegui, Gonzalo de Quesada y Miranda, se apropió el tesoro como si fuese herencia legítima, y durante cincuenta años justos lo ha mantenido secuestrado en su casa sin permitir que los cubanos y extranjeros que con mayor devoción y competencia han trabajado en Martí tuvieran acceso a estos materiales indispensables. Ni Néstor

Carbonell, ni Arturo H. de Carricarte, ni Luis Rodríguez Embil, ni Medardo Vitier, ni Jorge Mañach, ni Manuel Isidro Méndez, ni Juan Marinello, ni Cintio Vitier, ni Fina García Marruz, ni Fermín Peraza, ni quien esto escribe hemos podido consultar los manuscritos martianos que el señor Quesada y Miranda detenta ilegítimamente. Que yo sepa, sólo a los señores Angel I. Augier y al norteamericano, el profesor Ivan A. Schulman, les ha sido permitido leer las versiones manuscritas que Martí dejó de *Ismaelillo* y de *Versos libres* para hacer sendas ediciones pulcras y cuidadas de estos dos libros. El señor Quesada y Miranda carece en absoluto de aptitudes intelectuales y hasta éticas para ser el editor de las obras de Martí, menos aún para custodiar los manuscritos que por falta de atención técnica y de esmero en su conservación se están deteriorando rápidamente. Indigna pensar que ni el gobierno cubano ni los intelectuales hayan procurado rescatar ese tesoro y depositarlo en la Biblioteca Nacional donde existen los conocimientos y medios técnicos necesarios para preservarlo de la polilla y de los estragos que la humedad hace en libros y manuscritos en Cuba. Quien esto escribe ha protestado muchas veces ante sus amigos martianos de Cuba de tan criminal abandono, porque crimen de lesa cultura es permitir que tan descalificado individuo se apropie, detente y explote ese precioso tesoro que sólo al pueblo cubano pertenece. Al advenimiento de la revolución al poder en enero de 1959 yo abrigué la esperanza de que el gobierno revolucionario nacionalizara el archivo y manuscritos de Martí —el más importante y de mayor trascendencia estética, moral y literaria que Cuba posee— y lo pusiera a buen recaudo en la Biblioteca Nacional donde podía ser técnicamente atendido y cuidado, y donde los investigadores y amantes de Martí, tanto cubanos como extranjeros, pudieran consultarlo. Tengo que confesar mi desilusión. A los diez años de haber conquistado el poder, la revolución ha revelado la misma indiferencia y la misma desidia que todos los gobiernos anteriores. Perdone Ud., señor Primer Ministro, esta ruda franqueza; pero alguien tiene que decirle a Ud. estas verdades. Usted, por su autoridad y prestigio, es el único que puede rectificar la tradicional incuria oficial y rescatar para el futuro un precioso archivo que según mis noticias está ya muy deteriorado como puede comprobar por el testimonio que le adjunto. Martí es la gloria más inmaculada de nuestra América y el único genio que hasta ahora ha producido. Su genio literario, su pensamiento y su ética trascienden el ámbito de la cultura hispana, y empieza a ser una gloria universal.

En enero de 1968 se inauguró la Sala Martí en la Biblioteca Nacional donde se viene reuniendo y catalogando todo lo que de Martí se ha publicado en forma de libro o folleto y todo lo que en libro o

folleto se ha escrito sobre él en muchas lenguas y países. La Sala Martí es una de las grandes iniciativas culturales que honran a la revolución, y será el máximo centro de investigación tanto para cubanos como para extranjeros devotos de Martí. Pero la Sala quedaría incompleta y mutilada sin el archivo y manuscritos martianos. La Sala Martí tan devota, eficaz y fielmente atendida por martiófílos de corazón es el centro lógico para conservar y preservar esos manuscritos sagrados.

Sobre Martí no se puede trabajar con eficacia ni hacer ediciones críticas de su prosa y de su verso sin tener oportunidad de consultar los manuscritos originales del Apóstol. Uno de los objetivos o fines de esta Fundación consiste en conceder becas a estudiosos muy capacitados para que vayan a hacer investigaciones en la Sala Martí de la Biblioteca Nacional, pero este empeño quedaría fallido o defraudado si no pueden consultar los manuscritos originales. Confío, señor Primer Ministro, que Ud. que tantas cosas nuevas ha descubierto y realizado bajo el Sol, ponga coto a tan grande abuso y ordene que todos, absolutamente todos los libros, cuadernos, borradores, manuscritos y papeles de José Martí que el señor Quesada y Miranda mantiene secuestrados en su domicilio particular, sean depositados en el lugar donde deben ser custodiados —la Sala Martí.

Los doctores Raúl Roa, Juan Marinello, Cintio Vitier y José Antonio Portuondo podrán informarle sobre mi labor martiana tanto como sobre la justicia, necesidad y méritos de la medida que en esta carta me permito sugerirle.

Respetuosamente,
Manuel Pedro González

¿Por qué el señor Augier que tan airada e injustamente ataca al hombre que con mayor fervor y competencia ha interpretado a Martí en los últimos lustros no ha tenido jamás una palabra de condenación contra el secuestro interesado e inepto que del archivo martiano ha perpetuado el señor Quesada y Miranda? La explicación no es difícil, pero sería poco caritativo ofrecerla públicamente.

Lo que Augier no puede perdonar al señor Schulman es que haya hecho la edición más esmerada y fiel que de los *Versos libres* tenemos, y que de paso haya denunciado algunos de los dislates y necedades que la estulticia de "los Quesada" hizo inevitables en las ediciones tan adulteradas por ellos dirigidas. Los cargos que Schulman les hace son legítimos y merecidos, pero como se atrevió a decir unas cuantas verdades que ningún cubano ha tenido el coraje suficiente para hacerlas públicas, Augier se acoge al patriotismo

parroquial y tonto, y le niega al investigador norteamericano a quien tanto debe la gloria de Martí, derecho a opinar en esta materia por el mero hecho de no haber nacido en Cuba. "Patriotism is the last refuge of the scoundrel" afirmó hace ya doscientos años el doctor Samuel Johnson. Augier ha sacado valadero una vez más el epigrama en este artículo. Sabe que pisa en terreno falso y que carece de argumentos válidos. De ahí que se refugie en el patriotismo de campanario que Martí hubiera sido el primero en repeler y desechar.

El cuarto párrafo no tiene desperdicio, y a pesar de su extensión se transcribe íntegramente:

En primer término queremos destacar el desenfoque con que Mr. Schulman aborda un asunto tan delicado como del archivo de los manuscritos de Martí, que éste, explícitamente, encomendó a su discípulo —y desde ese momento su albacca literario— Gonzalo de Quesada y Aróstegui, a cuya muerte pasó a su hijo y continuador, Gonzalo de Quesada y Miranda. Uno se pregunta hasta qué punto es admisible que desde el extranjero, alguien que no es cubano, por muy buena intención que invoque, se permita ironizar sobre un hecho perfectamente lícito, histórica y legalmente aceptado, y hable de "triquiñuelas legales" y de "herencia" entre comillas y de "trágico destino" del archivo y que, además, intente dictar normas patrióticas al apuntar que en lugar de haber pasado el archivo martiano "a los Quesada" —como los llama con cierto tono peyorativo— debía ser "propiedad del pueblo cubano por cuya independencia y libertad peleó y murió el apóstol con heroísmo". El sabor demagógico es evidente. Pero a este aspecto nos referiremos más adelante.

Veamos. ¿Por qué es materia tan delicada la apropiación y detentación por parte de "los Quesada" del archivo y papelería martianos? No se trata de delicadeza, señor Augier, sino de reclamar públicamente, y rescatar para el pueblo cubano, la historia y los investigadores y estudiosos de Martí un tesoro que sólo al pueblo cubano pertenece y que usted ha sido incapaz de protestar contra la usurpación y detentación que de él han hecho "los Quesada". La arbitrariedad y descoco con que padre e hijo se incautaron de los papeles de Martí son idénticos a los de muchos gobernantes cubanos que robaron centenares de millones de dólares al tesoro público. Lo que a continuación afirma Augier implica una falsedad, y él lo sabe, porque no puedo hacerle la ofensa de creer que no haya leído la carta de Martí a Quesada, fechada en Montecristi, el primero de abril de 1895, o que no haya sabido inter-

pretar las instrucciones clarísimas que en ella le da Martí respecto a lo que debe y no debe publicar, y a quien debe entregar sus "papeles". Ni Martí "encomendó el archivo a su discípulo [predilecto]", ni lo instituyó "albacea literario", ni la usurpación del archivo por "los Quesada" es "un hecho perfectamente lícito, histórica y legalmente aceptado." Está consentido o tolerado por la incuria y negligencia de quienes estaban en el deber de velar por su rescate. Al contrario de lo que el señor Augier afirma, este cínico escamoteo jamás ha sido un hecho lícito, y el autor de la mendaz afirmación lo sabe. Indique o señale el señor Augier la ley cubana, o el decreto presidencial o la sentencia de la Corte Suprema que adjudica a "los Quesada" la detentación o propiedad de la papelería martiana, y estoy dispuesto a rectificar lo dicho y confesar mi ignorancia.

La fuente única de derecho en que el señor Quesada y Miranda, lo mismo que sus paniaguados y favoritos se apoyan para defender la usurpación y detentación de la papelería martiana es la consabida carta del primero de abril de 1895 a Quesada y Aróstegui. Este era una especie de amanuense o auxiliar suyo, y por supuesto, el hombre que más próximo a él estuvo durante los últimos años de su vida. Martí intuye que el suyo era un viaje sin retorno posible, y a última hora instruye a Quesada en la epístola de marras sobre lo que debía hacer con su biblioteca, igual que sobre los volúmenes que podría publicar si no regresaba. El "discípulo predilecto" cumplió sólo en parte las instrucciones del Apóstol. Debemos agradecerle por ejemplo, que la papelería se haya publicado casi toda, a pesar de las órdenes de Martí en contrario. Respecto a la papelería Martí ordena a Quesada y Aróstegui de modo expreso: "Enviémele a Carmita [Carmen Miyares], los cuadros y *ella irá a recoger todos los papeles*. Usted aún no tiene casa fija y *ella los unirá a los que ya me guarda*. Ni ordene los papeles, ni saque de ellos literaturas; todo eso está muerto, y no hay aquí nada digno de publicación, ni en prosa ni en verso: son meras notas." (El subrayado es mío).

Como se ve por las líneas transcritas, Martí, lejos de instituir al "discípulo predilecto" en albacea, y menos en heredero o propietario, ni siquiera curador de sus papeles o papelería, como él mismo la designó, le ordenó iteradamente que se los entregara a Carmita. El señor Augier hubiera hecho bien en leer de nuevo y con buena fe esta carta antes de escribir las tergiversaciones que el transcrito párrafo contiene. Quesada y Aróstegui, consciente de la importancia que la posesión del archivo del Maestro le reportaría, lejos de entregar a Carmita, como Martí le ordenó, la pape-

lería, se incautó de ella, y a su muerte se la apropió Quesada y Miranda cual si fuese herencia legítima, y todavía la detenta. Repito, pues, que "el hecho no es perfectamente lícito", como el señor Augier afirma, sino muy al contrario, ilícito, y hasta doloso ya que el escamoteo se perpetró en beneficio de los usurpadores.

Igualmente poco afortunado es el quinto párrafo. Ya antes, carente de razones valederas, se había refugiado en el patriotismo primario. A este manoseado y trivial recurso se acogerá de nuevo para defender a sus admirados paradigmas. . . Quisiéramos transcribir todo el párrafo, pero hay que poner puertas al campo. Por eso se citan sólo algunas frases: "Quizás ignore Mr. Schulman que los cubanos profesamos fervoroso respeto e inmensa gratitud a Gonzalo de Quesada y Aróstegui porque gracias a su amor a la memoria de Martí y al legado de que le hizo depositario el Maestro. . .", etc. Ya se vio que no hubo tal legado ni tal depósito por lo que a la papelería respecta, sólo escamoteo. En cuanto "al amor a la memoria de Martí" fue sin duda tan hondo y sincero que apenas seis años después de muerto el Apóstol, el "discípulo predilecto" lo traiciona y traiciona a su país proponiendo a la Asamblea Constituyente que Cuba cediera parte de su territorio a los Estados Unidos y se convirtiera en factoría o colonia suya. ¿Por qué el señor Augier que tanto admira a "los Quesada" no cita esta hazaña patriótica? ¿O es que la "Enmienda" es nefanda para Cuba cuando la apadrina Mr. Platt, pero benéfica y deseable cuando la prohija y defiende el "discípulo predilecto"? Sería interesante conocer el criterio del señor Augier al respecto. Y si tan acendrado era el amor de Quesada y Aróstegui a Martí, ¿por qué violentó en provecho propio la última voluntad del Maestro, apropiándose la papelería que Martí le ordenó entregar a Carmen Miyares? ¿Por qué permitió que se perdiera el manuscrito de la traducción del *Lalla Rookh* y el texto de la introducción que para ella escribió Martí? Según Martí, ambas quedaron sobre la mesa de trabajo del "discípulo predilecto". De ambas parecía Martí satisfecho y se las recomendó reiteradamente. Tampoco hizo como Martí le sugirió este peculiar "discípulo predilecto" el catálogo de los libros que en su biblioteca tenía, catálogo que hoy sería un documento valiosísimo para investigadores e intérpretes de Martí.

En el resto del artículo del señor Augier —y lo no comentado representa más de la mitad del trabajo— hay otros muchos puntos que merecen glosa y rectificación. Pero no debo alargar más estas aclaraciones. No quisiera, sin embargo, cerrarlas sin señalar algunas inexactitudes que en los párrafos no apostillados se descubren. Por ejemplo, cuando en uno de ellos afirma que los manuscritos de

Martí han estado siempre a la disposición de los investigadores, el señor Augier vulnera a sabiendas la verdad. Los manuscritos no se encuentran en ninguna biblioteca ni archivo públicos, sino en la casa particular del señor Quesada Miranda, quien los enseña a sus paniaguados, y eso sólo muy parcialmente.

En otro párrafo el señor Augier funge de purista o casticista del idioma y acusa al doctor Schulman de no dominar el castellano. Ya quisiera el señor Augier tener el dominio del inglés —o de cualquier otra lengua extranjera— que el profesor Schulman tiene del español. Si la cultura filológica del señor Augier no fuera tan exigua se habría percatado de su propio error al considerar como tales lo que según él comete Schulman al escribir *dialogizar* y *dialogiza* que en filología —el sentido en que Schulman los emplea— nada tienen que ver con dialogar. El señor Augier debió enterarse primero antes de pretender enmendarle la plana a su víctima. En cuanto a los otros dos vocablos —*concretizar* y *expresionístico*— que Schulman emplea y Augier rechaza y condena, están perfectamente derivados y su empleo es legítimo.

Créame, señor Augier, que no ha sido grato ni fácil para mí escribir este comentario. Alguna vez escribí sobre usted con elogio que estimé merecido. Ojalá hubiera podido decir otro tanto de éste su artículo de ahora. Confieso que me irritan la ingratitud y la injusticia. Usted ha sido ambas cosas con el profesor Schulman —y lo más triste es que lo ha hecho a sabiendas para defender a sus admirados Quesada...

“ESPAÑOLITO QUE VIENES AL MUNDO . . .”

Por R. OLIVAR-BERTRAND

HACE tiempo se viene registrando la creciente aceleración del ritmo de la historia en economía como en política, en filosofía como en música, literatura, artes plásticas. . . Aceleración indiscutible que, observada en ciertos pueblos, produce vértigo. Es lo que nos ocurre cuando, con un esfuerzo de la imaginación, pasamos revista a las secuencias cinematográficas que pudieron haberse tomado sobre historia española de los últimos años del primer cuarto del siglo que aún nos dura. Tomemos nota fugaz de algunas de ellas.

Cuarenta y ocho horas antes que se firmara el armisticio en tierras de Champaña, el 9 de noviembre de 1918, García Prieto volvió a libar las mieles de la presidencia de un consejo de ministros que duró. . . veintiún días. Le sucede el conde de Romanones y, en abril del año siguiente, Antonio Maura otra vez, cabeza visible de un segundo gobierno llamado nacional con mayores esperanzas que el primero. El paréntesis en la tarea de gobernar no había supuesto merma de las actividades políticas de don Antonio, desplegadas en discursos, como el pronunciado en el congreso sobre la autonomía reclamada por los catalanes. Y lo cito aquí para constancia de lo que sigue siendo problema sin solución, aun cuando los mauristas piensan haberla encontrado.¹ Para subsanar frecuentes olvidos, señalemos la palpitación del nacionalismo vasco que, como el catalán, únicamente podía encontrar “en la autonomía nacional descanso a su largo batallar”; nacionalismo con rotundas aspiraciones que no podían satisfacerse en el marco de las superestructuras. En un manifiesto, los corazones embriagados de Euzkadi acababan de afirmar:

A los vascos les es imposible vivir más tiempo bajo el régimen arcaico, mezcla de incompetencia, de abuso, de indolencia y letargo que les oprime y que ha llegado la hora —hora universal— de que

¹ Los centros mauristas de Cataluña hicieron una edición popular del mencionado discurso, declarando en ella, paladinamente, que don Antonio Maura deseaba la autonomía de los catalanes. (Barcelona, imprenta-editorial barcelonesa, 1918.)

los pueblos que son más fuertes, más vitales, más sanos que la organización del Estado a que están sujetos encuentren y se den una organización capaz de garantizar la satisfacción de sus necesidades.²

En febrero, con soberbia muy suya, pronuncia Maura una conferencia en el Centro del Ejército y de la Armada sobre la organización internacional para cuyo estudio había nombrado Romanones una comisión.³ Al margen del torbellino de gobiernos que se suceden en la capital de España, con menoscabo de prestigio, desde luego,⁴ en la apertura de las cortes de junio de este año el rey⁵ alude a la retirada de Petrogrado de la misión diplomática española y al reconocimiento de los nuevos estados europeos: Finlandia, Polonia y Checoslovaquia.⁶ Informa asimismo sobre el ingreso de España en el Comité Ejecutivo provisional de la Liga de Naciones y registra, finalmente, al término de las hostilidades, "mudanza proporcionada a la magnitud del trastorno que ellas habían ido causando". Señaló que urgía un reajuste sistematizado y renovador, "por vías de justicia", en todos los ramos de la actividad humana.

Pero lo que verdaderamente urgía era enfrentarse con el angustioso problema social, agudizado por las secuelas calamitosas de la primera guerra mundial. El problema se transforma ahora en pesadilla de las clases acomodadas, las cuales, a las reclamaciones laborales replican con intransigencias que, sabemos hoy, habían de costarles caras.⁷ La pluma de Cambó relaciona algunas causas pro-

² *Autonomía Nacional y Democracia*. Proclama firmada por Jesús de Sarriá, director de *Hermes*, en Bilbao, el 24 de noviembre de 1918.

³ Por decreto de 9.XII.1910. La conferencia de Maura fue sobre *Sociedad de Naciones y fuerzas militares* (Madrid, 15.II.1919).

⁴ Aún hay optimistas que escriben, como Luis de Zulueta a Unamuno: "Estoy, sin embargo, convencido de que nuestra política se transformará... en primer lugar, porque España se está transformando por debajo. Y, en segundo lugar, porque este mismo proceso de descomposición de los organismos políticos caducos, la ruina de los grandes partidos simulados, es una esperanza". En *Unamuno-Zulueta. Cartas, 1903-1934*. Prol. y notas de Carmen de Zulueta. Biografía de A. Jiménez-Landi. Madrid, Aguilar, 1972); cta. de 8.VIII.1919.

⁵ *Suplemento a la "Gaceta de Madrid" correspondiente al día 24 de junio de 1919*. No olvidemos que los discursos de los soberanos, en las monarquías constitucionales, son obra de los gobiernos responsables, en este caso de Maura.

⁶ En la bibliografía a que dio lugar en España la formación de estos nuevos estados, citemos el compendio y documentado volumen de R. Beltrán Rozpide, *Nuevas nacionalidades en Europa* (Madrid, 1919), con mapa plegable, de la Real Sociedad Geográfica.

⁷ Un ejemplo. La cta. a Maura de la Unión de Industriales Metalúr-

vocadoras del malestar ciudadano en la capital catalana: Primera, el ineficaz mantenimiento de la previa censura; segunda, el cierre del Centro Autonomista de Dependientes de Comercio, cuando seguían funcionando "consentidos y amparados por la autoridad", centros políticos, sociedades obreras y timbas sin número; tercera, el *soviet* de oficiales cuyas decisiones prevalecían sobre la autoridad del capitán general, imponiendo condenas vergonzosas en los tribunales militares.⁸ Es una carta de Juan Moneva y Puyol, católico y maurista nada sospechoso de revolucionarismo, la que explica y disculpa —si no justifica— el grado de violencia a que se había llegado en las cuestiones sociales. Ante todo la violencia ejercida por los sindicalistas, hombres "cargados con vejaciones de varios siglos atrás". (Ruego al lector reflexione sobre la rotundidad de la expresión). El atentado personal, delito para los leguleyos, era síntoma de malestar, de cuya responsabilidad no estaban exentos hombres de orden —algunos devotísimos—, que serían los primeros en ejercer la censura de los textos evangélicos que él, Moneva y Puyol, se atreviera a enviar a las páginas de *El Noticiero* o *El Debate*.⁹ Si los tibios entre estos elementos de orden arbitran proyectos para la formación de un partido moderado,¹⁰ los militares plantean soluciones para la preservación del régimen tradicional amenazado. Dice el marqués de Estella en una entrevista periodística:

España, felizmente, no tiene ninguno de los motivos que pudiéramos llamar de fondo y que existen en los demás países beligerantes para subvertirlo todo, como lo han subvertido en la antigua Rusia y en las mismas Alemania y Austria-Hungría. Aquí, ni ha habido pérdida de vidas, ni odios, ni miserias, ni extenuación por hambre, ni otras calamidades, y sí sólo las molestias inherentes al estado anormal del mundo, de las cuales no cabía que nos librásemos viviendo en él, pues hasta la epidemia pasada, con no haber revestido caracteres graves, no lo han sido éstos tanto como en otros países neutrales y, desde luego, como en los beligerantes. Mas, a pesar de todo, hay que reconocer que el sindicalismo labora sin descanso y labora, más que por propia convicción, por influencias extrañas, que tal vez

gicos de Valencia (18.X.1918), va henchida de agravios contra los obreros. En la del gobernador civil de la región levantina, Juan Sánchez Anido, al subsecretario de Gobernación (28.X.1918), se condena la intransigencia de la patronal. Ambas ctas. en el *Archivo Maura*, Madrid.

⁸ Sin fecha, pero de la primavera de 1919. *Archivo Maura*.

⁹ Zaragoza, noche de Nadal, 1919. *Archivo Maura*.

¹⁰ Olivar-Barallat, Corina, "Datos político-sociales de España. 1915-1917", en *Cuadernos de Historia de España* (Buenos Aires, 1967).

derramando dinero a manos llenas tratan de provocar una revuelta para cambiar de postura y ver si yendo contra el régimen ellos mejoran de condición.¹¹

El objetivo del general era "defender la sociedad mediante la creación del *ejército social*, que será su salvaguardia y permitirá, por tanto, que con la conservación perfecta del orden el capital afluya, lejos de huir o abstenerse, y que entrando el movimiento, puesto que él es la savia, sea robusta la vida de la nación".¹²

Los obreros, incluso los intelectuales al margen de manipulaciones burguesas y ensueños militares, se enfrentaban con la situación de muy distinto modo. Los primeros, adelgazada su sensibilidad en la trinchera de Cataluña, ven transformarse en caza del hombre el duelo entre la patronal y los sindicatos, y al plantearse la aparición de la Tercera Internacional, no sólo saludan alborozadamente —como en Castilla y Asturias— la extinción del zarismo, sino que prometen su oposición al bloqueo decretado por la Entente contra el naciente Estado soviético. Los matices que perfilan a los mejores intelectuales de la época, señalan siempre el divorcio entre la nación y la superestructura de turno. Pero de esos matices se ha escrito tanto, a partir de los relacionados por Ramón Pérez de Ayala en su *Política y toros*, editada en 1920, que es preferible recomendar la lectura de los que han sabido compendiarlos con precisión.¹³

EL premio que los vencedores de la Gran Guerra otorgaron a España por la neutralidad mantenida durante el conflicto consistió en permitir que siguieran, Tánger con su estatuto internacional, y Gibraltar con su pabellón británico. Fueron repercusiones negativas, no sin protestas ajenas al "sistema habitual de la vaselina".¹⁴

¹¹ *Opiniones del Excmo. Sr. Capitán General Marqués de Estella, emitidas ante un redactor del periódico "El Ejército Español", con motivo del problema de orden público en los actuales momentos* (Guadalajara, 1919), p. 7.

¹² *Continuación a las opiniones del Excmo. Sr. Capitán General Marqués de Estella y contestación a comentarios habidos en la prensa, con el resumen de la idea* (Guadalajara, 1919), p. 46.

¹³ Remitimos al cap. X, "Trascendencia del período histórico 1917-1920", de la obra de Manuel Tuñón de Lara, *Medio siglo de cultura española* (Madrid, Tecnos, 1970); pp. 185-221, a completar en Raymond Carr, *Spain, 1808-1939* (Oxford, Clarendon Press, 1970), pp. 509-524 por lo que al deterioro social-político se refiere.

¹⁴ Cta. de Maura a su hijo Gabriel, Solórzano, 1º.IX.1919, y cta. de Eusebio Andreu al mismo destinatario, Tanger, 7.I.1920. *Archivo Maura*.

Resultado tan poco halagüeño, ¿se debía quizá a recelos internacionales? Llanos y Torriglia parece corroborar la sospecha al escribir en Londres, a fines de octubre de 1919: "A los españoles nos acogen, por regla general, con muchas reservas mentales, en primer lugar, por nuestra neutralidad, que casi todos suponen germanófila. . .".¹⁶ Lo que embargaba el inquieto ánimo de los españoles era la zozobra interior y el no poder expresar con crudeza la disparidad de pareceres. La Cierva ("pantera parlamentaria" le llama Luis de Zulueta)¹⁶ clama en el congreso por un gobierno estable y vigoroso, con autoridad para imponer el orden público deseado por las fuerzas tradicionalistas del país.¹⁷ ABC se complace, a los once años de distancia, en execrar una vez más la memoria de Ferrer, aclamando el fallo que le condenara como "legítimo y justo";¹⁸ y en la misma edición, ironizan los editores sobre los gestos teatrales de los catalanistas indignados, según el corresponsal en Barcelona, de que no se les hubiese dejado "vitorear tranquilamente ante un extranjero a Cataluña libre ni dar mueras a España".¹⁹ Goicoechea, después de informar sobre sus intervenciones en Barcelona, da cuenta de lo ocurrido en Sabadell durante la conferencia que los mauristas de la población le habían organizado. Un breve párrafo pinta uno de tantos incidentes que aceleran el pulso de una España que nunca lo había perdido:

Al advertir yo, desde el comienzo de la conferencia, la hostilidad del público, pude conseguir momentáneamente reducir a los sindicalistas al silencio y aun obtener su aplauso. La convicción que tenían de la superioridad numérica les hizo reaccionar en seguida y volvieron a interrumpir. Obligado yo entonces a elegir entre suspender el acto o admitir controversia, opté rápidamente por lo segundo, y al escenario subieron dos desdichados que vomitaron, en discursos que fueron oídos con toda tranquilidad, las vulgaridades y necedades de costumbre, v. g. que el comunismo era la única solución, que merced

¹⁶ Londres, 29.X.1919. *Archivo Maura*.

¹⁶ Cta. citada en n. 4.

¹⁷ *Discurso pronunciado en el Congreso de los Diputados los días 7 y 8 de enero de 1920 por el Excmo. Sr. D. Juan de la Cierva y Peñafiel, sobre el estado social de Barcelona* (Madrid, Sucesores de Rivadeneyra, 1920).

¹⁸ Edición del martes 4.V.1920, p. 11.

¹⁹ *Ibidem*, p. 13. En la p. 15 los titulares de la sección "Conflictos Sociales" son índice de la zozobra en que se vivía. Copio: Explosión de un petardo en Zaragoza, Agitación en Valencia, Agresión a la guardia civil, Dos muertos y varios heridos, Explosión de una bomba, Otro crimen sindicalista en Barcelona, Amenaza de huelga general en Salamanca y Soria, Los mineros de Peñarroya. . .

a él "todos podríamos ir vestidos de seda" (textual), etc., etc. Al acabar ellos, reclamé enérgicamente mi derecho a contestarles, y lo hice con bastante extensión y toda la dureza necesaria...²⁰

El tiempo transcurrido nos permite mencionar los hechos cruciales del año 21 sin intentar análisis reiteradamente ofrecidos. En la Asamblea internacional con sede en Ginebra, se reconoce oficialmente el idioma español, y España es designada "en primer término, para formar parte del Consejo de la Sociedad de Naciones, al que sólo pertenecíamos hasta ahora en virtud de una cláusula del pacto preliminar del tratado de paz", lee el rey.²¹ Palabras todas ellas muy dentro del protocolo, aunque poco en armonía con los resultados tangibles que de los honores internacionales esperaba la opinión española interesada aún en hidalguías.

El miedo, y no las hidalguías, favorece la constitución en Barcelona de una entidad popular de Acción Ciudadana, bosquejada poco más de un año antes al recordar el crecimiento extraordinario de la capital catalana debido a la propulsión provocada por la guerra mundial. Como la riqueza no cabía en los modestos cauces económicos de la Barcelona de antes del conflicto, muchedumbre de forasteros y extranjeros se habían lanzado al goce sin freno de beneficios nunca vistos. El resultado aparecía en "la codicia insana de todos con su obligada cohorte de abusos, atropellos y vejaciones". Quimérico era, según demostraba la experiencia, aguardar de las corporaciones oficiales remedio al desbarajuste social causado por la guerra, y quimérica la ilusión de cambiar el curso de los acontecimientos con el advenimiento de determinado partido político a las alturas del poder. Las *clientelas* impedirían siempre las medidas enérgicas que se imponían. Entretanto, "la escoria y los detritus humanos de todo el mundo y especialmente de Europa [hallarían en Barcelona] cómodo albergue y campo apropiado al desarrollo de sus fechorías", por la carencia total de policía y vigilancia.²² En el vocablo "forasteros" —aparte el de extranjeros asimilados "a los detritus humanos"— ¿se incluía a los que integraban, con dinamismo, los partidos y organizaciones extremistas? Lo único que sabemos es que el miedo se generaliza y, a la desesperada, las clases pudientes intentan eliminar cuanto pone en peligro la feliz mediocridad de una burguesía que ha perdido el tino.

²⁰ Madrid, 1º.VIII.1920. *Archivo Maura*.

²¹ *Suplemento a la "Gaceta de Madrid"*, 4.I.1921.

²² *Conferencia leída en el Salón de Ciento de las Casas Consistoriales el día 27 de febrero de 1921, para dar a conocer el proyecto de constitución de la entidad popular Acción Ciudadana de Barcelona, iniciado por don Joaquín Durán Ventosa. La iniciativa databa de diciembre de 1919.*

Pero los dos sucesos capitales del año 21 —el asesinato de Dato y el desastre, otro más, de Annual— encaraban a los españoles con las tres formas políticas que se disputaban la gobernación del futuro: "la venerable democracia, la joven, y aún imberbe, dictadura del proletariado y la dictadura fascista de arcaico molde romano pero de contenido actual".²³ El primer suceso nos incita a evadirnos lo mismo de las puntillidades documentales que del tráfigo y tráfico ciudadanos para acudir con la imaginación a la basilica de Atocha, o mejor, al Panteón de Hombres Ilustres que en cuadrilátero silencioso se abre contiguo, conscientes de lo adormecido que está el espíritu que levantó sus muros. Al deambular por la espaciosa galería, saludamos a don Juan Prim y Prats, eliminado trágicamente de la escena española en diciembre de 1870. Enfundada en el uniforme de capitán general, la estatua del vizconde del Bruch, conde de Reus y marqués de los Castillejos ha captado la serenidad con que probablemente deseaba morir el modelo vivo del escultor. Subrayemos que los trabucos que en la calle del Turco cercenaron su vida a los cincuenta y seis años legaron a los españoles cuatro de interinidad, caracterizada por desasosiego, petulancia, intriga y cansancio sucesivamente. Dando la espalda al caballero Prim, nos detiene la teatralidad del monumento a don Antonio Cánovas del Castillo, segundo prohombre sacrificado en el patético itinerario de un siglo. Haciendo abstracción de la ornamentación que lo circunda, fijamos la mirada en los pliegues del sudario que cubre la estatua, salvo manos y rostro, dormido el original que vio el artista, conformado con una muerte en la que se resistía a creer. Recordemos que la fórmula de Cánovas —asesinado en Santa Agueda, agosto de 1897—, hecha de transacciones y posibilidades con absoluto desdén para con las clases laborales inteligentes y protestatarias, estaba condenada a no aterciopelar las aristas de los españoles. El atentado no despertó ningún movimiento de opinión nacional, pero de él se derivaron la apatía y, en contraste, la exacerbación de extremismos que arruinaron la viabilidad de una convivencia²⁴ en la morada común. Cruzo el patio y contemplo la sobriedad del mausoleo a don José de Canalejas, asesinado en la Puerta del Sol —noviembre de 1912— por un aragonés que, con el mismo revólver, segó luego su propia vida. ¿Y cuándo desaparece Canalejas de la escena? Cuando, en aras de esa

²³ Pérez de Ayala, *Política y toros*, en Ob. Comp., edic. de J. García Mercadal (Madrid, Aguilar, 1963), III, p. 1027.

²⁴ Observemos que el vocablo —expresivo, eufónico, preñado de futuro— no existe en francés ni en inglés, aun cuando los pueblos que respectivamente hablan estos idiomas han demostrado conocer prácticamente su significado mucho mejor que los españoles.

desconocida convivencia, se adoptan medidas para evitar huelgas en los servicios públicos, se aprueba definitivamente el proyecto de Mancomunidades encargadas de integrar, no de uniformar a todos los españoles, y se pone un valladar a la tradicional presión del clero. La desaparición del prohombre —un intelectual pasado a la política— profundizó el foso entre las fuerzas conservadoras y las de tipo socialista en detrimento de los partidos medios, liberales y republicanos, dando alas a la rebeldía cuya extirpación se confía a operaciones quirúrgicas respaldadas por el ejército.²⁶ Recruzando el patio, el contraste de la estatua yacente de Dato —enigmática como el modelo— despierta las reminiscencias de un gobierno que, a merced de las oposiciones, se atrevía a "tomar acuerdos con soltura y secreto". Jefe de los *idóneos*, mezcla rara de vaselina y acero, ¿cómo no vaciló al firmar el nombramiento del general Martínez Anido para el gobierno civil de Barcelona? Veintiuna autopsias, víctimas del sindicalismo en día y medio, no justificaban confinamientos, deportaciones, encarcelamientos, disparos contra presos en fugas... propiciadas. Los balines de la ametralladora que le acribillaron en la Plaza de la Independencia —marzo de 1921— pusieron de relieve la baja cotización de la aristocracia, la mesocracia, la burocratización de la Iglesia y el sindicalismo, nada ideológico, del ejército "pro pagas y subsistencias". La lección que sacamos, al término de nuestro breve recorrido por el Panteón de Hombres Ilustres, es que el principio abstracto de autoridad no tiene sentido para la inmensa mayoría del pueblo español, en lo cual se ha adelantado a los pueblos todos del mundo occidental de nuestros días.

EL segundo suceso —desastre de Annual y consecuente exigencia de responsabilidades²⁶— nos hace otorgar entera razón a Unamuno cuando escribe que "los tiempos están, diga lo que quiera algún cronista, para gritos".²⁷ Si en la península había que escoger entre convulsiones intermitentes o la perpetua tiranía, en Marrue-

²⁶ En la tradición constitucional, operaciones carentes de toda ley. Traduciré un texto de G. M. Trevelyan: "En 1882, cuando el asesinato de lord Frederick Cavendish, expresó Grey sus simpatías por la aplicación de la ley marcial a Irlanda, ley que exigía la indignación popular. Contaba Grey entonces 20 años. Su abuelo, el viejo ministro del Interior, le interrumpió bruscamente para recordarle que 'la ley marcial era la suspensión de toda ley'". En *Grey of Fallodon* (Londres, Longmans, Green and Co, 1946), p. 1.

²⁶ V. en Carr, *ob. cit.*, pp. 516-23.

²⁷ *Unamuno-Zulueta*, cta. de 3.IX.1921.

cos no había "ambiente para una obra discreta de protectorado, de la que algunos hablan, pero nadie siente, y es preciso elegir entre ir a matar moros o abandonar la Zona".²⁸ Los artículos de fondo en las primeras planas de los periódicos se ocupan, preferentemente, de los dos ruidosos sucesos antes aludidos; pero como para la vida de la nación la voluntad de lucha de las masas trabajadoras no sufría intermitencias y, con frecuencia, hormigueaba en el ánimo de los gobernantes, era esa voluntad de lucha la que registraba el pulso todos los días. Veamos un caso hormigueante. Con fecha 22 de agosto de este año de 1921, Manuel Núñez de Arenas,²⁹ secretario del Comité Nacional del Partido Comunista Obrero, escribe a don Antonio Maura, presidente ahora de un gobierno de emergencia. Escribe una carta, repito, suponiendo "en los consejeros entrantes una clara orientación política que contraste con la absoluta indefinición ideológica de los precedentes, indefinición que les había llevado a subvertir los términos de gobierno; erigiendo en única norma los bajos menesteres policíacos y atropellando y vejando, con absoluta arbitrariedad, sin asomo de razón, a todos los ciudadanos".³⁰ Informa Núñez de Arenas sobre la constitución del Partido Comunista Obrero, inspirado en los principios puros del marxismo y adherido ya a la III Internacional. Los ciudadanos que lo componían, "acostumbrados a ejercer sus derechos", habían redactado estatutos provisionales y reglamentos, presentándolos luego a las autoridades para ajustarse a la ley de asociaciones vigente. Pero las autoridades, "sin una explicación, sin un razonamiento, sin una respuesta", impedían reuniones y no aprobaban los reglamentos. Planteábase, pues, el problema político de la legalidad o ilegalidad de un partido con normas internacionales, que "funcionaba legalmente en todos los países civilizados". Como la situación duraba desde el mes de abril, Núñez de Arenas, en nombre de la Comisión Organizadora, deseaba saber a qué atenerse, bien para moverse a la luz del día o en la clandestinidad. "Que la fuerza de la expansión de las ideas no se puede contener por decretos", añade.³¹

En aquellos tiempos de corrección, de civilización escrita, en que un presidente del consejo de ministros contestaba las cartas de un simple ciudadano, don Antonio Maura contestó, en efecto, el 25 de agosto la de Manuel Núñez de Arenas,³² a juzgar por la

²⁸ *Ibidem*, cta. de L. de Z., 28.XII.1921.

²⁹ V. su semblanza espiritual e ideológica, con calor de humanidad, en Tuñón de Lara, *ob cit.*, pp. 157-221.

³⁰ Madrid, 22.VIII.1921. *Archivo Maura*.

³¹ *Ibidem*.

³² No he encontrado ni original ni borrador.

réplica de este último,³³ sin comprometerse a nada. Y esto era lo que escamaba a Núñez de Arenas, pues, pasado otro mes, no sólo los gobernadores de provincias dejaban de legalizar las agrupaciones comunistas, sino que el propio ministro de Gobernación hacía públicas explícitas declaraciones en las que afirmaba la imposibilidad de considerar legal al partido comunista. Núñez de Arenas, hombre culto, de acusada personalidad y arraigadas ideas, pregunta: "¿Infringen algún precepto legal nuestros reglamentos o el pensamiento que los informa se considera delictivo?" El Comité Nacional del Partido Comunista Obrero y, en su nombre, el secretario general, confían en una precisa y patente declaración al objeto de fijar el terreno de actividad a que deberán dedicarse, actividad "que en ningún caso había de cesar".³⁴ Remataremos el caso hormigueante con la carta del ministro de Gobernación, señor Coello, fechada el 6 de octubre siguiente, iniciada casi con la aseveración gratuita de que Núñez de Arenas perseguía, sencillamente, "la impunidad para sus propagandas".³⁵ A continuación recuerda que de la lectura de los estatutos de las agrupaciones comunistas hecha en consejo de ministros, se habían localizado declaraciones subversivas, tales como: la destrucción violenta del poder burgués,³⁶ el recurso a la lucha para la emancipación revolucionaria del proletariado,³⁷ destrucción del mecanismo político-administrativo de la burguesía,³⁸ instauración del sistema ya implantado por la revolución rusa...³⁹ En el consejo de ministros se había apreciado "la imposibilidad absoluta de dar vida legal a una propaganda de esa naturaleza", ratifica el señor Coello, y añade por su cuenta: "Sería suicida el Estado que lo consintiera".⁴⁰ El ministro de la Gobernación aprueba la negativa de los gobernadores de provincias a dar su aprobación a los reglamentos presentados,⁴¹ reconoce haber hecho declaraciones a los periodistas, *delibe-*

³³ Con fecha 27.IX.1921. *Archivo Maura*.

³⁴ *Ibidem*.

³⁵ Madrid, 6.X.1921. *Archivo Maura*.

³⁶ Art. 3 de la *Declaración de principios de los Estatutos Provisionales del Partido Comunista Obrero*. Tengo delante un ejemplar.

³⁷ *Ibidem*, art. 4.

³⁸ *Ibid.*, art. 6.

³⁹ *Ib.*, art. 7. Se refiere, copio de los *Estatutos*, a los Consejos de Trabajadores, industriales y agricultores.

⁴⁰ Cta. de n. 35.

⁴¹ Tengo un ejemplar a la vista: *Modelo de reglamento de agrupaciones comunistas obreras*. Está dividido en las secciones siguientes: Objeto y condiciones (arts. 1-2), De los afiliados (arts. 3-15), Del comité local (arts. 16-18), De las comisiones especiales (art. 19), De las asambleas (art. 20), De la mesa de discusión (art. 21), De los elegidos del parti-

radamente, para hacer constar que el partido comunista no tenía vida legal en España y también para que los españoles se fueran enterando de que, afiliándose al partido, faltaban a la ley. Con la excepción de *La Libertad*, *El Socialista* y *La Aurora Roja*, la prensa incluso de izquierdas no censuraba la teoría del señor Coello. Era de desear que se debatiera el asunto en el parlamento para que se viera "la razón evidente que asiste al gobierno para no dar vida legal e insensata beligerancia a propagandas tan revolucionarias y peligrosas".⁴²

SON estos años, hasta 1923, de protesta abierta continua: españoles rebeldes que, procedentes de las masas, las ponen en conmoción; españoles no menos disconformes con una estratificación heredada, criados en el seno de clases acomodadas, que sueñan con orientar y dirigir las masas hacia una sociedad más justa y más culta; españoles preeminentes, recelosos de esas mismas masas, aunque dispuestos a romper los moldes arcaicos de una organización nacional que no sirve para toda la nación. . . Todos: anarquistas, socialistas y comunistas, republicanos austeros, noventayochistas, nacionalistas catalanes y vascos,⁴³ intelectuales teñidos de aristocratismo cultural. . . son autores o espectadores irritados de un drama que llena de pánico a las superestructuras, despertando en algunas⁴⁴ el deseo de un golpe de Estado cuando no de un baño de sangre. Estos últimos son también españoles, por lo que la copla de Antonio Machado es cifra de intrahistoria peninsular:

Españolito que vienes
al mundo, te guarde Dios.
Una de las dos Españas
ha de helarte el corazón.

Junto a la cerrilidad patronal, la violencia de los pistoleros, la obstinación de los sindicalistas —C.N.T. o U.G.T.—, la intransigencia del alto clero acusador de maestros liberales y de vendedores

do (arts. 22-23), Varios (arts. 24-26) y, a seguida, un art. transitorio, requisitos que hay que llenar para legalizar una organización, modelos de oficios y de cartas.

⁴² Madrid, 6.X.1921. *Archivo Maura*.

⁴³ V. el esquema de la protesta nacionalista de catalanes y vascos en Carr, *ob. cit.*, pp. 538-58.

⁴⁴ No todas. Con don Antonio Maura fueron bastantes los que desaconsejaron al rey el recurso de la dictadura, por imposibilidad de lograr con ella el retorno a un pasado, anacrónico ya, calificado de normalidad constitucional. V. en Carr, *ob. cit.*, pp. 522-23.

de biblias...⁴⁵ La nota general es el desafío iracundo de las Españas. Así llegamos al 20 de setiembre de 1923, en que Llanos y Torriglia escribe una carta a Gabriel Maura poco después de ocurrir "lo de Barcelona". Para aliviarse de lo que no acaba de ver claro escribe a los amigos, interroga a conocidos tan *in albis* como él mismo, y observa:

En Madrid, salvo el elemento militar que está muy alzaprimado y muy convencido de que van a sanear a España, derrotar a Abd-el-Krim y salvar la monarquía, la impresión general es de duda y aun de temor. Claro es que hay pesimistas negros y algunos optimistas ultra-rosas. Pero el término medio de los que de ello hablan, luego de alegrarse del puntapié de Alba, se llevan la mano a las posaderas en previsión de lo que pudiera venir. Los liberales andan con el rabo entre piernas, y los socialistas y comunistas bañándose en agua de rosas y prometiéndoselas muy felices para plazo breve.⁴⁶

Poco es lo que transpira al público de la voluntad de Primo de Rivera, marqués de Estella —"nuestro Mussolini", le llama Llanos y Torriglia— y ese poco son proyectos atribuidos, no confirmados:

Deportación de 41 ex-ministros y políticos de primera fila, inmediata destitución de ayuntamientos y constitución de Juntas de mayores contribuyentes en cada municipio, suspensión de la ley del jurado (con vistas a la causa de Dato), nueva ley electoral con prohibición de ser diputado a quienes lo hayan sido en las cortes últimas o por más de seis años, etc., etc. Y, por supuesto, inmediata empresa marroquí a todo trapo.⁴⁷

Se trataba, lo vemos ahora, de la efectiva vuelta de los militares a la política, a una clase de política. Y escribo "efectiva", cuando tenía que haber añadido "al aire libre", porque los hechos pacientemente registrados por el historiador nos aclaran que si los generales, desde la sublevación de Villacampa en 1886 hasta 1923, habían abandonado la política a los paisanos, lo habían hecho con dos condiciones: que no se tocara al ejército y que se les reconociera su influencia en la vida política.⁴⁸ La proclama de Primo de Rivera enumeraba objetivos concretos: purga de políticos, logro de la paz social y solución al problema marroquí en un breve paréntesis de vida constitucional. La "revolución de real orden",

⁴⁵ Unamuno-Zulueta, ctas. de enero, 1922.

⁴⁶ Madrid, 20.IX.1923. *Archivo Maura*.

⁴⁷ *Ibidem*.

⁴⁸ Carr, *ob. cit.*, p. 559.

como la bautizó Unamuno,⁴⁹ alargó el paréntesis durante seis años, lo sabemos hoy, con dos más de deterioro que desembocaron en el colapso de la monarquía, el segundo en sesenta años. Nuestra tarea nos exige precisar algunas reacciones al aguijón de turno, sin demorarnos en procesos ya hechos.

El 24 de setiembre de este año de golpe de Estado, escribe Angel Ossorio a Gabriel Maura, obsesionado con la búsqueda de un hombre civil capaz de arreglar la "barbaridad" constituida en poder desde pocos días atrás. Su dialéctica le hace exponer hipótesis:

Primera, que estos hombres lo hagan muy mal, abusen de su poder y propendan a un imperialismo reaccionario (la suspensión del jurado en toda España, la supresión de la mínima garantía del artículo 66 de la Ley de contabilidad y el nombramiento de Martínez Anido). En tal caso la revolución social habría encontrado magnífico pretexto e iríamos a una catástrofe generalizada y duradera. Segunda, que estos hombres lo hagan muy bien y reciban aplausos constantes de la opinión. Lo natural es que en tal caso quieran quedarse. No necesito apuntar los peligros de convertir en endémica esta situación, porque usted ya los da a entender claramente. Tercera, que estos señores lo hagan perfectamente, borren la huella de los vicios pasados y tengan además la virtud de retirarse prontamente. Pues aun así el mal será irremediable, porque no se retirarán, sino que se quedarán entre bastidores, con la espada levantada, recordando a todos los gobiernos que ellos han sabido actuar como los propios ángeles y que están dispuestos a volverlo a hacer en cuanto estimen que las cosas van mal.⁵⁰

Contra "la pasividad, rayana en la indiferencia", con que la sociedad española presenciaba lo que ocurría; contra los barrenos que el Directorio metía todos los días en la constitución, Ossorio deja entrever una sola esperanza: Antonio Maura para el día de mañana.⁵¹ De agosto del siguiente año tenemos otra carta de Ossorio

⁴⁹ V. en Carlos Esplá, *Unamuno, Blasco Ibáñez y Sánchez Guerra en París. Recuerdos de un periodista*. Prólogo de Augusto Barcia (Buenos Aires, Araujo, 1940).

⁵⁰ Madrid, 24.IX.1923. *Archivo Maura*.

⁵¹ *Ibidem*. Es interesante el juicio de Ossorio sobre la representación corporativa que, con variantes, funcionaba entonces en Portugal y en Italia, había propugnado Prat de la Riba y defendía Gabriel Maura. Para nuestro correspondiente, las clases estaban más podridas que los individuos: "Un comerciante suelto puede ser un hombre de honor. La clase mercantil, como tal clase, vive de abusos, privilegios, artificios y delitos. Un ingeniero suelto suele ser competente y honorable. La clase de ingenieros es caciquil, abusona y monopolizadora." *Ibid*.

al mismo destinatario, Gabriel Maura, puntualizando lo que la historia ha confirmado siempre: que si es difícil que los militares obedezcan a elementos civiles, "es rotunda y absolutamente imposible que se obedezcan los unos a los otros".⁶² Ante la amenaza de estar condenados "a la etapa mejicana", ¿por qué no comprometer a Antonio Maura a agarrar el timón del poder nuevamente, "a condición de que quiera hacer desde arriba la revolución que preconizó?"⁶³ De no decidirse, en lo único que cabía confiar era en una corriente de opinión —dentro y fuera de España— que metiera miedo, promovida por las plumas, con más fuerza que las bayonetas, aireando los bamboleos de la Unión Patriótica recientemente lanzada y la rechifla que, empezando en Jerez, se generalizaba por la península.⁶⁴ Al mes siguiente, desde fuera de España, un español universal escribe también a Maura. Se trata de Vicente Blasco Ibáñez, durante decenios en oposición a todo lo que Antonio Maura representa. Pero es que la situación de emergencia y el común deseo de mantener el poder civil, sin transigencias con el militarismo, borraba las diferencias políticas. A las declaraciones públicas del jefe conservador había contestado Primo de Rivera con cierta soberbia, pero esto no debía hacer mella en el ánimo de don Antonio, pues él, Blasco Ibáñez, sabía que el dictador era "un hablador de inagotable y disparatada verbosidad; una especie de barbero con faja de general, abundante en discursos y manifiestos", a quien sólo le faltaba "escribir versos malos para ser un perfecto dictador de República de la América del Centro".⁶⁵ Azares de la suerte, más que méritos propios, le hacían colaborar en sindicatos periodísticos ingleses y norteamericanos, con enlaces en más de diez mil diarios, a los cuales pensaba mandar artículos, que él se encargaba de hacérselos llegar para que se enterara de lo que se decía "en el resto del mundo sobre Fernando VII y pico y sus secuestradores, verdaderos o fingidos".⁶⁶ La respuesta de Antonio Maura, el 10 de octubre siguiente, lleva el sello del laconismo y la contundencia de sus años de briosa madurez. Habiendo logrado eludir "la fisga idiota" a que las autoridades le sometían su correspondencia, declara don Antonio coincidir con Blasco Ibáñez en la apreciación de la situación política, y ahuyentado el pesimismo que los años le infiltran, manifiesta su fe en un futuro que él no verá:

⁶² Madrid, 9.VIII.1924. *Archivo Maura*.

⁶³ *Ibidem*.

⁶⁴ Las poses y discursos de "Miguelito er d'acá", como al dictador le llamaron sus paisanos, no cuajaban seriamente en el ámbito peninsular. V. en la obra de Carr las págs. 564-604.

⁶⁵ Menton, 26.IX.1924. *Archivo Maura*.

⁶⁶ *Ibidem*.

No sé si es obstinación, pero sigo pensando que en España la ineducación política del pueblo no le quita aptitudes para prosperar y engrandecerse, supuesto el milagro de levantarle *la enorme pústula de su mundo oficial*: administración, gobierno, milicia, enseñanza, etc.⁵⁷

⁵⁷ Madrid, 10.X.1924. *Archivo Maura*. Don Antonio morirá en Torrelodones al año siguiente de 1925. Con respecto a "la fisga idiota" de que se lamenta Maura en esta carta, observemos que es práctica que se generaliza durante la Dictadura con los personajes de viso, no adictos a la situación de fuerza que vive España. V. un párrafo de don Niceto Alcalá Zamora, de dos años más tarde, a Gabriel Maura: "Bastará decir a usted que he vivido allí [Priego] con mi familia bloqueados por la guardia civil, algunos días por veinticinco parejas, y en ocasiones impidiéndose hasta el paso de alimentos y de medicinas, con más otras provocaciones y osadías tan ridículas que le contaré, con que me obsequió el régimen." Madrid, 15.IX.1926. *Archivo Maura*.

CON CESAR VALLEJO EN LA OTRA ORILLA

Por *Felipe COSSIO DEL POMAR*

TRANSITAMOS por las mismas veredas. Nos codeamos, sin vernos, en Lima y en Trujillo del Perú. Cada uno en su quehacer y cada uno en su vivir. La primera vez que oí hablar de César Vallejo fue a raíz de la publicación de su libro "Trilicic". Le preguntaban a José Gálvez el significado del nombre, y el poeta respondía con voz grave, "Tres soles". Esto me lo contó el mismo Vallejo en la terraza de "La Rotonda" de Montparnasse. Porque si en las ciudades peruanas pasamos rozándonos sin conocernos, París despierta en los aislados el instinto tribal.

En 1926 éramos varios los peruanos que nos reuníamos en los diferentes cafés del bulevar Montparnasse para hablar mal del terruño. ¡Tanto lo queríamos! Entre los que yo frecuentaba estaba Vallejo. Pasamos muchas horas juntos. Planeamos sacar una revista. El nombre fue lo primero que decidimos, como es común en estos casos. Se llamaría "Colón". Por supuesto se quedó en formato. Ni el primer número llegó a publicarse. El artículo que Vallejo le dedicó, lo envió a "Mundial" de Lima, y la carátula que yo pinté, "Retrato de una dama", fue a parar al canasto, fin merecido por la frivolidad del tema.

NUESTRO trato frecuente fue fortaleciendo una agradable camaradería. Pasamos muchas horas juntos, pero nunca llegamos a las mutuas confidencias. Nos faltaba la confianza que lleva a la intimidad. Ni él participaba sus diarias angustias ni yo le abría mi corazón. Ninguno de los dos soltaba prenda. Me gustaba su compañía. Su presencia en mi estudio de la Rue Bagneux me agradaba más que cualquier otra visita. Conversábamos sin discrepancias. Nunca sabía cuando Vallejo tenía algún problema que lo mortificaba, puesto que siempre se mostraba alegre. Mientras yo disimulaba mis limitaciones, Vallejo ocultaba su genio. Bien sabía que yo no lo llevaría a discutir tesis socialistas ni a planteamientos metafísicos sobre el "Eterno amor". Esa misma relación insustancial pudo haber estimulado la intimidad. Pero se interponía, invisible, nuestra raigambre biológica, por no decir social. La tara que

traíamos del Perú, por nuestro absurdo copiar de lejanas normas. Por eso tenía sentido particular la frase que a Vallejo le gustaba repetir "¿Y yo qué culpa tengo?"

Lo que más me interesaba en Vallejo era lo "americano". Su contexto racial. La maraña telúrica en que estaba envuelto. La palpable herencia de sus antepasados mochicas. El mundo antiguo que lo zarandeaba en pasión y el mundo moderno que lo hacía soñar con la palingenesis del género humano. Algunos de sus rasgos físicos correspondían a los huacos-retratos de la raza que aún habita Moche, su milenaria capital, en la costa norte del Perú. En conjunto, sus facciones no eran indias, la frente alta y convexa no era india, el mentón pronunciado no era indio. Sí, los ojos pequeños, la nariz aguileña y la piel eran inconfundiblemente yungas, de Nor-Perú, anteriores a los Incas. A través de lo chimú y de lo incaico, prevalecía el mochica encarnado en el amor a los símbolos y en la ternura poética. El "reflejo orgástico" que ve Eshleman.

Conste que no quiero afirmar nada con rigor científico. Confieso que bien pueden influir en mí los contactos que he tenido con el arte del antiguo Perú; mi predilección por la cultura de ese pueblo que llegó a lejanos territorios, rebasando el área geográfica en que nació Vallejo.

Juan Larrea, con el don de los poetas, percibe en Vallejo el "receptáculo de la conciencia racial". En otra frase descubre "el otro Vallejo que piensa y ama genéricamente, el Vallejo imperecedero que acaba detestando a su personaje animal; que no sabe realmente a dónde se dirige; que obra en virtud de una impulsión que le viene desde el trasfondo"... "Es el Vallejo fálico y trascendental". ¡Cuántas veces ante Vallejo tuve esa impresión de presencia trascendente!

CENANDO en casa de Macedonio de la Torre, en París, sorprendí a Vallejo mirando las piernas de la muchacha que nos servía. Jamás había visto mirar así. No era lujuria la que ponía brillo extraño en el carbunco de sus pupilas. Era una llama extraña. Un llamado urgente a las porfías terrenales. Algo misterioso entre la pasión —enfermedad frenética— y la muerte. Me trajo a la memoria las esculturas sexuales de los mochicas. El amor creador que busca continuidad de la vida.

Releyendo sus poemas, comentados por Juan Larrea, he fortalecido mi creencia en el llamado atávico que martirizaba a Vallejo. Larrea aclara: "Aspiraba a generar a manera de Dios, por medio de un 'icor' o fluido de índole mitológico-metafísico, y engendrar

'sin sensual placer', decía en su soneto *Amor*, cuando ya empezaba a interpretar fálicamente a su propio cuerpo de hombre erguido. . ."

Pocos han profundizado tan hondamente el misterio vallejeano. Juan Larrea nos alumbró el camino.

"El otro es quien le está importunando constantemente y que hasta le hace expresar especies cuyo significado profundo nunca su conciencia hubiera concebido. . ."

"El asombro ante su palabra es también nuestro asombro ante el gesto total con que la subraya el poeta. Gesto de una fuerza carnal incisiva tan grande, que desgarró el nivel lingüístico transmutando desde donde se arroja hacia nosotros y, como si lo invisible mismo se agarrara al cuerpo troncal de lo visible para invadir el espacio y ahincar ahí su arraigante eminencia nos obligara a aprehender la plenitud, la indivisible imagen total de su persona."

UNA madrugada en el Café Dome, entre charla y charla bebíamos cerveza, la bebida preferida de Vallejo. Perdimos la cuenta de los bocks consumidos. Noté a Vallejo preocupado. Lo denotaba el arco de su boca, más apretada que de costumbre. Evocó su juventud en Trujillo. La soledad provinciana. La tristeza de ser tan pobre y las ganas que tenía, como todos, por escapar. Nietzsche era el dios tonante que la juventud trujilloana llevaba metida en la cabeza y en el corazón. De memoria repetían párrafos de "Así hablaba Zaratustra". "Cuántas veces —me confesaba— en la ciudad dormida nos echábamos en medio de la calle, los brazos en cruz, esperando que pasara algo. Y nunca pasaba nada. La monotonía nos asesinaba. Al amanecer me iba a mi cuarto —olor a humedad y compañía de pulgas". Era la primera vez que me hablaba de su pasado. Hubo un silencio largo. Evocó un verso de Cernuda: "En mi cuerpo dolía un dolor vivo o un dolor soñado".

A través de la gran vidriera del café, Vallejo cavilaba mirando la calle que lleva el nombre del astrólogo Delambre. Estiró la curva de sus labios la sonrisa amarga: "Hace dos días —dijo— murió por consunción uno de los guitarristas ayacuchanos que viven en el hotelucho de esta calle." También ¿a quién se le ocurre vivir en una calle con ese nombre? ¡El pobre muchacho! —para animar el ánimo—, me preguntó: ¿Tomamos la del estribo? Sin esperar respuesta, en tono de guasa ordenó: *Deux bocks sans faux col*. Así era el cholo, grave y alegre. Y suave como los que saben sufrir.

En otra ocasión hablamos de Juan, un negro de Martinica o de Haití que le seguía como perro fiel. Vallejo gozaba relatando las "puntadas" de Juan. Ganaba su vida como podía: posando en la

Grand Chaumiere, barriendo la galería de los *fauves*, vendiendo telas invendibles. Juan se las arreglaba siempre. Y cuando se quedaba sin el pan de cada día, recurría a los más extraordinarios expedientes. Vallejo reía contando los apuros del negro para procurarse el café con leche. El más usado era entrar al toilette de la Rotonda y, al salir, en lugar de dejar la propina en el plato, escamoteaba una moneda haciendo ruido como si la dejara caer. Lo que más gracia hacía a Vallejo era el *merci monsieur* de la empleada. Imitaba a la perfección el sonsonete *mercimsié* reglamentario. Reía el cholo con ganas. Sus pequeños ojos se perdían entre los pliegues de su piel cetrina. Desaparecía la cara bethoviana que tanto me impresionó la primera vez que nos encontramos en París. Viéndole reír recordaba uno de sus versos: "Hasta el dolor dobla el pico en risa".

ALREDEDOR de los años treinta era vasto el mundo latinoamericano que se daba cita en París. De variados niveles intelectuales y económicos, pero gran parte con un propósito común: triunfar en la capital de la inteligencia. Por esta época planeaban alto, por méritos literarios, los García Calderón. Mejor dicho, Ventura. A Vallejo le ayudó a conseguir un puesto en una institución que algo tenía que ver con *L'Amérique Latine*. ¡Creo le pagaban 500 francos! Ya era una buena acción de Ventura, el haber tendido la mano a un poeta necesitado. De ahí a editarle un libro en su próspera Editorial "Excelsior" era otra cosa. Ni hablar. La Editorial estaba reservada para los escritores de dinero. Centro y suramericanos con las bolsas plenas.

Ventura tuvo un competidor poderoso en Gómez Carrillo. Hasta su muerte, en 1927, se disputaban a los escritores que llegaban a París para cosechar laureles dispuestos a prologar, imprimir o traducir sus obras.

Vallejo me contó divertidos pormenores de la lucha entre Ventura y Gómez Carrillo para acaparar a un acaudalado poeta cubano que abandonó la isla a raíz de la quiebra de su Banco. Ventura ganó la partida. Lo prologó y editó. Beltrán-Masses pintó el retrato que adornaba las primeras páginas de su libro. El poeta se hizo "célebre" de la noche a la mañana.

Gómez Carrillo, despechado, declaró en su revista que el nuevo astro del Parnaso parisiense tenía tanto talento que, siendo cubano, sólo escribía en francés.

Vallejo era incapaz de hablar mal de nadie. Sus comentarios eran jocosos, nunca agrios. Reía de las reacciones del buen Ven-

tura. De sus furias cuando alguien criticaba a su hermano Francisco. "Ventura está que se come a los apriistas —me comentó un día— por haber dicho que a su hermano lo llevan a la embajada de la mano. Reía de la ocurrencia que, en el fondo, era cruel.

Contar anécdotas sobre Vallejo es una cosa, hablar de su espíritu es otra. De su ansia de realización que tan a fondo analiza Larrea, "Poeta maestro de poetas", como le llamó León Felipe.

Siempre consideré a Vallejo en la categoría de mis preferidos Saint John Perse y Paul Valery. Poetas capaces de ennoblecer cualquier país. No les preocupa el propio dolor; les preocupa el dolor que oprime a toda la humanidad. Con pena confieso ahora que no le coloqué a la altura de sus méritos. No supe ver lo que llevaba adentro. No pude ver lo que vio Larrea —"La presencia de una de esas representaciones que en el lenguaje de nuestro siglo se llaman Arquetipos". Y confieso que al tanto de sus apremios materiales, comprendiendo lo dura que es, para un poeta sin patria, la lucha diaria con cuello y corbata, no hice lo que pude haber hecho.

MUCHAS veces desayunamos juntos en mi estudio de la Rue Bagneux. Al entrar, su invariable saludo era: "Me pongo el cuello y vivo". Creo que por aquel tiempo compuso ese poema. Seguían palabras despreocupadas. No tardaba en llegar el pintor Macedonio de la Torre. Generalmente se daban cita en mi taller. Nunca me habló del propósito de estas "expediciones". Entre nosotros el formalismo imperaba. Pintor y poeta partían de "cacería". Eran amigos íntimos desde muy jóvenes en las norteñas tierras de Chicama. ¿Y quién no es íntimo de Macedonio al cuarto de hora de conocerle? A París cayó con mujer y tres hijos atendido a una beca del gobierno peruano. Beca mezquina, como para pintor. Pero era una renta fija que no tenía Vallejo. Macedonio es opuesto a lo que era Vallejo. Escéptico, temperamental, vibra ante la música, ante el arte y la naturaleza. Vallejo sólo ante el dolor: "me hago dolor yo mismo". Nunca le vi emocionarse ante una obra de arte. ¿Pero quién descubrió lo que realmente sentía fuera de lo que escribía? Quizá Larrea — Macedonio le era útil. Impávido y generoso, sin amor propio, a fuer de orgulloso, completaba al poeta, lo guiaba en sus problemas materiales. Incapaz de guardar secretos, me relataba los pormenores, siempre divertidos, de las excursiones. Fructíferas o no, siempre resultaban divertidas, gracias a su inventiva digna de Gil Blas.

He dicho que por aquel tiempo llegaban a París muchos poetas de mérito, como Juan Luis Velázquez, entre pseudo literatos ansiosos de publicar un libro. Muerto Gómez Carrillo, quedaban pocos prologuistas dignos de tomarse en cuenta. Entre ellos Vallejo. En este caso su agente era Macedonio. Había que oírle relatar la visita que hizo en compañía de Vallejo a un recién llegado comandante de caballería. En la Embajada, que frecuentaba por razones de la beca, se encargaba de *decrocher*, como decía en su jerga de taller, posibles prospectos. Parece que el comandante traía la maleta llena de cuartillas y la cartera repleta. Macedonio le prometió ejercer su amistad con Vallejo para conseguir que prologara su novela. Estaba seguro de que le haría ese favor. "Cholo —le he dado cita, anunció. Mañana nos espera temprano en su hotel". Salieron de mi estudio juntos. El novel escritor tenía una gestión urgente que realizar. La entrevista fue breve. Hablarían del libro en otra oportunidad. Vallejo prometió escribir el prólogo, siempre que el libro lo mereciera. Materialmente el comandante puso en la puerta a Macedonio y al prologuista. Apresurado descendió las escaleras. Macedonio relata la escena: "Nos quedamos en el pedáneo viéndolo bajar. De pronto Vallejo tomó una rápida decisión. En picada se lanzó tras el fugitivo dándole alcance ya en la calle. Desde la puerta del hotel vi al cholo tomarlo por el brazo, decirle algo como en secreto, y el comandante echar mano a la cartera. No sé cuántos billetes le dio. Pero eran de a cien. Me quedé sin comisión".

Estas pequeñas anécdotas, nada influyeron en la opinión que yo tenía de Vallejo. Lo consideraba hombre intachable. Sin profundizar su carácter, me limitaba a esbozar, para mi uso personal, las cosas que hacían tan agradable nuestra camaradería. Si mostró poco interés por las artes plásticas, en esto se parecía a la mayor parte de los hombres de letras de mi tierra. Podría contar en los dedos de la mano los que visitaban el Louvre. Por eso, quizá, nunca le pedí que posara para un retrato. Vallejo tampoco se interesaba mucho por el culto de la personalidad. Nunca le vi sentarse a la mesa de Unamuno. Sé que André Breton, entonces muy en boga, le invitó varias veces, sin que Vallejo hiciera caso de la invitación. Gozaba de la compañía de amigos y poetas simpáticos. Juan Larrea colmaba sus gustos.

Después de una reunión en casa de Huidobro me relató, con sabrosos detalles, la discusión entre el poeta chileno y Haya de la Torre. Huidobro apostaba que él era el suramericano de quien la prensa europea se había ocupado más. Haya aceptó el reto. "Siempre y cuando no saques lo del plagio". Aún estaba fresca la des-

aparición de Huidobro en Londres. Dos semanas movilizó a Scotland Yard y llenó las columnas de los periódicos de todo el mundo. Parece que sólo se trataba de un truco publicitario urdido por Huidobro para que hablaran de él. Vallejo muerto de risa repetía los pormenores del diálogo.

LA última vez que nos vimos fue en Madrid. Hacíamos antesala en espera de que nos recibiera el general Benavides, Ministro Plenipotenciario del Perú. Cuestión de renovar mi pasaporte. Le hablé en términos nada generosos de Benavides, ex-dictador del Perú.

—Ya veo que a usted no le gusta el general.

El usted era seco, tajante. Era la primera vez que le oía en ese tono. Así era de bueno César Vallejo.

DE BIBLIOGRAFIA MARTIANA

HACE poco tiempo aparecieron en las librerías de Nueva York cuatro nuevos libros sobre José Martí, todos en bien cuidada impresión y por el mismo autor, Carlos Ripoll, de quien ya conocíamos otros trabajos sobre el tema. Los títulos son: *Escritos desconocidos de José Martí*; *Patria: El periódico de José Martí*; *Registro General (1892-1895)*; *Archivo José Martí: Repertorio crítico e Índice Universal de la Obra de José Martí*.^{*} El primero es una colección de 125 breves trabajos no recogidos con anterioridad, y que se publicaron originalmente en el periódico *Patria*; el segundo es un índice de esa publicación fundada por Martí en 1892, con un prólogo que explica su origen y significado; el *Archivo José Martí* lo forman una serie de notas y resúmenes de lo que apareció entre 1940 y 1952 en la revista de ese mismo nombre; el último libro, como dice su título, es un "índice universal," en el sentido de que incluye y ordena todo lo que produjo Martí; es, sin duda, de los distintos esfuerzos para presentar esa producción, el más eficaz.

En el Prólogo que presentan los *Escritos desconocidos* se afirma que nadie podría creer que "aún faltaran tantas páginas valiosas a las colecciones de sus escritos." Y tiene razón el compilador; después de cinco o seis empeños serios para dar las obras completas de Martí, y de tanta investigación, no es fácil explicar cómo se habían pasado por alto estos 125 escritos de *Patria*, la más conocida y citada publicación de Martí. Ripoll no revela el secreto del descubrimiento, pero es muy probable que pueda explicarse con el último de los libros que aquí comentamos, con el *Índice Universal*, por el que tanto se facilita la búsqueda del material martiano. El afortunado encuentro parece deberse a la coincidencia de estar trabajando con *Patria* mientras se disponía de esa relación cronológica de lo ya recogido. Es también probable que por el mismo camino, y con semejante instrumental, puedan descubrirse en un futuro no lejano otras páginas olvidadas. Lo difícil, hasta ahora que tenemos ese *Índice*, no era moverse en ciertas zonas menos exploradas por donde anduvo Martí, sino comprobar, por la dispersión con que se han publicado sus *Obras Completas*, qué ha sido recogido y dónde se encuentra. Esta dificultad, sin duda, ha demorado otros hallazgos, pues es natural el temor de ofrecer algo como inédito y que luego resulte ya conocido, como le sucedió al erudito hondureño Rafael Heliodoro Valle —como se consigna en el *Ar-*

^{*} Los cuatro de la editorial Eliseo Torres & Sons, 1971.

chivo José Martí— que dio a *La Prensa*, de Buenos Aires, al *Repertorio Americano*, de Costa Rica, y al *Diario de la Marina*, de La Habana, como desconocido un material que más tarde se supo ya estaba en las *Obras Completas*.

Uno de los rasgos que mejor caracterizan a Martí, como escritor, es la constancia de lo que bien puede llamarse "voluntad de estilo." La calidad de su expresión no decae ni cuando parece innecesario tal perfeccionamiento estilístico. Martí escribe bien siempre, lo que no se puede decir de todos los grandes escritores. Por eso estos trabajos desconocidos que se ofrecen en la nueva colección tienen, a pesar de ser en su mayoría simples notas periodísticas, un valor extraordinario. Son el producto de las gestiones revolucionarias de sus últimos años, de sus visitas a distintas ciudades de los Estados Unidos, Santo Domingo, Centroamérica. Siempre cuenta o comenta lo que va sucediendo con su sensibilidad hiperbólica de artista. Véanse, sólo como un ejemplo entre muchos, estas líneas, también citadas en el Prólogo, que describen un simple grupo de emigrados en un pueblo de la Florida: "... allí el médico frustrado trabaja, en la mesa diaria, junto al esclavo de ayer, y con él se indigna contra la opresión, y ama y practica el derecho: allí el obrero de ciudad, parcial y levantisco, se codea, hermano, con el hijo sereno y astuto del campo y de la guerra: allí ara uno, y otro cría, y el que hace versos pone un horno de pan, y la esposa delicada le lleva los libros al ágil tendero." Este cuadro de perfecta armonía social, de convivencia en la industria y en el espíritu, refleja y depende, por su eficacia, del equilibrio a otro nivel, de una sintaxis de simetría. Tan sabio manejo de los recursos del idioma y tanta perfección, para dar cuenta de un asunto de menor importancia, y en brevísima nota.

Además de esa lograda forma de comunicación, Martí nunca olvida el mensaje, la prédica de la virtud, por lo que su obra también se gana la atención del moralista, del sociólogo, del político. Se podría hacer con estos escritos desconocidos lo que Martí pidió para su obra, en la carta testamento a Gonzalo de Quesada, una "especie de espíritu" con "las salidas más pintorescas y jugosas." También a vía de ejemplo, véanse estos apogemas y sentencias destacados por el compilador: "La autoridad degrada cuando no es depósito y encargo de los que la han de acatar"; "La verdad, en cosas de revolución, se ve después de hecha... Las revoluciones son minas y estallan... Caen del cielo y suben de la tierra"; "Donde falta el trabajo nace el crimen"; "La ciencia verdadera de la política está en regir a los pueblos, y ayudarlos a regirse, conforme a la naturaleza humana inevitable al grado de desarrollo de ella en el país y época en que ha de resolverse el conflicto"; "La patria no es ira, que excluya para siempre a los que pequen, ni barrio, donde no caben los que vivan fuera de él, sino corazón, donde caben todos." Nada en verdad "nuevo" se nos aparece aquí

de Martí: es el mismo de sus trabajos mayores; porque estos escritos delatan su estilo, sus preocupaciones americanistas, su irrenunciable postura magisterial, porque, como dijo Leo Sptizer, "el lenguaje es sólo una cristalización de la 'forma interna'" y la "savia" se descubre la misma en todas las partes del cuerpo poético—su lenguaje, sus ideas, su estructura—, por eso pudieron ser identificados y salvados del olvido. Y por eso comprueban estos escritos desconocidos que "todo lo de Martí merece salvación."

Patria, por lo que significó para Martí, y por lo que de él tiene en todas sus páginas, es el epicentro de los tres últimos años de su vida, entre 1892 y 1895. En la Introducción que presenta este Registro General se reproducen las palabras de Rafael Spíndola, uno de "los que conocieron a Martí," quien dice: "En *Patria* puede leerse y estudiarse la historia moral que lo condujo al sepulcro. . . Leed ese periódico de José Martí. Más que un periódico parece esa hoja la disección de un alma viva." De ahí el interés de este trabajo que nos revela los hitos de su pensamiento y de su vida, pero es lástima que, en vez de presentarnos una relación de los títulos y de los autores que allí colaboraron, no se haya completado el libro con una sencilla descripción de los contenidos de los más importantes artículos. Nos deja con deseos de saber el tema, por ejemplo, de un trabajo del editor de *Patria*, el puertorriqueño Sotero Figueroa, que se titula "La verdad de la historia"; o del que firmó el filósofo cubano Enrique José Varona, "La opinión de Cuba"; o del "Discurso" del líder obrero, Carlos Baliño, amigo de Martí, más tarde fundador del primer partido socialista de Cuba. No obstante esta limitación, el *Registro General* de *Patria*, con sus índices onomástico y de títulos, ha de llevar a muchos a explorar tan rica cantera, pues ya vemos que, además de su fundador, en ese periódico puede estudiarse la actividad finisecular de cubanos y puertorriqueños para lograr la independencia de sus islas, y también conocer algunos aspectos de la vida de otros hispanoamericanos que visitaron o vivieron por aquellos años en Nueva York: Rubén Darío, José María Vargas Vila, etc.

El *Archivo José Martí* tiene como subtítulo "Medio siglo de estudios martianos." En realidad aquella revista fue algo así como una antología de lo que se escribió sobre Martí antes del Centenario, en 1953. En los doce años de aquella publicación aparecieron estudios de los más conocidos críticos del tema: Anderson Imbert, Osvaldo Bazil, Camilo Carrancá, Eugenio Florit, Fina García Marruz, Manuel P. González, Pedro Henríquez Ureña, Félix Lizaso, Jorge Mañach, Juan Marinello, Núñez y Domínguez, Emilio Roig, Gonzalo de Quesada, Medardo Vitier, Unamuno. Y se puede seguir en sus páginas el nacimiento y desarrollo de aspectos sobresalientes de la crítica, como la filiación de Martí al modernismo: un olvidado juicio de 1896 ya la acredita al cubano el puesto que merece en esa renovación estética: así opinaba un amigo de Leopoldo Lugones en aquella

fecha lejana: "Antes que Rubén Darío, justo es recordarlo, otro americano había arrancado a la lengua de Cervantes vibraciones desconocidas. . . Aquel otro americano era José Martí." Además de los estudios sobre el escritor, hay muchos sobre la vida, testimonios de sus contemporáneos, anécdotas y datos que justifican la condición de "archivo" de aquella revista y de este libro. Aquí sí, para beneficio del lector, aparece una descripción o síntesis de los trabajos, y por su contenido puede orientarse el investigador desde los más remotos tiempos de la crítica martiana hasta aquéllos en que empieza a lograr mayor madurez. Como instrumento o manual para el estudio de Martí este *Repertorio Crítico* también gana en utilidad por sus índices a'fabético, geográfico, temático y de periódicos.

A pesar de la importancia del primero de los libros aquí comentados, y de la que en justicia puede corresponderles a los otros dos, ninguno tiene tan seguro un puesto permanente en la bibliografía martiana como este último de que nos vamos a ocupar, el *Índice Universal de la Obra de José Martí*. Por vez primera toda su producción se nos presenta ordenada y clasificada, y por varios caminos: sus colaboraciones a periódicos, por las publicaciones en que aparecieron; las cartas, por los corresponsales; todos sus escritos por riguroso orden cronológico; además, índices de títulos, de nombres, de escritos sin fecha; referencias cruzadas siempre. Toda posibilidad de la investigación ha sido tenida en cuenta: para estudiar un período de su vida, sus relaciones con determinadas figuras, sus contribuciones periódicas, sus movimientos. Antes, por la dispersión de sus escritos en las *Obras Completas*, el estudio sistemático de Martí tropezaba con mayores dificultades, o se hacía imposible; ahora se facilita de manera notable por estar todo referido a las cuatro más completas colecciones de Martí: la de la editorial Trópico, en 74 volúmenes; la de la editorial Lex, en 2 de papel biblia —y su reimpresión en Venezuela—, y la recientemente publicada por la Editorial Nacional de Cuba, en 27.

No es difícil imaginar el esfuerzo que habrá requerido la preparación de este *Índice Universal*, y el cuidado con que se ha realizado —ya hemos tenido oportunidad de comprobar, con la utilidad, su exactitud—. Dice Ripoll, en las páginas que explican su obra: "Hace algunos años empezamos a trabajar en este Índice; no ha sido tarea fácil organizar tanto material, muchas veces disperso, en las más de cinco mil fichas que lo componen. Aunque se inició como guía para nuestras lecturas martianas, una vez concluido. . . nos pareció imperdonable egoísmo reservarlo para nuestro disfrute y provecho; decidimos entonces ampliarlo y darle forma para la imprenta."

Cualquier contribución de esta naturaleza es un acto de generosidad intelectual, porque estas obras, por su misma condición, aunque las usemos con frecuencia, no suelen recibir el crédito que les corresponde. Pero cada

vez que se quiera andar con paso seguro por la extensa obra, habrá que valerse de este utilísimo *Índice Universal*. Junto a los otros tres libros, que más acercan a Martí a nuestro aprecio y comprensión, éste, que tanto nos facilita el trámite y manejo de sus escritos, merece el reconocimiento de todos los martianos.

L. B. KLEIN

Dimensión Imaginaria

POEMAS

Por *Elias NANDINO*

Cuando ya vieron
que estaba muerto,
aquí dejaron
mi forma hundida.
Nunca supieron
ni adivinaron
que estuve muerto
desde en mi vida.

Ardí con plenitud
en el pecado,
me quemé con verdad
en la virtud;
por eso al morirme
han enterrado
tan sólo mi ceniza
en ataúd.

Me estoy mirando
después de muerto,
polvo
en el polvo desconocido,
grano de arena
de algún desierto,
igual
que antes
de haber nacido.

El agua de lluvia
sabe a cielo,
a viaje, a nube,
a misterio, . . .

CON DECISION DE HOMBRES

Olvidemos a Buda, a Siva,
 a la religión católica,
 a la musulmana,
 a las idolatrías
 y a todas las creencias primitivas.
 Con decisión de hombres
 empecemos de nuevo
 a buscar con la ciencia,
 con la intuición,
 con la angustia, con el amor,
 con la imaginación, con la poesía:
 a la Verdad del Origen, al Creador,
 al Dios Verdadero
 o su tremenda ausencia definitiva

Es preferible el conocimiento exacto
 de una orfandad absoluta,
 a vivir hipnotizados
 por la creciente evolución de la mentira.

DESCUBRIMIENTO

La milpa es una madre
 con sus gemelos en los brazos.

JUEGO

Ni tú me dices la verdad
 ni yo te la confieso;
 pero mintiéndonos
 ¡con qué verdad nos amamos
 y cómo nos da seguridad
 la mentira
 que nos completa y nos excita!
 El amor no se nutre
 de la verdad que lo engendra,

sino de los estímulos
de la mentira
que lo conmociona y lo exacerba.

Por eso mintámonos
pero a sabiendas
de que nuestro amor es verdadero,
y que la mentira
es
un inocente juego
que sin saber cómo
más nos hace querernos.

A L H A J A

¡No hay nada tan bello
como una perla de rocío
en su estuche de pétalos!

S E R A

Un día
el Sol incinerará la Tierra
y ésta será
como ahora es la Luna:
momia de piedra pómez,
isla de cocaína,
rostro de arena ciega,
espejo alcanforado,
o cadáver de nácar
que flota
en el eterno
cementerio del vacío.

Entonces la Tierra
como la Luna hoy,
presidirá los idilios.
Lágrimas,
gotas de agua salada,

marinas aguas
 que aún perviven
 en las entrañas,
 agua humana
 sólo llorada
 cuando nos duele,
 cuando nos sangra
 el vacío del alma.

L A S N U B E S

Las nubes adoptan
 la forma de cúmulos,
 de cirros,
 de estratos o de nimbos;
 pero en cualquier figura
 que adopten,
 siempre serán
 poesía pura
 del agua en vilo.

E L A G U A

El agua es líquida,
 sólida y gaseosa.
 Toma la forma
 de la nube
 en que vuela,
 del hielo
 en que duerme,
 del vaso
 en que reposa,
 o la del océano
 en que se ahoga.

Una gota de agua
 y otra gota de agua
 son tan parecidas
 y tan diferentes

como tu vida
y mi vida.

Una gota de llanto
y otra gota de llanto
son tan parecidas
y tan diferentes
como tu verdad
y la mía.

P E R F E C C I O N

a mi amigo el Dr. Javier
Gómez Robledo, S. J.

Pintó el tallo,
luego el cáliz,
en seguida la corola
pétalo por pétalo.
Al final
pintó el aroma.
¡Hizo la flor perfecta!

Tan perfecta
que un día después
cuando fue a mirarla:
ya estaba muerta.

DON JULIAN: UNA "GALERIA DE ESPEJOS" LITERARIOS

Por Linda GOULD LEVINE

EN la última sección de *Reivindicación del Conde don Julián*,¹ la parte más interiorizada de la novela, el narrador fabrica y realiza en el delirio controlado de su imaginación un vasto plan de auto-destrucción, un suicidio ejemplar de su ego infantil que le ha torturado a lo largo de la obra. Tal tentativa de aniquilar el pasado no constituye un tema nuevo en la novelística de Juan Goytisolo, pues ha sido *motif* constante en ella desde la publicación de *Juegos de manos* en 1954. Sin embargo, al volver a tratarlo en la cuarta parte de *Don Julián*, el autor multiplica las perspectivas de esta obsesión inicial para crear una secuencia que une sus obras anteriores con el mundo de *Capercucita Roja*, el Marqués de Sade y *Les chants de Maldoror*. En este sentido, construye un complejo "galería de espejos"² literarios en que la violación del niño imaginario y su alter-ego castizo, Alvarito Peranzules,³ por

¹ Juan Goytisolo, *Reivindicación del Conde don Julián*, Editorial Joaquín Mortiz, México, 1970. De aquí en adelante, al citar pasajes de la novela, indicaremos la página entre paréntesis.

² Al comienzo de la segunda parte de la novela, el narrador dice: "hacia dentro, hacia dentro: en la atmósfera algodonosa y quieta, como en la galería de espejos de una feria" (p. 89). Mediante estas palabras, Goytisolo logra indicar un aspecto principal de la creación de *Don Julián*, en donde cada suceso y personaje tiene su reflejo inmediato en otro, como en una galería de espejos. En este estudio pensamos examinar los reflejos literarios de la destrucción del ego infantil.

³ Existe un paralelo interesante entre Alvarito Peranzules y el niño que nos hace pensar que Goytisolo dividió su visión del ego infantil en dos distintas dimensiones. Una prueba de esta relación casi antagónica entre ellos, en la cual Alvarito representa la propensión hacia el bien, mientras el niño simboliza la abertura hacia el mal, es el modo en que éste busca "mear" sobre el niño mongólico (p. 98), mientras "Alvarito reza jaculatorias y oraciones ricas en indulgencias cuyo cómputo aproximado, frais déduits, se eleva a la astronómica cifra de 31 273 años: consecuencia: quince almas del purgatorio aliviadas de sus penas de daño y de sentido según la fidelísima y dulce contabilidad IBM y hasta el posible rescate del limbo de algún niño mongólico o subnormal." (p. 114).

parte del traidor Julián, refleja el conflicto principal de los textos citados: choque feroz entre la víctima y el verdugo, y brutalización extremada del mártir por el minotauro. Es nuestro propósito examinar los distintos reflejos literarios de este tema y mostrar cómo Goytisolo se sirve de ellos para exorcizar metafóricamente su propia obsesión al mismo tiempo que capta los hilos perdidos del rico erotismo español.

Podemos ver la síntesis armoniosa de estas dimensiones en el primer acto de violación que abre la cuarta parte: la tortura sádica de Alvarito Peranzules, perfecto español metamorfoseado en Caperucito Rojo como actualización irónica de la fábula que lentamente se ha incorporado en la novela conforme a la estructura intertextual de *Don Julián*.⁴ Se puede señalar tres etapas esenciales en la presentación del cuento dentro de la obra: en la primera parte, mención pasajera en forma de "Caperucito Rojo y el lobo feroz, nueva versión sicoanalítica con mutilaciones, fetichismo, sangre" (p. 13); en la segunda, lectura objetiva de la fábula al niño, yuxtapuesta a la conversación de la casa vecina, la cual tiene por tema la brutalización de un niño mongólico por parte de Julián; en la cuarta, fusión de estos dos planos mediante la transformación de Julián en el lobo y la metamorfosis de Alvarito en Caperucito Rojo. Mediante este procedimiento, Goytisolo demuestra cómo la ficción intercalada, presentada inicialmente aparte, se integra en la intriga principal para crear de la síntesis de las dos una nueva realidad literaria de diversas perspectivas paródicas. Esta técnica, típica del arte de *Don Julián*, y ensayada antes por Cervantes, es también la que emplea Goytisolo en la odisea por el sexo de Isabel la Católica, donde el viaje es una combinación irónica del len-

⁴ Según ha comentado Goytisolo en una entrevista con Claude Couffon ("Una reivindicación temeraria," *Marcha*, 19 de febrero, 1971), "Don Julián es un texto que se alimenta de la materia viva de otros textos. En este aspecto, sigo la tradición cervantina... A veces, en mi novela, las citas sirven para entablar un diálogo con otros textos, constituyen, por así decirlo, una forma de homenaje a autores con Rojas, Cervantes, Fray Luis de León, Góngora, etc. En otras ocasiones, es una parodia, como en el caso del paisaje de Castilla descrito por Unamuno y el 98." Aparte de los escritores españoles integrados en la novela, es evidente que existe una relación interesante entre *Don Julián* y Charles Perrault, vulgarizador de los cuentos de hada, *Comtes de ma mère l'oye*, y autor señalado en la última página de la novela como participe en la creación de *Don Julián*. Goytisolo saca su versión inicial de *Caperucita Roja* del libro citado de Perrault. Para un análisis interesante de otros reflejos literarios en la obra, véase Gonzalo Sobejano, "Don Julián; Iconoclasta de la literatura patria," artículo incluido en una serie de ensayos sobre Goytisolo destinada a la publicación por Las Américas.

guaje virgiliano y de la terminología anatómica vistos aparte en la primera sección, y donde el viajero es una combinación de Julián, Bond y Eneas.³ Si a través de aquella múltiple fusión, Goytisoló lograba conferir una dimensión moderna a la épica clásica, ahora vuelve a hacer algo parecido en su tratamiento de *Caperucita Roja*. Pues, junto con su invención de un nuevo protagonista y de un desenlace insólito, inserta unos anuncios periodísticos en la fábula misma y así introduce un efecto totalmente irónico del contraste de dos referentes antitéticos. Dos pasajes principales manifiestan esto; primero, la sección que describe las torrijas que lleva Alvarito-Caperucito Rojo a la casa de su abuela:

"oh, mamita!: qué torrijas tan ricas!: las has hecho para mí? (receta: 250 g. de bizcochos, 200 g. de azúcar en polvo, 6 yemas de huevo, una cucharada pequeña de canela en polvo, una rodaja de naranja, 1/2 litro de leche, un puñado de avellanas)
no, Caperucito
con lo que a mí me gustan! (3/4 de litro de leche, 200 g. de azúcar en polvo, 4 huevos, 200 g. de fruta confitada, 25 g. de mantequilla, una cucharada sobera de ron, un diente de vainilla)" (p. 206).

Una hojeada rápida de la novela revela que tales recetas aparecieron en la primera parte, donde el narrador leía los anuncios y programas de televisión como modo de evitar la mirada de un español cercano. Ahora, después de tres secciones, estas palabras vuelven a surgir de modo autónomo, pero lógico, para unirse con la fábula y forjar una versión "mass-mediumizada" del cuento de Perrault. Semejante técnica se destaca por segunda vez en la descripción de la casa de la abuela, que utiliza los anuncios de GUA-DARRAMA: INVERSION SEGURA:

"toc! toc!
quién hay?
soy Caperucito Rojo y traigo unas torrijas y un bote de manteca de parte de mamá
anda, entra, hijito: levanta el pestillo y empuja la puerta interior funcional adecuado a las categorías axiológicas del paisaje: decorado sobrio, luz indirecta, chimenea de hogar bajo en salón, cocina totalmente instalada con muebles de fórmica y muebles de unión con salón-comedor... cuarto de baño con ducha, inodoro Roca y bidé con

³ Para un análisis detallado de esta secuencia, véase Linda G. Levine, "La Odisea por el sexo en *Reivindicación del Conde don Julián*", artículo destinado a la publicación por Las Américas.

surtidor central: BARATO: UN VERDADERO SUEÑO" (pp. 208-9).

De esta integración de dos distintos elementos, podemos hacer un comentario general sobre el papel de los mass-medium en *Don Julián*. Recientemente Marshall McLuhan ha notado cómo el mundo visual de la tecnología moderna ha desplazado las formas escritas y ha creado un público ajeno a la palabra literaria.⁶ Dentro de este contexto, *Don Julián* propone mostrar que el campo verbal no está opuesto a la imagen visual o a la tecnología; puede servirse de ellas para presentar perspectivas irónicas en la novela. Tal es la explicación del uso del computador IBM en calcular las oraciones de Séneca Jr., y de la imposición de las imágenes de "Operación Trueno" sobre las costumbres católicas. En cada caso, Goytisolo yuxtapone un referente moderno con otro anacrónico y tradicional para juntamente desafiar y modificar nuestra visión de la realidad. Esta intención también aparece en el desenlace de la fábula, que ya no depende de una estructura comercial para cobrar un sentido paródico, sino de una modificación del diálogo sostenido entre Capercucio y el lobo Julián:

"Alvarito hace lo que le ordenan y, luego de desnudarse, se mete en el lecho: pero, apenas se cuelga entre las sábanas, queda pasmado al advertir cuán rara es su abuela esta tarde: un moro de complexión maciza, ojos de tigre, bigote de mancuernadas guías, capaz de partir en dos, con sus zarpas bruscas, una baraja de naipes
 abuelita, qué brazos tan grandes tienes!
 es para abrazarte mejor, rey mío
 abuelita, qué piernas tan grandes tienes!
 es para correr mejor, rey mío
 abuelita, qué grandes tienes las orejas!
 es para oírte mejor, cielo mío
 abuelita, qué grandes son tus ojos!
 es para verte mejor, cielo mío
 abuelita, qué bicha tan grande tienes!
 es para penetrarte mejor, so imbécil!" (p. 209).

Mediante esta transformación del final del cuento, Goytisolo cumple varios propósitos. Primero, realiza su deseo de descifrar "la realidad oculta tras el engañoso barniz" (p. 42) al exponer la sexualidad latente de la fábula, que se proyecta aquí con una insi-

⁶ Véase Marshall McLuhan, *Understanding Media*, New American Library, New York, 1964, sexta edición y *The Gutenberg Galaxy*, University of Toronto Press, 1962.

nuación homosexual. Al mismo tiempo, esta introducción del lenguaje erótico funciona para suplir la falta de las palabras prohibidas en la literatura española. En su libro reciente, *Ultimo round*, Julio Cortázar sugiere que no existe en la literatura española contemporánea un lenguaje erótico equivalente a la fuerza de Henry Miller en la literatura americana.⁷ Si bien Goytisolo comparte este juicio, tanto la odisea por el sexo en la tercera parte de *Don Julián* como la violación de Alvarito y el niño en la cuarta, intentan modificar esta situación y erotizar la obra de ficción. Y finalmente, es a partir de esta primera agresión que se comienza la labor de torturar y brutalizar a Alvarito, paso necesario y previo a la aniquilación del pasado y del ego infantil.

Una de las dimensiones más interesantes de esta victimización es el modo en que utiliza el arquetipo mártir-verdugo de una manera totalmente consistente con las distintas imágenes de violencia que han aparecido en las primeras secciones de la novela y que ahora vuelven a surgir integradas a la muerte de Alvarito. En este sentido, la imaginación onírica del narrador se aparta del desenlace tradicional de la fábula de Perrault y transforma a Caperucito en la imagen de Prometeo "encadenado a una roca del Cáucaso," y en el "insecto atrapado como una mosca en la superficie untuosa del mosquero," (pp. 210-211); ejemplos todos de "cómo su destrucción debe ir acompañada de las más sutiles torturas" para satisfacer "tu odio irreductible hacia el pasado y el niño espurio que lo representa" (p. 210, 213).⁸ Mediante estas palabras murmuradas por el narrador, la sombra del Marqués de Sade aparece definitivamente en la obra, pues percibimos en ellas la influencia de la filosofía de Lady Clairwil, una de sus protagonistas, que dice:

"Los placeres del crimen no deben ser controlados. Yo los conozco. Si la imaginación no ha pensado en todo, si la mano de uno no ha ejecutado todo, es imposible que el delirio sea completo, porque siempre habrá el sentimiento de remordimiento; pudiera haber hecho más y no lo he hecho."⁹

⁷ Julio Cortázar, *Ultimo round*, Siglo veintiuno editores, México, 1969, p. 143.

⁸ Estas distintas imágenes de violencia aparecen en el sermón del Monseñor Tihámer Toth, "Pureza y hermosura," que se incluye en la segunda parte de la novela (pp. 102-108). De allí, notamos otro ejemplo de la construcción de *Don Julián*, pues si el sermón aparece como una unidad total y aparte en la segunda sección, en la cuarta, las diversas imágenes proyectadas en él se incorporan directamente a la intriga principal para describir la violación de tanto Alvarito como el niño.

⁹ Marquis de Sade, *Juliette ou les prospérités du vice*. La cita de esta

La admiración de Goytisolo hacia Sade aparece destacada desde las primeras páginas de la novela, donde una cita del Marqués pone de manifiesto la intención del autor en *Don Julián*. Junto con esto, Goytisolo ha expresado en otro lugar su atracción hacia el francés al notar:

"España es un ejemplo viviente del hecho de que reprimir el sexo equivale a reprimir la inteligencia y reprimir la inteligencia equivale a reprimir el sexo. Si no ha habido en la península una Revolución Francesa ni gobiernos democráticos estables, tampoco ha existido un Laclos o un Baudelaire y mucho menos un Sade."¹⁰

Así, si hasta cierto punto es evidente que Goytisolo busca liberar el sexo en su novela tal como hizo Sade, también es necesario señalar la diferencia entre la perversión del escritor francés y la de *Don Julián*. Como ha notado Mario Prez, autor de *The Romantic Agony*, el mundo del Marqués está vacío de cualquier contenido psicológico, pues sus personajes existen únicamente como "instrumentos" para provocar el "divino éxtasis de la destrucción."¹¹ En cambio, en la obra de Goytisolo, la manifestación del odio hacia el pasado y el deseo imprescindible de purgarse de él, por la palabra escrita, proporciona una dimensión psicológica a la violencia y agrega otras perspectivas a la novela. Dentro de este contexto, la violación de Alvarito Peranzules, perfecto cristiano, hispano por excelencia y reflejo asimismo de unos valores que todavía subsisten en el narrador, sirve como precursor de la sodomización del ego infantil, el niño imaginario, personaje ambiguo que asume una importancia creciente en cada sección de la obra y que finalmente es identificado en las últimas páginas como parte íntegra del narrador mismo:

"el niño?: qué niño?: tú mismo, un cuarto de siglo atrás, alumno aplicado y devoto, idolatrado e idólatra de su madre, querido y admirado de profesores y condiscípulos: muchacho delgado y frágil, vastos ojos, piel blanca: el bozo no asombra aún, ni profana, la mórbida calidad de las mejillas: feliz no, más bien inquieto: acosado de presentimientos y deseos, presa grácil, ansiada, de demonios e Incubos: cruzando la calle a horas fijas, siempre solo, entregado a

obra aparece en Geoffrey Gorer, *The Life and Ideas of the Marquis de Sade*, New York, W. W. Norton & Co., 1962, p. 204.

¹⁰ Entrevista con Couffon. Véase nota 4.

¹¹ Mario Prez, *The Romantic Agony*, Meridan Books, World Publishing Co., Cleveland & N. Y., 5a. edición, 1967, p. 104.

oscuras ensoñaciones o absorto en la lectura de algún libro: frente a la cabaña hecha de tablas en donde vives tú, el hosco guardián de las obras misteriosamente interrumpidas" (p. 215).

Con esta identificación bien establecida, se hace evidente la distancia entre los esquemas de victimización notados antes y el conflicto íntimo y profundo que se desenvuelve en la imaginación del narrador. Mientras la víctima y el verdugo aparecen como entes objetivos y apartes tanto en el mundo de Sade como en la fábula de Perrault, existen *dentro* de la psique esquizofrénica del narrador y crean un desdoblamiento interior reminiscente de unos versos baudelarianos evocados en la novela: "Je suis le victime et le bou-rreau." Esta dualidad curiosamente tiene su explicación teórica en *The Divided Self* de R. D. Laing. Allí el psicólogo define al esquizofrénico con unos términos que bien podrían aplicarse al narrador anónimo de *Don Julián*. Dice:

"El término esquizofrénico se refiere a un individuo... cuya experiencia se divide de dos modos principales: en primer lugar, hay una ruptura en su relación con el mundo y en segundo, hay un desgarró en su relación con sí mismo... se experimenta a sí mismo en... soledad y aislamiento."¹²

Semejante desarraigo se observaba ya al final de *Señas de identidad*, donde Mendiola se separa de los valores de su grey y busca liquidar la herencia de un pasado falaz, tentativa que no logra totalmente. Ahora, después de cuatro años, el narrador anónimo de *Don Julián*, quien es una continuación lógica de Mendiola, realiza este deseo mediante la destrucción del niño simbólico de su pasado por el traidor Julián, dos fantasmas interiores enlazadas en una relación conflictiva, también descrita por Laing:

"...en la relación que el yo tiene con sí mismo, uno encuentra... que el yo interior se divide para tener una relación sado-masoquista con sí mismo... En la fantasía, el yo puede ser cualquier persona, estar en cualquier sitio, hacer cualquier cosa, tener todo. Es así omnipotente y completamente libre —pero solamente en la fantasía... Y para impedir que no desaparezca esta actitud con la invasión de la realidad, la fantasía y la realidad tienen que mantenerse aparte."¹³

¹² R. D. Laing, *The Divided Self* (An Existential Study in Sanity and Madness), Penquin Books, Baltimore, Maryland, 1970, p. 17.

¹³ *Ibidem*, pp. 83-84.

Este comentario puede servir también para explicar la exaltación de la fantasía y el sueño en *Don Julián*. No existen únicamente como elementos importantes que faltan en la novela española, y que así resultan indispensables en el arte innovador de Goytisolo, sino también como vehículo de transformar y anular la realidad limitada del yo.¹⁴

Podemos pasar ahora al tercer escritor cuya obra se refleja en esta "galería de espejos" literarios: el Conde de Lautréamont, creador de *Maldoror*, el seductor y victimizador de adolescentes, y autor predilecto de Juan Goytisolo.¹⁵ Un análisis de la visión del verdugo y su mártir en los dos textos manifiesta unas coincidencias tan semejantes que parece evidente que la sombra del Conde asimismo cruzó por la imaginación de Goytisolo al escribir esta parte. Notemos primero el afán de liberación en los dos protagonistas y el modo en que se auto-definen en oposición a los valores que los rodea. En *Les chants de Maldoror*, el protagonista es "aquel que ha renegado de todo: padre, madre, providencia, amor, ideal, con el fin de no pensar más que en sí mismo."¹⁶ En Goytisolo, el narrador es aquel que propone "hacer almoneda de todo: historia, creencias, lenguaje, infancia, paisaje, familia." (p. 135). Como aspecto fundamental de esta negación de lo tradicional, los dos glorifican al minotauro, símbolo surrealista de los deseos monstruosos escondidos en el hombre. Se define este instinto más claramente en Lautréamont, cuando describe Maldoror su conflicto entre el deseo de aislarse de la humanidad y su necesidad de ella:

"Pues, si por un lado reforzaba así su repugnancia por los hombres mediante la indemnización de la soledad y el apartamiento... por otro lado, su actividad ya no encontraba ningún alimento para nutrir al minotauro de sus instintos perversos. Por lo tanto, resolvió aproximarse a los conglomerados humanos, convencido de que entre

¹⁴ En varios sitios habla Goytisolo de la necesidad de restaurar una dimensión imaginativa a la literatura española y de introducir la fantasía y la pesadilla en la obra literaria. Véase la entrevista con Couffon y también "Presentación crítica de José María Blanco White," *Ruedo Ibérico*, París, núm. 33-35, p. 103.

¹⁵ Dentro de la obra de Goytisolo, el nombre de Lautréamont aparece por primera vez que sepamos, en *Señas de identidad*, donde Sergio, amigo de Mendiola, tiene en su biblioteca los libros de Blake, Nerval y Lautréamont. (p. 85). Recientemente, Goytisolo nos ha indicado que su admiración hacia este precursor surrealista fecha desde los 18 años y que la imagen de Maldoror sigue inspirándole hoy.

¹⁶ Isidore Ducasse, Conde de Lautréamont, *Los cantos de Maldoror y otros textos*, Barral Editores, Barcelona, 1970, p. 221.

tantas víctimas ya listas, sus variadas pasiones encontrarían el modo simple de satisfacerse."¹⁷

En Goytisolo, se presenta este mismo *motif*, desde una perspectiva diferente e incluso más compleja, pues como observamos antes, el minotauro y el mártir no existen como entes objetivos y apartes, sino como dos enemigos imaginarios que chocan dentro del ser del narrador mismo, quien se define de la siguiente manera:

"y desdoblándote al fin por seguirte mejor, como si fueras otro: ángel de la guardia, amante celoso, detective particular: consciente de que el laberinto está en ti: que tú eres el laberinto: minotauro voraz, mártir comestible: juntamente verdugo y víctima" (p. 52).

Pero, aparte de esta diferencia entre la violación ajena y el crimen ejecutado interiormente, existe una analogía entre el deseo de Maldoror de "arrebatar brutalmente de su lecho a un niño que aún no tiene vello sobre el labio superior" y la sodomización en Goytisolo del niño "cuyo bozo no asombra aún."¹⁸ Donde esta comparación llega a su nivel más convincente es en la violación de Mervyn en el sexto canto de Lautréamont, rapto y matanza que guarda un parecido evidente con la cuarta parte de *Don Julián*. Allí vemos cómo los dos mártires son chicos bien criados, estudiantes excelentes, que llenos de "presentimientos" se sienten atraídos hacia el mundo perverso de sus seductores. Mediante esta atracción ambos, Lautréamont y Goytisolo, parecen negar el mito del paraíso e inocencia juveniles exaltados por Rimbaud y Baudelaire, y sugerir por asociación, que tal como lo ha visto Sade, "todo el mundo nace con una disposición más o menos grande hacia la perversión," y "hasta los niños más jóvenes poseen deseos sexuales bien fuertes."¹⁹ Una manifestación de esta teoría en *Don Julián* es el deseo del niño de "mear" encima del infante mongólico, de exponerse diariamente a los ritos apasionados del encantador Julián y su serpiente castradora, evocación paródica del mito del rey Rodrigo.²⁰ Veamos cómo se expresa esta idea:

¹⁷ *Ibidem*, p. 216.

¹⁸ Lautréamont, p. 17. Es interesante notar cómo en las primeras versiones de *Don Julián*, Goytisolo describe al niño del modo siguiente: "el vello no ensombrece aún," palabras que evocan claramente la novela de Ducasse. Sacamos esta información de los archivos de Goytisolo en Boston University, Mugar Library, en donde se incluyen distintas versiones del manuscrito final de *Don Julián*.

¹⁹ Gorer, *The Life and Ideas of the Marquis de Sade*, p. 180.

²⁰ Goytisolo evidentemente tiene en cuenta la leyenda de Rodrigo en esta parte, pues la introduce con unos versos del romance anónimo que

"un día y otro y otro aún: escudriñando sin éxito entre las tablas, con los labios rozando la madera, aspirando a pulmón lleno el denso y perturbador aroma de tu cubil: tú y tu fuerte compañera: la serpiente: erguida ya y presta a inocular el líquido mortífero que segregan sus glándulas... la música, el niño parece oírlo pues oscila y oscila siguiendo los movimientos invisibles del magnetizador: de ti, de Julián, que espera con paciencia en la cabaña el momento de herirle e inyectar tu ponzoña: cosa que fatalmente ocurrirá mientras la certidumbre se aloja en su corazón tierno y su resistencia fugaz se derrumba: irresistiblemente atraído por el misterio que celan las tablas, cautivo ya, sin saberlo, de la sierpe y de su prodigioso encantador" (p. 218).

De manera parecida, al recibir Mervyn la carta amorosa de Maldoror, firmada con su sangre, contesta el joven con unas palabras que también revelan su propensión hacia la perversión sexual:

"Cuando pienso en usted, mi pecho se agita, resonante como el derrumbamiento de un imperio en decadencia, pues, la sombra de ese amor delata una sonrisa que quizás no exista; es una sombra tan vaga y mueve sus escamas tan tortuosamente! Dejo en sus manos mis sentimientos impetuosos, placas de mármol absolutamente nuevos y vírgenes aún de cualquier contacto moral. Tengamos paciencia hasta los primores fulgores del crepúsculo matinal, y en espera del momento que me arrojará en el horroroso enlace de sus brazos pestíferos, me inclino humildemente hacia sus rodillas, que abrazo."²¹

Mediante este trastrocamiento de la imagen de la inocencia juvenil, los dos escritores añaden unas dimensiones nuevas al esquema inicial observado en *Caperucita Roja*,²² pero como Perrault,

describen el castigo impuesto sobre el rey por su delito sexual con Florinda: ser devorado por una serpiente en la tumba donde le entierran vivo y desde la cual grita: "Ya me comen, ya me comen, por do más pecado había". De esta manera, la serpiente asume múltiples significaciones en la obra y sirve sucesivamente como símbolo fálico, arma predilecta de los árabes en la destrucción de España, compañera fiel del encantador de la primera parte y de Julián en la cuarta, instrumento para efectuar la sodomización del niño y evocación irónica del último rey visigodo. Asimismo existe un paralelo entre el niño sodomizado y el rey victimizado por la serpiente; a ambos, se les expulsa del paraíso falaz (de la infancia, del reino visigótico) como castigo de su instinto sexual. Para los comentarios de Goytisolo sobre este tema, véase la entrevista a ya citada con Couffon.

²¹ Lautréamont, p. 230.

²² Recientemente, Eric Berne ha hecho una interpretación interesante de *Caperucita Roja* que concuerda perfectamente con la imagen de la niñez

fabrican un laberinto del delito sexual que últimamente lleva a sus víctimas a su fin trágico. Es precisamente en esta aniquilación brutal de los niños donde vemos cómo Goytisolo se aparta de la inspiración de Lautréamont y Perrault al crear para su víctima una muerte totalmente conforme con las leyes y exigencias de su propia obsesión interior. Pues si según el crítico Bachelard, Maldoror está por encima del sufrimiento y así puede ejecutar la muerte de Mervyn con una frialdad deshumanizadora,²³ nada más ajeno a las palabras intensas y profundamente sentidas del narrador —Julían— al enfrentarse con su propio acto. Dice:

"y así como en la mente del que agoniza desfila entera la vida en unos cortos instantes, así su primitivo candor fugitivamente aparece: delgado y frágil: vastos ojos, piel blanca: el bozo no asombra aún, ni profana, la mórbida calidad de las mejillas: y, tal el halcón al acecho, apuras la brevedad del milagro: abrazándote a él: serpiente troglodita, flagelador hircino: en simbiosis fulmínea: impugnando la muerte que os cierne: monstruo no, ni bifronte, ni hermes: tú mismo al fin, único en el fondo de tu animalidad herida" (p. 230).

Con estas palabras, el narrador recobra la unidad perdida; por unos breves instantes, desaparecen las sombras de Lautréamont, de Sade, de Perrault, del verdugo y de la víctima. En este sentido, es irónico que solamente en la muerte, en el momento de destruir metafóricamente el pasado, capte el narrador, y por implicación, Goytisolo mismo, un sentimiento de amor hacia su niñez que ha intentado ocultar desde sus primeras obras. Recordemos cómo en *Juegos de manos* y *Duelo en el Paraíso*, Goytisolo crea la figura arquetípica del minotauro, Agustín y Pablo, quienes destruyen a los mártires, David y Abel, dos jóvenes muy parecidos al niño de *Don Julián*.²⁴ Desde aquel momento inicial Goytisolo comienza la

presentada en Goytisolo y Lautréamont. Sugiere el psicólogo que Caperucita quería que el lobo la siguiera a la casa de su abuela y que al llegar él allí finalmente, "she... ends up... happy about the whole affair." (*What Do You Say After You Say Hello*, Grove Press, N. Y., 1972, pp. 42-44).

²³ Gaston Bachelard, *Lautréamont*, Libraire José Corti, París, 1965, p. 9.

²⁴ Los primeros críticos que se han ocupado de la obra de Goytisolo han notado la existencia de estos dos arquetipos desde el comienzo de su novelística. En el estudio que actualmente preparamos sobre Goytisolo, intentamos mostrar la continuidad que existe entre los verdugos y víctimas de las primeras obras y los de *Don Julián*. Para un análisis de los primeros ejemplos de esta dualidad, véase José Francisco Cirre, "Novela e ideología en Juan Goytisolo," *Insula*, enero, 1966, pp. 1, 12 y Ramón Buckley, *Problemas formales de la novela española contemporánea*, Ediciones Península, Barcelona, 1968, pp. 157-162.

labor de anonadar y desposeerse del pasado, que intensificará en sus novelas posteriores. De allí radica la importancia de *Señas de identidad*, que representa la eliminación de las dos figuras externas y la incorporación del verdugo y de la víctima dentro de Mendiola mismo, quien es una transición necesaria para llegar a la total escisión de *Don Julián*, donde el nuevo minotaurio aniquila la imagen de este pasado simbólico y así resuelve el conflicto vislumbrado en 1954.²⁵

Recientemente, Jean Paul Sartre ha señalado al hablar de Sade y Gênet, que raras veces han descargado dos escritores tanta crueldad y agresión sobre sus personajes como aquellos dos franceses.²⁶ Ahora, podemos incluir a Goytisolo en esta categoría poblada por sus escritores predilectos, pues como él mismo ha notado al referirse a la destrucción en *Don Julián*: "el ataque no se realiza sólo en nombre de la realidad histórica. Sus motivaciones son más secretas y oscuras, más próximas al universo sadiano o goyesco."²⁷ Pero otra vez y finalmente, es necesario destacar cómo en este ataque, se ataca sufriendo e incluso se ataca amando, porque "cuando se da muerte a un ser próximo... se ejerce violencia el ejecutor sobre sí mismo."²⁸ Tal es la última significación de las palabras finales de esta sección murmuradas por el narrador, y como tal hay que entender la muerte del niño. No es un acto obrado como exaltación del mal universal como en Sade,²⁹ ni una protesta contra la situación del hombre empeñado en destruir la ilusión de la superioridad humana, como en Lautréamont,³⁰ sino una manifestación del dolor íntimo del autor mismo, unión compleja del odio y del amor.

Así, al terminar nuestro análisis de esta "galería de espejos" literarios, hemos visto cómo Goytisolo logra crear una secuencia

²⁵ Las últimas páginas de *Don Julián* que siguen esta muerte del niño muestran que la destrucción del pasado no basta para conseguir la libertad deseada; el narrador tiene que convertirse en musulmán para cumplir con su deseo de "comenzar a cero." Para un análisis de la insólita epifanía que ocurre al final de la obra, véase Linda G. Levine, "La Aniquilación del Catolicismo en *Reivindicación del Conde don Julián*," *Norte*, enero, 1973.

²⁶ Jean Paul Sartre, *Saint Gênet, actor and martyr*, George Braziller, New York, 1963, p. 455.

²⁷ Juan Goytisolo, conferencia dada en Harvard University, octubre, 1970.

²⁸ Goytisolo hace este comentario en el ensayo "Literatura y eutanasia," en la colección *El furgón de cola* (Ruedo Ibérico, París, 1967, p. 54).

²⁹ Mario Prez, *The Romantic Agony*, p. 102.

³⁰ Anna Balakian, *Surrealism: The Road to the Absolute*, U.S.A., Dutton, 1959, 1970, pp. 53-65.

multidimensional en donde se dan la mano personajes que jamás se habían conocido antes: Caperucita Roja, Mervyn, Alvarito y el niño por un lado, el lobo feroz, Maldoror y don Julián, por otro. Mediante este juego imaginativo con otros textos, Goytisolo cristaliza muchos temas que le han obsesionado desde hace años. Intensifica el conflicto entre las fantasmas antagónicas que pueblan su mundo, exorciza la pesadilla de su pasado e introduce un lenguaje erótico en la nueva novela española. De esta manera, *Reivindicación del Conde don Julián* recoge los hilos sueltos del pasado y une las exigencias personales y artísticas del novelista con las necesidades de la literatura española.

HEREJIA Y PORTENTO EN "CARNE, ESFERAS, OJOS GRISES JUNTO AL SENA" DE CARLOS FUENTES

Por Adriana GARCIA DE ALDRIDGE

A pesar de la disparidad de asuntos, ciertas obras de Carlos Fuentes se asemejan por la búsqueda de una realidad que trasciende la vida cotidiana del hombre en su lucha por la existencia. En esta jornada mística ha escrito sobre lo oculto o la magia en *Aura* y se ha remontado a la historia de la Edad Media extrayendo de ella teorías de Siger de Brabante en el siglo XIII sobre la eternidad del mundo, la naturaleza de la verdad, y el intelecto universal del hombre para estructurar la novela *Cumpleaños*. En ambas busca y trata de expresar lo que él llama el mito "la mitad oculta, pero no por ello menos verdadera, de la vida, como el significado y la unidad del tiempo disperso."¹

En una de sus obras más recientes, "Carne, esferas, ojos grises junto al Sena," corta narración ficticia que no puede ser incluida en ninguno de los géneros literarios convencionales, el autor mexicano regresa a la historia de la Edad Media para expresar sus ideas acerca de la influencia de los portentos de la naturaleza y la religión en la psiquis del hombre; valiéndose para ello del pensamiento de un hombre que parece encarnar las crisis de ese tiempo.

Esta historia, según Richard M. Reeve, es parte de una narración más extensa en la cual el autor está trabajando. Fuentes ha confesado que la obra trata en particular de una cruzada de penitentes sin época temporal específica.² Trataré de demostrar que lo más importante en la narración es la recreación de los sucesos de una era y que sus principales fuentes literarias, además de la poesía de Ezra Pound son documentos que tratan de herejías religiosas.

El relato narra aparentemente los acontecimientos sucedidos un día de julio a un joven manco de 22 años llamado Polo Phoibee. El nombre del protagonista se deriva del griego y del latín, dios

¹ Carlos Fuentes, *La nueva novela hispanoamericana* (2a. ed., México: Cuadernos de Joaquín Mortiz, 1969), 19.

² "An Annotated Bibliography on Carlos Fuentes: 1949-1969." *Hispania*, 53 (October, 1970), 626.

del sol y de la luz, Apolo-Febo y como veremos más tarde, también representa una manifestación de Cornelius Agrippa.

La obra fue publicada por primera vez en 1968 en la *Revista de la Universidad de México*³ y unos meses más tarde, en 1969, vuelve a publicarse en la *Revista de Occidente*⁴ con cambios textuales. En la primera versión el autor ofrece una nota donde explica que el nombre del protagonista, Polo Phoibee es tan corriente como el de Arsenio Cué o Alice B. Toklas;⁵ sin embargo, en la segunda versión elimina la nota, quizá dándose cuenta de que ésta era innecesaria, ya que uno de los dos epígrafes que encabezan la obra provee la clave sobre el significado del nombre.

El mayor número de cambios entre los dos textos se encuentra en el escenario donde se lleva a cabo la acción: el sector izquierdo del Sena en París, especialmente las calles cercanas al café Deux Magots en dirección al río. Dos de los cambios en el nombre de las calles tienen por objeto establecer la exactitud espacial,⁶ pero el tercero no parece ser significativo, ya que el autor se equivoca al cambiar el nombre de una de ellas. En el relato, las calles Babylone y Bellechasse forman una intersección que en realidad no existe; la calle de Vaneau, que aparece en la primera versión, es la que verdaderamente forma la intersección y se convierte en dirección opuesta a Babylone, en rue de Bellechasse. Hay otros cambios en el texto; el rey Carlomagno de la primera versión, que contempla las aguas hirvientes del Sena se convierte en la segunda en Enrique el Bearnés, o sea Enrique IV de Francia, que gobernó en el siglo xvi.⁷ Las otras variantes son más insignificantes y quizá puedan explicarse más tarde, cuando aparezca la narración completa.

Después de levantarse y contemplar el clima brumoso que cubre la rue du Four, Polo Phoibee baja al departamento de la conserje para recoger la correspondencia y la encuentra en el momento en que ésta va a parir. Polo ayuda a la anciana madame Zaharia, en el alumbramiento y cuando ella da a luz un varón que nace pies primero, Polo instintivamente lo bautiza Iohannes Agrippa. Al sa-

³ Ver, 23, 2 y 3 (octubre-noviembre, 1968), 1-9.

⁴ Madrid, Tomo 24 (enero, febrero y marzo, 1969), 23-48. En nuestro estudio, las citas provienen de esta segunda versión de la obra.

⁵ Ver *Revista de México*, 2.

⁶ Para los cambios, ver *Revista de México*, 2 y *Revista de Occidente*, 25. En la *Revista de México* se lee, "de la Rue du Bac al Carrefour de l'Odéon" (5), y en la *Revista de Occidente*, "de la rue du Four al Carrefour de l'Odéon" (34). También cambia del "Quai de Conti y el Louvre" (*Revista de México*, 8), a "herrosa comunicación entre los muelles del Instituto y el Louvre" (*Revista de Occidente*, 42).

⁷ Ver *Revista de México*, 1 y *Revista de Occidente*, 24.

lir a la calle, se encamina hacia el café Le Bouquet a buscar los carteles que utiliza para anunciar este café-bar-tabaquería, y habilitado como hombre sandwich se dirige al bulevar Saint Germain donde sabe encontrará a sus patronos repartiendo comida a un grupo de peregrinos que hace treinta y tres días y medio se encuentra en el área. La importancia de este número específico de días, lo significativo del nombre Agrippa, además de innumerables alusiones enigmáticas en la narración serán explicadas a continuación.

Antes de llegar al lugar, Polo nota un humo que se concentra especialmente en la plaza Saint Sulpice y se atemoriza cuando ve su única mano desaparecer en el humo. Instintivamente se toca los testículos para asegurarse de que nada grave le había ocurrido. En el bulevar Saint Germain se encuentra con sus patronos, y Polo pide que lo dejen ayudar en el reparto de la comida, lo cual suscita la envidia de la patrona, ya que los peregrinos no aceptan nada de las mujeres. Estos penitentes se encontraban reunidos en diferentes grupos y cada uno llevaba un pendón o bandera que proclama su procedencia. Un monje preside sobre cada bando que se congrega frente a la iglesia de Saint Germain. La gente ríe, come, gime y a la misma vez entona dos melodías de significado contrario: la Carmagnole y el Ça Ira.

Después de recibir la comida, los peregrinos se desvisten y se reúnen en un círculo adoptando posturas grotescas. Un monje los azota a la vez que pronuncia ciertas palabras. En un momento en particular, Polo siente que la mirada del monje lo domina y a la misma vez se identifica con un penitente a quien le azotan las manos. El monje repite otras palabras que a pesar de ser conocidas y esperadas por la muchedumbre causaron en ella la misma emoción como si las estuvieran oyendo por primera vez. Polo escucha al monje predicar sobre el terror de la vida futura y lo oye instar a los penitentes a la oración. Cuando Polo se aleja del grupo, las reflexiones lo dominan y el cambio de clima lo hace murmurar ensimismado algunas palabras que dan una clave al significado de su nombre.

Ahora se encuentra con el tercer espectáculo del día; mujeres de todos los tamaños y edades se disponen a parir o están pariendo en el Quai Voltaire. El milagroso parto de su conserje, madame Zaharia, se estaba repitiendo. Polo se atemoriza pues percibe miradas acusadoras que lo señalan como el padre de todas las criaturas; sin embargo, logra sobreponerse y rechaza la acusación haciendo que su mente recordara el grupo de hombres penitentes que había dejado atrás. En su deambular por las márgenes del río, Polo llega al Pont des Arts y allí encuentra a una muchacha, de trenzas rubias

con un tatuaje de sierpes en la boca, que dibuja sobre el pavimento del puente. En este instante comienza a llover y al volver Polo la cabeza hacia el sitio donde estaban las mujeres nota que han desaparecido; y lógicamente razona que éstas se han ido a guarecer de la lluvia. Ahora la muchacha le dirige la palabra diciéndole que lo estaba esperando y que se encuentra muy cansada pues viene desde Brujas. Habla sobre los locos que vienen predicando la pobreza y el perdón de los pecados pero que a la vez destruyen todo a su paso. La chica quiere que le explique las cosas modernas como el ascensor y la luz eléctrica. Desea que Polo la abraze pero éste no parece reconocerla y él nota que ella se fija y parece leer algo en el cartelón, cuyas letras probablemente han sido borradas por el agua. Cuando Polo ladea la cabeza para mirar el cartelón lucha a la vez con el viento y la lluvia, con el olor a carne quemada y también con los recuerdos de otras resurrecciones. Pierde el equilibrio y al caer hacia el río la muchacha rubia trata de sujetarlo, sin saber que éste era manco. La muchacha vuelve a sentarse en el puente y continúa hablando sola; dirigiéndose al ausente le dice, "Quiero que escuches una historia: airotsih anu sehucuse euq... oreiuq" (48). La inversión de las mismas palabras de manera que puedan ser leídas de derecha a izquierda, es un recurso que ha sido explicado por Borges en "Una vindicación de la cábala," y utilizado por Guillermo Cabrera Infante en *Tres tristes tigres*, para expresar la idea de que es la manera de ver "al otro mundo, a su viceversa, al negativo, a la sombra, del otro lado del espejo."⁸

En una sección que sirve de introducción, Fuentes parece querer señalar que lo maravilloso, lo nuevo, se puede explicar de dos maneras diferentes. El portento es aquello que ocurre por primera vez y que la inteligencia del hombre no puede explicar; pero el hecho pierde sus características maravillosas a través de la repetición. Maravilloso también puede ser un hecho ocurrido hace siglos y que nuestra mente moderna no puede aceptar como realidad.

A través del personaje Polo Phoibee, el autor parece querer decirnos que el hombre siempre trata de explicarse lo portentoso, lo no explicable y para esto usa razonamientos de la vida cotidiana. El hombre parece no desear preocuparse por cosas que se alejan de su realidad inmediata, ya que esto implica romper la rutina (25) y también trabajo. La solución de un problema puede llevar a otros y por eso el protagonista se repite constantemente que no debe alarmarse por nada fuera de lo común y utiliza su razón, que

⁸ Ver Jorge Luis Borges, *Discusión* (Buenos Aires: Emecé Editores, S.A., 1957), 55 y también la obra de Guillermo Cabrera Infante, *Tres tristes tigres* (2a. ed., Barcelona: Editorial Seix Barral, S. A., 1971), 264.

le "advertía que causas surten efectos, los efectos proponen problemas y los problemas exigen soluciones que a su vez, se convierten, en virtud de su éxito o de su fracaso, en causas de nuevos efectos... la insistencia es desagradable y contraproducente" (31). En el siglo XX no parecen ocurrir actos maravillosos; sin embargo, antes casi todas las cosas diarias eran consideradas portentos.

Este pasaje introductorio y los razonamientos de Polo Phoibee sirven para establecer la realidad de las visiones que el personaje experimenta haciendo creer al lector que ellas han ocurrido verdaderamente en el siglo XX. El retroceso temporal se insinúa en la sección introductoria con la descripción de los cambios que aparentemente sufren el Arco del Triunfo y la Torre Eiffel (25); ésta se convierte en jardín zoológico y aquél en arena; sin embargo, es especialmente a través de Polo que el autor nos lleva a la Edad Media. Una clave importante proviene de un epígrafe tomado del libro *Dialogus Miraculorum* de Caesarius von Heisterbach, autor alemán del siglo XIII que nos habla de la influencia del demonio sobre algunos sabios de la ciudad de París. Cuando leemos el pasaje de donde proviene el epígrafe, vemos inmediatamente que la obra va a tratar de una herejía religiosa. El segundo epígrafe, una estrofa de un poema de Ezra Pound titulado "Cino" y que lleva como subtítulo "Italian Campagna 1309, the open road" nos ofrece una explicación del nombre Polo Phoibee. En el poema de Pound, Polo Phoibee es el sol a quien el poeta prefiere cantarle y no a las mujeres, ya que todas son iguales. En el relato de Fuentes, la descripción del personaje indica que éste también es el sol que ha reencarnado en forma de hombre. Para poder entender los nexos entre las herejías religiosas y el personaje que simboliza el sol hay que hablar un poco acerca de algunas creencias que predominaban en la Edad Media.

La mayor parte del relato trata de un grupo religioso cuya historia y orígenes son nebulosos. Hay momentos en que ocurrencias inexplicables de la naturaleza amenazan la vida y la seguridad del hombre y éste, que no puede explicar la causa de tales portentos, busca en la religión un significado para su vida y su muerte. En el siglo XIV, los países europeos experimentan una serie de calamidades, entre ellas la peste, que había sido precedida por una serie de temblores de tierra que causaban el horror. Durante esta época, surge espontáneamente un grupo numeroso de hombres que practicaba la flagelación voluntaria y es entonces que se forma la secta llamada la hermandad de flegelantes. Desde los siglos X y XI, los hombres que deseaban alcanzar la santidad se sometían al látigo para mortificar la carne. En los dos siglos que siguen, la prác-

tica se incorpora a la vida diaria de algunas sectas religiosas, entre ellas en el siglo XIII, la secta de "los espirituales" que creía que el 1260 marcaba el nuevo año profetizado por Joachim de Fiore. Como ya dijimos, en el siglo XIV la enfermedad y los accidentes de la naturaleza muy bien pudieron sugerirle al hombre, que Dios cansado de la perfidia humana había decidido destruir el mundo. De pronto en el año 1349 la tierra se vio cubierta por bandas flagelantes que como los del siglo anterior expiaban sus pecados por medio del azote en público. Estos marchaban en grupos de número moderado, cada uno con un jefe y dos tenientes. Todos tenían que prometer obediencia al jefe y nadie que no pudiera sufragar sus gastos diarios era admitido ya que la indigencia era prohibida, sin embargo podían aceptar la hospitalidad de las gentes. Nunca se podían quedar más de dos días en un lugar y en su ceremonia cantaban himnos rústicos y se azotaban en momentos ya decididos usando un azote anudado por cuatro puntas de hierro. Ellos predicaban que si esta práctica era continuada durante treinta y tres días y medio ella lavaría todo vestigio de pecado en el alma y hacía al penitente puro como cuando nació.⁹ El movimiento no era sancionado por la iglesia católica ya que la creencia de la eficacia de la penitencia le negaba el valor a los sacramentos. El grupo adquirió características heréticas y fueron condenados por la Santa Sede en 1349.¹⁰ Cuando los flagelantes primero aparecieron se unieron a ellos muchos miembros de otras sectas y entre ellas una llamada la hermandad del libre espíritu.

La creencia místico-panteísta que permeaba la doctrina de la hermandad del libre espíritu provenía de una mezcla de aristotelismo y neoplatonismo. Uno de sus adherentes, Almeric de Bena, predicaba que la salvación no dependía ni de los sacramentos ni de las leyes de la iglesia.¹¹ El origen del nombre del grupo se desconoce, sin embargo Caesarius von Heisterbach en el siglo XIII escribió abogando por la libertad del espíritu aunque simultáneamente condenaba los excesos cometidos bajo este nombre.¹² En la sección de donde se origina el epígrafe, Caesarius, además de hablar

⁹ Henry Charles Lea, *A History of the Inquisition of the Middle Ages*, II (3 vols., New York: Harper & Brothers, 1887), 381-385.

¹⁰ Lea, II, 384.

¹¹ J. Herkless, "Brethren of the Free Spirit," *Encyclopaedia of Religion and Ethics*, James E. Hastings, ed. (New York: Charles Scribner's Sons, 1913).

¹² Henry Charles Lea dice: "even the orthodox Caesarius of Heisterbach argues that much is permitted to the saints which is forbidden to sinners; where is the Spirit of God, there is liberty —have charity, and do what thou pleasest" (II, 321).

de otros de sus adherentes del grupo también menciona a Almeric.¹³ Según Caesarius, "they denied the resurrection of the body, saying that there was no Paradise nor hell, but that he had Paradise within himself who possessed the knowledge of God, as they did, while he who was in mortal sin had hell within himself just as a man has a rotten tooth in his mouth."¹⁴ Caesarius explica otras de sus creencias, pero deseamos enfatizar que ellos no creían en la resurrección pero abogaban por la inmortalidad para todos. Decían que el mundo increado es eterno y que el hombre es esencialmente divino. Negaban el valor de los sacramentos y no consideraban un pecado carnal como pecado si éste había sido cometido por amor. Para ellos Dios es todo y todo es Dios y todo le pertenece a Dios de manera que cuando el hombre se libera de todo lo que le ata a los sentidos puede hacer lo mismo que hace Dios. Por esta razón el grupo prefería que el hombre mendigara a que se atara a un trabajo diario.¹⁵ Esta filosofía de la pobreza se parece a la de los flagelantes, quienes también creían en ella pero más como reacción contra los sacerdotes católicos que vivían en la opulencia.

El grupo de penitentes que se encuentra en el relato de Fuentes es una banda de flagelantes, descrita por la muchacha rubia del cuento como "un ejército turbulento de limosneros, de fornicadores, de locos, de sacerdotes renegados, eremitas exaltados, maestros que han abandonado sus claustros y estudiantes que profetizan la encarnación de las ideas imposibles" (46). Según ella, viajan en grupos y con tal rapidez:

que solo puede ser explicada por la asistencia diabólica. El terror cunde en Flandes. Han quemado las tierras, las cosechas, los establos. Asaltan y destruyen los monasterios, las iglesias y los palacios. Son terribles: asesinan a todos los que no se unen a su cruzada; siembran el hambre a su paso. Y son magníficos: todos los miserables, los vagabundos, los aventureros y los enamorados se unen a ellos. Han prometido que los pecados no serán castigados y que la pobreza borrará las culpas: Dicen que no hay más transgresión que la avaricia y más salvación que desprenderse de todo lo que se posee. Proclaman que todos somos divinos y por ello todas las cosas son comunes... Anuncian la vecindad de un nuevo reino y dicen vivir en perfecta alegría.¹⁶

¹³ Caesarius of Heisterbach, *The Dialogue on Miracles*, Trans. by H. Von E. Scott and C. C. Swinton Bland, I (2 vols., London: George Routledge & Sons, Ltd., 1929), 348.

¹⁴ Caesarius of Heisterbach, I, 348.

¹⁶ Ver Herkless, "Brethren..." en *Encyclopaedia of Religion and Ethics*.

Se ha mencionado que a las bandas de flagelantes se unían personas pertenecientes a diferentes sectas. Fuentes aquí parece haber incluido a miembros de la hermandad del libre espíritu en el grupo de flagelantes que se encuentra en el bulevar Saint Germain ya que algunas de las ideas expresadas por la muchacha rubia pertenecen a la filosofía de esta secta.

El grupo de penitentes reunido en Saint Germain llevaba "escarapelas tricolores y los banderines surtidos" (33). Los hombres y niños traían "banderas y cirios encendidos" y los "pendones es-carlata anunciaban con letras de brocado" sus lugares de procedencia (33). J. F. C. Hecker nota que los flagelantes marchaban por las ciudades vestidos con ropas oscuras, "tapers and magnificent banners of velvet and cloth of gold, were carried before them."¹⁶ En el cuento también se presenta el hecho de que estos hombres no aceptaban comida de las mujeres lo cual parece era un aspecto de su creencia.¹⁷ El autor mexicano describe cómo los penitentes se desvisten quedando "cubiertos sólo por una estrecha falda de yute que le caía de la cintura a los tobillos" (35), la misma vestimenta descrita por Hecker como "a linen dress, reaching from the waist to the ancles (sic)."¹⁸ El ritual mandaba que los hombres se colocaran en un círculo y asumieran diversas posturas las cuales indicaban la transgresión del pecador, por ejemplo, los adúlteros yacían boca abajo y los perjuros tenían que acostarse de lado manteniendo tres dedos en alto.¹⁹ Son estas posturas grotescas las que Polo Phoibee podía identificar cuando su vista recorría el círculo de hombres: "algunos adoptaron posturas grotescas, y Polo, al recorrer el círculo con la mirada, pudo repetir, casi ritualmente, los nombres capitales que merecían esos puños crispados con ira, esas manos apretadas con avaricia contra el pecho, esos cuerpos apartados y verdosos..." (35). El monje que azotaba a los penitentes repetía las palabras, "—Levántate, por el honor del santísimo martirio. Cualquiera que diga o piense que los cuerpos humanos resucitarán en forma de esfera y sin parecido con el cuerpo que tuvieron, anatemizado sea..." (35-36). A Polo Phoibee le pareció que las palabras eran dirigidas a él, especialmente cuando el monje azotaba las manos de un anciano, "nuestro joven y bello amigo se sacudió y se mordió un dedo con cada latigazo que hería las manos purpurinas del penitente" (36). Es como si Polo percibiera que él también había cometido el pecado de perjurio ya que esta postura

¹⁶ *The Epidemics of the Middle Ages*, Trans. by B. G. Babington (3rd. ed., London: Trübner & Co., 1859), 32.

¹⁷ Ver Hecker, 35 y *Revista de Occidente*, 32.

¹⁸ Hecker, 35.

¹⁹ Hecker, 35.

revela esa transgresión. Polo no quiere aceptar estas palabras y se aleja del grupo reflexionando y tratando sin poder entender "el corolario de esa sencillísima proposición" (38). Polo es condenado por el monje debido a que él ha reencarnado en forma de hombre y a su muerte resucitará en forma de esfera. Debemos recordar que cuando Polo muere, al caer "por un instante los dos cartones blancos semejaron las alas de Icaro" (47), sin duda una referencia a los cartelones que él cargaba anunciando el café-bar-tabaquería. Anteriormente ha sido descrito con el pelo rubio (26) y él mismo repite algunas palabras de su poema bautismal (39) que lo identifica con el sol. El sabía que "naciese o muriese, él era Polo, sería bautizado como Polo y enterrado como Polo, reconocido como Polo en su alfa y en su omega" (46). Antes de retirarse del grupo, Polo puede ver que después de la penitencia, el monje de la quijada prominente que azota al grupo entona un himno; pero Polo sólo puede percibir las primeras palabras, "Nec in aerea vel quali bet alia carne (ut quidam delirant) surrecturos nos credimus, sed in ista, qua vivimus, consistimus et movemur" (36). Hecker explica que uno de los flagelantes, después de la penitencia se levantaba y leía una carta que les decía que los que habían hecho penitencia, a través de la intercesión de la virgen y de los ángeles, participarían de la Gracia Divina. Este pronunciamiento, siempre que era emitido causaba un asombro tan singular entre los concurrentes como cualquier hallazgo maravilloso.²⁰ Las palabras del monje, aunque eran esperadas "fueron recibidas con el mismo asombro que las nimbó la primera vez..." (37). La idea explicada por Hecker no expresa la misma filosofía que transmiten las palabras del latín citadas en el cuento, sino la filosofía del grupo de la hermandad del libre espíritu que no cree en la resurrección y explica que sólo en esta vida existimos. Aquí también se puede ver la relación de este pronunciamiento con la explicación de la muchacha rubia acerca de los locos que predicán que todos los hombres son divinos y que todos los pecados serán perdonados.

La creencia de que el hombre que practicaba la penitencia durante treinta y tres días y medio sería lavado de todos sus pecados y quedaría puro como el día en que nació, aparece en la obra en relación al grupo de penitentes. Polo se dirige al lugar donde éstos se encuentran, sabiendo que "allí lo esperaría el acostumbrado (desde hace treinta y tres días y medio) espectáculo" (32). Las palabras pronunciadas en latín que forman parte del ritual y son enunciadas por el monje, las caracteriza el autor mexicano como "nuevas y antiguas, viejas y jóvenes de treinta y tres días y media

²⁰ Hecker, 36.

jornada... eran esperadas" (37). Esta creencia también se utiliza como recurso para regresar al pasado; por ejemplo, cuando introduce la Torre Eiffel y el Arco del Triunfo (25) y también cuando presenta a Enrique el Bearnés contemplando las aguas del Sena (24), o cuando hablaba del alumbramiento de madame Zaharia, hecho que "se había repetido demasiadas veces durante los pasados treinta y tres días y medio" (28).

Hemos mencionado anteriormente la relación entre la peste y la secta de flagelantes y aunque algunos críticos explican que la enfermedad puede haber sido uno de los motivos que propulsaron el movimiento de los penitentes, otros críticos creen que éste precede el desarrollo de la enfermedad. En 1348 se registra la presencia de la peste en Avignon, en otras ciudades del sur de Francia, el norte de Italia, en España y un año más tarde en Alemania.²¹ La enfermedad dura de 1347 a 1350. Los flagelantes rezaban y ofrecían sacrificios para controlar la enfermedad;²² se cree, sin embargo, que ellos llevaban el contagio debido a que viajaban por toda Europa.

A través de referencias al ambiente y a ciertos acontecimientos históricos del siglo XIV creemos que el autor mexicano está tratando de recrear esa época. Durante la peste, la gente ignorante, no sabiendo a quién o a qué atribuir este acontecimiento, entre otros acusaban a los judíos de envenenar el agua. Fueron perseguidos cruelmente y la mayoría de ellos fueron quemados.²³ En Mayence en particular hubo una confrontación entre judíos y flagelantes; viendo aquéllos la superioridad numérica de los penitentes optaron por quemarse vivos pegándole fuego a sus viviendas. Algunos acusaban a los judíos de tener comunicación con la ciudad de Toledo, la cual les proveía lo necesario para el envenenamiento.²⁴ En el cuento de Fuentes, Polo puede percibir a través de la ventana abierta el olor a "carne humana, pelo y uñas, carne quemada" (27).

Aunque los flagelantes fueron condenados como herejes y más tarde muchos de ellos fueron quemados, la referencia a carne quemada se relaciona con los judíos y no con los mismos partidarios del grupo de penitentes del relato ya que éstos entran en la iglesia de Saint Sulpice (42) de manera que la historia trata de la época que precede a la persecución de los flagelantes. El día en que ocurren los sucesos, "la inquietud comenzó cuando un niño señaló el paso de un buitre que, desplegando sus alas... trazó un vasto círculo sobre Passy y en seguida voló en línea recta hacia las torres

²¹ Hecker, 19.

²² Hecker, 32.

²³ Hecker, 38-39.

²⁴ Hecker, 41.

de Saint Sulpice... y miró con avaricia e irritación, las calles desiertas del barrio" (26). El humo que sale de las torres de la iglesia esconden el buitre pero más tarde sólo se percibe el olor a carne humana quemada (27).

Durante esta época eran tantas las muertes debido al contagio de la enfermedad que muchos eran enterrados en una fosa común, hecho que se puede explicar por varias razones que aquí no vienen al caso; sin embargo, Polo reflexiona, "alrededor de él, en toda la ciudad, estaban naciendo niños, estaban muriendo hombres; cada niño sería bautizado y cada hombre enterrado bajo una losa con un nombre propio" (46). Este pensamiento le asegura a Polo que se encuentra en el siglo xx y no en otro, lo cual le infunde cierto tipo de tranquilidad.

El último día de los treinta y tres días y medio marca un nuevo modo de vida para la gente. El alumbramiento maravilloso de la anciana madame Zaharia asombra a Polo, quien se pregunta "¿El mundo rejuvenecía o envejecía?" (29). El niño de la conserje nace con un defecto físico, tenía seis dedos en cada pie (29). Algunos escritores de la Edad Media como Savonarola notaron que después de la enfermedad los niños nacían con defectos físicos "and thus the world believed in the miracle of an imperfection in the human body which had been caused by the Black Death."²⁵

Después de la peste, "a greater fecundity in women was everywhere remarkable—a grand phenomenon, which, from its occurrence after every destructive pestilence, proves to conviction, if any occurrence can do so, the prevalence of a higher power in the direction of general organic life."²⁶ Cuando Polo se aleja del grupo de flagelantes, encuentra "a lo largo del Quai Voltaire..." (39) mujeres de todas las edades, tamaños y aspectos, recostadas contra el muelle. Aquí, "el milagro singular de madame Zaharia era el milagro colectivo de los muelles: las señoras, de todas las edades, formas y condiciones, parían" (40). Las miradas que las mujeres le dirigen a Polo parecen querer acusarlo de una paternidad colectiva, acusación que él logra evadir a través del recuerdo de los flagelantes que entraban en la iglesia de Saint Sulpice (42). Momentos después de alejarse Polo del grupo, cuando vuelve la cabeza para verlas de nuevo nota que éstas han desaparecido. Otra referencia a la fecundidad se nos da a través de los preparativos de Polo para ayudar a su patrona en el parto, "sin detenerse a pensarlo, corrió a llenar un balde de agua... El hecho singular

²⁵ Hecker, 30.

²⁶ Hecker, 29.

se había repetido demasiadas veces durante los pasados treinta y tres días y medio" (28).

El ambiente que predomina en el cuento tiene ciertos parecidos con algunas proposiciones hechas en el siglo XIV por la facultad de medicina de la Universidad de París para explicar los orígenes de la enfermedad. Para los miembros de este plantel, la enfermedad es el resultado directo de la lucha entre las constelaciones, los rayos del sol y el calor del fuego celeste. El lugar más afectado fue el "Great Sea" ya que la lucha ocasionó que mucha del agua se evaporase y que muchos peces murieran. El vapor del agua putrefacta se extendió por muchos lugares de la tierra y los envolvió en una bruma. Esto ha ocurrido en muchos países del mundo y de suceder lo mismo en Sardinia, nadie quedará vivo mientras "the sun remains in the sign of Leo."²⁷ El 17 de julio, sin embargo, habrá una lluvia que purificará el aire.

En el cuento, la acción se lleva a cabo en el mes de julio y el día en que ocurren los sucesos, Polo Phoibee, que significa Apolo-Febo, nota que "la rue du Four se negaba a respirar y la bruma no era el acostumbrado vehículo del sol" (26). El humo y un olor nauseabundo parece permear el ambiente (31). Mientras va caminando por la ciudad Polo nota que el humo de Saint Sulpice promete ceniza, "esta nube, lluvia" (39). Fuentes describe el ambiente de la siguiente manera: "Las nubes avanzaban con velocidad superior a la prevista y en el estrecho cañón de la rue de l'Université la luz y la sombra se sucedían como latidos de corazón. Es la sombra de las nubes y la luz del sol, se iba repitiendo Polo, o es una sartén que hace bromas en el cielo..." (39). Es entonces que Polo ve a las mujeres del Quai Voltaire, "todas iluminadas y oscurecidas por el veloz juego de las nubes y el sol de julio" (39). Al llegar Polo a las escaleras del Pont des Arts y mirar en dirección al Sena y la ciudad: "las transformaciones, hasta hace unos minutos consideradas como portentos, parecían ahora detalles insignificantes; una bajísima bruma revestía la superficie del río y ocultaba las ruinas de las barcas; la ciudad y su cielo habían generado un aire

²⁷ Para esta teoría, ver Hecker, 48. Anna Montgomery Campbell en *The Black Death and Men of Learning* (New York: Columbia University Press, 1931), 39 y sig., explica detalladamente las teorías propuestas por la facultad de medicina de la Universidad de París. La idea expuesta por Hecker, según Campbell, es la versión italiana que se encuentra en *Annales Pistorienses*, la cual aunque proclama ser una traducción de la versión parisiense se aleja mucho del original, encontrándose en ella cambios importantísimos (41). El manuscrito francés dice que la peste es el resultado de "the conjunction of Mars and Jupiter... especially when it takes place in a warm and humid sign..." (40). Creemos, sin embargo, que Fuentes ha seguido la versión italiana y no el original francés

de cristal y luz, una franja de vidrio y oro entre la tierra y la tormenta suspendida" (43). La tormenta comienza cuando Polo está con la muchacha rubia y la lluvia borra el dibujo que ella había trazado y también las letras del anuncio de Polo, sin embargo, al querer leerlas, Polo pierde el equilibrio y cae en el río; "por un instante los dos cartones blancos semejaron las alas de Icaro; en seguida, el rubio y hermoso joven se hundió en el hirviente Sena y su grito fue secuestrado por la bruma implacable, lenta y silenciosa (46). La premonición de la muerte de Polo se presenta desde el primer momento en que aparece el personaje en la historia. Ese mismo día, Polo, quien había dormido desnudo "(otra imagen bien meditada de su libertad)" (27), al levantarse, "pudo darse cuenta de que en ese mismo instante empezó a añorar el signo de libertad que era esa ventana porpetuamente abierta, de día y de noche" (27). La muerte de Polo, o la liberación del sol, ese mes de julio, cumple la profecía hecha por la Universidad de París, de manera que la lluvia purificará el aire, el sol volverá a salir y el ambiente maléfico que causa la enfermedad desaparecerá.

Momentos antes de morir, a Polo Phoibee los recuerdos le traen a la mente otras resurrecciones. Cuando está parado en el puente recuerda "las palabras que había pronunciado sin entender, dictadas por una memoria de resurrecciones, ego baptiso te, Iohannes Agrippa..." (47). Agrippa es el nombre que él le había dado instintivamente al hijo de la conserje, madame Zaharia. En el relato, el parto se describe de la siguiente manera: "la conserje soltó sus aullantes espumarajos, Polo... regresó al pie de la cama a recibir, no la esperada cabeza, sino dos pequenísimos pies azules" (28-29).

Henry Cornelius Agrippa von Nettesheim nació en la ciudad de Cologne en 1486, y dice uno de sus biógrafos, Henry Morley, que el nombre Agrippa lo recibió debido a que había nacido pies primero. Explica Morley: "a child who came into the world feet-foremost was called an Agrippa by the Romans, and the word itself, so Aulus Gellius explains it, was invented to express the idea, being compounded of the trouble of the woman and the feet of the child."²⁸

El Agrippa histórico escribió tratados sobre diferentes temas; de sus escritos, sin embargo, el más importante es el estudio titu-

²⁸ Henry Cornelius Agrippa von Nettesheim, *Three Books of Occult Philosophy or Magic*, Willis F. Whitehead, ed. (Chicago: Hahn & Whitehead, 1898), 15. Whitehead resume las ideas de Henry Morley, *The Life of Henry Cornelius Agrippa von Nettesheim*, I (2 vols., London: Chapman and Hall, 1856), 1-2 y en este caso hemos creído conveniente citar el resumen de Whitehead en vez de la extensa explicación de Morley.

lado *De Occulta Philosophia*, obra dividida en tres secciones y que tratan respectivamente: de las fuerzas de la naturaleza, de la magia natural o sea aquella que estudia la magia celeste y la que se relaciona con la religión y que constituye la magia ceremonial.²⁹ A pesar de sus otras publicaciones, Agrippa es especialmente conocido por sus relaciones con la magia.³⁰

Las teorías de Joachim de Fiore, uno de los que se menciona en relación con los flagelantes, fueron defendidas por Cornelius Agrippa quien trató de explicar las predicciones de este hombre a través del poder oculto de los números.³¹ En la cábala, que era uno de los temas que le interesaba a Agrippa, lo más importante era el árbol que consiste de un arreglo de diez "sephiroth."³² En el hebreo, la palabra "sephiroth" significa contar; mientras que en el latín significa esfera.³³ Las esferas del universo son emanaciones divinas y para los cabalistas forman un árbol que también puede ser la figura de un hombre pues según los neoplatónicos el cuerpo del hombre es la figura del universo. Ellos también creían que todas las cosas de este mundo son imágenes de lo alto.³⁴ Estas ideas y otras que ahora no interesan, influyeron en cristianos como Reuchlin y Agrippa. El paralelo entre sus creencias y las de la secta de la hermandad del libre espíritu es bastante cercano. Estas ideas "connected them by a strong link with the divine essence, and they, feeling perhaps more distinctly than their neighbours that they were partakers of the divine nature, and might, by a striving after purity of soul and body, win their way to a state of spiritual happiness and power, cut themselves off from all communion with the sensuality that had become the scandal of the Church of Rome, and keenly perceived, as they expressed strongly, their sense of the degraded habits of the priests."³⁵

²⁹ Auguste M. Prost, *Corneille Agrippa. Sa vie et ses Oeuvres*, I (Réimpression de l'édition Paris 1881-1882, 2 vols., Nieuwkoop: B. de Graaf, 1965), 67.

³⁰ La conserje de Polo, cuyo hijo bautizara éste con el nombre de Agrippa, se llama Zaharia, un nombre muy parecido al de zahara que proviene de sáhira (maga) y que significa bruja, "encuétrase esta voz en las Glosas granadinas de la primera mitad del siglo xvii." Aquí debe notarse la estrecha relación entre la fama de mago del Agrippa histórico y el nombre del personaje de la obra de Fuentes cuyo hijo recibe el mismo nombre. Ver Leopoldo de Eguilaz y Yanguas, *Glosario etimológico de las palabras españolas de origen oriental* (Granada: Imprenta de la Lealtad, 1886), 520.

³¹ Lea, III, 11-12.

³² Ver Henry Morley, I, 74.

³³ Morley, I, 74.

³⁴ Morley, I, 76.

³⁵ Morley, I, 76-77.

Para Agrippa, el Universo está lleno de cualidades ocultas llamadas de esta manera porque sus causas no pueden ser explicadas por el intelecto humano. Sólo la experiencia puede ayudar a los filósofos a comprenderlas. La digestión, por ejemplo, se consideraba un hecho maravilloso. Morley entiende bien la posición de Agrippa cuando éste habla de lo oculto, y explica que está "well assured that nothing is incredible by reason of its being marvellous; we call things incredible only when they oppose themselves to what we know to be the universal laws."³⁶ Añade él, que las cosas que hoy nos parecen increíbles eran afirmadas positivamente como ciertas en aquella época.³⁷ Las palabras de Morley son casi idénticas a las que Fuentes utiliza cuando habla del portento y la maravilla, y éste es obviamente uno de los temas de la obra. Como en el espejo mágico de Agrippa donde los muertos regresaban a hablar con sus seres queridos, la mente del protagonista de la obra funciona como un espejo mágico que recrea acontecimientos importantes de la Edad Media que afectaron la vida de millares de personas no sólo en París, sino en toda Europa; ya que Fuentes mismo dice que París es una imagen (38).

El título de la obra se compone de dos palabras y una frase que aparentemente no tienen ninguna relación entre sí y que no puede ser entendido si no se conocen los sucesos de la Edad Media. La última frase que forma el título de la obra: "ojos grises junto al Sena" y que todavía no ha sido explicada, fue tomada del mismo poema de Ezra Pound de donde proviene el nombre del protagonista. Del poema "Cino" no conocemos ninguna explicación que nos ayude a entender su relación con el relato de Fuentes. Ni el conocimiento de la poesía de Cino da Pistoia, poeta italiano contemporáneo de Dante, ni su biografía que se sugiere en el subtítulo de la obra: "Italian campagna 1309, the open road," iluminan el poema "Cino."³⁸ En 1307, Cino da Pistoia tuvo que huir de su ciudad natal y de su vida desde este año hasta 1310 nada se sabe aunque su biógrafo Sebastiano Ciampi conjetura que el poeta estuvo en París y que probablemente enseñara allí durante unos años.³⁹

³⁶ Morley, I, 122.

³⁷ Morley, I, 126-127.

³⁸ N. Christoph de Nagy en *The Poetry of Ezra Pound: The Pre-Imagist Stage* (2nd. revised ed., Bern: Francke Verlag, 1968) explica el poema de la siguiente manera: "The whole poem illustrates the position to which the 'we'—here the poor singers—are reduced by the 'you' even in love; their praise is accepted, while they themselves are rejected" (118). Nagy también ha explicado la imposibilidad de dilucidar el poema desde un punto de vista biográfico.

³⁹ *Vita e Poesi di Messer Cino da Pistoia* (novella edizione, Pisa: Press Niccolò Capurro, 1813), 28-29. Ver también Alberto Corbellini, *Cino*

En el poema de Pound, Cino prefiere cantarle al sol que a la mujer, ya que para él, ninguna de ellas tiene nada distintivo por lo cual él pueda recordarlas:

Eyes, dreams, lips, and the night goes.
Being upon the road once more,
They are not.⁴⁰

Por eso decide:

I have sung women in tree cities.
But it is all one.
I will sing of the sun.
...eh? ...they mostly had grey eyes,
But it is all one, I will sing of the sun.⁴¹

En la obra de Fuentes, los ojos grises junto al Sena son todas las mujeres indistintas que se encuentran a lo largo del Quai Voltaire en el momento de parir. Mujeres de todos los tamaños y todas las edades paren con una fecundidad maravillosa.

El título, "Carne, esferas, ojos grises junto al Sena" además de referirse a los pecados carnales por los cuales se azotan los penitentes; a la reencarnación del sol como hombre, su relación con la peste y los postulados de la Universidad de París; a la fecundidad de las mujeres después de la enfermedad; parece querer implicar la permanencia de ciertos fenómenos de la naturaleza. No importa cuántas veces el mundo sea azotado por cosas inexplicables, el hombre tratará de explicárselas y si su razón no puede resolver lógicamente los problemas buscará en la religión o en las cosas ocultas un consuelo. El deseo de vivir, sin embargo, siempre se impondrá y la humanidad tratará de continuar su progeñie.

da Pistoia: *Amore ed Esilio* (Pavia: Tipografia del "Corriere Ticinese," 1895).

⁴⁰ Ezra Pound, *Personae* (London: Faber and Faber, 1952), 20. El poema "Cino" pertenece a una colección de poesías de 1908 que se conocen con el título de *A Lume Spento*.

⁴¹ Pound, 21.

APROXIMACIONES A JOSE MARIA SALAVERRIA

(En el primer centenario de su nacimiento)

Por *Francisco CAUDET*

De los escritores —en todos los tiempos— emanan dos elecciones: una nos la dan sus libros; otra nos la ofrecen sus vidas.

De "Salaverria", por *Azorin*.

Nacimiento e Infancia

José María Gregorio Salaverría e Ipenza nació el día 8 de mayo de 1873, en Vinaroz (Castellón de la Plana), en donde su padre era a la sazón torrero del puerto. Sus padres, don José María Salaverría y Arana y doña Catalina Ipenza y Aguirre, eran naturales respectivamente de Beotegui (Alava) y de Abalcerque (Guipúzcoa), siendo ambos a la vez de ascendencia vasca. En 1877, don José María fue destinado al faro de Monte Igueldo y toda la familia Salaverría, de la que nuestro autor era el quinto y último hijo, se traslada definitivamente a San Sebastián.¹ De esta suerte, el futuro publicista olvida pronto el hecho de haber nacido en la ciudad de la costa levantina, considerando en adelante el lugar de su nacimiento como mera anécdota biográfica a la que en contadas ocasiones hará referencia en su obra.

Abundan, empero, en la obra de José María Salaverría alusiones a su infancia donostiarra, y en estas alusiones es hacedero rastrear señas de los rasgos más salientes de su futura personalidad. En *Pedrocho*, esbozo de novela autobiográfica inédita, recuerda su

¹ Para más detalles acerca de la biografía de nuestro autor, véase el capítulo "Trazos de la vida de un escritor autodidacto" (pp. 1-22), en F. Caudet Roca, *Vida y obra de José María Salaverría* (Madrid: Consejo Superior de Investigaciones Científicas, 1972).

entrada a la escuela en 1878, al año de su llegada a San Sebastián, y cómo los escolares al verle, tímido y temeroso, con "un gorro de lana con una borla en medio" se echaron a reír tomándole por forastero, pues ellos "llevaban boina".² Luego, como reseñará en los recuerdos más vivos y que relata con más agrado, su aislamiento es voluntario. Al parecer sus momentos juveniles más felices voltejan en torno a sus estancias en el faro de Monte Igueldo junto a su padre, confesando su emoción de niño solitario y andariego que se siente bien en las alturas y que goza plenamente del panorama que le ofrece a sus ojos esa a modo de distancia ideal. En *La intimidad Literaria*, escribe: "Desde allí arriba (Monte Igueldo) abarcaban mis ojos el espectáculo hermoso de la ciudad lujosa y de su bahía redondeada femeninamente; el mar infinito tendíase a un lado y a la otra parte alzábanse numerosas, desiguales, abigarradas, las montañas y las colinas".³ Y años más tarde, en "Yo también he sido torrero", vuelve a esos días: "Eran los tibios y románticos días de septiembre; la soledad agreste de la montaña, la ruda belleza de los acantilados, todo excitaba mi imaginación de poeta en agraz. Es aquel uno de los períodos de mi vida que yo recuerdo con más amor y nostalgia pura."⁴

Transcurre, de esta manera, su vida de escolar y, mientras tanto, el muchacho José María ha sentido ensoñaciones, melancolía, la emoción del paisaje verde y de la mar bravía; asimismo, hambre de lecturas que devora en soledad: "¿Cómo llegó a mis manos aquel libro? Lo abrí; repentinamente se abrieron las puertas de mi fantasía y comprendí que pájaros, flores, imágenes y sentimientos, hasta entonces desconocidos, formaban alrededor de mí una orla maravillosa. Corrí al campo. Busqué el sendero familiar hasta el prado, que yo conocía tan íntimamente, y allí, bajo un árbol, dejé que mi espíritu se llenase de ensueños".⁵ Lee libros de Mayne Reid, Enrique Heine, Julio Verne, libros que exaltan aún más su proclividad natural a la imaginación y a la emotividad.⁶ E inevitablemente, empieza a soñar con ser escritor, teniendo en esas fechas una elevadísima opinión de tal quehacer: "¡Ah! Esta misma fun-

² Texto citado por B. Petriz Ramos en *Introducción crítico-biográfica a José María Salaverría* (Madrid, 1960), p. 27.

³ *La intimidad literaria* (Madrid; 1919), p. 142.

⁴ "Yo también he sido torrero," *Señales Marítimas*, I, No. L (1932).

⁵ *La intimidad literaria*, p. 141.

⁶ En repetidas ocasiones a lo largo de su obra, hace referencia Salaverría a lecturas infantiles de estos autores. En este punto como en tantos otros, coincide con los escritores del 98, imbuidos en su mocedad en este tipo de lecturas. No tenemos noticia de ningún estudio que analice la importancia y significación en el 98 de estas lecturas.

ción que ahora me ocupa —nos dice de nuevo en *La intimidad literaria*—, ¡cómo la interpretaba yo a los quince años! ¡Qué suerte de admiración, Dios mío, aquella que ponía trémula la mente del muchacho, cuando soñaba en poder escribir, publicar y circular por el mundo de las páginas emocionadas!”⁷

*En la Universidad de la Vida.
Autodidactismo.*

LA cruda realidad desbarate en un principio, sin embargo, la querencia de dedicarse a ser hombre de letras y “circular por el mundo de las páginas emocionadas”, pues al dejar la escuela primaria a los trece años ha de buscar una ocupación y además lo antes posible. Ayuda a su padre como torrero suplente y hasta se hace telegrafista. Estudia de 1886 a 1891 en la escuela nocturna de Artes y Oficios. Entre 1891 y 1895, contabilidad. Mientras tanto, su apetito de lecturas crece, pero tiene que alimentarse de ellas escogiendo al albur, sin guía alguno, a sabiendas de que muchas lecturas no le aprovecharán. En un pasaje de *La intimidad literaria* confiesa: “Tuve que alimentarme muchos meses con obras completas de un escritor mediocre, servidas por entregas semanales. Yo leía versos como el muchacho que no gusta de las coles y come coles, sabiendo que le son insípidas y no le aprovecharán... En cambio se me voló la parte más florida de mi juventud sin haber leído a Goethe... Ignoraba a Leopardi... Y Bécquer llegó tarde... Como un pirata, como un trapero de la cultura, el autodidacta ha debido de apresar cualquier clase de botín en su seno ávido, obscuro, rapaz y formidable”.⁸ Por otra parte, aun cuando emborriona a pesar de todo cuartillas y compone versos en secreto, la duda le acomete a menudo y sufre sin poder evitarlo “hondas y secretas crisis en las que se autocritica con una trágica lucidez, en que aparece todo vano, todo inconseguible, todo por hacer...”⁹

A los veintidós años, en 1895, sin haberse decidido todavía por una profesión y en lo tocante a su vocación literaria estando “todo por hacer”, se embarca rumbo a Puerto Rico. Trabaja allí de dependiente en la plantación de un tío de su madre. Pero debido a unos supuestos problemas de salud o a que —parece más seguro— tenía el convencimiento de que tal coyuntura solamente podía alejarle de sus anhelos de ser escritor, resuelve a los pocos meses re-

⁷ *La intimidad literaria*, p. 116.

⁸ *Ibid.*, p. 136.

⁹ *Ibid.*, p. 53.

gresar a España. Llega así Salaverría al extremo en que —como han señalado algunos críticos— no le queda otro remedio que transigir con la urgente necesidad de hallar una ocupación fija, hacer algo "positivo y práctico", sin que dejara por ello de alentar su prístina vocación literaria. Lo cierto es que en 1901 tiene ya una profesión definida, la de delineante, y como tal, previas las consiguientes oposiciones, es destinado a la Compañía Arrendataria de Tabacos de Valencia. Al cabo su semblanza de escritor experimenta en la ciudad del Turia —como él mismo recordara en 1933 en una entrevista para *Las Provincias*— "Algunos balbuceos publican- do algunas cronicas, que pasaron sin pena ni gloria, en *El Pueblo Vasco*."¹⁰ Además, durante esta estancia en Valencia, que fue muy importante en la formación de nuestro escritor autodidacto, no solamente redactó sus primicias de publicista sino que también ensayó su primera novela, hasta la fecha inédita, *El rebelde*, cuyo manuscrito mandó a don Miguel de Unamuno (Salaverría debía de haber escrito esta novela en 1901, pues en carta a Unamuno del 17 de diciembre de 1904, le dice: "En el mismo correo le envío a usted una novela, que escribí en Valencia en un verano: es la obra de hace ya más de tres años. . .")¹¹

En 1903, está de vuelta Salaverría en San Sebastián, en cuya Diputación obtuvo una plaza de delineante. Pero, si bien sigue empuñando una ocupación que le ofrece cierta seguridad material y al propio tiempo es ya redactor de *El Pueblo Vasco*, su meta es escribir en un periódico de Madrid y dejar de una vez el trabajo de delineante. (Madrid fue asimismo el punto de atracción de sus coetáneos y, como es bien sabido, por esas fechas ya estaban radicados en la Corte y habían publicado los libros decisivos de su juventud, entre otros de los contemporáneos suyos, Azorín, Baroja, Benavente, Bueno, Maeztu, Valle Inclán. . .) Para hacernos una idea clara de lo insoportable que le resultaba su trabajo en la Diputación de San Sebastián y hasta el grado en que le tocaba vivir una existencia enteramente contraria a su espíritu, bastará con citar un texto de su libro *Retratos*, en donde recordando su amistad de esos años con Darío de Regoyos, esboza con fidelidad su precaria situación: "En aquel tiempo éramos como los dos personajes de un apólogo. Regoyos representaba el animal libre, sin collar ni obligaciones; yo era el animal que obedece a su amo. Después de

¹⁰ Salaverría refiere sus primeros pasos de publicista en la entrevista con J. Rico Esteban, "Salaverría, el novelista que vivió en Valencia," *Las Provincias* (Valencia), 1-XI-1933.

¹¹ Esta carta a Unamuno de fecha 17-XII-1904, se conserva inédita en el *Archivo Casa Rectoral* de Unamuno, Salamanca.

vagar juntos por alguna amena explanada, Regoyos, a la puerta de mi oficina, adoptaba un aire de piedad. Sus ojos, entre pueriles y maliciosos, parecían decirme con cierta compasiva sorna: "¡Pobre amigo; tan bien conformado para la bohemia y, no obstante, tiene que hundirse en esa espantosa oficina (de la Diputación)!"¹²

Entretanto, persiste en su resolución de cambiar de ambiente y con tal fin aprovecha la menor ocasión para visitar Madrid. Desea conocer este palenque literario, aunque su suerte es casi siempre adversa y —como declara a Unamuno en la misma carta a que nos referíamos antes—, ese "ambiente (literario de Madrid) no puede ser más impenetrable... Estoy completamente desconcertado. Tan escurridizo es esto, que en un mes no he logrado hacer nada. Lo categórico está aquí suprimido; nadie promete definitivamente... Claro es que yo tenía de Madrid una opinión bastante equivocada. Ahora me veo lleno de asombro y desconcertado. ¿Qué puedo hacer yo en este ambiente? ¿Y qué puedo hacer en mi provincia? Aquel lugar de aislamiento, de pequeñas luchas y de indiferencia general; ese pozo provinciano, donde uno no es más que lo que representa en sociedad por su destino o su dinero, aún me causa mayor temor. Empiezo a sospechar que tal vez no pueda yo adaptarme al medio español. A veces también me asalta la sopecha de que acaso sea inadaptable a ningún medio".¹³ Y aun cuando en ese año de 1904 llegue a publicar unas crónicas en *El Gráfico* de Julio Burell, unas crónicas de gran lirismo acerca de las costumbres y paisajes del País Vasco, hasta 1906 no vuelve a aparecer su firma en ningún periódico madrileño. Por otra parte, si es cierto que en 1906 colabora en los meses de verano en *España Nueva* de Rodrigo Soriano y de septiembre a noviembre en *Los Lunes de El Imparcial*, cuyas crónicas reunidas con otras inéditas y con un sustancioso prólogo de Benito Pérez Galdós forman el libro *Vieja España. Impresión de Castilla* (1907), su suerte apenas cambia. Asimismo, si en 1906 había aparecido el primer opúsculo salaverriano, *El perro negro*, e inicia sus colaboraciones en *ABC*, desde San Sebastián habrá de pensar seriamente, como expresaba en la carta citada a Unamuno, en abandonar España con el objeto de buscar en otro ambiente literario, acaso el de ultramar —como veremos será el caso— mejor fortuna. Y es que a pesar de sus adversidades Salaverría ha estampado en *Vieja España* unas palabras que serán como un lema del que casi nunca se dejará apartar: "Idealizar, proponerse, aspirar y combatir, esta es la sal de la vida".¹⁴

¹² *Retratos* (Madrid, 1926), p. 27.

¹³ De la misma carta a Unamuno que dábamos noticia en la nota 11.

¹⁴ *Vieja España. Impresión de Castilla* (Madrid, 1907), p. 69. (En-

Espíritu Ambulante

SALAVERRÍA, todavía en 1908 —tiene treinta y cinco años, ha publicado dos libros y unos centenares de artículos— sigue deseoso de salir de San Sebastián y de la espantosa oficina de la Diputación. Don Benito Pérez Galdós le escribe por esas fechas: "Tenga usted calma y espere, que todo se andará". Y, en efecto, un viaje le va a distraer de sus cuitas. Invitado por el *Centro Vasco-Francés* y la *Sociedad Laurak-Bet* de Buenos Aires a dar unas charlas, sale nuestro escritor autodidacto en 1909 de Barcelona, donde le sorprende el proceso Ferrer, rumbo al Nuevo Mundo.¹⁵ De esta estancia de unos cinco meses en la Argentina brotaría la certeza de que tal ambiente ultramarino iba a ser propicio a sus ambiciones literarias. Y así debió de ser, pues en enero de 1911 —había contraído matrimonio con doña Amalia Galarraga Azcarrun el 16 de mayo de 1910 en San Sebastián— decide abandonar España de nuevo y emigrar acompañado de su esposa a la Argentina. Años después reveló el motivo: "La prudencia de Europa nos había agarrotado entre sus brazos de sabiduría. ¡Malhaya la sabiduría que proporciona el hambre!"¹⁶ Pero, ubicado en Buenos Aires, irónicamente, ha de alternar como de costumbre su vocación de escritor con el oficio de delineante, ahora empleado en una oficina del Estado Mayor del Ejército argentino. Su firma que aparece esporádicamente por esa época en *ABC* e igualmente en *La Nación*, llega a incorporarse a la plantilla de redactores del periódico bonaerense en 1912. Al parecer, con ocasión del trágico hundimiento del *Titánic*, escribió un suelto para ese diario que debió impresionar sobremedera al Dr. Mitre, quien le ofreció el puesto de redactor, lo que significó el paso definitivo en su carrera de publicista. En un artículo de 1933 aparecido en *La Nación*, reconstruye el evento: "El 'Titánic' se había hundido arrastrando al abismo su cargamento de vidas humanas. Pasma en el mundo; doloroso escalofrío universal. Al día siguiente me llamó el doctor Luis Mitre para proponerme: '¿Quiere usted escribir un suelto sobre ese terrible naufragio?' Acepté sin titubear, y allí mismo hice media columna de

cabeza esta publicación un "prólogo" de Benito Pérez Galdós. Nos decía en Berkeley (U.S.A.) el profesor José F. Montesinos, cuyo reciente fallecimiento representa una pérdida muy llorada por todos los hispanistas, que la prosa de este "prólogo" de Galdós es quizás la más lograda de su obra).

¹⁵ Salaverría llegó a Buenos Aires a finales de septiembre de 1909, pues una nota aparecida en *La Euzkaria* (Buenos Aires), de fecha 9-X-1909, anuncia que el escritor vasco ya llevaba en la Argentina unos quince días.

¹⁶ *Paisajes argentinos* (Barcelona, 1918), p. 124.

prosa emocionada. 'Venga usted todas las noches', —me dijo el doctor Mitre—, y escriba sueltos de esta clase, además de sus habituales artículos firmados'. Dede entonces quedé en el periódico como redactor de plantilla y comencé a relacionarme con mis compañeros".¹⁷

Y no es sólo importante por este logro la experiencia americana de estos años, sino —y muy especialmente— porque durante esa estancia en el Nuevo Mundo medita desde la distancia sobre España, preocupado por hallar "la clave del problema nacional", cuya solución estriba para él en lo que llamará "la esperanza de que sean restaurados los antiguos valores virtuales del pueblo español" que hicieron hacedero un día pretérito el que fuera España "grande y temida". Para ello —especifica en *A lo lejos: España vista desde América* (1914)— es necesario una evasión hacia las posibilidades americanas y el aislamiento voluntario de Europa. Asevera que, definitivamente, el porvenir de España está en Hispanoamérica: "En esta evasión hacia las posibilidades americanas reside la ilusión, el ideal, el porvenir de España. Sólo en América es posible una España más grande. ¿Qué puede realizar en Europa, aisladamente, para superarse sin que tropiece con la imposibilidad de otras masas nacionales hostiles y caudalosas?"¹⁸ Aquí esboza su interpretación de la idea de la Hispanidad.

Durante la Primera Guerra Mundial, su "espíritu ambulante" le llevará por la Europa en pie de guerra, corresponsal al mismo tiempo de *ABC*, de *La Nación* y de *Caras y Caretas*. Reside en Londres y en París; visita Italia, Suiza, Alemania, hasta que a fines de 1915 decide radicarse en Madrid. De regreso se abraza con todas sus fuerzas a la idea de la Patria, determinado a firmarla, justificarla, exaltarla. . . , y ello, al menos en parte, para dar a su personal existencia sentido y finalidad, trascendencia.

Volviendo al "espíritu ambulante" de nuestro autor, recordemos que en 1916 aparece su libro, *Cuadros europeos*, una colección de crónicas en que recoge sus impresiones de corresponsal de guerra, en cuyas últimas páginas escritas en Madrid hace esta confidencia: "Echa el ancla viajero fatigado. . . , ¡hasta que nuevamente las sirenas con sus cantos capciosos te arrastren al fondo del horizonte!"¹⁹ Y así iba a ser, pues si ahora necesita "echar el ancla", en otras ocasiones dejará que el imperativo de su "espíritu ambulante" le abra los oídos a "los cantos capciosos de las sirenas". Consecuentemente, se suceden viajes a la Argentina; también a Venezuela,

¹⁷ "Una visión espectral de Buenos Aires," *La Nación*, abril, 1933.

¹⁸ *A lo lejos. España vista desde América* (Madrid, 1914), pp. 192-193.

¹⁹ *Cuadros europeos* (Madrid, 1916), p. 315.

Puerto Rico, Cuba, Chile... En 1931, de camino a México hace escala en los Estados Unidos de América. En 1922, decide ir a Marruecos para tomar el pulso a la candente cuestión de las posiciones españolas en el Norte de Africa, entrevistando a varios jefes militares allí destacados. En 1923, viaja por Francia, Suiza y Alemania; también en este mismo año, por Bélgica, desde donde escribe la crónica de la visita que don Alfonso XII y doña Victoria hacían a esta nación. En 1935, da una serie de conferencias en Suecia, Noruega y Dinamarca. No debemos olvidar tampoco sus continuos viajes por tierras de España y Portugal. Y, es obvio, Salaverría deja puntual noticia de todas sus andanzas en sus colaboraciones periodísticas, de las que se servirá en muchos casos para confeccionar libros "de viaje" —que tienen mucho "de ensayo"— como: *Vieja España* (1907); *Tierra argentina* (1910); *Paisajes argentinos* (1918); *Cuadros europeos* (1914); *Alma vasca* (1920); *Sevilla y el andalucismo* (1929); *Viaje a Mallorca* (1933).

Espíritu Finisiclar

EN 1906, publica Salaverría un opúsculo, *El perro negro*, que es sin la menor duda la clave de su obra y semblanza intelectual-espiritual. En este opúsculo, dividido en siete jornadas, esboza una problemática existencial y unas actitudes y soluciones vitales, circunscritas al marco ideológico finisiclar, que irá desarrollando y vertiendo posteriormente en sus libros y labor de publicista. Se singulariza esta obrilla por el tono emotivo y por obedecer en ella la necesidad de comunicar "las vibraciones de una vida (la suya) que se ha movido en la soledad y que quiere por fin ofrecerse a la luz y a los hombres".²⁰ De esta suerte, sabemos que su alma de solitario está repleta de melancolía; que compara la sociedad de la que se coloca al margen, a un hormiguero; que desprecia el progreso técnico y el trabajo mecánico; que la existencia se reduce para sus adentros a "un padecimiento y camino anhelante hacia la muerte"; que los hombres están divididos en dos *castas*, la de los *nobles* y la de los *plebeyos*; que su personalidad de hombre *fin de siècle* se halla en un constante estado de angustia y en continua contradicción consigo mismo; que, finalmente, ha perdido los soportes religiosos: "No me pertenezco ni soy nada —infiere, amargamente—, y existo como un eslabón en una cadena sin principio ni fin. La raíz de mi ser arranca de un infinito y se lanza hacia otro infinito".²¹

²⁰ *El perro negro* (Madrid, 1906), p. 5.

²¹ *Ibid.*, p. 57.

Ahora bien, en estas mismas páginas, el Salaverría que tiene "roto el andamiaje interior", lector de *Parerga y Paralipomena*, "ese explosivo de Schopenhauer que origina una revolución en todo espíritu ingenuo, orgulloso y apasionado",²² resuelve refugiarse (ha de escoger "entre la nada o la vida") en la abstracción de que su *yo íntimo* es el "centro del Universo" y que la sola salida posible al caos existencial estriba en perderse en los límites de ese mundo interior.

Esa íntima y ficticia creencia significará en su biografía espiritual la aceptación de un ideario en que lo vital y dinámico prevalecerá sobre la reflexión y la inacción. Asistimos así al nacimiento de una actitud *heroico-vitalista* o *voluntarista*, que irá radicalizándose a lo largo de su vida y obra, y en la que —es necesario insistir en ello— siempre sobresaldrá un tufillo "pesimistoide". Ciertamente, en todos sus escritos persiste, de forma más o menos soterrada, el "gesto" de hombre incapaz de olvidar o aquietar las tremendas ansias de Eternidad, incluso en los momentos aparentemente más "optimistas" de su creación literaria. (En *La afirmación española*, verbigracia dice: "... lo que yo deseo es llevar mi pasión hasta la idea de España de manera que, *para afirmarme a mí mismo y escapar al aniquilamiento de mi ser* [el subrayado es nuestro], necesite afirmar a mi Patria, justificarla, exaltarla..."²³)

En suma, el "espíritu hiperestesiado" de Salaverría del que tenemos temprana noticia en *El perro negro*, permanece como una constante en toda su obra, alternando con la apariencia de un "espíritu *voluntarista*" de índole nietzscheano. Tal coyuntura espiritual-intelectual es la que da forma sustancial al conjunto de su quehacer literario, cuya singularidad, de haber alguna, está en estrecha dependencia de su personalidad "en crisis". Tal vez ello explique el verdadero perfil de nuestro escritor —siempre enucleado en el marco noventayochista— que César González-Ruano esbozó con estas palabras: "Armado con una especie de caparazón de hosquedad, perdido su rostro, de cabeza de bastón en un bosque de pelos, el bigote nietzscheano, la voz opaca, la sordera y esa especie de predisposición natural a las formas cortesas, pero casi agresivas, Salaverría ha tenido mucho de hurón del 98. Jamás tuvo a nadie contento. Fue el disidente enconado de su generación y un "cavernícola" para las gentes de izquierda y un liberaloide para los de la derecha. Retrató a las gentes de su tiempo con tan agrios colores, empleando una materia pictórica tan cruda, que las gentes de su tiempo se volvieron indignadas. Hombre lleno de picos, José

²² *La intimidad literaria*, p. 137.

²³ *La afirmación española* (Barcelona, 1917), p. 134.

María Salaverría es, en fin, ese escritor que destroza el párrafo con la consonancia de su nombre y apellido".²⁴

Ante el Problema Nacional

EN *A lo lejos*, colección de ensayos pensados y escritos en el escenario de Buenos Aires, cree Salaverría hallarse en una "gradería apartada e imparcial" desde donde "puede lograrse la clave del problema histórico (de España)". Y sin embargo, tal gradería tiene mucho de parcial, pues el vigor y el dinamismo bonaerense le descubren por contraste que "todo está en nosotros (los españoles) flojo. Desde el príncipe al labriego. Desde la palabra del maestro hasta la pluma del escritor. Desde la mente del agiotista hasta el arado del ganapán. Una flojedad reacia, tozuda, ignorante y enfermiza".²⁵ El actual estado de frustración es contrastado también con un pasado en que cundía el ideal, la acción y el heroísmo. A más de esto, tiene la certidumbre de que únicamente un ideal colectivo a la altura del heroico pasado nacional —lo que se desprende a su parecer de la Historia de España—, podrá despertar la acción y los viejos actos heroicos de la "substancia española". Por lo tanto, desde la gradería parcial de Buenos Aires, vislumbra en su idea de la Hispanidad la solución al problema de España. Entiende él la idea de la Hispanidad como "una noble ilusión" que satisfará "nuestro anhelo de ideal". Tal anhelo consiste, por añadidura, en "la aspiración a una extensa patria lingüística, la patria de los hombres que hablan el castellano en dos continentes... (Así), España se verá arrastrada en la corriente de sus hijas de América, uniendo a ellas su destino. En esta evasión hacia las posibilidades americanas reside la ilusión, el ideal, el porvenir de España".²⁶

A esta visión de la Hispanidad se sumará pronto un nuevo programa de "regeneración nacional". Efectivamente, después de pasar casi dos años como corresponsal de guerra y de visitar los países contendientes en la Primera Guerra Mundial, regresa Salaverría a España, en 1916, e inicia en las páginas de *ABC* un programa de "afirmación nacional". Los motivos que le inspiran son claros: "Esta sensación de vértigo ante el vacío nacional la he sentido en el extranjero, en la emigración y últimamente en las naciones que guerrean. Al contacto del patriotismo de los demás, me he visto

²⁴ César González-Ruano, "La flor de la diplomacia," *ABC*. Desafortunadamente sólo poseemos un recorte de este artículo sin que esté la fecha.

²⁵ *A lo lejos*, p. 8.

²⁶ *Ibid.*, p. 192.

desprendido, disuelto, flotante, como una cosa nihilista. Entonces he abrazado a mi nación".²⁷ El programa quiere ser, es él bien explícito: "Una afirmación orgullosa tendida con gesto hostil, agresivo, contra el desdén extranjero y el instinto suicida de los mismos nacionales".²⁸

Así es cómo de la experiencia americana (1911-13) toma forma definitiva su idea de la Hispanidad —que brota ya en *Vieja España* (1907)—, y, posteriormente (1914-16), en contacto con los nacionalismos europeos, lanza la idea de "afirmación española" u "optimismo a lo trágico"; estas dos son las soluciones básicas que propone ante el "problema nacional", estando estas "soluciones" en estrecha conexión con la crítica que hace de la generación del 98.

Retratos Contemporáneos

EN uno de los ensayos, "Los escritores", que reúne Salaverría en *A lo lejos* se halla el primer escarceo crítico de nuestro autor acerca del 98. Señala que la aparición de este grupo surge cuando estaba a punto de terminarse la guerra de Cuba, y que estos escritores tenían en común "cierta voluntad rebelde, amarga, sancionadora y acometiva". Admite la posible influencia nietzscheana en el ambiente cultural de la España finisecular y que la enseña del nuevo grupo fue la revisión de los valores nacionales. De este modo, inicia sus "diseños personales, más bien que verdaderos estudios críticos; impresiones lejanas nacidas de recuerdos y lecturas", acerca de Pío Baroja, Azorín, Miguel de Unamuno, Ramiro de Maeztu, Ortega y Gasset y Benavente.²⁹

En *La afirmación española* hace de nuevo una crítica de sus coetáneos, especialmente en los capítulos "La generación del 98" (Cap. V), "La España negra" (Cap. VI), "La superación de Europa" (Cap. VII), "La negación sistemática" (Cap. VIII) y en "Hacia otras ideas" (Cap. IX). El contenido de estos capítulos está en rígida vinculación —hay que hacer hincapié en ello— con el programa salaverriano de "afirmación". Aquí su actitud crítica es más precisa y detallada que en *A lo lejos*, pues asevera ahora que "la generación del 98 asumió desde luego y naturalmente el carácter de grupo o de partido"; y si comprende y acepta que "después del fracaso de Cuba se precisó analizar los componentes nacionales y, sobre todo, fue necesario traer el frío espejo de la realidad al campo turbio y quimérico del perezoso y fantástico patriotismo espa-

²⁷ *La afirmación española*, pp. 134-135.

²⁸ *Ibid.*, p. 11.

²⁹ Véase el capítulo "Los escritores" en *A lo lejos*, pp. 133-171.

ñol", condena la continuación dos decenios después del "desastre" de tal "espíritu negador", acusando a los componentes del 98 de "dilettantismo", tachándoles de "enfermos del *snobismo*" y condenándoles por su dependencia de "ídolos extranjeros" o "superstición de Europa". No olvidemos que el personalísimo programa salaverriano de "afirmación" consiste en tendencias completamente opuestas, en "un esfuerzo violento de la voluntad; una verdadera voluntad de querer creer, de poder conseguir la fe en la propia personalidad española". (De aquí se desprende igualmente su "posición" ante algunos escritores iberoamericanos: "Nada tan cómico como ciertos iberoamericanos —asevera en *La afirmación española*—, que desatienden el vigor y el carácter de su bellos países a cambio de una sonrisa de París. ¡La gran estupidez de Rubén Darío que pudo ser un gran poeta americano y se redujo al límite de un número más en el cortejo de *metecos* parisienses, repetidores marginales de la mueca de París!")³⁰

En *Retratos* (1926) se para a delimitar las características de la personalidad y de la obra de Baroja. Unamuno y Ortega y Gasset. (También hay un esbozo del perfil de Darío de Regoyos y del malogrado escritor argentino Emilio Bécher). En la "Introducción" al libro expresa Salaverría una actitud crítica, que se caracteriza por la fidelidad a su exacerbado subjetivismo del que se desprende, por cierto, la estructura de sus "retratos contemporáneos" y a la vez del resto de su obra. Salaverría avisa al lector que él no cree absolutamente en la "objetividad en la vida"; y añade: "La verdad no creo que esté fuera de nosotros, sino dentro de cada uno de nosotros. Y cada verdad auténtica, por lo tanto, es la de uno y la de cada momento. Lo real y evidente, lo eficaz que existe en el mundo, es lo personal, o sea lo subjetivo. . . Y nada puede ni sabe crear desde fuera; lo creador se halla dentro, en el fondo de nosotros. Así, los juicios diríamos que son pre-juicios".³¹ De esta suerte, nuestro autor se aleja más y más de la "realidad exterior", del "dato objetivo", refugiado en el mundo interior, en el laboratorio del *yo íntimo*. Y todavía ratifica: "Los datos, después de todo, no son nada por sí mismos; son irreales. Lo real es nuestra personalidad, que anima los datos y los combina y traba según desea nuestro prejuicio. Exíjase al crítico que sea honrado consigo mismo, que piense y hable obedeciendo a su inspiración de su propia naturaleza, y ya es bastante".³² Consecuentemente, los "retratos" tendrán las mismas excelencias y limitaciones que tal actitud crítica.

³⁰ *La afirmación española*, p. 56.

³¹ *Retratos* (Madrid, 1926), p. 23.

³² *Ibid.*, p. 24.

En "La generación del 98", uno de los varios ensayos de crítica literaria que componen *Nuevos Retratos* (1930), vuelve al tema noventayochista. En este estudio, el más teórico y trabajado de los suyos sobre el 98, toma en consideración el aspecto "racial" de los escritores de este grupo en la mayoría de origen vasco; pone de relieve la importancia de la fecha del "desastre"; el que se abalanzaran todos hacia "la llama inexorable de Nietzsche"; el común espíritu "arribista y combatiente" y el deseo de medrar por "la pluma o la palabra". En su opinión, la generación del 98 está compuesta por Baroja, *Azorín* (a quien "hace vasco"), Maeztu, Unamuno y Manuel Bueno.

Hemos de advertir, finalmente, que la crítica literaria que hace José María Salaverría en estos libros no puede entenderse fuera del contexto de su propia personalidad contradictoria e hipersensible; ni tampoco, sin tomar en cuenta su calidad de autodidacto; ni mucho menos, sin el previo conocimiento de lo que significó en su semblanza espiritual-intelectual la experiencia americana (1911-13), primero; y la europea (1914-15), después. A más de esto, seguiría faltándonos un ingrediente igualmente esclarecedor si dejáramos caer en saco roto el hecho de que fue retratista de escritores contemporáneos, estando desprovisto de la perspectiva histórica necesaria. En todo ello, radica, por lo demás, la exégesis de las tachas y a la vez de las cualidades más salientes de su crítica noventayochista.

Clasificación de su Obra

LA obra salaverriana no resulta fácil de clasificar. La primera dificultad estriba en el hecho de que la mayor parte de ella sigue dispersa en periódicos de España e Hispanoamérica, sin que hasta la fecha haya sido reunida. Por otra parte, al considerar la obra publicada en libros e intentar una clasificación, la tarea se muestra en extremo convencional, debido a que los diversos géneros literarios de que hace uso están impregnados de "ensayismo". Con la previa advertencia, pues, de que el "ensayismo" es lo sustancial en su obra y que los géneros que sirven para dividir su obra tienen mucho de artificioso, damos a continuación nuestra "artificiosa" división en los siguientes apartados.

Ensayo.

El perro negro (1906); *A lo lejos. España vista desde América* (1914); *La afirmación española* (1917); *Espíritu ambulante* (1917);

El muchacho español (1917); *Los conquistadores* (1918); *En la vorágine* (1919); *Los paladines iluminados* (1920); *Instantes* (1927); *El instante dramático* (1934).

Crítica.

El poema de la Pampa (1918); *La intimidad literaria* (1919); *Los fantasmas del Museo del Prado* (1921); *Retratos* (1926); *Nuevos retratos* (1930); *Vida de Martín Fierro* (1934).

Biografía.

Las sombras de Loyola (1911); *Santa Teresa de Jesús* (1920); *Íñigo de Loyola* (1924); *Bolívar, el Libertador* (1930); *Iparraguirre, el último bardo* (1932); *Retrato de Santa Teresa* (1939).

Viajes.

Vieja España [prólogo de B. Pérez Galdós] (1907); *Tierra argentina* (1910); *Cuadros europeos* (1916); *Paisajes argentinos* (1918); *Alma vasca* (1920); *Sevilla y el andalucismo* (1929); *Viaje a Mallorca* (1933); *Guía sentimental del País Vasco* (1955).

Novela.

Nicéforo el Bueno (1909); *La Virgen de Aránzazu* (1910); *El rey Nicéforo* (1923); *El oculto pecado* (1925); *Viajero de amor* (1926); *Una mujer en la calle* (1940).

Drama.

La flor de Magdala (incluido en *Páginas novelescas*); *Guerra de mujeres* (1921).

Cuento.

"Nicéforo el Tirano" (en *El cuento semanal*, 1910); "El planeta prodigioso" (incluido en *El oculto pecado*); *Páginas novelescas*, contiene: "Mundo subterráneo"; "Fin de raza"; "La muerte de mi duple"; "El literato"; "El forjador de fantasmas".

En *El muñeco de trapo* (1928), colecciona los siguientes cuentos: "El muñeco de trapo"; "Un drama en el restaurante"; "El traje de Pierrot"; "Una jugadora imposable"; "La mirada taladrante"; "La niebla alcohólica"; "Un drama en un bargueño"; "El fichero supremo"; "El soñador arruinado"; "La linda tirolesa"; "Fiel hasta la muerte"; "La hermana Magdalena"; "El vagabundo inapetente".

En *El libro de las narraciones* (1936), reúne estos cuentos: "El capitán fantasma"; "El desdenoso"; "Una aventura en el tren"; "El revólver cargado"; "El espía"; "El tesoro de la alcantarilla"; "Quinientos"; "Una huella de mujer"; "Jardín polinesio"; "En la caverna encantada".

Coda

José María Salaverría que fue sacando sus libros de los artículos de periódico —labor que no abandona hasta el día de su muerte, el 28 de marzo de 1940—, escribió siempre contra-corriente y "cargando" todo el peso de "su persona sobre la pluma". Debemos estar percatados de que, encerrado por voluntad propia en el peculiar laboratorio de sus emociones y vivencias personalísimas, establece una norma de conducta desde el primer libro que da a la estampa, consistente en vivir y escribir "auténticamente", esto es, en traducir fielmente y en todo tiempo las opiniones del *yo íntimo*, convencido de que "lo creador se halla dentro, en el fondo de nosotros". En consecuencia, la semblanza de un tal escritor presentará al lector puntos irreconciliables y a la vez únicos. De ahí que el raro valor de su obra, hoy casi totalmente olvidada, sea la originalidad.

Este es también el juicio que se desprende de las palabras certeras de Melchor Fernández Almagro acerca de Salaverría, palabras que bien podrían servir de guía a todo lector que se acerque a su obra: "En el trabajo de diario o revistas, como en la novela y en el ensayo de largo desarrollo, Salaverría se da a conocer como alguien que no trata de vulgarizar su opinión sino, pura y simplemente, situarla. Postura de evidente distinción que contrasta con la de otros escritores, dispuestos de continuo a pactar con el lector. Con Salaverría no siempre se está de acuerdo. Pero lo interesante no es coincidir con un escritor, sino que el escritor acierte a excitar nuestra propia inteligencia, en choque fecundo de sugerencias."³³

³³ Palabras de Melchor Fernández Almagro reproducidas en la solapa del libro de Salaverría, *Nuevos retratos* (Madrid, 1930).

REALIDAD Y SUPERREALIDAD EN LOS SANTOS, DE PEDRO SALINAS

Por Hugo W. COWES

EN un trabajo publicado en 1955,¹ intentamos mostrar que seis obras dramáticas de Pedro Salinas estaban estructuradas de tal manera que en cada una de ellas quedan enfrentadas dos realidades: una realidad en la que los personajes se sienten siendo ellos mismos, y otra en que se sienten fuera de su ser, alienados.

Pero esta organización, según quedó indicado en aquel trabajo, no aparece limitada a esas seis obras, sino que también se proyecta sobre la totalidad de la obra dramática de Salinas, y sobre parte de su narrativa, de su poesía y de sus ensayos.

Creemos que un análisis de *Los Santos*² permitirá insistir en esa proyección, y al mismo tiempo evitar en cierta medida algunos equívocos provenientes de un acercamiento parcial; las obras de Salinas dialogan unas con otras en un intento de enriquecer el problema de que tratamos: los personajes sienten como valiosas realidades de signos valorativos opuestos, o contradictorios, o la misma realidad aparece en diferentes obras diferentemente valorada.

Este juego dialéctico posibilita la presunción de una ontología pluralista, pero no caótica, ni hipertrofiada: funciona más bien como un movimiento en espiral, que apuntara hacia un centro de realidad no evidente, pero de patente presencia estructuradora.³

Como en todas las obras de Salinas —con la única excepción de *Judith y el tirano*— la intriga de *Los Santos* es de una simplicidad

¹ Hugo W. Cowes, *Relación yo-tú y trascendencia en la obra dramática de Pedro Salinas* (Buenos Aires: Facultad de Filosofía y Letras. Instituto de Filología y Literaturas Hispánicas, 1965).

² *Cuadernos Americanos*, 75, No. 3 (mayo-junio 1954), 265-291. Citaremos por esta publicación. Cuando no se indique lo contrario, los subrayados nos pertenecen.

³ Aunque, desde Unamuno, la cultura española reelabora las más decisivas negaciones de la realidad organizadas desde la cultura europea, nunca lleva esas negaciones a sus últimas consecuencias. Esto es, es claro, un juicio de realidad, no de valor. Hemos tratado este problema en "Miguel de Unamuno: elementos para una ontología de la novela actual," *Razón y Fábula*, No. 24 (marzo-abril, 1971), pp. 6-18.

extrema. Tomado un pueblo por fuerzas leales a la República, un grupo de milicianos penetra en el sótano de una iglesia en busca de enemigos. Como en el sótano no encuentra enemigos, pero sí las imágenes de unos santos, los milicianos deciden abandonarlo para seguir el avance de sus tropas, dejando allí al sargento Orozco. El sargento Orozco, adscripto al Tesoro Artístico Nacional, registrará y cuidará de las imágenes. Le hará compañía el maestro del pueblo. Al advertir que los fascistas han retomado el pueblo, Orozco decide que el maestro huya, y al llegar los enemigos al sótano, queda escondido junto a las imágenes de los santos. Los fascistas conducen un grupo de condenados a muerte, a los que dejan encarcelados en el sótano. Como alguno de los detenidos desea fumar y carece de cigarrillos, Orozco sale de su escondite y se da a conocer. Desde este momento la acción dramática consiste en el comentario que cada uno de los condenados hace de su situación, de su actitud ante la guerra civil y de los motivos de la condena. Cuando los fascistas se disponen a fusilarlos, las imágenes se convierten en santos: "se despojan de sus vestiduras y atributos", "parecen vestidos no exactamente como los personajes pero sí de un modo semejante". (p. 290), y salen del sótano. Son así fusilados en lugar de los sentenciados.

El espacio real (el sótano) y el tiempo real (más o menos los minutos que dure la representación) son también muy limitados.

Pero uno y otro se amplían, a través de espacios y tiempos virtuales, en el transcurso de la acción dramática, al mismo tiempo que se supera la limitación de la intriga, que alcanza una dimensión más general, dirigida a la guerra civil o a la historia política española toda; o tal vez universal, dirigida a toda política.

La obra pone a los personajes, y al espectador, sin lugar a dudas, ante la presencia de un milagro, es decir ante la suspensión de las leyes naturales por intervención divina.⁴

Cuando un milagro, o un supuesto milagro, acontece en la realidad, se plantean dos órdenes de problemas que provienen de su definición.

En primer lugar es necesario probar que se trata de una suspensión efectiva de las leyes naturales. Que no se trata, por ejemplo, de una alucinación, de una superchería, etc.

En segundo lugar hay que demostrar la intervención divina. Hay que demostrar que no se trata de un acto de magia.

Ninguno de estos problemas nos enfrentan en el plano de la literatura.

La obra nos dice —no ninguno de los personajes— que las imá-

⁴ L. Monden, *Le miracle, signe de salut* (París: Plon, 1962).

genes se han convertido en entes que actúan como seres humanos. Presumiblemente que las imágenes de los santos son, o por lo menos se convierten al final de la obra, en los santos mismos: "Los santos se animan y con movimiento. . ." (p. 290).

La obra nos sugiere, además, por la actitud de dos personajes, que esa suspensión ha sido ocasionada por intervención divina. Cuando los santos son fusilados, La Madre "Se adelanta y dice con *cara de gozo* y voz clara y sonante:

¡Hijo mío de mi alma!"

Y "Se queda en el centro de la escena, *como la clave*, inmóvil, mirando al cielo."

La Pelona, una monja, de rodillas:

"Padre nuestro que estás en los cielos. . ."

Con esta secuencia el telón cae.⁵

El acto ha sido, pues, así, y de acuerdo con la causalidad indicada. Literariamente sólo podemos plantear si uno y otra aparecen como posibles en el mundo que la obra ha creado.

Esta verosimilitud interior a la obra misma —fundamento de una verosimilitud que justifica a la obra frente al mundo— es el problema de todo escritor que intente insertar la realidad religiosa en un mundo profano, constituido sobre una imagen científica, que constitucionalmente la rechaza.⁶

Nos proponemos mostrar aquí que todos los elementos con que el mundo de *Los Santos* está construido permiten justificar el acto final.

Conviene en primer lugar atender a como la obra, los personajes, y el espectador, aparecen enfrentados ante las imágenes de los santos.

La obra no deja ninguna duda: se trata de "las imágenes" de

⁵ Más todavía: "Pelona ha caído de rodillas." E invita a los otros: "¡Rezad, *hermanos*, vamos a rezar por ellos!" Además de la presencia directa de la religiosidad, el gesto y la invitación, Pelona establece sobre el grupo una relación de *comunidad*: "hermanos". Por otro lado Pelona invierte la habitual relación con lo religioso: no invita a rezar "por" los hombres sino "por" los santos, que funcionan así como hombres, en nuestra cotidianidad. Con lo que se insiste en la presencia en ella de lo religioso. Por fin lo religioso se manifiesta en Severio y Paulino que "apoyadas las manos en la pared y con aire de *asombro* y *espanto*, miran *como todos* con ojos clavados en la puerta." (p. 290). Se repiten así los mismos signos con que se manifiesta la experiencia de Orozco con la Virgen, con lo que la dimensión religiosa de aquella escena queda subrayada, y al mismo tiempo vinculada a este desenlace.

⁶ Por ejemplo de Paul Claudel, Gabriel Marcel, T. S. Eliot, Graham Greene.

unos santos: la imagen de la Soledad, de la Magdalena, de San Francisco, de San José. . .

Las cosas están en orden y claramente insertadas en nuestro mundo: hay unas imágenes de santos y unos personajes frente a esas imágenes. El espectador contempla a unos y a otros claramente separados.

No obstante, sin salir de esta perspectiva empírica, la obra introduce una cierta inseguridad.

Por de pronto esta realidad empírica no se da de primera intención: es el resultado de un descubrimiento que exige vencer alguna dificultad, por lo menos en el plano de la percepción: "En el centro se vislumbra un montón de objetos *cuyas formas no pueden definirse en la penumbra.*" (pp. 265-266).

Varias linternas alumbran el sótano y "se ven *como formas humanas.*" El teniente pide más luz y los "rayos de las linternas caen sobre unas *formas extrañas que parecen humanas pero inmóviles.*" De pronto la realidad primera comienza a mostrarse: una linterna "cae sobre *una figura inmóvil* que se descubre ser una imagen de la Soledad". Por fin se muestra en su totalidad: "Se acercan más dos o tres milicianos, y se va viendo lo que compone el grupo". (p. 266). Por boca de un soldado, la obra subraya el descubrimiento: "Anda Dios. ¡Si son santos!" (p. 267).

Las expresiones subrayadas indican claramente la dificultad para aprehender la consistencia de lo que se percibe: "formas", "formas", "figuras". La indeterminación de esta manera de nominar queda subrayada por la segunda presentación de "formas": se presenta ahí como algo que sale de nuestra habitualidad. Indican también la posibilidad de que se trate de seres humanos, cuya consistencia se da como probable si las formas estuvieran dotadas de *movimiento.*

El escalonamiento de las sucesivas maneras de nominar —que hemos ordenado según el tiempo de la obra— confirman el sentido de proceso, en el que se insiste aún en el momento en que se inicia su culminación: la linterna no cae sobre la imagen de la Soledad sino sobre "una figura inmóvil que se descubre ser. . ."

Sentido de proceso configurado todavía por la acción exterior: Los milicianos están "en lo alto de la escalera"; el teniente "Empieza a bajar. . ." "Le siguen los demás"; "El grupo está ahora al pie de la escalera. . ."; "Se acercan más dos o tres milicianos. . ."

Por fin una circunstancia empírica —que luego resultará simbólica— posibilita tanto la dificultad de aprehensión de la realidad como su indeterminación.⁷

⁷ La falta de luz física se corresponde con la falta de luz espiritual. La

La acotación primera —que funciona para toda la obra— indica: "Por la escasa luz la escena *medio en sombra*." (p. 265). En el centro de la escena hay unos objetos "cuyas formas no pueden definirse en la *penumbra*". La acción exterior destaca esta situación: durante todo el proceso de descubrimiento los milicianos insisten en la necesidad de disponer de más luz. Pero todavía, cuando el proceso ha terminado, cuando ya han descubierto que se trata de meras imágenes, cuando han roto los tragaluces para combatir la oscuridad, una nueva acotación insiste: "Entra más luz que *no llega a aclararlo todo bien pero que permite ver lo suficiente*." (p. 267).

Militarmente los milicianos están tranquilos: estas imágenes no suponen ningún peligro. Son, como dice uno de ellos, desde un punto de vista extremo, "de palo" (p. 267).

Sin embargo, los milicianos no dejan de interesarse por los santos, ni dejan de interesarse los fascistas cuando entran, ni el sargento Orozco y el maestro cuando se quedan solos, ni los condenados cuando reflexionan sobre su situación. Los santos funcionan en todo el transcurso de la obra como una presencia obsesiva, permanente, como unos personajes callados e inmóviles, pero actuantes. Su real actuación final no hace sino culminar, pues, esta ininterrumpida actuación virtual.

Es claro que la actitud de los personajes no es siempre idéntica, ni aun parecida; funciona por el contrario una oscilación entre sentirlos como santos, en su presencia religiosa real, y en sentirlos como imágenes, o aun objetos "de palo".

Así la acción de la escena I, aunque motivada por la búsqueda de fascistas en el sótano, está íntegramente dedicada a resolver qué se hace con los santos y qué actitud se toma ante ellos. Apenas una indicación sobre la decisión de seguir el avance de la columna militar interrumpe estas preocupaciones.

Sólo la actitud del sargento Orozco goza en esta escena I de una coherencia total: se trata de cosas de valor artístico que hay que preservar e inscribir en el registro del Tesoro Artístico Nacional.

También el Teniente coincide con esta actitud. Aunque primeramente exclama: "¡No hay que fiarse ni de los santos!" (p. 267), esta exclamación dicha en medio de la búsqueda de fascistas en el sótano apuntaría más bien a no dejar pasar a ninguno escondido entre los santos. Esta actitud quedaría confirmada con su exclamación

escena culminante propone a la madre en el "centro de la escena", donde antes estaban los santos ("En el centro se vislumbra..." p. 265), hacia donde presumiblemente se dirige la luz que los descubre en su condición de santos. En un escritor tan sutil como Salinas no podríamos esperar una indicación más evidente, que además no se correspondería con la estructura de una realidad no mostrada sino insinuada.

siguiente: "No sea bruto. [le replica a un miliciano que quiere disparar su ametralladora contra las imágenes] ¿Cómo van a ser fascistas unos *santos de palo*?" (p. 267).

No obstante, al continuar la disputa con el miliciano toma a los santos por lo menos como seres humanos, no como imágenes: "Las balas para los vivos. . ." "Estos están muertos. . . No pueden hacer nada." (p. 268).

La actitud del miliciano es absolutamente opuesta a la del teniente y a la del sargento Orozco. Hay una frase clave dirigida precisamente a desbaratar la argumentación del teniente: "¡Que no pueden hacer nada! ¡Quién sabe! Yo no me fiaría. . . *mas que sean de palo. . .*"

Por lo demás, la presencia de esta actitud del miliciano no es accidental: no sólo porque constituye el motivo central de la acción dramática de las últimas dos terceras partes de la escena, sino también porque continúa el motivo central de la primera parte (qué consistencia tienen las "formas" que se "vislumbran") y se vincula directamente con la situación fundamental de la obra; el miliciano tiene razón: los santos "pueden hacer algo", "no hay que fiarse". Aunque lo que puedan hacer no es "ser fascistas"; no es lo que el miliciano teme, sino todo lo contrario.

Luego del descubrimiento, pues; luego de advertir que se trata de imágenes de santos, éstas siguen preocupando a los milicianos.

La escena II presenta a los santos desde la perspectiva del sargento Orozco, que inicia su tarea de registro. Sólo cuando decide hacer que el maestro —ante la retirada de las tropas leales y la reconquista del pueblo por los fascistas— huya, éste exclama: "¿Te vas a quedar aquí con los santos?" (p. 271), con una manera de nominar ambigua.

Pero esta ambigüedad desaparece en la escena III. Sólo ante la presencia del enemigo, la entereza funcionario-militar de Orozco ("Soy un idiota. . . Todavía me puedo escapar") flaquea y su actitud ante los santos cambia radicalmente. Primeramente toma una actitud displicente ("Porque los santos no fuman", puede Orozco reservarse todos los cigarrillos). En seguida irónica ("Vosotros sois los encargados del sacrificio. . . Los técnicos. . ."). Pero por fin más comprometida, una situación límite, determinada por la desorientación ("¿Qué —MIRANDO A LOS SANTOS—, no hay ninguno para darme un consejo?") o el desamparo ("¿No hay quién se compadezca de mí?"). Ahora les ha hablado directamente; y, todavía personalizando: "A ti, Soledad, vamos. . . me voy. . . o me quedo. . ." (p. 272).

Tal vez Orozco está sólo en una situación intermedia. No hablando directamente a los santos como tales, sino hablando a las imágenes llevado por su situación de inseguridad interior, por su terror ante la posible muerte inminente. Pero lo cierto es que les habla.

De cualquier manera, desde la realidad de las imágenes le llega una respuesta que le desconcierta. La obra deja oculto lo que en realidad ha ocurrido. El espectador sólo advierte que algo extraño ha pasado, pues Orozco, que tenía su oído junto al rostro de la virgen en busca de una respuesta, "retrocede hasta llegar a la pared, andando para atrás, y mirando con expresión de terror a la imagen, sin perderla de vista." La acotación insiste dos veces en el terror que la experiencia le produce, y en que la imagen de la virgen le obsesiona: "mirando a la imagen *hasta último momento*, sin perderla de vista". Y destaca, además, la conmoción interior sufrida por Orozco: "con pasos de borracho". Por fin, como llegan los fascistas, debe ocultarse. Y lo hace buscando refugio, "debajo del manto de la Virgen".

La presencia de lo religioso se insinúa, sin quedar explícitamente declarado, y sin que tenga influencia inmediata en la acción dramática ni aun en la persona de Orozco. Los fascistas llegan al sótano en ese momento, y otros serán los portadores de la acción dramática. Pareciera que la obra sintiera que no es tiempo para la revelación definitiva. Otras fuerzas, y otras circunstancias, le concederán una mayor verosimilitud.

Pero lo seguro es que el espectador ha estado frente a una experiencia por lo menos inexplicable, que se aparta de la realidad cotidiana. Y Orozco —que era, junto al teniente, el portador de la visión empírica y profana— la ha enfrentado personalmente.

En la escena IV sólo acontece una referencia con la descontada aceptación formal de lo religioso de quien funciona en la obra como representante oficial del bando católico: "Mejor, buena compañía para las últimas horas, los santos. ¡Puede que alguno se arrepienta!" (p. 273).

El formalismo del Teniente queda subrayado por su actitud ante el destino religioso de los condenados: "Se procurará buscaros un sacerdote. Si se puede. . . Si no. . ." (p. 276).

Cinco son las alusiones a los santos en la escena V, donde quedan organizadas las situaciones decisivas. Las ordenaremos por orden de importancia.

Orozco reitera su actitud irónica, pero por lo tanto no indiferente. Están preparando su huida, y Pelona le pregunta si alguien

sabe que él está en el sótano. "Bueno, como saberlo, nadie más que éstos, los santos, que no se lo van a ir a contar a nadie, creo yo..." (p. 272).

La primera alusión de Palmito y la de Severio tienen ya una importancia decisiva, pues ambas aluden a la posibilidad de que los santos se animen, con lo que anticipan el acto final. Cuando, saliendo de su escondite debajo del manto de la Virgen, Orozco se presenta a los condenados, Palmito comenta: "A mí como que se me hizo un santo que echaba a andar..." (p. 276). Más tarde, Severio, para apoyar su teoría de la realidad política como invención le dice a Orozco: "... y tú que sales de entre esos santos, cosas de esas novelas" (p. 278).

La segunda alusión de Palmito trata ya directamente a los santos no como imágenes sino como santos: "Lo digo, y muy alto lo digo pá qué tós se enteren, hasta los santos esos de palo..." (p. 280).

Lo mismo, y más enfática y pormenorizadamente, la alusión de La Madre: "Esos santos (Señalando a las imágenes) lo saben. Me tienen que haber oído." (p. 284). El contraste entre texto y acotación subraya la personificación en el primero.

Por fin la pregunta por los santos es elemento decisivo para declarar la identidad de Pelona. (pp. 286-287).⁸

⁸ Aunque hay otros textos de Salinas que apuntan indirectamente a esta actitud ante las imágenes de los santos, conviene tal vez detenerse en el poema "Santo de palo" (*Poesías completas*, Madrid: Aguilar, 1955, pp. 362-363), porque apunta directamente a aquella actitud y a la expresión que funciona como un motivo del "proceso dramático". El poema está arquitecturado en torno a una tensión dramática entre "ser árbol" y "ser santo". Aunque esta tensión tiene muchos modos de expresión, bastará, para nuestros propósitos actuales, con que destaquemos estos versos. El poema parte de la realidad habitual, natural: "¿Quién escogió aquel árbol, de entre todos? / Qué mirada, en silencio, dijo: ¡Ese! / ¿Cuál hacha le libró de la conforme / servidumbre selvática, / de la insensible pena de ser bosque?". E inmediatamente se instala en la trascendencia ("Trascendida madera"): "Ahora, a sus pies, / arden las llamas, llamas menudas día y noche; / por cada llama alguien quiere una cosa." Pero, estando aquí, en este ser, de su antigua realidad le llegan unos mensajes, unas señales: "De aquellos mismos campos donde estuvo, / vienen / sus hermanos menores, exquisitas / criaturas, las flores;". Todavía el poema lo imagina vuelto a su antigua realidad, aunque sin perder su nuevo ser ("allí entre sus hermanos arraigados, / que empiezan a echar hoja, / a él, sin raíces, y su tronco, / de oro todo y colores, / de humanidad, su tronco disfrazado,"), y entonces, desde esa realidad, se le llamaría a su antiguo ser: "¿Quién eres tú? ¿Dónde tus ramas, dónde / las hojas que solías?". Y entonces el "santo de palo" declara su identidad: "Soy santo. Mis raíces / son la vida y la muer-

La presencia de lo religioso aparece también —desde la vertiente de nuestra realidad— en la actitud de los condenados ante su propia situación, en la que queda implicada su actitud ante la guerra civil, ante la política española en general, o simplemente ante la política.

Las cinco actitudes aparecen presentadas en la escena V en un orden de importancia, y profundidad, alternativas.

Paulino, "mozo de pueblo de aspecto *simplete*", es condenado por motivos absolutamente arbitrarios. Había un Paulino Sotero a quien acusaban de "comunista", "agitador", "criminal" —según cuenta el mozo—, que además había estado en París y en Rusia. "Yo soy Paulino Sotero, pero no soy ese" —reitera el joven como un leit motif— "Yo bien sabe Dios que jamás salí de mi pueblo y no sé ná de tó eso. . ." (p. 275). El Consejo no puede distinguir entre Paulino Sotero y Paulino Sotero: "El Consejo sabe muy bien quién eres. . ." (p. 274).

Su caso, como el de Palmito, y en alguna medida el de Pelona, queda comprendido adecuadamente en la caracterización que de la experiencia de los cinco configura La Madre: ". . . a todos nos matan por nada. . ."

Severio es carpintero. Estaba encargado de construir una horca; como le repugna la tarea, huye. Pero es atrapado.

La explicación que da de su conducta configura una actitud que trasciende los límites de la política, y aun de la realidad cotidiana, y alcanza una dimensión religiosa: ". . . y ya veía colgando a Desiderio, a Juan el del Majuelo, a Don Facundo. . ." "Y no fue ná de

te de un hombre de hace siglos. / Soy su carne sin carne." No obstante este nuevo ser no borra al primero, aunque el primero quede sobrepasado, o para usar la palabra técnica, palabra también poética, del poema mismo, trascendido: "'De vosotros me siento / cuando el calor de agosto, entre mis fibras / me chasca la pintura. Pero alguien / entre vetas y nudos, / como los vuestros, *que en ceniza acaban*, / me ha encendido / arder que no termina, luz de inmortalidad: / *me han puesto un alma.*'" El poema termina, al afirmar el nuevo ser, relacionando a éste con la realidad primera. Como, en la imaginada vuelta al bosque, los otros árboles le han preguntado por el viento ("¿No sientes ya que el viento te hace música?") y por los pájaros ("¿Los pájaros, te quieren? / ¿Vienen a ti a vivirse, todavía?"), contesta: "'Susurros suplicantes / allí a mis pies, el aire de los rezos, / ese es mi viento. / Y las almas, ahora, son mis pájaros.'" El poema confirma así, la vinculación entre las dos realidades, el ser las imágenes de los santos los santos mismos, como la actitud implorante de los hombres concede ser a este ser santo de lo santos, pero al mismo tiempo concede pleno sentido a la exhortación de Pelona: rezar por los santos, no por los hombres, supone la vinculación máxima de las dos realidades.

política, ni de ideas, sabes. Es que toda la vida me la pasé sin hacer daño a nadie, y nadie me lo hizo a mí. Ya es muy tarde pá empezar. . . Vale más irse así. . . Aunque se vaya uno un poco antes. . . Por lo menos se marcha uno en paz con su conciencia. . . ¡Que maten ellos!" (p. 279).

Pero lo decisivo aquí es que Severio configura con su actitud la ética esencial del grupo: "Al acabar el relato, *todos* le están mirando con admiración."

Todavía hay otras adhesiones de carácter individual a su actitud. La de Orozco es sólo una interjección. Pero La Madre, al mismo tiempo que extiende la aceptación que la actitud de Severio podía tener en el pueblo, le da nombre: "Tío Severio, razón tenía lo que decía de Ud. mi difunto. Que era Ud. el hombre más *honrao* del pueblo. . ." Palmito, por su parte, le da un sentido más general, y profundo: "Si hubiá muchos como Ud. no pasaría lo que pasa." (p. 279).

La situación de Palmito es parecida a la de Paulino. Ejerció su oficio con señoritos hasta la guerra civil. Luego con milicianos. "Yo me fui con ellos para hacer con ellos lo mismo que hacía con los señoritos. Pero no por dinero, eh, ¿eso no!" "¿Yo que iba a dar a la causa?" Su identificación con los milicianos se expresa, así, en este gesto de donación. Y en esta acentuación del signo contrario que con la guerra ha alcanzado su vida: "Aquello de adenates, donde la Butenflai, era la cárcel. . . Pero esto de ahora. . ." Por fin expresa con toda claridad lo injustificado de la condena: "Pero ¿por qué, Virgen de la Paloma, por qué me van a fusilar a mí? Pero si yo no he hecho nada malo, si yo no he matao a nadie, si yo era feliz así de desgraciá. . . A ver que me digan cuál es mi culpa, que me lo digan, que me lo digan. . ." (p. 282).

La identificación de Palmito con Paulino queda subrayada por esta conclusión del mozo: "Pues no se nota mucho lo mala. . ." (p. 280).

La actitud religiosa de Palmito aparece confirmada por la forma expresiva de organizar una queja desde el plano de la más externa cotidianidad. Le reprocha a los fascistas que no le hayan dado cigarrillos: "No tién *ni caridá* de fumar. . ." (p. 276). Con lo que les niega, "ni", toda otra suerte de amor.

La posición de La Madre —y la del hijo, de cuya actitud ella se constituye en mantenedora— continúa la de Severio, aunque proyectándola a una dimensión más conscientemente religiosa y de mayor compromiso con la realidad política.

Lo que en Severio es actitud que se manifiesta esquivando la

realidad política, en el hijo adquiere expresión concreta y afirmada ante los portadores de la posición opuesta. "Yo no me meto en nada. Yo soy hombre de paz. . ." Y los fascistas ("Unos hombres, seis o siete, *con camisas negras. . .*"): "Paz, ¿tú quieres la paz? Pues toma paz, y paz, y paz." "Y cada vez que lo decía un tiro, y otro, y otro. . ." (p. 283).

La Madre también se compromete atacando a los fascistas con un cuchillo de cocina. Y es detenida. Para ser ahora fusilada.

La Madre cuenta esto, con lo que quiere mantener la memoria de lo acontecido, y la del hijo.

Pero además esta memoria del hijo, y del ser del hijo, intenta La Madre proyectarla de manera universal: "Ya te he convencido, verdad [le dice a Palmito] Ahora ya crees *que no había otro. . .* Así voy a hacer con todos, me iré *por el mundo*, hablándoles *uno a uno, a todos*, hasta que *todos* crean la verdad, que *no había otro. . .*" (p. 286).

Y este, "que no había otro", es un leiv motif en los parlamentos de La Madre. Además de esta singularidad del hijo (que queda destacada por la experiencia de Palmito: "Todos los hombres son iguales. . ."), La Madre lo caracteriza de manera muy significativa: "palma de Jerusalén", lirio derecho (p. 284), "Tan limpio y entero estaba como cuando me nació" (p. 285), "Así el mío, así el mío, así. Como un duro nuevo, que no lo ha tocao nadie. . . que parece que no sirve para comprar, de hermoso que es. . . No había otro. . ." (p. 286). Por fin, lo más decisivo, cuando se produce el milagro, La Madre, "con cara de gozo", "en el centro de la escena, como *clave*, mirando al cielo", exclama: "¡Hijo mío de mi alma!", como si el milagro hubiera sucedido por su intercesión.

Además, La Madre por sí misma mantiene una actitud permanentemente religiosa: "¿Rezar? ¿Es que he hecho más que eso, desde su fin?" (p. 284).

La posición de La Madre, al insistir en la de Severio —que representa la de todo el grupo, y aun la del pueblo— lleva la posición de la realidad empírica de la obra a una dimensión que exige la intervención de la realidad segunda, o por lo menos se compadece con ella.

Pelona es una monja y actúa suave pero firmemente de acuerdo con su vocación. El valor expresivo de su actitud en la economía de la obra proviene de esta circunstancia. Actúa cristianamente, como esperamos. Lleva comida a los hijos presos de la familia que la acogió cuando su comunidad quedó dispersada. Cumple con esta misión aunque "decían que eran rojos. . .", según ella misma lo

cuenta. Los jóvenes huyen de la cárcel, y Pelona es acusada de "haberles ayudado". "No lo hice... pero lo hubiera hecho...", si se lo hubieran pedido (p. 288). Cuando Orozco le sugiere que no pertenece al grupo de los condenados ("Tú no eres de ellos..." "Del pueblo... camarada..."), Pelona contesta: "Yo soy de todos..." Su actitud, contraponiéndose a la acción de los fascistas desde su realidad, contrasta con el representante de éstos, que funcionan como los representantes oficiales del catolicismo. La obra destaca enérgicamente la contraposición, pues el teniente le recrimina su actitud y le niega su derecho a ser religiosa; como el teniente exige que los prisioneros le contesten "para servir a Ud." al ser llamados por sus nombres, Pelona le corrige: "Para servir a Dios y a Uds.", con lo que la pretensión de luchar en nombre de Dios queda desbaratada. El teniente, entonces, críspala, ridículamente, su actitud: "¡A Dios! ¿No te da vergüenza nombrarle, tú que estás ocultando a rojos?" Inmediatamente, perfeccionando su formalismo, y ahondando la distancia que lo separa de Pelona: "Se procurará buscaros un sacerdote. Si se puede... Si no..." (p. 274).

Pero de cualquier manera, todo esto —ni la actitud de los personajes ante los santos, ni la actitud religiosa de los condenados ante la vida— no concedería suficiente verosimilitud al milagro. Podría ser sólo la coincidencia de unas subjetividades frente a otra creación subjetiva. La obra necesita encontrar las necesarias condiciones objetivas en el seno mismo de lo que llamamos nuestra realidad.

Severio se constituye en el portador específico de esta versión de la objetividad: "Tó sirve, hasta los libros... Serán *invenciones*, yo no te lo niego, pero... ya ves tú ¿es que no parece esto, *todo esto*, lo que está pasando *en el pueblo y en España, invención?* ¿Nos parecemos nosotros... y tú que sales de entre esos santos, cosa de *esas de las novelas*." "...hace quince días parece *que vivimos rós de invención*." Y Orozco le contesta: "Es verdad... esos santos, aquí y nosotros, todo revuelto, parece un *sueño*." Y esto que pasa es similar a lo que ambos han leído en los *Episodios Nacionales*. (p. 278).

Lo que nos pasa —viene a decir Severio, y confirma Orozco— se parece a lo que pasa en las novelas, parece un sueño. Y no sólo lo que nos pasa personalmente, ni aquí en el pueblo, sino en España toda; y lo que pasó a España en el siglo XIX.

Esta realidad nuestra está tejida, pues, con la sustancia de la "irrealidad", de la "invención". Está preparada para aceptar que las

imágenes de los santos se animen, avancen hacia la puerta del sótano, salgan fuera, reemplacen a los condenados.

La relación entre esta versión de nuestra realidad y el milagro aparece semánticamente explicitada. Cuando el milagro acontece Severio comenta: "¡Más invención, cada vez más invención!" Y además, la inseguridad, proyectada al plano personal. Palmito pregunta: "Pero ¿qué... que han matao a los santos?". Y Paulino le corrige: "¿No habrá sío a nosotros?" (p. 291).

Esta inseguridad sobre la realidad personal tiene en la acción dramática varias formas de expresión.

Los cinco prisioneros han sido condenados por azar: ninguno por lo que en realidad es. Esta situación queda explicitada por La Madre: "Por nada, hija... me lo mataron por nada... a ti te matarán por nada... a todos nos matan por nada... por cosas que hablan muy de prisa, y no se les entiende... Por nada." (p. 284).

Es evidente que a Paulino lo han sentenciado a muerte "por nada". También es evidente en el caso de Palmito. Sólo irónicamente puede decir la obra que la condenan por "connivencia con el enemigo..." (p. 274). Y en el de Pelona, que no hace sino cumplir con sus deberes cristianos.

La condena de La Madre y de Severio —y el asesinato del hijo— podrían, acaso, tener justificación política o militar, externa, pero no profunda o cristiana.

Orozco, el que tiene mayor seguridad de que se trata de meras imágenes, tiene la primera experiencia de lo milagroso.

Un soldado republicano, acusándolos de fascistas, quiere acribillar a los santos, y los santos luego salvan a los condenados, oponiéndose así a los fascistas.

Son los fascistas los que condenan las actitudes cristianas, mientras se presentan a sí mismos como portadores de lo religioso para ellos republicano es igual a "enemigo de Dios".

Los presuntos aliados de los fascistas, los santos, desbaratan sus planes, favoreciendo así a los "enemigos de Dios".

Los fascistas, además, no entienden la religiosidad implícita, y algo extraña, o heterodoxa, de los otros, ni pueden presumir la de los santos: "Mejor, buena compañía para las últimas horas, los santos. ¡Puede que alguno se arrepienta!" (p. 273). Pero tampoco la simple, y nada heterodoxa, ni extraña, de Pelona.⁹

⁹ Los fascistas, además, usan el sótano de la Colegiata como calabozo, y cuando los santos se dirigen a la salida, el centinela "les va dando un empujón".

La obra presenta, además, desde un punto de vista general, como seguro, que las habituales versiones de la realidad no se refieren a la realidad. La Madre sostiene que los condenan "por cosas que hablan, muy de prisa, y no se les entiende. . . Por nada." Cuando el sargento Orozco, proclama: "es la injusticia, es la tiranía, es. . .", replica: "Todo eso habladurías. Aire que echas por la boca. . ." (p. 284). Cuando Paulino es condenado, el teniente asegura enérgicamente: "El Consejo. . . sabe muy bien quién eres. . ." (p. 274).¹⁰

Podríamos inscribir esta obra, en primer lugar, entre las que intentan presentar una realidad religiosa profunda, esencial, auténtica, en lucha contra una realidad externa, aparential, falsificada, con que la obra se encuentra en los inicios de la guerra civil, y con que podría encontrarse más generalmente en las versiones concretas de lo religioso.

O, en segundo lugar, entre las obras que presentan una realidad en que se dan las condiciones más profundas de la realidad humana en lucha contra la realidad política con que la obra se encuentra en la España de la Guerra civil o en la España de los siglos XIX y XX, o con que podría encontrarse más generalmente en toda versión de cualquier política.

Dicho en forma más técnica —con categorías cercanas a la visión del mundo de Salinas—: entre las obras que presentan la lucha entre la realidad problemática de la relación yo-tú y la realidad probable de la relación yo-ello. Con respecto a Dios y con respecto a los hombres.

Una visión superficial de estos problemas, en un momento de casi infinitos planteos de orden técnico y científico, podría considerar la posición de la obra como ingenua, desconectada de los términos concretos en la historia los propone.

Pero si observamos las vacilaciones con que se enfrentan todas las iglesias del mundo que de alguna manera quieren superar nuestra situación, y las consecuentes disputas teológicas, advertiremos que la obra se sitúa en una perspectiva sobradamente adecuada.

Lo mismo acontece en el plano político. Para aceptar esto basta con considerar las crisis internas en que se debaten las dos concepciones que han adquirido una concreción histórica más poderosa, lo mismo que las concepciones intermedias menos poderosas, y las vacilaciones teóricas y prácticas de los países que de alguna manera están todavía fuera de cualquiera de esas concepciones.

¹⁰ En toda la obra de Salinas aparecen constantes alusiones a las "ideas" y "palabras" que no apuntan al centro de la realidad. Bastará, creemos, con aludir a "Sí, por detrás de las gentes. . ."

No parece temerario aceptar que por debajo de los problemas inmediatos, el hombre busca una nueva actitud total¹¹ ante la realidad, o está empeñado en la creación de una nueva realidad en las muchas de las formas culturales heredadas carecerán de vigencia.¹²

El núcleo central de la actitud de *Los Santos* quedará apoyado en una base de sustentación más amplia si inscribimos la obra, en tercer lugar, entre las que postulan la presencia de otras realidades más reales, y a veces más valiosas, debajo de nuestra aparente sólida realidad.

Para sugerir esta inscripción nos bastarán dos sugerencias.

Una comparación con *La fuente del Arcángel* puede resultar, creemos, sobradamente elocuente.

Estructuralmente nos encontramos ante la misma situación: una estatua, ahora, la del Arcángel, se quita sus atributos y se convierte en una figura animada, con las características de un ser humano; también allí funciona una realidad primera, de apariencias muy coherentes pero de una inseguridad que facilita la transformación. También allí hay fuerzas que se dirigen a ésta, o la exigen.

Pero el sentido de la realidad propuesta como real y valiosa es absolutamente diferente, pues a la aparente realidad de un complejo religioso-social se le opone la realidad del amor, de la aventura, de la vida. La estatua del Arcángel no se convierte en *el* Arcángel o no sólo en él sino-en Eros —un saltimbanqui— el diablo, o también en ellos.

Por otro lado si sobrevolamos la totalidad de las obras dramáticas de Salinas nos encontramos con el enfrentamiento de muy diversos tipos de realidades: la realidad del amor a la realidad de estructuras socioculturales rígidas; la realidad de lo soñado frente a la realidad de lo vivido; la realidad de lo subconsciente frente a la realidad de lo consciente; la realidad del personaje frente a la realidad del ser humano; la realidad del yo frente a la alienación económica; la realidad del amor maternal absoluto frente a la alienación económica; la realidad de la historia frente a la versión de la ciencia histórica; la realidad de la investigación científica frente a la realidad de la guerra y la política; la realidad de "lo humano" frente a la realidad de la política; la realidad divina frente a la realidad humana. En esta lucha de la realidad real frente a la realidad aparental funcionan como instrumentos de liberación muchas rea-

¹¹ Lo que justifica la decisión fundamental de la obra: Buscar una dimensión religiosa para un problema político-militar.

¹² Situación que la obra configura al rechazar las "ideas", las "palabras", la "política". Ver la nota 10.

lidades intermedias. Por lo demás unas y otra no aparecen tajantemente separadas dentro de una obra, o en una obra frente a otra, sino que aparecen interrelacionadas en un proceso que no corresponde tratar aquí.¹³

¹³ Hemos señalado en *Filología*, 10 (1961) p. 243, cómo entre los trabajos dedicados a Pedro Salinas se ha ido formando una tradición crítica que se dirige en el sentido propuesto por nosotros. De entre ellos nos parece oportuno destacar cinco que de alguna manera suponen una base de sustentación intelectual más amplia pues utilizan categorías metafísicas o teológicas. El 24 de diciembre de 1955 publicamos en *La Nación*, de Buenos Aires, un artículo titulado "Acotación al Pedro Salinas de Leo Spitzer". Allí, luego de destacar que el trabajo de Spitzer apuntaba al meollo de la lírica de Salinas, objetábamos la metafísica implícita en su ensayo: "¿Cómo es posible negar la autenticidad concreta de una experiencia metafísica que ha sido llevada al plano de la reflexión filosófica por lo menos por Max Scheler, Gabriel Marcel y Martín Buber?" Referida esta posición a la lírica, en nuestro libro de 1965 la proyectamos a su obra dramática. Allí ampliamos el aparato referencial a otros filósofos, entre ellos Jaspers, y a otros escritores, entre ellos Miguel de Unamuno y Antonio Machado, señalando que esa posición se manifiesta como una tendencia de la cultura de nuestro tiempo. Para la misma fecha que nosotros publicábamos nuestro libro, Juan Marichal, en un lúcido ensayo, interpretaba la poesía de Salinas con las categorías de Teilhard de Chardin: "El secreto de la posible plenitud humana, del posible equilibrio interno del hombre, lo ve Teilhard de Chardin en esta forma: 1o. se centrer sur soi même, 2o. se décentrer sur l'autre, 3o. se surcentrer sur un plus grand que soi." "La poesía de Pedro Salinas," *Letras*, 37, Nos. 74-75 (1965), 36-47. Insiste en la misma interpretación en "Pedro Salinas: La voz a la confidencia debida," *Revista de Occidente* (26 de mayo de 1965), pp. 154-70. Esta posición de Marichal de alguna manera confirma nuestra posición, pues el movimiento señalado se relaciona con los indicados por Jaspers, Buber y Marcel. Y de alguna manera lo enriquece, porque así como la posición de los tres últimos no es exactamente la misma, tampoco coinciden con la de Teilhard de Chardin. Posteriormente Alma de Zubizarreta interpreta la poesía de Salinas desde la perspectiva de Buber en *Pedro Salinas: El diálogo creador* (Madrid: Gredos, 1969). Libro que todo interesado en la poesía de Salinas debe conocer.

Se terminó de imprimir este libro el
día 9 de mayo de 1973 en los talleres
de la Editorial Libros de México, S. A.
Av. Coyoacán 1035, México 12, D. F.
Su tiro consta de 1 600 ejemplares.

Nº 454

Cuadernos Americanos

ha publicado los siguientes libros:

	Precios	
	Pesos	Dis.
RENDICION DE ESPIRITU (I y II), por Juan Larrea	10.00	1.00
LA APACIBLE LOCURA, por Enrique González Martínez	10.00	1.00
LA PRISION, por Gustavo Valcárcel	10.00	1.00
SIGNO, por Honorato Ignacio Magaloni	5.00	0.50
LLUVIA Y FUEGO. LEYENDAS DE NUESTRO TIEMPO, por Tomás Bladae	10.00	1.00
LUCERO SIN ORILLAS, por Germán Pardo García	10.00	1.00
LOS JARDINES AMANTES, por Alfredo Cardona Peña	10.00	1.00
MURO BLANCO EN ROCA NEGRA, por Miguel Alvarez Acosta	15.00	1.50
DIMENSION IMAGINARIA, por Enrique González Roio	5.00	0.50
DIMENSION DEL SILENCIO, por Margarita Paz Paredes ..	15.00	1.50
SANGRE DE LEJANIA, por José Tiquet	10.00	1.00
ARETINO, AZOTE DE PRINCIPES, por Felipe Cassio del Pomar	15.00	1.50
OTRO MUNDO, por Luis Suárez	10.00	1.00
LA BATALLA DE GUATEMALA, por Guillermo To- riello	30.00	3.00
EL HECHICERO, por Carlos Solórzano	5.00	0.50
POESIA RESISTE, por Lucila Velásquez	5.00	0.50
AZULEJOS Y CAMPANAS, por Luis Sánchez Pontón	15.00	1.50
RAZON DE SER, por Juan Larrea	10.00	1.00
EL POETA QUE SE VOLVIO GUSANO, por Fernando Ale- gria	5.00	0.50
LA ESPADA DE LA PALOMA, por Juan Larrea	15.00	1.50
INCITACIONES Y VALORACIONES, por Manuel Maples Arce	15.00	1.50
PACTO CON LOS ASTROS, GALAXIA Y OTROS POE- MAS, por Luis Sánchez Pontón	15.00	1.50
LA EXPOSICION, DIVERTIMIENTO EN TRES ACTOS, por Rodolfo Vissoli	15.00	1.50
LA FILOSOFIA CONTEMPORANEA EN LOS ESTA- DOS UNIDOS DE AMERICA DEL NORTE 1900-1950, por Frederic H. Young	10.00	1.00
GUATEMALA, PROLOGO Y EPILOGO DE UNA REVOLU- CION, por Pedro Guillén	5.00	0.50
EL DRAMA DE AMERICA LATINA. EL CASO DE ME- XICO, por Fernando Carmona	25.00	2.50
DIALOGOS CON AMERICA, por Mauricio de la Seta	10.00	1.00
LA ECONOMIA HAITIANA Y SU VIA DE DESARROLLO, por Gerard Pierre-Charles	25.00	2.50
EL PANAMERICANISMO. DE LA DOCTRINA MONROE A LA DOCTRINA JOHNSON, por Alonso Aguilar Monverde ..	10.00	1.00
MARZO DE LABRIEGO, por José Tiquet	10.00	1.00
ASPECTOS ECONOMICOS DEL INSTITUTO MEXICANO DEL SEGURO SOCIAL, por Lucila Leal Araujo	25.00	2.50
LOS FUNDADORES DEL SOCIALISMO CIENTIFI- CO: MARX, ENGELS, LENIN, por Jesús Silva Herzog ..	20.00	2.00
PARA DELETREAR EL INFINITO, por Enrique González Rojo	40.00	4.00
PASTORAL, por Sara de Ibáñez	5.00	0.50
LA AGONIA DEL PERU, por Gustavo Valcárcel	5.00	0.50
OROZCO Y LA IRONIA PLASTICA, por José Guada- lupe Zuno	8.00	0.80
UNA REVOLUCION AUTENTICA EN NUESTRA AMERICA, por Alfredo L. Palacios	3.00	0.30
REVISTA: SUSCRIPCION ANUAL (6 números)		
(1973)		
MEXICO	150.00	
OTROS PAISES DE AMERICA Y ESPAÑA	13.50	
EUROPA Y OTROS CONTINENTES	13.50	
PRECIOS DEL EJEMPLAR		
MEXICO	30.00	
OTROS PAISES DE AMERICA Y ESPAÑA	2.70	
EUROPA Y OTROS CONTINENTES	2.00	

Ejemplares atrasados, precio convencional

NUESTRO TIEMPO

Ana Lía Payró

Brasil: Otra vez gendarme de América Latina.

Antonio García

La hora cero de la Universidad Colombiana.

Nota, por MARYSE BERTRAND DE MUÑOZ

HOMBRES DE NUESTRA ESTIRPE

Manuel Andújar; Corpus Barga; Antonio Buero Vallejo; José García Lora; Carletto y Gutierre Tibón; Denis Marion; José Monleón; Luciano Rincón; Emmanuel Robles; Emir Rodríguez Monegal; Gonzalo Sobejano.

Alcance al Homenaje a MAX-AUB.

AVENTURA DEL PENSAMIENTO

Elí de Gortari

El astrónomo que movió la tierra.

Jesús Silva Herzog

"Disquisiciones Capitalistas".

PRESENCIA DEL PASADO

Francisco Jiménez

Martí y las razas.

Manuel Pedro González

Al margen de una polémica martiana.

R. Olivar-Bertrand

"Españolito que vienes al mundo . . ."

Felipe Cossío del Pomar

Con César Vallejo en la otra orilla.

Nota, por L. B. KLEIN

DIMENSION IMAGINARIA

Eliás Nandino

Poemas.

Linda Gould Levine

Don Julián: Una "Galería de espejos" Literarios.

Adriana García de Aldridge

Herejía y portento en "Carne, Esferas, ojos grises junto al Sena" de Carlos Fuentes.

Francisco Caudet

Aproximaciones a José María Salaverría.

Hugo W. Cowes

Realidad y superrealidad en *Los Santos*, de Pedro Salinas.